



Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Universidad del Perú. Decana de América

Facultad de Ciencias Sociales

Escuela Profesional de Historia

***Te diviertes pero te controlo. El proyecto ilustrado de un
nuevo orden social y la resistencia plebeya en Lima
borbónica, 1750-1820***

TESIS

Para optar el Título Profesional de Licenciado en Historia

AUTOR

Henry Eduardo BARRERA CAMARENA

ASESOR

Francisco Felipe QUIROZ CHUECA

Lima, Perú

2017



Reconocimiento - No Comercial - Compartir Igual - Sin restricciones adicionales

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

Usted puede distribuir, remezclar, retocar, y crear a partir del documento original de modo no comercial, siempre y cuando se dé crédito al autor del documento y se licencien las nuevas creaciones bajo las mismas condiciones. No se permite aplicar términos legales o medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros a hacer cualquier cosa que permita esta licencia.

Referencia bibliográfica

Barrera, H. (2017). *Te diviertes pero te controlo. El proyecto ilustrado de un nuevo orden social y la resistencia plebeya en Lima borbónica, 1750-1820*. [Tesis de pregrado, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Facultad de Ciencias Sociales, Escuela Profesional de Historia]. Repositorio institucional Cybertesis UNMSM.

1162



UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS
(Universidad del Perú, DECANA DE AMÉRICA)

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
VICEDECANATO ACADEMICO

ACTA PARA OPTAR EL TITULO PROFESIONAL DE LICENCIADO EN HISTORIA

261

En Lima a los veintitrés días del mes de setiembre del dos mil diecisiete, reunidos en el Salón de Grados de la Facultad de Ciencias Sociales, bajo la presidencia del Dra. María Emma MANNARELLI CAVAGNARI y con la asistencia de los miembros del Jurado y del Vicedecano Académico de la Facultad, se dio inicio a la sustentación de la Tesis presentada por el Bachiller Henry Eduardo BARRERA CAMARENA, para optar el TÍTULO PROFESIONAL DE LICENCIADO EN HISTORIA titulada:

**"TE DIVIERTES PERO TE CONTROLO". EL PROYECTO ILUSTRADO DE UN
NUEVO ORDEN SOCIAL Y LA RESISTENCIA PIEBEYA EN LIMA BORBÓNICA, 1750-
1820"**

A continuación se formularon las preguntas y observaciones por parte de los miembros del Jurado. Luego de absueltas, el Jurado procedió a calificar la exposición de la Tesis obteniendo la nota:

Sobresaliente 18

El Jurado, de conformidad al Reglamento General de Grados y Títulos de la Facultad, acordó otorgar al Bachiller Henry Eduardo Barrera Camarena el TÍTULO PROFESIONAL DE LICENCIADO EN HISTORIA y para dar constancia se extendió la presente Acta y firmaron:

María Emma Mannarelli Cavagnari
Presidente

Mg. Dino León Hernández
Miembro

Dra. Marina Zuloaga Rada
Miembro

Dr. Francisco Felipe Quiroz Chueca
Asesor

Dr. Francisco Felipe Quiroz Chueca
Vicedecano Académico (e)



*A mis padres:
Isabel y Vicente, ejemplos a seguir*

*A Sandra Anchivilca:
Por tu amor incondicional*

“En efecto, poco apetece las distracciones aquel mortal virtuoso, que poseído de una sólida virtud, esto es de las máximas puras de la Religión, ha podido llegar al estado de no temer el testimonio de su conciencia. Pero todo el resto de los humanos no puede vivir feliz, sin conceder a la actividad de su alma algunas treguas. Los espectáculos públicos las proporcionan con menos peligro y más utilidad”

José Rossi y Rubí, *Hesperiphylo*.
Mercurio Peruano (1964 [1791]: I: 25)

«Un pueblo libre y alegre será precisamente activo y laborioso: y siéndolo, será bien morigerado y obediente a la justicia. Cuanto más goce, tanto más amará el gobierno en que vive, tanto mejor le obedecerá, tanto más de buen grado concurrirá a sustentarle y defenderle»

Gaspar Melchor de Jovellanos
*Memoria para el arreglo de la policía de los espectáculos
y diversiones públicas y sobre su origen en España* (1790: p. 16)

ÍNDICE

Agradecimientos	Pág. 7
Archivos históricos	Pág. 9

INTRODUCCIÓN

a) Problema principal	Pág. 10
b) Objetivo principal	Pág. 12
c) Objetivos secundarios	Pág. 12
d) Hipótesis	Pág. 12
e) Aporte	Pág. 14
f) Justificación	Pág. 15
g) Variables	Pág. 15
h) Marco espacial	Pág. 16
i) Marco temporal	Pág. 17
j) Marco teórico	Pág. 17
k) Las fuentes	Pág. 19
l) Estado de la cuestión	Pág. 20

CAPÍTULO I

LIMA BORBÓNICA E ILUSTRADA

1. Lima, una sociedad multiétnica	Pág. 28
1.1. Demografía, urbanismo y economía	Pág. 30
1.2. La sociedad limeña hasta mediados del siglo XVIII	Pág. 38
1.3. Repensando la plebe	Pág. 44
2. La Ilustración y sus matices	Pág. 50
2.1. La Ilustración española	Pág. 56
2.2. El arribo de la Ilustración al virreinato peruano y	Pág. 61

el deseo de forjar un nuevo orden social

2.2.1 Reformas sociales ilustradas y borbónicas	Pág. 74
2.3. El discurso ilustrado español y las diversiones populares	Pág. 82
2.4. El discurso dieciochesco en Lima sobre las diversiones	Pág. 87
2.4.1. Lima era una fiesta	Pág. 89

CAPÍTULO II

LAS PELEAS DE GALLOS O “UN MAL MENOR”	Pág. 93
2.1. El Coliseo de Gallos de Lima	Pág. 94
2.2. Las diversiones públicas a través de las páginas del Mercurio Peruano	Pág. 104
2.3. La mirada ilustrada del coliseo	Pág. 106
2.4. Razones del continuismo del “mal menor”	Pág. 108
2.5. Una tarde en la pasión de multitudes	Pág. 118
2.6. Los últimos intentos de reformas	Pág. 120
2.7. ¡El gusto por lo prohibido! El caso del juego de boliches	Pág. 124
2.8. Compartiendo espacio con la equitación	Pág. 127
2.9. El proceso independentista y la crisis económica de la casa	Pág. 129

CAPÍTULO III

LAS CORRIDAS DE TOROS O “PRIMITIVAS DE BÁRBARAS PASIONES”	Pág. 138
3.1. La fiesta estamentaria	Pág. 140
3.2. Agustín Hipólito Landaburu y Rivera y la fiesta taurina	Pág. 144
3.3. La Plaza Firme de Toros y la reforma urbana borbónica	Pág. 147
3.4. ¡A los toros! ¡Al Acho!	Pág. 153

3.5. El discurso ilustrado ¿primitivas de bárbaras pasiones?	Pág. 156
3.6. Del desorden al orden y nuevamente al desorden	Pág. 161
3.7. Cuando el dinero se superpone al estatus social	Pág. 168
3.8. Regencia del ilustrado Hipólito Unanue	Pág. 172
3.9. Los toros a fines de la colonia	Pág. 177
 CAPÍTULO IV	
EL REAL COLISEO DE COMEDIAS ¿LA ESCUELA DE LA MORALIDAD?	Pág. 183
4.1. El teatro y la Ilustración	Pág. 193
4.2. El Mercurio Peruano y las comedias	Pág. 205
4.3. El bello sexo en el teatro	Pág. 218
4.4. La politización del coliseo	Pág. 222
4.5. Huellas de un sueño que no se materializó	Pág. 228
CONCLUSIONES	Pág. 240
BIBLIOGRAFÍA	Pág. 243

AGRADECIMIENTOS

Esta tesis no hubiera podido realizarse sin el apoyo de diferentes personas e instituciones que de una forma u otra contribuyeron a que, luego de varios años de investigación, finalmente la culmine.

Debo empezar agradeciendo el apoyo y confianza de mis padres. Ambos, de manera incondicional, estuvieron conmigo desde mi primer día como estudiante de la carrera de Historia. El apoyo emocional y económico brindados por ellos fueron los alicientes necesarios para continuar con una investigación que espero esté a la altura de la expectativa depositada en mi persona.

En el campo académico, son diversos profesores de la escuela de Historia a quienes debo su colaboración desinteresada. No puedo empezar sin mencionar al profesor Dino León, quien en los diferentes cursos a su cargo siempre alentó a sus estudiantes a perseverar en la investigación. En mi caso, fue primordial su intervención para reconocer el tema de investigación que elegiría y que con el tiempo se convertiría en una de mis mayores pasiones. A él le debo las primeras referencias bibliográficas sobre el mismo. De igual modo, el aporte del profesor Dr. Francisco Quiroz Chueca, quien luego sería mi asesor, resultó trascendental en el rumbo de esta tesis. Ser su alumno no resulta nada fácil, pero la exigencia académica que reclama a todos me ayudó a obtener una disciplina que sentó las bases de mi perfil de historiador. Las diversas charlas que sostuvimos sobre el tema, así como su apoyo bibliográfico fortalecieron enormemente estas páginas. A su persona también va dedicada esta investigación.

Del mismo modo no puedo soslayar el aporte de la profesora Teresa Vergara, cuya gentileza para conseguir textos ubicados en la Biblioteca Central de la Pontificia Universidad Católica del Perú ha sido de gran ayuda. Sus comentarios y/o críticas en los cursos de seminarios me permitieron enfocar el quid de lo que pretendo demostrar. Igualmente, los comentarios de la profesora Carlota Casalino, en el curso de Seminario VI del último año de carrera, a los primeros borradores me ayudaron a nutrirlos con un mayor análisis de las fuentes. En la última etapa, relacionada con la corrección de estilo, las sugerencias precisas de Jorge Moreno para darle una mejor redacción y expresión a mis ideas contribuyeron con lo suyo.

Por otro lado, también debo señalar las facilidades que me brindaron las instituciones que conservan el acervo documentario del país. Me refiero en primer lugar al Archivo General de la Nación, la rica información documental que posee, muchos de ella inédita, me permitió completar los vacíos historiográficos que existen en este tema. En el caso del Archivo Histórico de la Municipalidad de Lima, la colección de Libros de Cabildos es la base de mis planteamientos referente al tiempo de finales del siglo XVIII e inicios del XIX. Así como la documentación de Cédulas y Provisiones Reales, las cuales brindan un acercamiento a las medidas tomadas por las más importantes autoridades locales y en ocasiones por el propio monarca español. Una mención especial merece el Archivo Central de la Beneficencia Pública de Lima. A pesar de las limitaciones que presenta para acoger a los investigadores, siempre conté con la generosidad del encargado de su archivo, el Sr. Juan Gálvez, para revisar los documentos necesarios. Y a la Biblioteca Nacional del Perú, institución que me permitió revisar libros antiguos y testimonio de los viajeros extranjeros que estuvieron en Lima durante la época materia de estudio. Sus descripciones son una valiosa fuente para conocer la cotidianidad limeña.

Finalmente, me es inevitable no agradecer la compañía y aliento constante de la persona que desde el tercer año de estudios de la carrera hasta el día de hoy ha estado a mi lado. Me refiero a Sandra Anchivilca Campos. Sus diversas opiniones me llevaron a replantear satisfactoriamente en varias oportunidades algunos de mis planteamientos.

ARCHIVOS HISTÓRICOS

AGN = Archivo General de la Nación.

BNP = Biblioteca Nacional del Perú

AHML = Archivo Histórico de la Municipalidad de Lima

LCL = Libro de Cabildo de Lima

ACBPL = Archivo Central de la Beneficencia Pública de Lima

AGI = Archivo General de Indias.

INTRODUCCIÓN

Problema principal

La presente investigación tiene como problema principal responder en qué consistió el proyecto ilustrado de un nuevo orden social, dentro del cual era imperioso reformar las costumbres de la plebe, utilizando para ello a las diversiones públicas.

La sociedad limeña urbana de mediados del siglo XVIII hasta los albores del siglo XIX, se caracterizó por la implementación, y los posteriores estragos que trajo consigo, el programa de las Reformas Borbónicas. Los borbones plantearon entre sus diversos objetivos “limpiar” el aparato administrativo de la corrupción en el que estaba inmerso y reorganizarlo en procura de un aparato estatal moderno.

Es en ese contexto que hizo su entrada a la ciudad la Ilustración. El reformismo borbónico y las ideas ilustradas llegaron a conjugarse aunque sin llegar a ser un complemento del todo. Lo destacado de este punto es el gran interés que se le confirió a Lima en reformarla según los lineamientos europeos de conseguir sociedades basadas en un orden racional. De este modo, las Reformas Borbónicas con su proyecto de reformular la urbe y la Ilustración con su precepto de un nuevo orden social fueron los pilares que marcaron las pautas que siguieron las autoridades, los ilustrados y la élite limeña. Para ellos era irracional concebir una ciudad en aras de la vanguardia europea si, por otro lado, continuaba albergando personas con costumbres contrarias a lo que pregonaban.

Era inconcebible obtener una urbe concebida por los más importantes ideales ilustrados si existía gente con comportamientos poco o nada civilizados. Para ello era necesario educarla; es decir, amoldarla a los lineamientos ilustrados intentando conseguir vasallos fieles que respetasen las normas y supieran el lugar que les correspondía. Y es ahí donde las diversiones públicas desempeñan su papel fundamental. Al ser entretenimientos generalizados a la que toda clase de gente asistía, fueron usados de manera estratégica para reformar las costumbres licenciosas de la plebe mediante una serie de normas, leyes y reordenamiento incluso de los propios divertimentos y cómo debían de practicarse.

En base a lo expuesto surgen diversas interrogantes que considero también deben de ser respondidas, y entre las que se encuentran:

1. ¿Cuál era la situación de las diversiones públicas antes del inicio de las Reformas Borbónicas y la llegada de la corriente ilustrada a mediados del siglo XVIII?
2. ¿Cuál era la situación social de las personas consideradas dentro del término ‘plebe’ hacia mediados del siglo XVIII?
3. ¿Cuál fue la mirada que tuvieron los ilustrados sobre la plebe limeña y, sobre la base de ello, en qué consistieron sus planteamientos por reformar sus costumbres consideradas contrarias al nuevo tipo de orden social que buscaban impulsar?
4. ¿Cuál fue el papel que jugaron las Reformas Borbónicas, de manera particular en el aspecto urbanístico, para reordenar las diversiones públicas y con ello lograr un mayor control social sobre la plebe?
5. ¿En qué consistió la resistencia plebeya ante el intento del sector ilustrado por reformar sus costumbres consideradas contrarias al nuevo tipo de orden social que proponía?
6. ¿De qué modo influyeron los vientos políticos independentistas de inicios del siglo XIX en el proyecto ilustrado para reformar la sociedad, y qué efectos tuvieron sobre los cambios que hasta entonces estaban implementándose?
7. ¿Hasta qué punto el proyecto que tuvieron los ilustrados por imponer un nuevo orden social llegó a concretarse hacia finales del periodo colonial?

Objetivos

Objetivo principal

La presente investigación tiene como objetivo principal explicar la necesidad que tuvo el Imperio español de obtener un mayor control sobre la plebe en sus territorios, considerando a esta dentro de su proyecto ilustrado de forjar un nuevo orden social.

Objetivos específicos

- Analizar en qué consistía el proyecto ilustrado de un nuevo orden social.
- Conocer cuál era la situación de los divertimentos y de la plebe antes de las Reformas Borbónicas (en el aspecto urbanístico) y la llegada de la Ilustración.
- Demostrar la importancia que tuvieron las diversiones públicas para el programa de las reformas borbónicas en la búsqueda de reformar la ciudad y el de los ilustrados por el nuevo orden social a través del análisis de su devenir histórico.
- Explicar los cambios que sufrieron las diversiones públicas a raíz de la influencia ilustrada y el reformismo borbón.
- Explicar el proceso de politización por el que pasaron las diversiones a inicios del siglo XIX y de qué forma esto repercutió en los cambios que se estaban efectuando hasta entonces.
- Explicar hasta qué punto los ilustrados consiguieron instaurar su ideal de sociedad y reformar el comportamiento de la plebe en base al uso estratégico de las diversiones hacia finales de la colonia.

Hipótesis

- Antes del inicio de la implantación de las Reformas Borbónicas en lo urbanístico y la llegada de la corriente ilustrada, las diversiones públicas se caracterizaban por el escaso orden en su realización, la inexistencia de una normativa, la nula vigilancia y un desenfreno sorprendente. Ya sea que hubiese un local para su práctica, como el Coliseo de Comedias, o si aún no se edificaba uno, para las corridas de toros o gallos, estos eran vistos con

resistencia, más aún los dos últimos, debido a que se les consideraba verdaderas trabas para los cambios que estaban próximos a realizarse.

- Hacia mediados del siglo XVIII hubo un incremento considerable de la población pero no de toda en general, sino de la plebe en particular. El aumento de las castas producto del alto grado de mestizaje hizo más difícil controlarlas. En tanto que la élite presentaba una cierta estabilidad poblacional, el aumento significativo de la plebe conllevó a que se buscasen otras formas para seguir manteniendo el statu quo, una tarea que fue más complicada por las nuevas condiciones sociales de la época. Y es que la mayoría de ellos tenían una vida sin muchas ataduras, más allá de sus obligaciones laborales y de subsistencia, y podían divertirse cuando lo deseaban. Sus carencias económicas, producto de la inestabilidad de sus trabajos, no eran obstáculos para gastar unas monedas en una diversión.

- En este proyecto ilustrado de forjar una nueva sociedad, el espíritu díscolo de la plebe era considerado un lastre para el progreso social. Sus conductas licenciosas atentaban contra todo lo que estaban intentando construir. De nada servía tener una sociedad basada en principios racionales si su propia gente, en particular la plebe, seguía regida bajo patrones anticuados y desfasados para la época. Por esa razón buscaron educarla, alinearla al arquetipo de súbdito ideal que la corona española deseaba. Uno que respete las normas, la religión y adopte comportamientos civilizados.

- Los cambios urbanísticos impulsados por las Reformas Borbónicas buscaron reordenar el tejido morfológico de Lima y todo aquello que era considerado un impedimento para el progreso. Y los divertimentos no podían quedar al margen. En especial las diversiones callejeras (las corridas de toros y las peleas de gallos) sufrieron los estragos de estos cambios que se estaban realizando. Al carecer de un lugar concreto donde realizarse, se aceptaron las propuestas para levantar un edificio donde alojarlas y desalojarlas de los diversos espacios públicos donde eran llevadas a cabo. Pero esta transformación urbana sobre las diversiones no quedó allí, sino que de manera astuta también incluyó a la plebe. Una plebe itinerante, sin rumbo fijo y diseminada por toda la urbe empezó a ser congregada en estos espacios que eran a la vez importantes fortificaciones de vigilancia y celo, aunque esto último no siempre se cumplió cabalmente.

- El proyecto de un nuevo orden social ilustrado tuvo que lidiar con la resistencia plebeya. Los primeros buscaban el cambio, los segundos el continuismo. La plebe se resistió a regirse bajo los nuevos parámetros al sentir que atentaban contra su libertad y desenvolvimiento. Esta llamada resistencia se caracterizó no por un enfrentamiento directo, sino por resistirse con formas más sutiles y en ciertos casos efectivos. El desacatar la ley, seguir cometiendo dolo, no respetar el espacio ajeno, continuar con conductas impropias, eran algunas de las formas con que la plebe, a su manera, y de modo consciente o inconscientemente, protestó contra lo dictaminado por el gobierno colonial.

- A inicios del siglo XIX el estado de las diversiones ya no era el mismo que hace algunos años atrás. El proceso independentista por el que estaba pasando todo el continente americano, y al que Lima no era ajeno, causó que aquella orientación moralista y reformadora ilustrada quedase en segundo plano para dar paso a lo que he denominado la politización de las diversiones. Los espacios de entretenimiento van a ser escenarios de propuestas, luchas y exaltación de uno u otro bando, patriota o fidelista. Los cambios que estaban suscitándose se suspendieron, otros retrocedieron y en algunos casos siguieron pero bajo otra motivación, de índole política especialmente. La reforma social ilustrada se diluiría paulatinamente.

- Al final del periodo colonial se verá que la quijotesca empresa emprendida por los ilustrados, seguidos por las autoridades, no llegó a concretarse como tanto lo habían ansiado. Si bien hubo un efectivo reordenamiento urbano y las diversiones callejeras fueron trasladadas a espacios creados especialmente para ellas, no se puede decir lo mismo sobre el proyecto de un nuevo orden social. Pese a las reglamentaciones, prohibiciones y la mayor vigilancia dentro de los espacios de divertimento, aún seguía existiendo desorden, bullicio, dolo y hurto. La plebe continuaba en términos generales con su espíritu díscolo incluso al interior de los espacios cerrados, todo lo cual se convertirá en una herencia del colonialismo a la república.

Aporte

Desde mediados del siglo XVIII los ilustrados se propusieron reformar Lima en términos sociales, teniendo como aliados a los virreyes borbones con quienes compartieron gran

parte de su programa reformista, en particular en lo urbanístico. Para ello se propusieron el objetivo de modificar las pautas de comportamiento de la plebe de acuerdo a los principales postulados ilustrados. En ese sentido, para lograr tal cometido utilizaron estratégicamente sus principales medios de entretenimiento: las diversiones públicas. Dicho esto, el aporte de la presente investigación es analizar y comprender de qué forma las diversiones fueron usadas dentro del proyecto ilustrado de educar al populacho en procura de convertirlos en obedientes vasallos. Y así demostrar que los principales divertimentos de esa época no solo eran medios de regocijo, sino que jugaron un rol esencial en la búsqueda por controlar y reformar las costumbres depravadas de la plebe.

Justificación

Existen una variedad de estudios que analizan la influencia ilustrada en las diferentes esferas públicas. En lo económico, político, religioso, militar, educativo, social, es muy poco, sin embargo, lo que se conoce en el ámbito cotidiano y en particular en el de las diversiones. Los medios de diversión de la población también sufrieron los estragos de la influencia ilustrada y con ello del reformismo social. El mismo que contó con la colaboración de las autoridades locales y de los virreyes borbones. De este modo, esta investigación se justifica porque es un estudio pionero en investigar el devenir histórico de las diversiones públicas desde mediados del siglo XVIII hasta finales del colonialismo desde una perspectiva crítica y analítica. Y segundo, porque se demostrará cómo estas jugaron un papel fundamental dentro del plan reformista ilustrado, tan importante como el que pudo haberse cumplido en las demás esferas. Y tercero, porque permite acercarnos un poco más a la cotidianidad de la gente de entonces, conocer sus gustos, afinidades y la asimilación de las costumbres españolas en la Lima colonial.

Variables

Una de las variables independientes viene a ser el proyecto ilustrado de un nuevo orden social a mediados del siglo XVIII, el cual buscó reflejarse en las diversiones públicas más importantes de la ciudad. Este proyecto ilustrado propuso amoldar las conductas díscolas de la plebe acorde a las necesidades de la época, educándola tratando de conseguir vasallos fieles a la corona española.

La segunda variable independiente son las Reformas Borbónicas promovidas por el gobierno español, pero centrándonos en las referidas al aspecto urbano. Las reformas urbanas fueron un gran complemento al nuevo orden social ilustrado al contar con las milicias, serenos y policía local que tendrían que velar por el cumplimiento de la norma estatal. Así, las diversiones, ya sean callejeras o realizadas en un espacio concreto, estuvieron bajo la vigilante la mirada borbón con el fin de evitar cualquier barahúnda social.

De las dos variables independientes mencionadas se desprenden las variables dependientes de la investigación, las mismas que no solo están estrechamente vinculadas sino que serán modificadas y reorganizadas de acuerdo a los preceptos presentados e impulsados por sus respectivos representantes.

La primera variable dependiente son las diversiones públicas. La creación de espacios que alberguen algunas de las diversiones callejeras junto al fomento que tuvo otra, como parte del reordenamiento urbano y de un cambio en el orden social, tenía una clara orientación: utilizarlas estratégicamente para controlar de manera más efectiva a la llamada plebe limeña. Así, a través de los espacios de diversión se quiso infundir implícitamente a la plebe las normas, valores y comportamientos que esta debía poseer. El caso del Coliseo de Comedias es el claro ejemplo del proyecto ilustrado que pretende educar a la plebe según los cánones de la época en pos de lograr un nuevo orden social ajeno a las relajadas costumbres que toda sociedad civilizada debía de mantener controlada.

Finalmente, la segunda variable dependiente es la plebe. Sus costumbres tradicionales van a ser cuestionadas por ser contrarias al orden social ilustrado: lo que antes era normal, ahora es un lastre para el progreso de la ciudad. Se buscará civilizarlos, según los cánones dieciochescos, en beneficio de ‘todos’.

Marco espacial

El marco espacial estará centrado exclusivamente en la ciudad de Lima, dando un mayor énfasis en la zona urbana al interior de las murallas, por albergar esta el Coliseo de Comedias y el Coliseo de Gallos; y en menor grado la zona rural, específicamente lo que

comprendía las faldas del cerro San Cristóbal, al otro lado del río Rímac, con la edificación de la Plaza de Toros y sus alrededores.

Marco temporal

El marco temporal está comprendido desde 1750, año propuesto por John Fisher en que empiezan a identificarse los preámbulos del dinámico programa de cambios llevado a cabo en Hispanoamérica por Carlos III, hasta 1820, fase última del periodo colonial que estuvo marcado por el enfrentamiento militar entre patriotas y realistas por la causa independentista, y de cambios y continuidades en el devenir histórico de las diversiones públicas que serán repensadas luego del 28 de julio de 1821. No obstante, se tomará en cuenta los años anteriores a 1750, en particular 1746, para comprender algunas de las causas del reordenamiento borbón y su paralela resistencia plebeya.

Marco teórico

Uno de los primeros conceptos que es necesario definir es el de control. A través de este estudio veremos cómo se intentó controlar a la plebe mediante el uso de sus diversiones y así disciplinarlos según ciertos intereses. Ante la imposibilidad de controlar sus pensamientos, se quiso controlar sus conductas, sus cuerpos. Al respecto seguimos la teoría de Michel Foucault sobre el control de los cuerpos al sostener el deseo antiguo de manipulación, educar para que obedezca y responda. Así, al volverlo dócil, puede ser más fácil transformarlo (2002: 140).

El interés ilustrado y también de los borbones se centró en ordenar una ciudad que se volvía caótica ante el incremento del mestizaje y la presencia mayor de comportamientos amorales de la plebe. A través de la creación de espacios de diversión (Plaza de Toros y Coliseo de Gallos) se trató de conseguir aliados que ayudasen a mantenerlo controlado. Al respecto, Foucault menciona que el encierro de los cuerpos en espacios cerrados heterogéneos permite disciplinarlos hacia el objetivo que se persigue (2002: 145). Este objetivo de control estaba inserto en el proyecto mayor, el de imponer un nuevo orden social. Para tal orden, la plebe era un lastre que necesitaba ser reformado. Por último, Foucault añade que de lo que se trata es de organizar lo múltiple, de procurar un instrumento para recorrerlo y dominarlo: imponerle un orden (2002: 152).

Posteriormente emplearemos la noción de orden social. El nuevo orden social ilustrado ante todo tenía como fin supremo establecer claramente las diferencias sociales entre el uno y el otro. Siguiendo el empleado por Mauricio Nieto, Paola Castaño y Diana Ojeda, en su definición más general, el concepto de orden alude a la colocación de las cosas en el lugar que les corresponde o a la buena disposición de las cosas entre sí. La construcción del orden está íntimamente vinculada a la producción social de un límite de inclusión y exclusión, el que implica una acción voluntaria, un diseño, una dirección y unos actores que se confieren a sí mismos la misión de articularlo (2005: 685-686)¹. El proyecto ilustrado implicaba una mejor administración de la población, imponer una profunda reorganización de los sistemas de percepción y ordenamiento del mundo social (Chartier, 1995: 30). Estos cambios se desarrollaron en un ambiente nada armonioso, hubo una férrea resistencia de la plebe por amoldarse a las imposiciones establecidas desde arriba. Existió discordancia entre los actos y la ideología; es decir, con el discurso que se autoproclamaba representar al mundo social y, por ende, ser el único que podía proponer su modificación y las prácticas que las tenían que regir para las nuevas distribuciones y divisiones.

Para este tipo de orden social anhelado se necesitaba necesariamente clasificar a la sociedad, entender quién era quién. Por lo que este concepto supone apartar, separar. Una acción que postula que el mundo consiste en entidades consistentes y distintivas. Además, que clasificar consiste en actos de inclusión y exclusión. Cada acto de designación divide el mundo en dos: entidades que corresponden al nombre y el resto que no (Bauman, 1996: 74). La plebe era clasificada en términos de no encajar en el ideal ilustrado de sociedad, por lo que se optó por incluirlos. Una inclusión que significaba amoldarlos, modificar sus comportamientos a nuevos patrones diferentes al que poseían. La Lima borbónica de mediados del siglo XVIII puede dividirse entre los modernos, en el sentido de aquellos que estaba en consonancia a los cambios sociales de la época, y los excluidos de pertenecer ha dicho nuevo sistema, ya sea por la razón que fuese. En esa exclusión los ilustrados

¹ El nuevo orden no solo se ejecutaba sobre lugares existentes. El caso de la fundación de la Nueva Colonia y Fuerte de Floridablanca, establecida a fines del siglo XVIII por la corona española como parte de un plan para salvaguardar su soberanía en la costa Patagónica, es sintomático. Esta colonización se articuló sobre la base del nuevo modelo de sociedad inspirado en los discursos de la Ilustración española. En la nueva colonia se estableció un modelo de orden social y se buscó garantizar su reproducción. Esto involucró la organización de relaciones, jerarquías e identidades sociales, las formas de interacción entre las personas y los grupos, la estructuración de los espacios de los poblados, las actividades productivas, entre otros aspectos. Al menos hasta el año en que se dio la orden de abandonar y destruir la colonia, 1780-1784 (Senatore, 2005).

buscaron paralelamente diferenciarse, reafirmarse a sí mismos a través de la negación del otro. En ese sentido, seguimos el planteamiento de Peter Burke al sostener que “el enfrentamiento de grupos de diferentes culturas ocasiona la negación o la ignoración de la distancia cultural, o asimilar a los otros a nosotros” (2001: 155). Los ilustrados desearon lo último, asimilarlos a su prototipo de orden social, antes reformando sus costumbres díscolas. Resumiendo lo señalado hasta ahora, se quiso asimilar a la plebe buscando obtener la propia definición. Prosiguiendo con Peter Burke, en toda cultura o sociedad se produce un proceso de distinción y distanciamiento análogo (2001: 170). En la Lima dieciochesca la asimilación de la plebe consistió en diferenciación, ésta era parte integrante de la sociedad colonial pero disímil. El ilustrado lo necesitaba para definirse contraponiéndose a él.

Las fuentes

Desafortunadamente no existe demasiada información primaria respecto a las diversiones públicas durante el tiempo materia de estudio, y los legajos que existen muchos de ellos están incompletos. Pese a ello, en el fondo del Archivo General de la Nación-Perú y en el Archivo Histórico de la Municipalidad de Lima se encuentran documentos que dan soporte para reconstruir la historia de los principales divertimentos. En el primero, se conservan causas seguidas, litigios, compra y venta, licencias, entre otros, de actores que tuvieron bajo su arrendamiento algunos de los espacios públicos de diversión, de los mismos trabajadores en el caso de actores y actrices, o la posición de las autoridades locales y del propio virrey relativa a su posición sobre la continuidad o extinción de algunas diversiones. Mientras que en el segundo encontramos cédulas, provisiones, autos reales, mayor información particularmente de las dos primeras décadas del siglo XIX. Aunque un caso especial son los Libros de Cabildo de Lima que comprenden el tiempo materia de nuestra investigación, ya que resguarda datos referentes al derrotero y vicisitudes que tuvieron, y los encuentros y desencuentros de los cabildantes en defensa de su afición o desazón que sentían en torno a los divertimentos.

Por otro lado, también se encuentra el fondo de la Biblioteca Nacional del Perú, que cuenta con fuente documental valiosa que complementa lo hallado en los dos primeros. Y por último, y no menos resaltante su fondo, muy poco estudiado por los investigadores, el

archivo de la Beneficencia Pública de Lima. En él abunda información de los hospitales limeños, que indirectamente custodia a la vez información de diversiones como los gallos y el teatro, ya que ambos pertenecieron al hospital Real de San Andrés.

Estado de la cuestión

El papel que jugaron las diversiones públicas en el proceso de implantar un nuevo orden social por parte de los ilustrados, y reformar así las costumbres de la plebe, aún no ha sido investigado. Pese a este vacío dentro de la historiografía peruana sobre este asunto revisaremos los estudios que lo han tratado de una forma u otra.

En primer lugar debemos empezar por repasar aquellos que se han interesado por mostrar el desarrollo histórico de las diversiones tratadas en esta investigación. En el caso peruano tenemos el excelente texto elaborado por Guillermo Lohmann Villena acerca del teatro en la colonia (1945). Su profunda erudición lo plasmó en sus diversos escritos, y éste no fue la excepción. Dicho trabajo se centra en la historia de este espectáculo desde su fundación, cuando llegaron los españoles, hasta finales del siglo XVIII. Sobre la base de una minuciosa recolección de fuentes primarias da detalles de los gustos teatrales de la sociedad limeña y todo lo que giraba en torno a una noche teatral (empresarios, compañías, cómicos, público, danzantes, autoridades), adoleciendo, no obstante, de un análisis mayor de los reglamentos dieciochescos que transcribió. Posteriores publicaciones alrededor de esta diversión, al igual que nuestro trabajo, se basan en la amplia y rica información documental que Lohmann Villena logró revisar.

Pasarán algunas décadas para que la historiografía peruana preste nuevamente atención al teatro, aunque con aristas distintas. En 1999 Esther Castañeda Vielakamen y Elizabeth Toguchi Kayo elaboraron un artículo acerca de la imagen afroperuana en el teatro del siglo XIX. El aporte de ambas es que ponen en escena la participación femenina en algunos roles competentes al teatro, aunque se enfocan en el periodo republicano. Un año antes se había publicado un nuevo estudio de Lohmann Villena (1998). En esta ocasión se centraba en la reconstrucción que sufrió el Corral de Comedias en 1660. Muestra cómo los asentistas, en su afán de conseguir mayor lucro, reedificaron el local para ampliar el espacio y el número de aposentos para albergar a toda la gente que acudía. Por su parte, Mónica Ricketts

publicaría en el 2001 una parte del segundo capítulo de su tesis sustentada en 1996, en el cual analiza las nuevas funciones que trajo el sistema republicano para el coliseo. Sostiene cómo el proceso independentista, y más aún luego de 1821, fue convertido en un espacio de debate y discusión de los políticos y caudillos, dejando de ser solo un medio para educar o entretener.

Por su parte, José Antonio Rodríguez Garrido, en unos de sus estudios acerca del escritor limeño Pedro de Peralta y Barnuevo (2008), sostiene cómo el teatro estuvo ligado a lo político a inicios del siglo XVIII. En su análisis de la producción teatral de Peralta reconoce que sus creaciones teatrales buscaban presentar la importancia y el espacio que ocupaban los intelectuales en el poder y el papel que cumplían en el sostenimiento y legitimación del imperio como cuerpo político al elaborar discursos asociados a ceremonias o festejos oficiales realizados en Lima.

Para el caso de las corridas de toros durante la época colonial, una de las primeras referencias es el libro de Ismael Portal (1892). Con un tono romántico describe el inicio de la costumbre de torear por los españoles y su rápida aceptación por el resto de habitantes. No escatima en exaltar los elementos que el toreo en el virreinato peruano adaptó. Ese espíritu soñador de Portal por momentos lo lleva a incurrir en exageraciones históricas en interés de levantar la bandera de la tauromaquia, por lo cual su libro debe ser tomado con pinzas. Lo mismo se va a sostener del texto del taurófilo Antonio Garland, *Lima y el Toreo* (1948). Si bien brinda datos fidedignos con base histórica, en particular de los últimos años del periodo colonial, no se puede soslayar su posición pro taurina acérrima. Ambos textos son un resumen sucinto de la historia de esta diversión, en los cuales las diatribas que surgieron paulatinamente en el Perú republicano no tienen consideración, lo cual les quita cierta consistencia.

Este tipo de redacción va a continuar imperando en aquellos que estudian el toreo en el Perú, debido a que de antemano ya poseen una posición referente a esta clase de espectáculo. Por eso se carece de un estudio crítico que analice sus vicisitudes a través del tiempo, tanto en la colonia como en la república.

Uno de sus máximos exponentes fue Aurelio Miró Quesada Sosa, quien en 1997 publicó un pequeño texto titulado *Temas taurinos*. En él, y dejando de lado lo señalado hasta entonces, se aprecia una mayor profusión histórica. Para nuestro interés es de considerar el valioso descubrimiento que realizó al precisar el año en que fue inaugurada la Plaza de Toros (1766). Para ello vuelve a las causas que originó dicha edificación, para pasar a explicar los últimos años en que el coso estuvo en posesión de la familia Landaburu, el mismo que está relacionado con los últimos años coloniales. El texto resulta fundamental para la presente investigación por lo sostenido, a pesar de que gira en torno al año de su inauguración, lo cual lo limita para analizar otros acontecimientos. Y finalmente se encuentra la obra de Héctor López Martínez (2005). De los mencionados, es el que elabora una historia más completa de esta diversión (desde su introducción en 1540, año propuesto por Ricardo Palma, aunque no señala su fuente, hasta la remodelación de la plaza en 1944), seguramente porque a diferencia de los anteriores, cuenta con un mayor bagaje bibliográfico en qué apoyar su estudio.

El tercer espectáculo son los gallos. A pesar de que algunos archivos históricos de Lima resguardan valiosa información sobre su práctica e institucionalización a mediados del siglo XVIII, es sintomático que hasta el momento no exista, salvo un artículo de nuestra autoría del año 2014, un estudio que se encargue de relatar mediante un análisis crítico su devenir histórico. Por esta razón, para este caso, no hay trabajos que mencionar.

Luego de revisar la bibliografía de las tres diversiones tratadas, pasamos a analizar los trabajos que las estudian de cierta manera en conjunto. Uno de ellos es el libro de Jean Descola (1962), uno de los primeros investigadores peruanistas interesado en este tema, aunque elaborado bajo un estilo romántico. Descola se centra en ellas hacia mediados del siglo XVIII, las considera dentro de las distracciones que tenían los habitantes para salir de la rutinaria vida colonial. A pesar de que no brinda una detallada explicación sobre ellas, considera algunos datos claves de sus respectivas historias. En especial al relacionar la afición limeña con el motivo que llevó a las autoridades a edificar un local que las albergue, así como las medidas tomadas para sus reglamentaciones. Dos años después veremos el artículo de Juan Bromley (1964) que sigue la misma línea narrativa carente de un análisis crítico. En este caso se centra en los primeros años de ellas, explica brevemente sus inicios

y describe a grandes rasgos en qué consistían sus prácticas, en particular la de los toros. La existencia de mayor abundancia de documentos en archivos e investigaciones publicadas explican esto último.

Un libro que rompe ese estilo narrativo es el de Rosa María Acosta de Arias Schreiber (1997), quien sin enfocarse demasiado en estas diversiones las relaciona con las demás fiestas coloniales tratándolas como parte integrante de las celebraciones de la ciudad. De manera prolija, la autora analiza las fiestas y diversiones en su desenvolvimiento interno, así como el papel que cumplían dentro del calendario oficial de celebraciones anuales. Esclarece el rol que tuvo el pueblo y la élite durante las celebraciones, al igual que el contenido social que tenían. Por último, contamos con el estudio de Susy Sánchez Rodríguez (2003) sobre el papel que tuvieron las diversiones en la reconstrucción de la ciudad después del terremoto de 1746. Este fenómeno natural se trajo abajo a la ciudad de Lima. Escasas fueron las construcciones que quedaron de pie, por esa razón algunas diversiones se fomentaron en esos años a raíz de las ganancias que se adquirirían. La autora se limita a analizar el papel de cada diversión en la reconstrucción de Lima, no es de su interés estudiar la historia de cada uno de ellas a largo plazo, de ahí que se centre en el aspecto utilitario que les vieron las autoridades. Justamente esa inclinación permite vislumbrar lo popular que eran, muchas obras públicas se lograron gracias al dinero conseguido a su mayor explotación, ya que el aficionado acudía masivamente sin reparo alguno.

A nivel latinoamericano está el sugerente texto de Ángel López Cantos (1992), el cual tiene el mérito de ser el único, hasta el momento, que elabora una especie de síntesis, sin serlo en el sentido estricto de la palabra, alrededor de las diversiones tratadas en esta ocasión y otras que existieron en las colonias españolas. Se enfoca en la forma como se asentaron y la rapidez con que calaron en el sentir de la población aborigen. Es por ello que su trascendencia está en que, sin caer en la mera narración, muestra la historia de las diversiones durante los dos primeros siglos coloniales, a pesar de que no es muy claro con el uso de las fuentes que emplea, ya que constantemente omite este dato.

El segundo esbozo gira alrededor de este proyecto ilustrado de forjar una nueva sociedad mediante la reforma de las costumbres díscolas de la plebe. Un pionero trabajo en esa línea,

y que hasta ahora no ha sido fortalecido, es el texto de Juan Pedro Viqueira Albán (1987) para el caso de México. El autor estudia el intento de los reformadores ilustrados mexicanos por educar a la población para que sean excelentes vasallos y la resistencia que éstos mostraron para mantener sus estilos [de vida]. Para ese objetivo emplearon a las diversiones para lograr su cometido. Analiza el estado de cada divertimento que trata desde su llegada hasta mediados del siglo XVIII, y el giro que empezaron a tener a causa de una preocupación cada vez mayor de las autoridades por emplearlos como difusores de patrones ilustrados. Sin duda es el estudio más importante que se ha realizado hasta el momento sobre la instrumentalización de las diversiones para reformar las costumbres de la población en el Siglo de las luces. Casi en la misma línea está el voluminoso libro de Jean Sarrailh publicado en 1974. Sarrailh desarrolla el impacto de la Ilustración en España en todos sus aspectos, dedicando unas páginas al viraje que tuvieron las autoridades respecto a la mirada que tuvieron sobre los divertimentos. En su deseo de reivindicar el espíritu ilustrado que tuvieron los españoles a mediados del siglo XVIII, plantea que en España se sintió de igual forma la Ilustración que en el resto de países europeos occidentales. El mismo que se plasmó en todas las esferas de la sociedad, incluso en la vida cotidiana. Muestra escuetamente los cuestionamientos que lanzaron algunos reformadores españoles a la costumbre que tenían los habitantes de concurrir muy a menudo a las diversiones. A pesar de ser una obra voluminosa, brinda poca información a nuestra investigación.

Hacia el 2005 tenemos un sintomático estudio ya mencionado en páginas anteriores de Mauricio Nieto, Paola Castaño y Diana Ojeda, quienes analizan el discurso ilustrado en el reino de Nueva Granada en el afán de lograr un nuevo orden social a inicios del siglo XIX. Los autores emplean el *Semanario del Nuevo Reino de Granada* para argumentar el esfuerzo interno de la comunidad criolla ilustrada por construir un proyecto de orden social y por llevarlo a cabo. De manera similar a lo que sucedió en el virreinato peruano, en dicho lugar los llamados a ejecutar tal proyecto fueron los mismos que lanzaron tal planteamiento. Es así que nuestro estudio tendrá algunos rasgos parecidos a éste. Los criollos ilustrados de Lima no fueron los únicos que tuvieron en mente tales cambios sociales, en otras ciudades también se propusieron este tipo de transformaciones.

Unos años después aparece el texto de Pablo Salinas (2010) acerca de la mirada que tuvieron los ilustrados limeños por medio del Mercurio Peruano. A su juicio éste sirvió como reforzador constante de la idea urbana de ordenamiento que propusieron, así como portavoz de la práctica crítica e interpretativa que los llevó a tomar una conciencia de igualdad con respecto a la metrópoli, y a reafirmar su control sobre la totalidad del territorio que por siglos había tenido en los Andes. Por su parte, el estudioso Sebastián Wierny sostiene que el Mercurio Peruano no solo era reflejo de los cambios sociales que se dieron en la Lima ilustrada, sino que fue parte activa de dichos cambios (2010). Como bien indica, autores como José Rubí o Hipólito Unanue distaron de ser figuras que se limitaron a describir el estado de las cosas en el virreinato; por el contrario, demostraron ser pensadores que estaban comprometidos con los ideales ilustrados de cambio y progreso. Para el caso de la ciudad de Cádiz se cuenta con la investigación de José Narganes Robas (2010), quien desarrolla la relación entre Ilustración y diversiones en dicha ciudad a inicios del siglo XIX. Resalta lo positivo que fue la proliferación de medios de entretenimientos para el progreso social y el desarrollo humano. No duda en caracterizar a Cádiz como un lugar cosmopolita y liberal, en el que la razón ofreció un ocio constructivo que favoreció el crecimiento personal.

Finalmente, tenemos la bibliografía relacionada al intento de controlar a la plebe, la cual se ha ocupado de estudiarlo desde diversas aristas, excepto desde los divertimentos. En ese sentido no se puede dejar de mencionar el pionero trabajo de Alberto Flores Galindo (1991) al mostrar los diversos rostros de la plebe, y que sienta las bases de posteriores publicaciones dedicadas a seguir desentrañando el mundo social que formaron. En su texto brinda un perfil de lo que sentía debió ser la plebe, los hombres que la conformaban y el tipo de vida que llevaban. A pesar de que les atribuyen rasgos violentos y negativos, se debe rescatar su afán por visibilizarlos, por otorgarles un papel protagónico en la historia de Lima. Y justamente a causa de ese papel es que las autoridades se propusieron tomar medidas para tenerlos vigilados, en otros casos para perseguirlos y en algunos para imponerles normas de conducta que debían de aceptar. Sin duda, se trata de uno de los trabajos que mejor analiza algunos caracteres de la plebe durante nuestro periodo de estudio.

Posteriormente surgieron investigaciones que mostraban diversas formas de querer controlar a la plebe. Uno de ellos es el artículo de Yolanda Mejía Carrillo donde resalta el uso de mecanismos coercitivos, como las panaderías, para controlar a un sector de la plebe como lo eran los esclavos (1993). Las panaderías a mediados del XVIII fueron un centro de corrección para aquellos que habían cometido un delito o tenían una vida disipada. En esa línea de interés, Jesús Cosamalón brinda mayores luces acerca de la vida social de la plebe, sus costumbres, amistades, gustos, entre otros rasgos que la caracterizaron, discrepando con los planteamientos teóricos que se sostenían hasta ese entonces (1999). Menciona que estos aspectos estuvieron en la agenda del gobierno colonial que buscaba reformarlos. Y que en el caso de los espacios públicos se convirtieron en un básico lugar de socialización, de encuentro entre sus miembros y en donde a la vez se impusieron fuertes medidas de control social.

En una investigación más reciente Richard Chuhue se enfoca en el análisis de la situación de los llamados vagos, ociosos y malentretenidos (2006). Señala que las ideas ilustradas contribuyeron para que este fenómeno social tenga una mayor atención con el fin de adoptar medidas que contribuyeran a controlarlos de manera efectiva. El problema de la vagancia se había acentuado de tal modo que cualquier persona podía ser catalogada como tal por el simple hecho de tener un momento de relajo. Esto daba cabida a que la delgada línea divisoria podía franquearse sin mucho esfuerzo y ser considerado un vago, o, de igual modo, volver a ser alguien productivo y beneficioso para el gobierno colonial con la obtención de un trabajo y así dejar atrás tal estigma.

Son pocos los trabajos dedicados a analizar el papel de las diversiones con el afán de las autoridades por controlar a la población. Un trabajo casi aislado es el elaborado por Héctor Rojas y Gloria Tirado en el 2012, respecto a la ciudad de Puebla en México a inicios del siglo XIX. Los autores desarrollan el tema partiendo de la legislación existente y en el rol que tuvieron los preceptos religiosos por reformar algunos aspectos de las diversiones que se consideraban contrarios al sistema social y religioso imperante. Si bien las diversiones eran impulsadas por las mismas autoridades, estas debían de ser decentes. La iglesia en Puebla, sostienen, censuraba todo aquello que iba en contra de las buenas costumbres y que atentaba contra el orden establecido.

Volviendo al caso peruano, no se puede soslayar la publicación de Francisco Quiroz (1997) sobre la preocupación de las autoridades en su afán de controlar a la plebe partiendo del sustento de la proliferación de comportamientos delictivos. Analiza el frustrado intento de establecer en Lima el Tribunal de la Acordada, similar al de México, para que se encargue de esta problemática social. Trabajo que es un gran aporte ya que es el único, hasta el momento, que se ha interesado en estudiar el proyecto de instaurar esta institución. El alto grado de delincuencia existente motivó a tomar esta drástica decisión que al final inesperadamente se frustró. Por último, el ensayo de Charles Walker publicado en el 2007, en el cual reflexiona acerca del impacto social de las Reformas Borbónicas y los esfuerzos por civilizar y controlar a la población. El texto es muy sugerente porque es un pincelazo al intento borbón por hacer efectivas sus reformas sociales y superar la resistencia plebeya en beneficio de adaptarlos a los cambios. Plantea que en la época se estuvo en disyuntiva de ¿civilizar o controlar?, postulado que no compartimos ya que en vez de estar entre la elección de uno, por el contrario se quiso lograr una “civilización controlada”, los dos términos se conjugaron para conseguir el arquetipo de vasallo moderno.

Como se aprecia por la bibliografía existente, dentro de la historiografía peruana aún falta desarrollar el tema de las diversiones en sí y el impacto que tuvieron en ellas la Ilustración con el objetivo de establecer un nuevo orden social.

CAPÍTULO I

LIMA BORBÓNICA E ILUSTRADA

1. Lima, una sociedad multiétnica

A mediados del siglo XVIII Lima fue escenario de la consolidación de un desborde social producto de un proceso que se inició con la conquista española, en el cual era casi imposible identificar a cada individuo según su origen étnico. Categorías como indio, negro y español eran insuficientes para encasillar a la gama de variedades posibles surgidas del mestizaje. De una sociedad relativamente ordenada que se basaba en repúblicas, se necesitó encontrar otra forma de legitimar el sistema social acorde a las exigencias de la época.

Al comienzo no era complicado controlar a la población, especialmente por ser la ciudad muy reducida horizontalmente. En ella vivían los primeros conquistadores que llegaron bajo el mando de Francisco Pizarro y que se aglomeraron alrededor de la Plaza Mayor. El cronista Bernabé Cobo indicaba que Pizarro repartió cada cuadra en cuatro partes iguales, que llamaron solar, y dándole a cada una su esquina. A los conquistadores y pobladores encomenderos de indios les otorgó un solar de las cuadras más cercanas a la plaza para que edificasen sus casas y a algunos de los más beneméritos les otorgó dos solares (1956: 302). Sin embargo, esta convivencia forzada no fue para nada tranquila. No solo por la resistencia indígena de acoplarse al nuevo sistema, sino también por el impacto que significó el encuentro entre el español con el indígena, produciendo consecuencias negativas para el mundo andino que con el tiempo serían resarcidos de manera paulatina. Una de estas fue el colapso demográfico².

² David Noble Cook plantea que la principal característica demográfica de estos años fue el colapso. Sus causas son varias: la guerra, la explotación directa e indirecta, la esclavitud, las enfermedades, la hambruna y el choque cultural (2001). Respecto a las enfermedades, la población aborigen sufrió no solo por las enfermedades en sí, la carencia de medicinas y de dinero eran otras causas de sus padecimientos. El 20 de marzo de 1597, Francisco Tanta Chumbe, cacique principal del repartimiento de Surco, informaba que “los indios están enfermos y muy necesitados de regalos, medicinas y otras cosas para que sean curados”, esto a causa que en el hospital de Santa Ana “no hay medicamentos por haberse gastado todo el dinero en la

No obstante, luego que el organismo de la población indígena se empezara a adecuar a las costumbres españolas, la densidad demográfica dentro de la ciudad empezó a crecer de tal manera que las escasas cuadras que la formaban tuvieron que extenderse. Los vecinos más notables se ubicaron alrededor de la plaza e intentaron estar lo más cerca posible de ella, pues era un signo de prestigio social el estar junto a las personas más importantes de la ciudad y habitar en la zona más exclusiva de ella³. Pero no fueron los únicos. Las poblaciones aborígenas y negra también se asentaron dentro de una ciudad que crecía a un ritmo inusual. Al comienzo sus presencias se debían a que cumplían labores domésticas o en el caso del negro por su condición de esclavo, mientras que un pequeño sector se ubicó en las zonas circundantes, en los espacios rurales. Este panorama sufriría modificaciones a los pocos años de fundada la ciudad.

La realidad social y la intensa movilidad se encargarían de demostrar que este estado de las cosas no era sostenible. Al lado de la casa de una importante autoridad podía habitar un humilde indígena, el que a la vez podía compartir espacio con un negro, mestizo, etc. En la práctica, la separación social tendía a la flexibilización de su rigidez. Las zonas exclusivas no existían, por el contrario se podía hallar barrios, callejones⁴, casuchas, solares, habitaciones y mansiones muy cerca a la Plaza Mayor.

La expansión demográfica y urbana de Lima no solo se dio dentro sino también fuera de ella. Al otro lado del río Rímac se encontraba el barrio de San Lázaro, una zona marginal desde su nacimiento. Este espacio estuvo compuesto por indígenas y esclavos negros que padecían el mal de la lepra, motivo que llevó a que fueran expulsados de la ciudad ante el miedo de que dicha enfermedad se propagara. Por esa razón, en San Lázaro se formó un hospital e iglesia para el socorro de sus habitantes (Angulo, 1935). Además, ahí también

construcción de su iglesia”. Archivo General de la Nación (en adelante AGN-Perú). Sótano-Varios. Leg. 9, folio 23.

³ Esta preferencia de la gente hispánica e hispanizada de habitar en centros urbanos fue un fenómeno que se dio en toda la América española. Ampliamente dispersas, las ciudades españolas estaban separadas por grandes fajas de campiñas indígenas, que iban de las densamente pobladas a las casi vacías (Lockhart, 1990: 64).

⁴ El callejón era un microcosmo que representaba lo abigarrado que era la sociedad. Se podía encontrar a personas pudientes como a delincuentes, vagos o jugadores. Uno de los más conocidos en la colonia era el callejón llamado Matamandinga, a mediados del siglo XVIII. Este tenía fama, según el fraile Francisco del Castillo, Ciego de La Merced, de ser un lugar peligroso debido “a que no siempre las personas que circulaban por ahí llegaban a su destino”. (Vargas Ugarte, 1948: 35). Además, también era una especie de hipódromo callejero por la realización de carreras de caballos, diversión muy difundida en Hispanoamérica.

existía el llamado Baratillo. En el siglo XVI, existía una plazuela donde los días domingo se reunían muchos negros esclavos que vendían en mesas y en el suelo infinidad de artículos “a bajo precio” o “baratillo”. Realizadas las ventas, al caer la tarde estas ferias degeneraban en escándalos ante el desenfreno de los negros por razón del alcohol (Mariátegui, 1956: 63).

En el siglo XVIII se consolidaría este proceso demográfico y urbano. Demográficamente el mestizaje socavaría los cimientos del sistema colonial a tal punto que los españoles provenientes de la metrópoli cuestionaron el origen social de los llamados criollos debido a que las demás castas podían, paradójicamente, ‘cambiar’ de estatus con tan solo verse distintos físicamente y mejor ataviados. En tanto que en el plano urbanístico, la creación de nuevos espacios de encuentro acentuaría lo evidente: el encuentro, cruce, roces, intercambios de la plebe con la nobleza limeña. Casi no existía espacio exclusivo salvo las propias casas o aquellos lugares a las afueras de la urbe.

1.1. Demografía, urbanismo y economía

En el siglo XVIII Lima fue escenario de la aparición de una variedad de castas posibles e inimaginables para los españoles. Así lo refleja el siguiente cuadro:

Composición de la población por etnias

Etnia	Año 1700	%	Año 1790	%
Espanoles	19,632	56,5	18,862	38,1
Indios	4,063	11,7	3,912	7,9
Mestizos			4,631	9,3
Mulatos	3,370	9,7	5,972	12,1
Cuarterones			2,383	4,8
Quinterones			219	0,4
Negros	7,659	22,1	8,960	18,1
Zambos			3,384	6,8
Chinos			1,120	2,2
Total de habitantes	34,724	100	49,443	100

Fuente: Pérez Cantó, 1985: 50

Si se realiza una comparación entre los censos de 1700 y 1790 se puede comprender varios puntos respecto al crecimiento demográfico urbano durante dicho siglo. Empecemos con el hecho de que la sociedad limeña para mediados del XVIII era una ciudad altamente multiétnica, en donde la jerarquización social va a estar basada en el principio casta-estamental. En el cuadro se observa claramente un aumento considerable de la población, el mismo que estuvo acompañado con el surgimiento de nuevas denominaciones étnicas. Por lo que la élite criolla limeña en su afán de diferenciar y particularizar a la vez, se encargó personalmente de definirlas y evitar de esa manera cualquier tipo de confusión y mezcla.

Lo interesante de este aumento demográfico es aquella parte de la población que vio un incremento notorio de sus miembros. Mientras que la élite mantenía una cierta estabilidad, no había un aumento considerativo de sus integrantes, ya que en lo que enfatizaron fue el estrechar lazos amicales, comerciales y políticos, totalmente lo contrario sucedió con la denominada plebe. El siglo XVIII fue testigo de lo que tanto evitaba la nobleza limeña. El contacto físico entre los que conformaban la plebe produjo que la mezcla entre las clásicas denominaciones de indio, negro y español produjeran una infinidad de cruces no antes pensados. La plebe se multiplicó, superó notoriamente a la élite, y con ello se volvió más difícil reconocer a sus miembros según algún tipo de clasificación.

Por esta razón se convirtió en una necesidad, para un integrante de la élite, demostrar su estatus, y una de las formas era mediante la certificación de la pureza de sangre. Gracias a ello reafirmaba su origen legítimo y el rechazo a cualquier acusación de ilegitimidad⁵, que lo único que conseguía era denigrar tanto a ellos como a su familia⁶. Asimismo, existió la denominada “gracias al sacar”, que permitía obtener el deseado ‘blanqueamiento’ con el solo requisito de tener el dinero requerido para adquirirla. De este modo, el sistema de casta se tendía a disolver frente a la capacidad económica.

En el siglo XVIII el mestizaje alcanzó su máximo desarrollo. El cruce racial entre un español y una indígena tuvo sus antecedentes en el mismo hecho de la conquista y posterior colonización. Magnus Mörner sostiene que el mestizaje era producto tanto de la promiscuidad de los españoles como el deseo de las indias de obtener “beneficios” al llegar a casarse con un español (1969). Aunque tampoco se debe descartar que el mestizaje fue producto de la irresistible presión social que tuvieron los españoles a medida que la penetración económica, religiosa y cultural los ponía en contacto directo con las mujeres indias, a pesar de la migración de mujeres españolas al Perú que siempre resultó insuficiente (Fisher, 2000)⁷.

El fenómeno del mestizaje podía ser observado empezando desde las calles hasta en los mismos hogares. La morfología que había adquirido la ciudad fue tal que casi no existían zonas exclusivas. La plebe y la nobleza compartían el mismo barrio. La única forma de privacidad que podía conseguir la nobleza era quedándose en su propio domicilio o alejándose, solo por momentos, a las afueras de la urbe, como lo eran Chorrillos, Lurín o Bellavista. Atrás habían quedado aquellos años en que Lima era fácil de moldear arquitectónicamente. Gracias a su poca cantidad de habitantes, hacía factible el manejo demográfico. El siglo XVIII trajo consigo cambios sintomáticos que estuvieron relacionados con los nuevos patrones de urbanismo europeo. Como bien señala Walker, Lima era ya inaceptablemente desordenada incluso antes del terremoto de 1746. La traza

⁵ El ser acusado de ilegítimo lo podía marginar a uno de ocupar importantes puestos administrativos dentro del gobierno borbón (Pérez Cantó, 1985: 75).

⁶ La ‘limpieza de sangre’ no significaba realmente una total pureza de sangre. Se llegó a considerar a una persona como español aún si poseía 1/8 de sangre india o 1/16 de sangre negra (Rosenblat, 1954: 180).

⁷ Por su parte, René Salinas sostiene que la miscegenación tuvo un carácter más dinámico y acelerado en los centros urbanos, porque en ellos los controles directos eran más débiles. El mestizaje en las ciudades era más fluido que en el campo (2001: 168).

geométrica que grabó en piedra las divisiones sociales había quedado debilitada por la complejidad racial, el abuso de la religiosidad barroca y los poderes acumulados por las órdenes mendicantes y los jesuitas, así como por la élite urbana (2012: 79).

Este crecimiento demográfico no hubiera rebalsado todas las expectativas si no hubiese estado acompañado del crecimiento urbanístico. Por lo general se relaciona el terremoto del 28 de octubre de 1746 como el factor que incidió en el inicio de los cambios urbanos⁸. Es cierto que este fenómeno de la naturaleza tuvo mucho que ver con la nueva política urbanística que adoptaron los virreyes borbones, ya que fue más viable levantar una ciudad derruida según los planteamientos modernos propuestos por el arquitecto, astrónomo y matemático francés Louis Godin semanas después del terremoto. Pero también es cierto que desde antes que sucediera tal movimiento ya estaba planificado el reordenamiento de la ciudad. El terremoto lo único que hizo fue acelerar dicho proceso y hacerlo menos complicado, pues era más fácil reformar una ciudad que prácticamente había desaparecido que una con sus edificios civiles y religiosos bien radiantes.

Pasada la catástrofe, nuevamente la morfología limeña tuvo un cambio radical. Lima tuvo que ser levantada en beneficio de recuperar el prestigio que la naturaleza se había encargado de desmoronar. El virrey José Antonio Manso de Velasco tuvo en sus manos la ardua labor de levantarla de los escombros y devolverle su condición de ciudad más importante de Sudamérica. Y no tardaría mucho tiempo en estar nuevamente recuperada. La ciudad otra vez se poblaría, pero ante la escasez de terrenos habitables se optó por invadir zonas alejadas de las murallas, como aquella que comprendía el Hacho. Hace mucho que Lima había dejado de ser solamente el damero de Pizarro, albergando en su propio seno espacios marginales y exclusivos.

Dicho esto, las reformas urbanas estuvieron encaminadas a mejorar la imagen que mostraba la urbe. Por ello se puso mayor atención en aspectos como la higiene, aseo, ornato, limpieza, mediante proyectos tanto del Estado como de privados. La política urbana borbón se encaminó a mejorar la estética limeña, pero no solo reordenando lo ya existente, sino también creando lo inexistente. Dos ejemplos que sintetizan en qué consistió lo señalado son el Coliseo de Gallos (1762) y la Plaza de Toros (1766). Estos nuevos espacios

⁸ Para ver un estudio completo sobre el terremoto véase los textos de Pérez-Mallaína, 2001; Walker, 2012.

se caracterizaron por ser novedosos y sofisticados lugares en donde se pudo catalizar unas diversiones que antes se desarrollaban de manera desordenada. Se deseaba desterrarlas de las calles, atrios, plazas y plazuelas para trasladarlas hacia lugares que aglomerasen a toda la masa de aficionados que en su gran mayoría estaba conformada por la plebe. A la vez que se buscó mantener vigilada a la plebe, también se controlaban sus gustos por tales entretenimientos mediante el acompañamiento de una mayor vigilancia sobre sus movimientos y sobre cada acto delictivo o todo aquello que atentara contra el nuevo orden que se quería establecer.

La proyección de una ciudad con edificios civiles y religiosos, con calles abiertas y libres de cualquier tipo de incomodidad para el tránsito, con espacios definidos de diversión, las casas protegidas con imponentes muros altos para que no puedan franquearlos los malhechores y construcciones que terminaban por embellecer la urbe (como el Paseo de Aguas, la Alameda del Acho, la Portada de Maravillas, la Quinta de Presa, la Alameda de los Descalzos) son fruto de aquellos esfuerzos que respondían a la necesidad de modernizarla en términos de mejoras, renovaciones y creaciones según las exigencias del momento.

Urbanísticamente, Lima estaba a la vanguardia. Además de los mencionados, también hay que destacar los edificios que acogieron el avance de la ciencia médica en el virreinato. La creación del Anfiteatro Anatómico en 1792 y la escuela de Medicina de San Fernando en 1811, son productos del interés de los científicos peruanos por seguir las novedades de la ciencia médica europea. Una mención aparte merece el Cementerio General terminado en 1808 bajo la dirección del licenciado Matías Maestro. Lo trascendental de su construcción fue que revolucionó la forma de enterrar a los muertos, ya que se ubicaba en un lugar propicio en donde no causaría daño a la ciudad y a sus moradores con el hedor putrefacto que emanaban los cadáveres (Casalino, 1999).

Un tercer punto en este proceso de cambios es lo económico. Hacia el exterior, Lima era económicamente una valiosa fuente de riqueza. Por esa razón los borbones se propusieron obtener el máximo provecho posible, aunque ello significara atentar contra los intereses de sus principales aliados, los comerciantes limeños. Con la creación del virreinato del Río de

la Plata en 1776, el virreinato peruano perdía un importante mercado pues junto a él se iban zonas claves como Potosí, en el Alto Perú.

Lima, como sede del poder regio español en estas tierras, empezó a ser mermada en su rol de suprema monopolizadora comercial sobre vastos territorios periféricos. El Reglamento del Libre Comercio decretado en 1778 socavó aún más los intereses económicos de los comerciantes reunidos en el Tribunal del Consulado. Sin embargo, según Cristina Mazzeo, este reglamento no significó el descalabro de estos comerciantes, ya que supieron encontrar y crear medios tanto para salvaguardar sus intereses como para expandir los mismos. Como señala, “la aristocracia mercantil limeña siguió beneficiándose con las nuevas disposiciones legales más allá de los supuestos conflictos de intereses de puertos coloniales” (1994: 230)⁹.

El Libre Comercio significó restricciones al comercio interno limeño. Entre los más perjudicados estuvieron el sector artesanal y manufacturero, principalmente el segundo. Las manufacturas limitaron su producción para dar paso a la llegada de productos provenientes de la península, lo que causó una crisis interna que llegó a afectar tanto a los mismos dueños como a los trabajadores. Una de las principales consecuencias de esta crisis productiva fue la falta de trabajo (Quiroz, 2008: 196). Este escenario llevó a la urbe a ser una sociedad desmesuradamente consumidora, negándole convertirse en un país manufacturero (Lazo, Medina y Puerta, 2000: 37).

La población local se vio en la necesidad de desempeñarse en una diversidad de labores. Incluso los mismos hacendados, comerciantes y burócratas participaban en diversas actividades productivas que para la época eran mal vistas por ser consideradas “envilecedoras” de las personas que las ejercían. Aunque de manera paulatina, este concepto empezó a tener un giro reivindicativo al empezar a ser considerado como un medio de rehabilitación social (Quiroz, 2008: 221-222).

⁹ David-Sven, uno de los pioneros en este tema, sostuvo que pese a la “difícil situación por la cual pasó la oligarquía limeña, pronto aprendió a adaptarse al sistema de libre comercio, procurando pasar sus pérdidas económicas a otros sectores de la sociedad, mediante el control de la política, economía y sobre todo mediante el control de la distribución de la riqueza y de sus propias inversiones” (1980: 258).

Los viajeros Jorge Juan y Antonio de Ulloa, que estuvieron a mediados del XVIII, observaron de cerca a la élite criolla concluyendo lo siguiente:

“sufragan a la subsistencia de aquellas familias en los gastos tan crecidos que hacen para mantener una decencia, cuyos costos serían insoportables para otras gentes, como se irá reconociendo, los mayorazgos que gozan las haciendas opulentas que disfrutaban o los empleos políticos y militares que se les confiere, y a los que ni tienen rentas de mayorazgos ni de haciendas libres les contribuye con no inferiores ventajas que a los otros el comercio, al cual se dedican sin reparto aunque sean de las familias más condecoradas y nobles, porque la calidad no desmerece allí nada por esta ocupación” (1748: 69).

Por su parte, la plebe tendía a emplearse en oficios manuales y mal vistos tradicionalmente por la sociedad. Negocios urbanos como las pulperías, cajones o panaderías, fueron establecimientos que sirvieron de estímulo económico para el sector emergente, aunque también para personas ciertamente acomodadas en la búsqueda de obtener réditos tanto para el beneficio propio como para el erario estatal (Mexicano, 2001). Un caso representativo era la panadería. Este negocio cumplía a la vez otras funciones como la de ser centro de trabajo forzoso en beneficio del patrón y el de ser espacio de corrección y de castigo físico (Arrelucea, 1996). Yolanda Mejía sostiene que al ser una especie de cárcel, eran continuos el bullicio y el alboroto que generaban malestar en los vecinos, quienes en algunos casos solicitaban su demolición en busca de tranquilidad (1993: 14).

A causa del aumento demográfico según el censo de 1790, hubo también un incremento y diversidad de oficios, labores y productos existentes, a raíz de las demandas según la necesidad de cada morador. Por ello, en esta época existió una gran variedad de negocios en los que mayoritariamente participaba la plebe. Negocios que no siempre estaban acordes a la norma. Así lo confirma la existencia de ambulantes, buhoneros, callejeros que vendían sus productos por todo el casco urbano. Aunque también era común encontrar que los mismos productores manufactureros incentivasen la venta ambulatoria como una forma de expandir sus productos eludiendo el control de los gremios comerciales (Quiroz, 1999: 93). Al respecto, Fernando Iwasaki apunta que en el mundo colonial existieron dos tipos de actividades comerciales. El primero, “el comercio formal, quienes realizaban operaciones mercantiles al amparo de las leyes; y el segundo, el comercio informal, aquellos que

desarrollaban un comercio clandestino y al margen de las leyes vigentes, como fue el caso del comercio ambulatorio y la industria urbana no agremiada” (1987)¹⁰.

En esta cadena de circulación de mercaderías del sistema productivo colonial, que iba desde el productor hasta el directo consumidor, es imposible no mencionar a los llamados regatones. Los regatones fueron aquellas personas que adquirirían artículos de diversa índole para luego revenderlos, produciendo insatisfacción en los gremios y comerciantes quienes sí cumplían con la formalidad, al tributar y someterse a las ordenanzas de su junta gremial.

Un negocio que llamó la atención en un gran sector de la plebe fueron las conocidas casas de juego. Este negocio se remonta a los primeros años de la colonia, pero fue en el siglo XVIII que adquirió importancia por ser una fuente accesible para obtener dinero. Ante la escasez de trabajo muchos optaron, con previa licencia, establecer en sus casas, en una habitación o en un local alquilado, un espacio medianamente extenso que pudiera albergar jugadores ávidos por apostar (Barrera, 2013)¹¹.

Los residentes extranjeros también sintieron los estragos de la desaceleración económica. La comunidad extranjera, en base a su conocimiento artesanal, tuvo la iniciativa de instaurar locales novedosos para los limeños. A modo de ejemplo, se puede citar el caso de los franceses, quienes además de su presencia en negocios como panaderías, fondas, cocina o peluquería, fueron los responsables de traer el gusto por el denominado café. Esta situación causó temor tanto en el Tribunal del Consulado como en los gremios ante la competencia que originaban, según Susy Sánchez (2005a)¹².

¹⁰ Iwasaki sostiene que la informalidad se debió a dos razones: “el costo de legalización, que implicaba el costo del acceso a las oportunidades económicas y sociales que brinda el pertenecer al orden legal formal; y el costo de legalidad, que eran aquellas cargas burocráticas, tributarias, legales, etc., que hacían difícil que una persona se mantenga dentro del sistema formal” (1987).

¹¹ El caso de la realidad guayaquileña no era tan diferente. Para María Chávez “era una urbe que bulle de actividad comercial. En las ‘ramadas’, en los puestos del mercado, en las tiendas y pulperías y en los puestos ambulantes, la gente se provee de todo lo necesario para el diario vivir [...] Junto a estos lugares se puede encontrar mesas de truco, billares y balsas atracadas a la orilla del río, en donde los guayaquileños se dedicaban a diversiones muchas veces tildadas de ilícitas” (2002: 69).

¹² La presencia extranjera no siempre estuvo bien vista por las autoridades. A inicios de la colonia hubo una restricción en impedir la llegada y estadía de foráneos. Ello influido por una serie de actitudes de aquellos años, donde se rechazaba de manera radical a lo no español. Situación que cambiaría de manera paulatina y que se acentuaría en la decimoctava centuria, periodo en que la mentalidad *antiextranjera* se empezaría a disipar poco a poco (Armas, 1997).

1.2. La sociedad limeña hasta mediados del siglo XVIII

La idea de república tiene toda una tradición política proveniente de Aristóteles, Platón y, posteriormente, en la Edad Media con Tomás de Aquino. No es nuestro interés rastrear los orígenes de este concepto, pero sí entender el papel que cumplió en el momento de legitimar el orden social colonial temprano y el desgaste que sufrió hasta llegar a mediados del siglo XVIII. El funcionario y jurista Juan de Solórzano y Pereira resume magníficamente en qué consistía la idea de república:

“según la doctrina de Platón, Aristóteles, Plutarco y los que siguen, de todos estos oficios hace la República un cuerpo compuesto de muchos hombres, como de muchos miembros que se ayudan y sobrellevan unos a otros; entre los cuales, a los pastores, labradores y otros oficios mecánicos, llaman pies y otros brazos, otros dedos de la misma República, siendo todos en ella forzosos y necesarios cada uno en su ministerio, como grave y santamente lo da a entender San Pablo” (1972: 185)¹³.

La república era en pocas palabras el todo, el conjunto de agrupaciones que conformaban la sociedad y estas a la vez estaban vinculadas de manera estratificada. En el caso limeño, se llegaron a conformar dos repúblicas, la de españoles y la de indios. Ambas, juntas, representaban la idea de república planteada por Solórzano. Eran dos miembros del organismo “humano”. La primera encerraba tanto a peninsulares como a criollos, convirtiéndose en la conductora del orden en Indias y emulando a las instituciones y autoridades del Imperio. La segunda incluía a toda la población aborígen organizada bajo sus propias potestades locales y también a algunas instituciones que procedían del mundo prehispánico (Sánchez-Concha, 1999: 60-61)¹⁴. Incluso dentro de la misma república de indios existían estamentos, funcionaba un régimen heredado de tiempos preincaicos e incaicos, a los que se aunaban los inherentes del sistema de castas que implantó y mantuvo la estructura colonial (Espinoza, 1984: 202).

Lo característico de esta sociedad de repúblicas era la inexistencia de la persona en sí. Su sola presencia no significaba nada, solo tenían legibilidad cuando pertenecían a una corporación o grupo social. Lima era una sociedad corporativista (asociación de individuos

¹³ El párrafo es recogido del artículo de Rafael Sánchez-Concha en donde cita el texto de Solórzano y Pereira (1999: 57).

¹⁴ Pese a estas diferencias, entre ellas se complementaban. Dado que ambas estaban articuladas entre sí por vínculos económicos y sociales que las harían mutuamente dependientes (Contreras y Zuloaga, 2014: 112).

de una misma condición socio-económica). Estaban los clérigos, oficiales reales, nobleza, indígenas, entre otros. Los individuos de cada colectividad poseían derechos y privilegios cuando pertenecían a una corporación, aisladamente no. Pero no eran corporaciones homogéneas con las mismas prerrogativas, existía jerarquía entre ellas.

Luego de fundada la ciudad, la población aborígen fue desterrada a vivir a los alrededores de la pequeña urbe, pero la necesidad de contar con aquella mano de obra obligó a las autoridades a traerlos en calidad de servidores. La fundación determinó un control más directo sobre las poblaciones indígenas que vivían en los valles que pasaron a constituir su comarca (Vergara, 2005: 199). Desde el primer momento, la población indígena estuvo marcada por el signo de la derrota, de la invasión, el sometimiento, a estar subyugada por la población española. Es por ello que era necesario legitimar de manera efectiva el nuevo orden social impuesto desde la península. La política usada por la corona española y la Iglesia católica fue el arma usada para demostrar el papel que cada sector social debía cumplir y respetar, a pesar que por real cédula de 20 de junio de 1500 se había declarado que los indios debían ser considerados, jurídicamente, como vasallos libres de la corona de Castilla. Esta libertad estuvo condicionada en lo doctrinal al ser equiparados, también jurídicamente, a los rústicos o menores del viejo derecho castellano; o sea, a aquellas personas necesitadas de tutela o protección legal (Ots Capdequi, 1957: 27-28).

Los españoles estaban relativamente ordenados y concentrados alrededor de la Plaza Mayor, en tanto los indígenas diferían en su situación. Ellos se hallaban dispersos por las amplias zonas rurales que envolvían Lima. Así que si se deseaba ordenarlos para poder controlarlos antes era necesario concentrarlos en puntos específicos bajo la dirección de autoridades elegidas.

La creación de las llamadas reducciones de indios jugó un papel por demás relevante en aquel propósito, porque fue una de las formas de sometimiento de las masas aborígenes a la dominación española (Cárdenas, 1980: 19). Una buena explicación sobre el trasfondo que escondían las reducciones la menciona Mario Cárdenas al sostener que eran “instituciones implantadas por el gobierno colonial como parte de un plan de explotación racionalizada y consistieron fundamentalmente en la concentración de poblaciones rurales dispersas en los campos de cultivo o áreas de pastoreo, en núcleos o poblados” (1980: 21). Así pues,

resultaba beneficioso concentrarlos por la mano de obra barata que representaban y porque así se aseguraba el pago de las contribuciones. Con las reducciones la corona organizó a la población indígena bajo su control, legislando y nombrando autoridades para que inserten a las sociedades andinas dentro del sistema colonial (Vergara, 1990: 322).

Sin embargo, las reducciones no llegaron a ser tan determinantes como se deseaba. La corona española sintió la ausencia de una autoridad que simplifique y represente la política Habsburga. En ese sentido, la aparición del corregimiento fue vital en este contexto. Los corregimientos se constituyeron por el licenciado Lope García de Castro ante la necesidad de reforzar el sometimiento indiano y la ausencia de una autoridad que represente el poder español mediante la mantención del orden establecido. Se buscó el medio de legitimar las diferencias sociales, las diferencias entre el español y el indio. La creación de las ya señaladas repúblicas sirvió de base para forjar el tipo de sociedad que se mantendría hasta las primeras décadas del siglo XVIII.

No obstante, la presencia de las repúblicas no eran suficiente, hacía falta otro elemento que reforzara el sistema español. Así, otra característica de esta sociedad fue la estratificación social. En una sociedad estratificada las corporaciones se superponían y los individuos que las conformaban tenían la obligación de mantenerse en el lugar que les había tocado; es decir por estamentos. Como afirma Magnus Mörner, el sistema estamental era una sociedad jerárquica cuyas capas estaban rígidamente separadas por la ley y las costumbres, y con frecuencia caracterizadas por sus diferentes relaciones hereditarias con la tierra (1980: 3). Carlos Lazo y Javier Tord advierten que en el Perú colonial “la estratificación estamental giraba en torno a los valores más excelsos de existencia noble representados por el honor, la honra y la fama” (1984: 353)¹⁵, aunque ello no implique que sea un sistema rígido. Precisamente, el sistema estamental permitía cierta medida de movilidad social en sentido vertical (Mörner, 1980: 3). La demostración de méritos y probanzas ante la Real Audiencia o la misma corte era necesaria para obtener prerrogativas. Uno de los primeros casos sucedió con las encomiendas, los no gratificados con esta merced realizaron todo un litigio

¹⁵ Los autores agregan que el orden social por estamentos existió como una forma concreta de manifestación social e ideológica que la clase señorial debía imponer para efectivizar su dominio sobre la mente del dominado, lo cual tomaba la apariencia de esencialidad y esto lo llevaba a una comprensión equivocada de las causas de su dominio (1984: 392).

para demostrar su participación en el proceso de conquista a favor del rey y así ser reconocidos.

En base a esta explicación se puede entender el principio de estamento o cuerpo en esta sociedad de repúblicas. Las colectividades integrantes de la estructura del gobierno del monarca fueron considerados como pequeños estados, estamentos o cuerpos (Robles, 2015: 97). Los dos cuerpos que conformaban la república (española e india) eran los pilares del sostenimiento de la sociedad política. Llevado esto a las reducciones que eran el núcleo de los corregimientos se entendía que “la colectividad de reducciones insertadas en la cultura política Habsbúrgica vendrían a ser las asociaciones o congregaciones de individuos con una misma condición. Los corregimientos de indios eran la institución matriz para impulsar esta unidad del estamento o cuerpo indígena que estaba conformado por indios nobles y *hantunrunas*” (Robles, 2015: 100).

Las dos repúblicas, como bien menciona Sánchez-Concha, se basaban en la concepción aristotélica y escolástica de la sociedad (1999: 64), la noción de república y el orden divino en el que cada uno ya tenía un papel predeterminado en el mundo: algunos nacían para gobernar y otros para ser gobernados. Este origen cristiano del orden recalcaba la subordinación y sumisión de las personas ante el gobernante, el resignarse a aceptar la decisión de Dios y cumplir pasivamente las órdenes emanadas por el Estado y la iglesia.

Para sostener el equilibrio del orden social era necesario hacer entender al indígena el rol que tenía que cumplir. Al sometimiento que tuvo que enfrentar con la invasión española, se sumaba toda una campaña ideológica de menosprecio e inferioridad frente al conquistador. El ser considerado como un ser incapaz de gobernarse a sí mismo y poder conducirse con prudencia llevó a las autoridades españolas a autodenominarse como los salvadores de aquel hombre salvaje, pagano e inculto. La concepción sobre un dominado con características de rudo, miserable y débil justificaba su condición de siervo y la urgente necesidad de someterlo al tutelaje señorial (Tord y Lazo, 1984: 94).

En ese cometido el término ‘tiranía’ jugó un papel sintomático. Los encomenderos, curacas y los mismos corregidores trataban con crueldad al indio. Este comportamiento tiránico se sustentaba en la concepción aristotélica de que la tiranía era la única forma de gobierno que

conocen los bárbaros. Basado en esto, era misión de los españoles en América sacar a los indios de la barbarie (Bakewell, 1989: 20). El español se autoconsideró el gran libertador de aquel indígena que vivía bajo la tiranía incaica. Según esta premisa, sus actos estaban justificados; es más, el indio tenía la obligación de tributarle y guardarle fidelidad por romperle las cadenas en esta lucha loable contra la opresión inca.

En las repúblicas era necesaria la existencia de una cabeza capaz de dirigir los cuerpos que la conformaban. La obligación recaía sobre el monarca español, quien debía de poseer la suficiente capacidad para dirigir correctamente a los cuerpos en armonía y sostener las jerarquías. El sostenimiento del orden social era elemental, por lo que los cuerpos de la república tenían que respetar lo preestablecido y el bien común del sistema. Estos planteamientos de corte medieval, eran reforzados con otras formas de exclusión tales como la aversión que se engendró hacia el trabajo manual. Este prejuicio es el resultado de una concepción social que asignaba a los señores el papel exclusivo para la contemplación, el ocio y la aventura guerrera (Tord y Lazo, 1984: 90). Mientras que los oficios mecánicos o manuales eran labores perfectas para el resto de la población.

Para terminar de analizar a los principales integrantes de la sociedad durante estos siglos, es necesario considerar al negro y al mestizo. La población africana llegó junto con la española al momento de la invasión. Su situación era distinta al del indígena, lo cual no significa que haya sido mejor. Hablar de una persona de ascendencia africana era referirse indiscutiblemente a un esclavo. La razón por el cual eran trasladados a este continente era exclusivamente para servir al español. A causa que eran traídos de diferentes partes del África no existía en ellos una homogeneidad. En el interior había diferencias, comenzando por el mismo hecho de su lugar natal. Por lo que al asentarse en Lima tendieron a dividirse en naciones que replicaban en la medida de lo posible las filiaciones lingüísticas y culturales que se daban en el continente africano (Jouve, 2005: 43).

El estudio realizado por José Jouve resume cuál era la situación social de la gente negra a finales del siglo XVII: “la población de origen africano puede considerarse una comunidad profundamente descentralizada, si una estructura jerárquica común a todos los individuos, y en este sentido muy diferente de las comunidades indígenas. El factor más importante de cohesión social no está determinado por narrativas o instituciones, sino por otros nexos que

se establecen entre sus miembros, tales como los matrimonios o la adscripción a una casta. Sin embargo, también presentan profundas fracturas que existían entre los individuos que la integraban” (2005: 183-184).

En el caso de los mestizos, su constante contacto directo con el español y el indígena provocó empezar a encontrar fisuras en la separación por repúblicas. Dentro de este discurso político Habsburgo no encajaba, justamente, el mestizo. Por su cuerpo corría sangre incaica y castellana. Lo cual poco importó porque, al igual que los indígenas, fueron relegados socialmente. Precisamente, es el acercamiento que tuvieron con el mundo indígena, por parte de la madre por lo general, el que hizo que se empiece a crear un discurso en relación a los vínculos que compartían con dicha población, catalogándolos de personas inclinadas al vicio, vagos, pendencieros, mentirosos, etc. A la vez que se asumió que esta gente tenía muchas de las costumbres indígenas como la manera de comer y beber, dándose de este modo el proceso de “indianización” de la imagen del mestizo (Konetzke, 1960; Ares, 1997).

El talón de Aquiles del mestizo era que muchos tenían un origen ilegítimo. Debido a esto se le restringía el acceso a cualquier cargo público, a algunas órdenes religiosas, como también se les prohibía portar armas, montar a caballo, llevándolos a ser rechazados por el estigma que los marcaba (Konetzke, 1960; Ares, 1997). Si bien la mayoría de los mestizos era de ascendencia ilegítima, había un pequeño grupo que era reconocido por sus padres e incluso llegaron a vivir a su lado absorbiendo los valores del universo paterno, manteniendo una constante relación con los hijos de la nobleza de la más alta posición social. Como consecuencia de ello podían gozar de cierto prestigio y así abrirse un espacio dentro de la administración colonial.

En resumen, las características de Lima hasta mediados del siglo XVIII serán esencialmente las señaladas hasta el momento. Una sociedad dividida en repúblicas, compuestas por corporaciones, existiendo entre ellas jerarquías, aunque obviamente con ciertos cambios. La hegemonía de los encomenderos de inicios de la colonia cedió, primero, a favor de los corregidores y, luego, en beneficio de la nobleza criolla. Esta hegemonía como ahora veremos será un factor decisivo en la reestructuración de la sociedad.

1.3. Repensando la plebe

Desde mediados del siglo XVIII se puso en práctica en el continente americano un plan de reformas en favor de organizar la dirección del aparato burocrático. Este conjunto de medidas son conocidas como las Reformas Borbónicas. Algunos autores consideran que el inicio de las reformas es 1750, por ser el año en que se empezó a sentir los cambios administrativos de la nueva política tomada desde la península¹⁶. Esto, a pesar de que desde inicios del siglo ya se estaban asentando los cimientos para los cambios que ocurrirían poco después (Moreno Cebrián, 2000).

De esa forma se empezó a dictaminar un conjunto de medidas que tuvieron como objetivos esenciales resolver la crisis fiscal española y recuperar la representatividad en el territorio americano. Fue Carlos III (1759-1788) el gran artífice de estos cambios drásticos que se produjeron. Guiado por sus ministros propulsó recuperar el terreno perdido por los reyes Habsburgo en torno al control y dominio español en estas tierras. La expulsión de los jesuitas en 1767, la creación del virreinato de Río de la Plata en 1776 y el posterior decreto del Libre Comercio en 1778, el cual solo era un simple formalismo de lo que en la práctica se estaba dando, terminaron por socavar una ciudad que había perdido su supremacía en relación al virreinato de Nueva España, que era más próspero y populoso en torno al Imperio español.

Los Habsburgo habían implantado un sistema de consenso con los criollos americanos que se vieron fuertemente favorecidos debido a los favores y licencias que obtuvieron dentro del aparato gubernativo (Lynch, 2001: 82). No era raro encontrarlos en los más importantes puestos del gobierno colonial, debido también a que la crisis fiscal que padecía la corona la empujó a ofrecer en venta cargos públicos para poder paliar las deficiencias económicas que sufría, llegando incluso a ofrecerse en venta el cargo de virrey.

El plan de reformas no se limitó a la esfera política o económica sino que abarcó los diversos ámbitos de la sociedad, como lo fueron la educación, la ciencia, la tecnología, la higiene, los juegos, las diversiones y con ello el tipo de orden social. En pocas palabras, el

¹⁶ John Fisher sostiene la tesis de que es a mediados del siglo XVIII y no desde el reinado de Felipe V que se puede empezar a identificar los preámbulos del dinámico programa de cambios llevados a cabo en Hispanoamérica por Carlos III (2000).

sistema de casta estamental que había prevalecido durante cerca de dos siglos ya no era suficiente para seguir manteniendo el statu quo. El planteamiento de un orden divino que regía el mundo y el devenir de cada individuo, cuya misión estaba predeterminada, no bastaba para explicar una sociedad que estaba en pleno proceso de secularización. Las diferencias sociales necesitaban de otra forma de legitimación, una más acorde a la época. El discurso basado en las diferencias económicas, políticas e intelectuales fue el cimiento que marcaría el nuevo tipo de orden social que se prolongaría hasta el periodo republicano¹⁷. Clasificar a la población por castas era una tarea incansable. El alto grado de mestizaje no permitía definir a cada individuo según su origen étnico. Por ello lo más viable y fácil consistió en agrupar a toda la población bajo la denominación de plebe.

Para un criollo era importante no solo reconocerse a sí mismo como criollo, sino que la sociedad lo identifique como tal. Debido al aumento significativo del mestizaje en este siglo, los blancos van a tender a ser confundidos con los mestizos, lo cual era considerado una deshonra por ser signo de igualdad con un grupo que poseía en su cuerpo sangre india. Para diferenciarse optaron por mostrar su repudio, un rechazo que se hizo sentir sobre cualquier tipo de mezcla, y en el que estuvieron incluidos los judíos y moriscos que también tenían presencia en América colonial (Rosenblat, 1954).

Según la documentación consultada, en el siglo XVIII se empezó a utilizar el término plebe para homogeneizar a la población. El mismo que pronto adquirió una serie de connotaciones con un sentido de desprecio, al calificarlo con epítetos como “ínfima plebe”, “populacho”, “gente vil”, entre otros. En un pionero trabajo, Flores Galindo planteó que esta gente era reconocida por su ignorancia, mestizaje, penuria económica, carencia de un oficio definido y especialmente no tener esclavos (1991). Ello con la finalidad de distinguirlos de los nobles, ricos y gente ilustrada. Posteriormente, Jesús Cosamalón demostró que la plebe no solo se caracterizó por rasgos negativos o violentos, sino que también aprendió a entablar relaciones amicales, cultivando actitudes como la solidaridad (1999).

¹⁷ Pablo Rodríguez acota que a la par “la calidad de los notables exigía que cumplieran con la etiqueta que imponía la Ilustración. El vestido, las maneras de hablar, el comportamiento en la mesa y en las reuniones sociales de la gente noble estaban marcadas por una detallada etiqueta. Eran estos rituales sociales, representados cotidianamente en público, los que diferenciaban a las élites de la plebe de indígenas y negros” (2001: 239).

En la denominación plebe estaban reunidos los vagos, vagabundos, pobres ya sea español o no, mercachifles, esclavos, indios, en general las castas. Incluso el solo hecho de estar parado en una esquina, caminar por las calles sin un destino predestinado, descansar, tener trabajo pero con momentos libres, también eran rasgos asociados a la plebe (Aguirre, 1993).

Antes de continuar es preciso realizar algunas precisiones sobre esta construcción social. Repensarlo acorde a su contexto y a los nuevos discursos.

En términos jurídico-estamental, en el siglo XVIII todavía persistía la idea de ver a los individuos que constituían la plebe como personas menores de edad, en particular al indio, y en consecuencia necesitados del cuidado español. Su papel dentro de la sociedad estaba establecido, existiendo a la vez claras divisiones entre ellos. Sin embargo, estos planteamientos muy bien propuestos por plumas como la de Solórzano y Pereyra en el siglo XVII, en el XVIII necesitaban ser revisados. En primer lugar, los mismos indígenas ya no se creían del todo esa idea de necesitar del cuidado de alguien superior. La presencia de todas las castas, incluida la española, en diversos oficios era evidente. En su desarrollo personal dependían también de sus propios potenciales y no solo de la ayuda ajena. Incluso los esclavos, pese a estar bajo esa condición, supieron ganarse la vida de diversos modos. Estos hechos nos muestran que, ya sea por necesidad u obligación, en muchos casos siguieron la vía que ellos consideraron oportuna. Dejaron de ser menores de edad y pasaron a la etapa adulta.

Clasificar la sociedad en base a estamentos ya no era muy fructífero a causa de la plebe. La intensa fluidez ya estudiada por diversos historiadores muestra que no era del todo oportuno hablar de estamentos cuando en la realidad ésta se estaba diluyendo. Solo las autoridades e ilustrados se aferraron a negar lo evidente y plantear discursos que contradecía lo dialectico y cambiante que era la sociedad. El indio podía hacerse pasar por mestizo y viceversa¹⁸. Dividirla entre aristocracia y plebe significaba simplificar lo heterogéneo y convertirla en dos polos opuestos, soslayando las dinámicas internas y externas que entre ambos se dio.

¹⁸ En Arequipa, cuando la población indígena sentía que sus derechos no eran honrados, se pasaba sin mucha dificultad a otras castas (Chambers, 2003).

En términos étnico-racial Lima era una heterogeneidad de colores. De la rígida separación racial que caía sobre la plebe, empezó a surgir grietas que confundían más lo ya confuso. El caso de los hospitales es un buen ejemplo. Hasta hace poco se creía que la discriminación racial española llevó a fundar un hospital para cada casta en particular. San Andrés (españoles), San Bartolomé (negros), Santa Ana (indios). En un primer momento era así, pero la fuerte movilidad social empujó a replantear esta separación física racial. Los primeros brotes del resquebrajamiento de la separación étnico-racial se encuentran en la presencia de otro tipo de gente distinta al hospital que debía de estar. En un trabajo anterior tuvimos la fortuna de hallar, en uno de los libros de entradas y salidas de enfermos del hospital de San Andrés, que en dicho centro se reconoció la presencia de dos mulatos libres, un niño y un adulto, que estuvieron en octubre de 1713 (Barrera, 2015). Aunque ello no era la tendencia, lo que queremos decir es que la tradicional sociedad mitificada por la segregación fue permeada por la plebe en complicidad con alguna autoridad religiosa o laica.

Así, se podía ser rico o con un buen empleo pero étnicamente mestizo. De igual forma, ser blanco, con costumbres recatadas pero pobre de solemnidad. El patrón blanco igual rico, o indio equivalente a pobre era arcaico. El estatus de una persona no podía ser medido por el color de piel o, al menos, ya no únicamente bajo ese precepto.

En lo que respecta a lo económico-social no es tan cierto que la plebe se caracterizó por su penuria económica. La presencia de vagos, ociosos, gente menesterosa y humilde sin más esperanza que vivir de la caridad o de lo que poco que conseguían de algún oficio que realizaban, es solo mostrar un porcentaje de la totalidad de hombres que comprendían la plebe. Hubo quienes de manera ingeniosa mejoraron sus estilos de vida gracias a las incursiones novedosas que aplicaban. El caso de José Falcón es ilustrativo. Este hombre por un tiempo incursionó en el negocio de la pulpería, abriendo un local en su casa en 1796¹⁹. Pero al parecer no le fue bien, pues el dinero que se prestó para emprender esta actividad no lo pudo, o quizá no quiso, devolver. Por lo que poco después se hizo un espacio en el oficio de rejoneador en la plaza de Acho. En esta nueva línea consiguió lo que buscaba, obtener dinero. Sin llegar a ser un torero con un alto reconocimiento, gracias su ingeniosa incursión

¹⁹ AGN. Sótano-Varios. Leg. 202, folio 30.

en los toros alcanzó un nivel de vida mejor y distinta al de los vagos, quienes también son parte integrante de la plebe.

No se debe plantear tan ligeramente que la plebe carecía de un oficio definido. Antes se debe recordar el contexto en que este concepto se sostiene: Lima a mediados del siglo XVIII. El libre comercio afectó al sector industrial y manufacturero, disminuyendo la oferta del trabajo. Si un sector de la plebe careció de un oficio fijo, fue más por fuerzas externas que a su propio ímpetu. En uno de nuestros primeros trabajos demostramos cómo hombres y mujeres pertenecientes a la plebe, en busca de superar esta dificultad, solicitaban licencia al cabildo limeño para que se les permitan abrir un local donde albergar juegos para el disfrute de los aficionados, las conocidas casas de juego (Barrera, 2013), y así encontrar una salida a sus carencias de poseer un oficio definido. A modo de ejemplo, en 1810 Santiago Vidalón solicitó una licencia para abrir una casa-juego, en la cual se practicaría los juegos de bolos, bolas y bochas. Esta se ubicaría en la calle Nueva, debajo del puente, en las inmediaciones de la Plaza de Toros²⁰. Él y su familia se autoreconocían como personas pobres que no tenían un sustento económico y que habían tenido que recurrir a la indigencia para sobrevivir. Es por ello que pidió se le otorgue la licencia para abrir dicho lícito entretenimiento. Luego de revisar su expediente el cabildo accedió a su pedimento.

Por su parte, el historiador Jesús Cosamalón en su texto ya citado cuestiona el hecho de relacionar la posesión de un esclavo con pertenecer o no a la plebe (1999). Según Flores Galindo, si algo caracterizaba a la plebe era el hecho elemental de no tener esclavos (1991). El esclavo no puede ser el eslabón que determine si se es o no plebeyo, negando la presencia de intermedios y la movilidad vertical y a la inversa. Se podía ser plebeyo y poseer esclavos, como no ser de este sector social y tampoco tener esclavos. Sobre el primero ya se ha escrito mucho, así que nos enfocaremos en el segundo.

En 1810 José María Lombardo, cómico del Coliseo de Comedias, siguió un litigio contra Antonio Ramírez porque se negaba a devolverle un dinero que le había prestado²¹. En su descargo, Ramírez señaló que si no le devolvía era porque éste le tenía una cuenta pendiente de años atrás. Sucedió que antes Lombardo se había prestado dinero de Ramírez

²⁰ AGN. Cabildo. Leg. 31,1810.

²¹ AGN. Sótano-Varios. Leg. 203, folio 330.

para vender cigarros en el interior del coliseo, posteriormente le volvió a solicitar dinero pero esta vez para vender cigarros en el pueblo de Lurín, y el monto en conjunto que debía de devolver prefirió invertirlo en una fresquería dentro del Coliseo de Comedias.

No disponemos de mayor referencia sobre Antonio, pero sí sobre Lombardo. A parte de ejercer el oficio de cómico, se ejercitaba en la venta de cigarros y era conocido por el público que frecuentaba el coliseo, por lo que sería un error enmarcarlo dentro de los aspectos nada alentadores propuestos por Flores Galindo sobre la plebe. Perteneció al sector intermedio limeño, evidencia de lo cual es el final del litigio. Ambas personas deseosas de terminar esta causa y evitar seguir acudiendo a los tribunales, ya que no era nada honorable estar en medio de esta clase de disputas, acordaron lo siguiente: “decimos que deseosos de evitar las molestias y gastos del juicio rotulado nos hemos avenido y transado”. El cómico se comprometió verbalmente a pagar el dinero prestado y sanear su deuda, hipotecando para ello una esclava que poseía y cuya boleta pasó a manos de Antonio.

Siguiendo la lógica propuesta por Flores Galindo era inconcebible que el cómico cediera su esclava, ya que era un elemento diferenciador de no pertenencia a la plebe. Pero su posición económica y el reconocimiento del público eran elementos que le bastaban para no descender socialmente, sin la necesidad de dependerse de la esclava.

Caracterizar a la plebe es de por sí algo complejo. Es encerrar a todos sus miembros bajo patrones que no siempre compartieron, un vago no puede ser visto igual a alguien con deseos de progreso. Además que muchos de ellos fueron productos de su época, empujados a llevar un estilo de vida no deseado. No obstante, si algo los caracterizó fue justamente los prejuicios, rechazos y menosprecio que sobre ellos cayeron. No ser parte del sector aristocrático, intelectual o burocrático los marcó socialmente. Los plebeyos eran mayoritariamente pobres, no blancos, con oficios temporales, y en menor grado permanente, con una fuerte movilidad social dentro de los subgrupos que la conformaban; es decir, un mestizo podía lucir igual que un recatado noble criollo, pero ello no significaba encontrarlo dentro de los círculos elitistas. A la vez también conoció y adoptó las costumbres propias de esta élite, desde observar las modernas piezas teatrales que se

representaban en el Coliseo de Comedias hasta divertirse tan igual que ellos en un día de toros²².

2. La Ilustración y sus matices

La Ilustración fue toda una corriente que no nació exclusivamente en la Europa occidental del siglo XVIII, como tradicionalmente se plantea; ya estaba floreciendo desde años atrás al tener sus primeros brotes en los aportes de humanistas y científicos como Isaac Newton, Galileo, René Descartes, entre otros. Éstos se caracterizaron por el afán de conocer empíricamente la realidad, aunque todavía influenciados por ideas religiosas.

Hacia finales del siglo XVII los cimientos de la Iglesia católica empezaron a ser cuestionados por las nuevas necesidades y los cambios que estaban ocurriendo en gran parte del continente europeo. Esto pronto produjo un debilitamiento de las creencias religiosas debido a las mayores exigencias racionalistas y al desarrollo de las aspiraciones que privilegiaban la esfera de la actuación moral. Cada vez más se tendía a considerar caducas las formas históricas de la fe cristiana, así como sus misterios hasta entonces venerados (Tenenti, 2000: 314).

No fue un derrumbamiento sino un fenómeno complejo de rechazo a los sentimientos religiosos habituales, de distanciamiento de estos en nombre de convicciones que en parte eran todavía cristianas. Se trató de llegar a verdades depuradas de todo tipo de mitología y superstición. La realidad compleja de las creencias milenarias constituía un edificio imponente y proteico por cuanto se refería a casi todos los aspectos de la existencia. Una dislocación profunda de los sentimientos más específicamente religiosos no podía dejar de significar también la llegada de una nueva ordenación de las mentalidades y de los valores éticos (Tenenti, 2000: 313-314). En ese sentido, el papel que cumplió el calvinismo en tales cambios fue significativo. El ascetismo intramundano del calvinismo del siglo XVII, según Max Weber, interpretaba el mundo de una manera distinta a la que brindaba el cristianismo europeo. Se empezó a debatir las ideas de la predestinación como señales externas de la

²² Otros elementos diferenciadores fueron las categorías de hidalguía, matrimonio, educación y uso del don, solo hasta el momento en que se generalizaron (Jaramillo, 1965).

condenación. Si bien dios era un ser omnipotente y omnisciente que ya sabe de antemano quienes en este mundo se salvarán y quienes estarán condenados a ser reos del fuego eterno, si bien no se puede saber con certeza si estamos dentro de los predestinados a la salvación, el calvinismo planteaba que sí se podía minimizar las señales externas que nos identificaban como predestinados a la condenación. Se debía de *trabajar* en este mundo tanto para aliviar la angustia de nuestra posible condena, como para que los frutos de nuestro trabajo sirvan de ofrenda para glorificar al señor (2003: 177).

De manera paralela se tendió a considerar el universo como una gran máquina de leyes matemáticamente establecidas. Esto no negó que la existencia de Dios aún era digna de ser creída, porque se consideraba que era útil para la práctica de las virtudes humanas y para la consecución de una felicidad terrenal, además de servir para el funcionamiento del universo (Tenenti, 2000: 316). Uno de los máximos exponentes de la mecanización del universo fue el científico inglés Isaac Newton. En 1687 planteó una visión fiel a la providencia divina, aunque orientada hacia la tolerancia de las confesiones que no debilitasen el orden político y social. Admitía un sistema de fuerzas espirituales que regulaban y controlaban el mundo. No se dudaba de que las ideas referentes al orden de la naturaleza estuvieran conectadas con las correspondientes al orden social y moral. Como el mundo natural representaba una referencia para el político, la ordenación física expuesta por Newton era garantía de estabilidad. En otros términos, sin el postulado de una divinidad, aunque fuera remota, no parecía que pudiese subsistir el orden en la naturaleza y en la sociedad. La armonía social aparecía como el complemento de un universo ordenado, al tiempo que el saber científico desempeñaba la función de apoyo a una religión natural de cuño cristiano.

Por su lado los llamados ilustrados, de manera análoga que sus antecesores los humanistas, se hicieron cargo de la divulgación y portadores de valores culturales y morales con qué responder a las exigencias de la sociedad laica que se estaba formando y de la que ellos eran parte. El cristianismo que durante siglos había tenido el monopolio de la forma de pensar y de creer, empezó a perder terreno frente al avance científico y de la mayor secularización de la sociedad. Este nuevo hombre que se estaba forjando tuvo como rasgo esencial, distintivo y principal, a la razón. Una razón que pudo liberarse de las ataduras religiosas que le impedían desarrollarse a plenitud, y que no paró simplemente con obtener

su autonomía sino que buscó convertirse en la forma de conocimiento universal. La Ilustración como acción de esclarecimiento, la lucha contra el error y la superstición, no se realizó sino en la autoconciencia del ser humano. Allí donde reinaba el engaño y la opresión, tuvo lugar la reflexión surgiendo de ese modo la conciencia reflexiva de sí y la libertad del sujeto (Subirats, 1981: 131).

Con el uso de la razón cualquier individuo estaba en la suficiente capacidad de obtener un conocimiento más concreto y libre de especulaciones sin sentido. Es decir, obtener un conocimiento útil ajeno a meditaciones absurdas para poder disfrutar de la vida aprovechando directamente los beneficios de la naturaleza. El oscurantismo de las ideas religiosas que se basaba en que todo provenía de la voluntad divina (providencia) y que el hombre no tiene nada que hacer para conocer y mucho menos cambiar el mundo empezó a ser replanteada. No se buscó una total separación entre la fe y la razón. Se trató de mantener la compatibilidad secular entre la libre especulación y las verdades reveladas, al contarse con la adhesión de la porción más ilustrada del clero. En otras palabras, se optó por el deísmo: Dios creó el mundo pero el hombre puede conocerlo y modificarlo. Estos hombres no eran revolucionarios, sino cautos reformistas (Domínguez Ortiz, 2005: 254). El ilustrado no tenía que ser necesariamente un ateo o un deísta, incluso un creyente podía serlo, bastaba con aceptar que la razón le permitiría discernir lo verdadero de lo falso por ser la esencia suprema de los conocimientos naturales y sociales.

La razón como base elemental del progreso del hombre y de la sociedad no estuvo sola, tuvo como principal aliada a la naturaleza. Con ella se enrumbo en la enorme empresa de combatir el fanatismo, la tradición, la ignorancia, el atraso, el dogma, que eran sus mayores adversarios. Para lograr el tan anhelado progreso los ilustrados tuvieron en el centro de sus preocupaciones a la educación. Hasta entonces regía en las aulas escolares y universitarias una educación religiosa, escolástica y dogmática. Esta situación cambiaría, aunque no de manera radical, con el impulso hacia una formación pedagógica racional. Un impulso que las clases dominantes afines a la Ilustración buscaron extender hacia las clases bajas para poder sacarlas del letargo en que estaban sumergidas y doctrinarlas con la imponente razón. Entonces, por medio de la educación, el hombre lograría la domesticación de las pasiones

naturales y su transformación en virtudes sociales para el interés personal y la utilidad social (Iglesias, 1989).

Sin embargo, muy lejos se estaba de un sentido de igualdad educacional; es más nunca, estuvo en agenda. Lo que se propició fue una educación acorde a la condición social de cada individuo, del tipo especializado y de élite para la formación de cuadros competentes teniendo siempre presente el mantenimiento de las jerarquías sociales. Se buscó uniformizar el sistema educacional mediante la imposición de los patrones culturales de la élite hacia el resto de la población, interiorizándole los nuevos valores que debían de acoger en reemplazo de las ‘corruptas’ costumbres que poseían. Y a pesar que serían inculcados con los valores de la élite, esto no significó en ningún momento un aire de igualdad. El hombre del común seguiría en la misma condición social con las necesidades propias de su posición en la sociedad pero educado, en otras palabras civilizado²³.

Los términos civilizar y civilización son retomados por los ilustrados en esta época como parte de su vocabulario. El verbo civilizar llegó precedido de una tradición semántica en otras lenguas europeas, especialmente el francés, y que sintetizaba todo un ideal de modernidad y una aspiración de progreso, con respecto a una realidad nacional que se considerase atrasada y decadente (Escobar, 1984: 100). Mientras que el sustantivo civilización traía consigo una reglamentación nueva de la cual se derivaban prohibiciones y legislaciones de aspectos que hasta ese momento se habían mantenido fuera de dicho impulso. El furor de legislar era una manifestación de modernidad, de progreso y de querer ordenar la vida (Álvarez Barrientos, 2001: 152).

El hombre ilustrado, con su fe en el progreso, no acepta pasivamente la realidad y cree que puede cambiarla (Álvarez Barrientos, 2001: 160). Y precisamente la reforma de las costumbres, por encima de la superficialidad de la moda y como aspecto integrante de la civilización, es un proceso necesario en la aspiración a alcanzar el modelo ideal de individuo y de sociedad tal como lo concibe la Ilustración (Escobar, 1984: 90)²⁴. Sin

²³ La instrucción que recibiría el pueblo sería el mínimo indispensable, además de virtuosos y pacíficos, para tener súbditos capaces de ser bien gobernados. En suma, cada uno comprendería y aceptaría su propio puesto en la escala social si hubiera sido educado correctamente (Tenenti, 2000: 335).

²⁴ La ‘civilización’ era el estado moderno al que aspiraba un sector de la población; ‘civilizar’ era el proyecto ilustrado y los medios que se ponían en juego para conseguir ese estado, y ‘civilizado’ era el país o el reino

embargo, ningún ilustrado propugnaba la igualdad social, como ya se señaló; por el contrario, buscaron preservar la estabilidad, la inmutabilidad del orden jerárquico. Aunque países como Francia, que contaba con los fondos para instaurar una mejor educación de calidad para el pueblo, un exceso de educación era claramente peligroso.

La influencia ilustrada se hizo sentir en los diferentes aspectos de la vida, el que nos interesa para la presente investigación es en lo social. Se deseó conocer racionalmente también a la sociedad, ya no desde la perspectiva tomista, y cómo reformarla. Tradicionalmente las ciudades y pueblos con mercado propio desarrollaban una rica vida social, en la que participaban de forma destacada los funcionarios del gobierno municipal, las cortes de justicia y el clero. La identidad colectiva se veía reforzada periódicamente mediante fiestas, procesiones, recepciones y otras formas de celebración pública (Munck, 2001: 62). Sin embargo, esta variedad de celebraciones disminuyó acorde al creciente escepticismo entre los observadores ilustrados hasta conducirse a un declive de las fiestas religiosas públicas en las últimas décadas del siglo XVIII.

La concepción social de los ilustrados implicaba el orgullo por la propia ciudad y el esparcimiento urbano, formando así parte de sus reformas. Algunos desastres de gran magnitud contribuyeron indirectamente a tales proyectos. El Gran Fuego de Londres de 1666, por ejemplo, puso al descubierto las grandes posibilidades de nuevos desarrollos urbanísticos (Munck, 2001: 63). Un rasgo característico de las innovaciones de las ciudades europeas occidentales fue la frecuente adición de unas estancias de reunión donde la élite ociosa celebraba bailes y otros eventos de sociedad; cuando era posible, acompañadas de parques y paseos públicos. De manera paralela empezaron a surgir cafeterías, salones de té, tabernas y bodegas en los centros urbanos más animados de Europa (Munck, 2001: 64). Este proceso venía de siglos antes. Por ejemplo, gran parte de las reformas urbanas del siglo XVI consistieron en la construcción de edificios públicos, religiosos y privados de importancia, como en la publicación de ordenanzas municipales que regulaban la vida urbana (Mínguez y Rodríguez, 2006: 51-52). Mientras que en el siglo XVII las ciudades capitales ya no satisfacían las ansias absolutistas de los nuevos reyes de Europa, por lo que

que ya lo había conseguido (Álvarez Barrientos, 2001: 149). En un sentido profundo, civilizar significaba realmente reformar las costumbres retrógradas de la población, vestirlos con la nueva moral pero que continuasen en la misma posición social.

los nuevos espacios, las nuevas ciudades palatinas destinadas a acoger al monarca y a su corte, también fueron pensados para el ocio y la diversión (Mínguez y Rodríguez, 2006: 78).

Las calles de las grandes ciudades económicamente prósperas desarrollaban una energía ruidosa y una vitalidad irreprimible, y eso era parte de su atractivo. Uno de los centros más importantes de entretenimiento público fue el Palais Royal de París, al norte del Louvre. El jardín trasero que albergaba se había convertido en una avenida de la moda frecuentada por gente de buena posición. En 1781, el duque de Chartres, nombrado duque de Orleáns en 1785, comenzó una reforma significativa del lugar con la construcción de terrazas elegantes y tiendas a lo largo de todo el perímetro, y facilitando la instalación *ad hoc* de teatros, bazares, exposiciones, restaurantes, tabernas y otros locales de ocio. A finales de los años 80, el complejo atraía a personas de todo tipo, desde las más selectas hasta aprendices de periodista y oradores callejeros, desde las prostitutas y carteristas a los curiosos o la élite ociosa (Munck, 2001).

Esta amalgama también podía hallarse en los teatros y escenarios de la Europa urbana. En París, la ópera oficial (la Académie Royale de Musique) y la Comédie Française promovían, aún de forma ostensible, la alta cultura pero con cada vez más escaso éxito de público. Por el contrario, los espectáculos de talante más animado y sencillo de los nuevos bulevares estaban más de moda (Munck, 2001: 68-69). El escenario de Londres no era en exceso diferente. Al igual que en París, se produjo una importante influencia cruzada entre los diversos géneros y estilos, desde las representaciones formales de ópera italiana, populares desde 1720, a las no siempre tranquilas comedias y pantomimas de los teatros legales y los espectáculos más desenfadados y tópicos que tenían lugar en los bares y tabernas al margen de las licencias (Munck, 2001: 69).

El público urbano del siglo siguiente entendía que tanto los espectáculos callejeros como las producciones teatrales más organizadas eran ante todo dos grados de una misma escala, más que dos formas de ocio netamente diferenciadas. Ambos desarrollaron una notable capacidad tanto de entretenimiento como de sátira política y social; y al menos en las ciudades más importantes contaban con el aprecio de un público socialmente heterogéneo.

2.1. La Ilustración española

En España, Ilustración significó la aplicación de un conjunto de reformas que tenían el objetivo de sacar del atraso social, económico, cultural y político en que estaba el pueblo y el Estado, y equipararlo a sus pares que le estaban sacando ventaja (Inglaterra y Francia). En otras palabras, fue una revolución de ideas reformistas para la modernización de la nación (Muñoz Bort, 2016: 23).

La introducción de la ciencia moderna en España se remonta a las últimas décadas del siglo XVII, cuando una serie de médicos, matemáticos y filósofos naturales, que la sociedad de su tiempo conoció con el entonces despectivo nombre de *novatores*, rompió abiertamente con las ideas tradicionales y optó, a partir de la ciencia explícita, incorporarse a la modernidad que se gestaba en la Europa de más allá de las fronteras (López Piñero, 1969). En esta visión alternativa, el proceso de renovación y apertura era fruto de un impulso autóctono, anterior a la llegada de los franceses, un movimiento de denuncia del atraso y de vindicación de un camino a seguir: nuevas y renovadas instituciones, acceso y circulación de obras coetáneas extranjeras, viajes como vías de formación e importación de las novedades, etc. Las últimas décadas del siglo XVII y las primeras del XVIII fueron una época de ruptura con lo anterior, dando inicio a una etapa ascendente que culminaría en la Ilustración, con sus claras limitaciones (López Piñero, 1969).

En estos años se recuerda y se reivindica a muchos pensadores españoles que habían denunciado y propuesto soluciones al atraso español. Hacia mediados del siglo XVIII, aparecieron cientos de libros, revistas y folletos que aportaban soluciones al estado de la sociedad y los males reinantes que destacaban (despoblación, terrenos sin cultivar, agricultura incapaz de abastecer a los ciudadanos y una industria retraída) (Muñoz Bort, 2016: 23).

Un factor decisivo en el desarrollo de la Ilustración española es el ascenso de Felipe V al trono de España, que conllevó significativos cambios culturales. Se atribuye al primer monarca Borbón una promoción cultural que desembocaría en la reforma necesaria y, como consecuencia, en el movimiento ilustrado. El político, jurista e ilustrado Juan Sempere Guarinos señala lo siguiente:

“Apenas subió Felipe V al trono, cuando el espíritu humano empezó a hacer sus esfuerzos por salir de la esclavitud y abatimiento a que los tenía reducido el imperio de la opinión. Aquel gran rey dio muy presto a conocer el alto concepto que le merecían las ciencias y las artes; y que convencido de su importancia, estaba muy dispuesto para favorecerlas. A la sombra de su protección se vieron luego nacer varios cuerpos académicos. La Sociedad Médica de Sevilla, la Española de la Lengua, la de la Historia y Médica Matritense, la de Buenas Letras de Barcelona y otras, que acaso se sufocaron en sus principios, son de aquel reinado” (Sempere Guarinos, 1785).

Coincidiendo con la llegada de la dinastía borbónica a España, se empezaron a oír voces que proclamaban la necesidad de estar al corriente de las actividades intelectuales del extranjero. Una de estas voces fue del fraile benedictino Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro, quien empezó a mostrar el espíritu crítico que había de convertirle en la figura sobresaliente de los reinados de Felipe V y Fernando VI (Herr, 1988: 31). Este autor, a través de sus obras, muestra un espíritu universal: literatura, arte, filosofía, teología, ciencias naturales, matemáticas, geografía e historia. Apunta que España no necesitaba más libros de teología, porque ya tenía los más importantes. Lo que debía de adquirir eran adelantos científicos. Por ello dio a conocer a sus compatriotas los descubrimientos científicos de Descartes y de Newton. La experimentación en las ciencias y el espíritu crítico en los asuntos intelectuales fueron las dos lecciones que con más empeño predicó Feijoo (Herr, 1988: 35).

Años después aparece la figura de Gaspar Melchor de Jovellanos. De espíritu liberal, no sorprende su propuesta de abrir nuevos mercados para los productos españoles. Perteneció al círculo enciclopedista de Pablo de Olavide, promotor de la primera reforma universitaria moderna en España, llevándolo a relacionarse con algunos de los principales autores de las reformas llevadas por Carlos III. Debido a sus estudios económicos y a su colaboración en la fundación de la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País en 1775, trabaja activamente en el fomento del comercio, la explotación minera y las vías de comunicación (Galino Carrillo, 1993).

De los reyes dieciochescos el más importante de todos es sin duda Carlos III (1759-1788). Su ascensión al trono significó un mayor impulso a las reformas que ya se estaban aplicando. Personificó el llamado Despotismo Ilustrado, se rodeó de hombres que compartieron su mismo interés: promover el desarrollo nacional. Por eso se entiende su

apoyo a las instituciones capaces de propagar las luces en la sociedad: los periódicos, las universidades y las Sociedades de Amigos del País.

En el caso de las universidades, éstas estaban en un estado lamentable. La educación consistía básicamente en la lectura memorística y el comentario de textos anticuados. Las familias que podían facilitar a sus hijos una formación superior optaban por ponerles maestros privados antes que ir a perder el tiempo en los colegios salmantinos o en otras universidades, cuyos profesores en la mayoría de ellas impartían la misma doctrina de siempre (Sánchez-Blanco, 2002: 100). En 1770 la situación empezaría a cambiar. En el Consejo de Castilla se ordena que todas las universidades redacten nuevos planes de estudios, según las necesidades de la época, y que incluyan la creación de cátedras de Filosofía Moral, Matemáticas y Física Experimental (Labrador Heráiz y Pablos Ramírez, 1989: 24). La antigua universidad tenía como fin primordial formar teólogos y multiplicar el número de clérigos, la nueva debería secularizarse y formar hombres útiles al Estado.

Con las Sociedades se dio algo similar, la intención era el fomento de la agricultura, la industria, el comercio, las artes y las ciencias a través de éstas. La primera que se funda es la Sociedad Vascongada de Amigos del País en 1765. En ella además se enseñaba el latín, francés, geografía, historia de España y física experimental (Herr, 1988: 129). Una década posterior se funda la Real Sociedad Económica de Madrid.

Esta mentalidad ilustrada tenía como uno de sus pilares el desarrollo del trabajo. Carlos III, junto a sus reformadores ilustrados, lo impulsaron dentro de la población. En 1774 Pedro Rodríguez de Campomanes señala que las clases sociales ociosas podían ocuparse en la agricultura y la industria. Recomendaba con ahínco que se “fomentase la artesanía, que mantendría a la población en los pueblos y en el campo”, y por ende anteponía a la fabricación de artículos de lujo la de artículos de primera necesidad (Campomanes, 1774).

El 18 de marzo de 1783 el monarca expide una real cédula donde declaraba honorable el trabajo de los artesanos, constituyendo una de las leyes más significativas de la política social ilustrada durante su reinado. Con este tipo de legislación reformista, los pensadores y gobernantes ilustrados buscaron no sólo que el artesano español fundamentara su habilidad técnica empírica en conocimientos científicos, sino que se pretendía honrar socialmente al

artesano frente a los prejuicios que contra el trabajo se había difundido en siglos anteriores (Fernández Sanz, 1993: 64).

No obstante, la Ilustración española no fue del todo color de rosa. Desde un sector hubo una clara resistencia a las reformas y más aún a los cambios. El primero en impedir la libre circulación de todas las ideas fue paradójicamente el gobierno. En 1788 se estableció que no se podía imprimir sátiras o comentarios indecentes y calumniosos alusivos a personas o grupos, ni discutir sin permiso las acciones o las decisiones gubernamentales. En esa misma línea también estuvo la Inquisición. Esta institución se encargó de eliminar los libros prohibidos que llegaron entrar al país (Herr, 1988: 166).

Los ministros de Carlos III eran modernos por un lado, pero por otro no aceptaban ningún tipo de modificación de la estructura social. Uno de ellos fue José Moñino y Redondo. Conocida es la pugna entre el monarca español y la orden jesuita. En su intento de centralizar el poder, Moñino plantea una doctrina regalista con un elemento secularizador: separar más nítidamente el ámbito estatal del eclesiástico, recuperando aquél competencias que habían ido cediéndose a la Iglesia en tiempos de los Austrias. En esa línea despunta un aire de nacionalismo. La monarquía, a su juicio, es una unidad, en sí misma completa, que tiene que rechazar cualquier intromisión de poderes exteriores. Lo extranjero supone, más allá de una amenaza a la soberanía del príncipe, algo que hiere el sentimiento patriótico. Por esa razón, Carlos III no se contenta con expulsar a los jesuitas del territorio de sus reinos, envía a Roma al entonces fiscal del Consejo, José Moñino, para que consiga del Papa la extinción de la Compañía de Jesús. Llega a Roma en 1772 y su misión dura aproximadamente un año. Debido a su labor eficaz, el rey lo nombra ministro de Estado y lo ennoblece con el título de conde de Floridablanca (Sánchez-Blanco, 2002: 94).

En el ámbito social su reinado se caracterizó por primar el silencio y la tranquilidad. Instala un estricto régimen policial de carácter civil, que antes no había existido. El estadista ilustrado, Pedro Pablo Abarca de Bolea, conde de Aranda, es quien diseña con criterio militar la disciplina que ha de regir en las ciudades. A partir de ese momento, las autoridades locales harían sentir el peso de su investidura sobre todo lo que tiene visos de algarada, alboroto o protesta (Sánchez-Blanco, 2002: 121).

La buena policía comienza por el orden público, y a ese asunto dedicó mucha energía el gobierno. Muestra de ello es la Pragmática de Asonadas publicada en 1774, cuya intención es prevenir cualquier tipo de alteración, aumentando la autoridad de los jueces, corregidores, alcaldes e intensificando la vigilancia. Al respecto, Campomanes afirma que “la lastimosa condición del hombre natural, anterior a las sociedades civiles, lleva a un pacto salvífico, consistente en depositar toda la potestad en una persona” (Vallejo García-Hevia, 1997: 239).

Asimismo, la aparición de la Sociedad Vascongada de Amigos del País, ya mencionada, fue vital en el desarrollo y difusión de las ideas ilustradas en España. Esa tertulia de nobles vascos se impuso a sí misma un plan semanal de estudio. Cada día trataban un campo particular de la ciencia. Al poco tiempo el grupo deseó institucionalizarse y pidieron el reconocimiento oficial. Sus integrantes asumieron responsabilidades territoriales y la iniciativa de reformas y proyectos a nivel provincial, pero apoyándose en el poder absoluto, ya que era el único argumento que entendía el pueblo para poder superar la inercia de la costumbre o el peso de la tradición (Sánchez-Blanco, 2002: 131). Según sus estatutos, nacía con la intención de “fomentar la agricultura, industria, comercio, las artes y las ciencias”. En el terreno económico destacan sus esfuerzos por mejorar la productividad agraria, el interés por reformar las industrias, creando cátedras, y emprendiendo experiencias para mejorar la producción (Arias de Saavedra, 2012: 222).

2.2. El arribo de la Ilustración al virreinato peruano y el deseo de forjar un nuevo orden social

Por lo general se considera por Ilustración en el Perú a aquel movimiento intelectual y científicista que llegó a mediados del siglo XVIII y que caló en diversos aspectos de la sociedad. Para nuestro interés, el tema se limitará a reconocer y analizar el impacto que tuvo la llegada de esta nueva forma de pensar a la ciudad de Lima en torno al nuevo orden social que los ilustrados proyectaban establecer.

Antes es importante aclarar que el desarrollo de la Ilustración en la capital peruana no se habría podido dar si antes no se hubiesen dado y creado las condiciones necesarias para su llegada. La imprenta, periódicos, revistas, bibliotecas, centros de enseñanza superior,

comunicación con el exterior, conocimiento de idiomas extranjeros, un aparato administrativo reformado, fueron condiciones que impidieron que las ideas ilustradas se disipasen apenas arribaran (Saldaña, 1995), al permitir por el contrario que encuentren un centro urbano capaz de acogerlas y que inclusive adquirieran un matiz distinto al desarrollado en otros países.

La Ilustración peruana y americana en general tuvieron connotaciones propias acorde a la élite criolla de cada región, que se materializaron en áreas como las ciencias y las técnicas, y produciéndose una dinamización de la vida social y económica colonial, la secularización educativa, cultural y científica. Sin llegar a negar la influencia española a través, por ejemplo, de expediciones, misiones técnicas y científicas, etc., constituyeron uno de los factores externos de esa dinámica social y cultural americana (Saldaña, 1995).

Antes del arribo de la Ilustración, las sociedades americanas poseían una economía diversificada y en crecimiento, siendo las producciones minera, agrícola, artesanal e industrial (textiles) los principales ramos. Pero será el caso concreto de la minería la que refleje el influjo y penetración de las ideas ilustradas. La recuperación metálica en las minas permitió alcanzar niveles altos en su producción, y para que esta actividad económica siga en ascenso se necesitaba de materia prima y de un desarrollo en las innovaciones técnicas de la industria. Se procedió a realizar un completo reconocimiento geográfico y de los recursos naturales existentes, comprendiéndose pronto que ello contribuiría también al aumento de la riqueza y la prosperidad de esos territorios (Saldaña, 1995: 20).

La participación de expertos con un entrenamiento científico y tecnológico, así como la creación de instituciones con vocación científica moderna en donde se imparta los estudios requeridos, se convirtió en una necesidad. Sucesos que están ligados a la política de afianzar la economía en base a la selectividad y apoyo al conocimiento. Conocer era igual a poder. De ahí la creación de escuelas donde se proporcionaron instrucción científica y técnica a mineros, metalurgistas, grabadores, dibujantes, ingenieros, arquitectos, agricultores, boticarios, navegantes, artistas y otros artesanos productores. Un progreso que estaba parcialmente concordante con las políticas reformistas que impulsaba y que permitía al despotismo ilustrado de los borbones lograr un mejor usufructo de las colonias. Un claro

ejemplo es la creación en Lima, en 1792, del Laboratorio químico-metalúrgico auspiciado por el Tribunal de Minería (Saldaña, 1995: 21-22).

En ese sentido, las ideas ilustradas, más allá del caso de la minería y entrando a nuestro tema, penetraron en los diferentes ámbitos de la vida humana buscando forjar al nuevo hombre acorde a los preceptos de moralidad, virtud y recato. Ideas que tuvieron como importante aliada al programa de las Reformas Borbónicas que estaban poniéndose en práctica desde antes de su arribo. La Ilustración y las Reformas Borbónicas fueron dos programas que se complementaron sin llegar a ser dos caras de una misma moneda.

Ambas se caracterizaron por el hecho de aferrarse a negar la capacidad racional también de la denominada plebe, ya que eran conscientes de lo que ello implicaba. Precisamente uno de los pilares fundamentales de la Ilustración fue el uso y predominio de la razón frente a las explicaciones sobrenaturales carentes de cualquier soporte empírico racional, y que propiciaba de una u otra forma la igualdad entre todos los hombres. Una igualdad que la élite y los criollos ilustrados se resistieron y se negaron a aceptar. Mientras que en Europa las diferencias giraban en torno a las naciones, el otro estaba fuera del país, mostrando los primeros brotes del nacionalismo, en el virreinato peruano sucedió lo contrario. El ‘otro’ se encontraba aquí mismo. Los ilustrados avistaron en la plebe a aquel sector del que tenía que diferenciarse y para ello el uso exclusivo de la razón fue imprescindible. En las páginas de la revista científica *Mercurio Peruano*²⁵ se afirma reiteradamente el emprendimiento loable al que se habían comprometido para “ilustrar al público”. El término en apariencias es ambiguo al no especificar si se referían a todas las personas en general o a la cantidad limitada de suscriptores que recibían bisemanalmente la revista, de igual forma se entiende a qué clase de público se refería. El ideal ilustrado giraba en torno al precepto de un nuevo orden social.

La nueva sociedad que soñaban se contradecía con sus propios postulados. En su discurso, la noción de igualdad tan exclamada sufría una mutación al momento de aplicarla a la realidad. En otras palabras, la igualdad que pregonaban se diluía en el mismo instante que

²⁵ A pesar del carácter científicista de la revista, en su seno albergaba los postulados provenientes de la ciencia y de la religión, esta última renovada con base en los primitivos valores cristianos y libre de los vicios paganos y eclesiásticos.

se acercaba a la compleja y confusa sociedad limeña. Y las contradicciones no solo se manifestaron en el discurso en sí. En el mismo seno ilustrado no existió un consenso respecto a seguir un discurso homogéneo. Algunos discrepaban con ciertos postulados supuestamente ilustrados, mientras que otros estaban a favor.

Un ejemplo es la carta que envía en 1794 al Mercurio Peruano Don Francisco De la Paula De La Mata Linares (D.F.D.P.D.L.M.L.), hermano de Benito de La Mata Linares, quien fue oidor de la Real Audiencia de Lima hasta la creación del virreinato de Río de la Plata, momento en que es enviado a esa jurisdicción llevándose consigo una copiosa documentación perteneciente a la audiencia de Lima.

En pleno auge de la Ilustración, Francisco De la Paula cuestionaba la subsistencia de la separación reinante entre los indios y los demás habitantes, lo cual no permitía formar un solo e indistinto cuerpo de nación. Para él esto era un estorbo hacia la felicidad del país: “Las leyes establecidas en los primeros años de la conquista junto a los abusos de particulares mediante las encomiendas produjeron ver en el indio un mueble de servicio en lugar de un vasallo siervo, llegándose hasta el punto de negarles la capacidad de racionalidad que también poseían” ([1794] 1966: 258. Tomo X). Durante el temprano sistema colonial el indio fue cosificado. Su valor residía en su productividad, que tanto rendía, y no por la obediencia y fidelidad al rey.

Francisco De la Paula imputaba que si América en su interior no prosperaba como era justo, era a causa que “desde dentro de sí misma brota la cizaña de la visión que la debilita y destruye”. Atribuía que el problema del indio giraba en torno a la protección que se le había brindado desde los primeros años. Pero más que defender al indio, pues ese no era su objetivo ni mucho menos le interesaba, su preocupación iba por el progreso de la sociedad y en ese progreso, aunque se quisiera, el indio no podía quedar al margen. Por ello no dudó en calificarlo de racional, pero corto de ideas ([1794] 1966: 259. Tomo X). Proponía la unión, a sabiendas que el genio español era muy superior al del indio. En su discurso lo supremo era la capacidad de razonar, característico de todo ilustrado, quedando en segundo plano el grado de ideas de cada individuo. Aunque no especifica a que se refiere con “reunión” de todos, es claro que en términos sociales no debía de existir diferencias.

Juzgaba que la separación en dos repúblicas, de indios y españoles, creada en siglos anteriores se abigarró en el presente. Esta línea de división dentro de un mismo Estado “en política viene a ser un desorden, y a la sociedad atrae no pocos inconvenientes” (Francisco De la Paula, [1794] 1966: 260. Tomo X). Con la proliferación de las llamadas castas se aunó más en la separación y aislamiento de los indios respecto al resto. Aunque este tercer grupo era “menos estimadas que los indios porque estos están protegidos, y aquellas no tanto por la legislación, por lo que la conducta que tuvieron de maña, aptitud y fuerza, les permitió acercarse con el grupo de españoles a diferencia de los indios” ([1794] 1966: 260. Tomo X). La separación social existente del español sobre los otros dos grupos se manifestaba en una aberración más de lo que era justo. Este estado de desunión, según sostenía, era la causa para que el país no pueda ser feliz al mantener en su seno tres partidos tan contrarios que mutuamente se despreciaban.

Sin embargo, el intentar cambiar este estado de las cosas significaría remover los cimientos de una sociedad que se había, y seguía, forjando durante muchos años. Por lo que reconoce que “la empresa es a la verdad difícil”, y lo era, porque implicaba enfrentarse a las costumbres pero principalmente al statu quo que las autoridades, españoles y sectores privilegiados, al cual pertenecía Francisco De la Paula, querían mantener. La solución que ofrece a este desorden social, a esta contrariedad de los tres grupos y los malos efectos que se producen, es justamente fomentando lo opuesto. En vez “de la separación, que se ve que no se aprovecha, pruébese pues, si tendrá mejor efecto la reunión” ([1794] 1966: 262. Tomo X).

Para el tipo de orden social propuesto por el ilustrado se requería primero esclarecer las fronteras sociales. El alto grado de mestizaje existente rebalsó todas las expectativas que motivó a sentenciar que “no se conoce más que dos clases, nobleza desarreglada y plebe despreciada” (Francisco De la Paula, [1794] 1966: 264. Tomo X). Había una nobleza desarreglada por la facilidad con que cualquier individuo podía, en apariencias, introducirse en ella con el solo requisito “de no trabajar con sus manos, sino de mantenerse ocioso, de abrigarse con la protección de algún poderoso o rico, a quien daba el nombre de patrón, o ponga una miserable tienda para adquirir el título de comerciante, cuando el de tendero, o regatón le sería a los más muy suficiente”. Es decir, era demasiado fácil para alguien

hacerse pasar como integrante de esta “nobleza desarreglada” con simplemente tener un par de empleados que trabajen por él, tener contactos sociales o poseer un establecimiento público. Su diatriba también iba por el lado de aquellos extranjeros, ya sea europeo o español, que en su lugar de origen mantenían una vida sencilla con oficios menestrales, pero que al llegar a América eran considerados de la más alta estima por la gente blanca que no dudaba en copiar tal aspecto.

Por su parte el ilustrado Joseph Ignacio de Lequanda, contador de la Real Aduana, ministro principal de la Real Hacienda y colaborador del Mercurio Peruano, también mostraba su desazón por el orden social reinante, en especial por uno de los miembros que integraban a la plebe: los vagos. Miraba con asombro la alta tasa de vagos por toda la ciudad, gente sin oficio alguno y sin dedicarse a adquirir más que lo necesario para aliviar sus urgencias y, paradójicamente, se vestían “a la par de los sujetos de comodidades” ([1794] 1966: 112. Tomo X).

Lima era la sociedad de las apariencias, el indio se hacía pasar por mestizo para no pagar tributo, el mestizo por indio para obtener sus privilegios, el vago con un buen traje simulaba ser un noble, y este si descuidaba su vestimenta podía ser señalado como parte de la plebe. El populacho prefería antes el ornato y decencia en su vestido que satisfacer sus primeras necesidades, pretendiendo suplir lo que les faltaba de jerarquía con el uso de ostentoso lujo, cuyo vicio era también visto como origen del desorden social. El mercurista aludía que “el negro y demás castas pretenden la imitación del dominante, y esta es la proporción que regla sus consumos en los trajes y ornatos, siendo innegable el lujo que reina en estos moradores” ([1794] 1966: 120. Tomo X). Atribuía la inclinación del español por el esplendor y opulencia a la necesidad que sentía de “distinguirse de la gente de color”.

La respuesta a la carta enviada por Francisco De la Paula llegó de forma inmediata, la misma que refleja el discurso ilustrado en torno al orden social ya definido líneas atrás. El presidente de la Sociedad de Amantes del País en 1794 y oidor de la Real Audiencia de Lima, Ambrosio Cerdán y Pontero, se encargó de responderle el porqué de lo irrealizable de su descabellado proyecto.

Ambrosio Cerdán parte del carácter inherente del indio. Desde los principios de la colonia, la legislación española conoció “la cortedad no solo de ideas sino de espíritu del indio y su genio imbécil, y para igualar de algún modo esta cortedad con el carácter preponderante que como conquistador tenía el español respecto de aquel, les concedió sabiamente las exenciones y protección” ([1794] 1966: 260. Tomo X). Es decir, la corona preocupada por la condición humana del indio se encargó de protegerlo brindándole ciertas atribuciones y contemplaciones respecto al resto de la población. Pero ni el mismo rey podía cambiar o ir en contra de los designios de la naturaleza. Si la naturaleza hizo del indio “corto de capacidad y fuerzas, si el gobierno de los Incas en que se mantuvieron por 500 años no les inspiró ambición ni deseo de prosperidad, ¿Cómo podrán hacer una república con el español de genio, fuerzas, ideas y especulaciones superiores, sin que se subvierta el orden de la equidad y vengamos a caer en los mismos desórdenes de los tiempos inmediatos a la conquista que tiraron a remediar y aun no lo han podido del todo conseguir las leyes?” (Cerdán y Pontero, [1794] 1966: 260. Tomo X). Desde la perspectiva ilustrada, el orden social tenía un fundamento natural, el mismo que parte de tiempos anteriores a los españoles. Ellos no son los culpables de la naturaleza índica, por el contrario, deseosos de ‘mejorar’ tal situación, los protegieron desde lo legal pero nada había por hacer con su genio. El indio vino al mundo así y asimismo también se iría. El orden natural de las cosas primaba para el ilustrado por encima de la voluntad individual.

Según Ambrosio Cerdán hubo dos grupos de indios. El primero eran los indios del común que la corona española se encargó de protegerlos, procurando por los medios posibles de uniformarlos igual que a sus restantes vasallos. En tanto que en el segundo grupo se encontraban los indios que tuvieron la categoría de noble durante el incanato, y que fueron igualados a los españoles para ejercer empleos políticos, eclesiásticos y militares, aunque por las revueltas sucedidas en esos años solo se han conservado aquellos que han sido leales al gobierno. En ese sentido, la política española fue astuta al comprender que la mejor forma de gobernar una población era dividiéndola. Esta diferenciación entre el indio del común y el indio noble sin duda acarrearía rencilla y disgusto en los menos favorecidos.

La diferenciación social que defendía Cerdán tiene explicaciones más profundas. La superioridad española sobre el indio se basó en las diferencias naturales esencialmente. Por

su origen y por la clase de sociedad de la que proviene, uno tirano y despótico, los caracterizaba como “personas miserables, débiles y desvalidas” ([1794] 1966: 275. Tomo X).

A pesar que los indios eran suministrados con agua, tierras, pastos, enseñanza cristiana, se prevenía que no se mezclen con los españoles para evitar a unos y otros incomodidades recíprocas, lo que no negaba que compartan aspectos en común. El indio aprendía la lengua castellana deponiendo su idioma “índico”, abandonaba su traje tradicional por el estilo español, es más a los mismo indios se les daba trascendencia en algunos actos y oficios públicos “con semejanza a los españoles” (Cerdán y Pontero, [1794] 1966: 276. Tomo X). Estas aparentes similitudes era en realidad el proceso de aculturización que pasó el indio desde los primeros años de la colonia.

El orden que debía de reinar era el dado por la naturaleza, por encima incluso del empeño humano, o sea del orden racional. Las características fisionómicas del indio, o también dicho naturales, eran los estigmas palpables que no podían borrarse con el simple hecho de adornarse o asearse a lo español. Estas diferencias son las que dificultaban esa unión ideada y propuesta por Francisco de la Paula. Y es justamente esta diferenciación originada por el orden natural que hacía casi imposible la reunión total de ambos. Ambrosio Cerdán termina sentenciando su posición ilustrada con el llamado tributo indígena. El tributo que pagaban, “aunque tan suave, es imprescindible del indio por ser personal, en reconocimiento del señorío y vasallaje, de donde resulta ser irremediable el principio de división que en esta parte se propone evitar” ([1794] 1966: 279. Tomo X). A pesar que él mismo señalaba que estaba en planes del gobierno “la de ahuyentar del modo factible la línea de separación que declama el autor de la carta [refiriéndose a Francisco de la Paula], como un desorden en política y como origen de no pocos inconvenientes, pero ha sido preciso que la naturaleza prevalezca al empeño humano” ([1794] 1966: 276. Tomo X).

Respecto a las castas, mestizos, mulatos y negros, la situación no variaba mucho. Entre ellos mismos reinaba la desunión. Los indios detestaban a los negros, quienes a la vez eran mirados en menos por los mulatos, quienes a su vez eran vistos inferiores a los mestizos; y todos por debajo del español. El orden natural era acompañado por el orden de la opinión. La fuerza de las costumbres, del orden de las cosas, determinaban la diversidad existente

entre los negros, mulatos y zambos según “su baja esfera y vil condición” ([1794] 1966: 280. Tomo X). Ejemplo de ello era la desunión entre los negros, que por provenir de diferentes naciones en el país originario, preferían juntarse cada casta por su lado y evitar el contacto con el resto²⁶. Por lo que “era inaccesible para la legislación reunir entre sí a tan diversos habitantes, tan separados en el concepto apreciativo; y por el contrario sería nocivo la mezcla y la igualdad, sin que por esto se deba omitir la adopción de todos los medios posibles que conduzcan a que unas y otras clases de gente se auxilien recíprocamente, y no se debiliten o destruyan, ni se desprecien o aborrezcan” (Jouve, 2005).

Era perjudicial para el buen gobierno permitir que estas desavenencias se transformen en querellas físicas, que estas diferencias trasciendan a un enfrentamiento frontal. Sin llegar al punto de fraternidad, el encuentro y sociabilidad entre las castas debía de ser lo justo y necesario. Al gobierno español tampoco le favorecía el constante contacto directo entre uno y otro miembro de diferente origen. Y a pesar que poco pudo hacer para lograr tal cometido, el encuentro entre las castas no fue tal que llegase a socavar los cimientos del propuesto orden social ilustrado.

En el cristal ilustrado era imposible la unión y común sociedad del indio con el español, por las grandes diferencias en los caracteres, en el espíritu y el afán en el progreso. Pese a lo dicho, una poca mejor suerte tuvo el resto de la plebe. A diferencia del indio, en las castas los hombres eran considerados más activos y atrevidos por lo que lograron colocarse, por medios legítimos e ilegítimos, más cerca a los españoles que a los indios. Apoyándose otra vez en el orden natural, el discurso ilustrado reconocía en esta gente más fuerzas, genio y despejo. La naturaleza los había hecho más aptos para el trabajo, para el servicio y, sin tener la necesidad de recibir tanta protección como lo recibían los indios, supieron “insinuarse más en la gracia de los españoles, y poder vivir más cómodamente sin los perjuicios que han experimentado los indios” (Cerdán y Pontero, [1794] 1966: 261. Tomo X).

²⁶ En su estudio realizado sobre los negros a finales del siglo XVII, José Jouve apunta que la posesión de esclavos por parte de otros negros y mulatos contribuye a poner de relieve que la comunidad de origen africano de Lima estuvo menos cohesionada internamente. La posesión de la libertad fue acompañado por el sentimiento de pertenencia a grupos raciales o étnicos diferentes dentro de la propia población negra (2005: 43).

El presidente de la sociedad culmina su discurso, envuelta en respuesta, sentenciando lo siguiente:

“Puede mirarse como inasequible por parte de la Legislación, reunir entre sí a tan diversos habitantes, tan separados en el concepto apreciativo; y por el contrario vendría a ser muy nociva la mezcla y la igualdad, sin que por esto deba omitirse la adopción de todos los medios que conduzcan a que unas y otras clases se auxilien recíprocamente, y no se *debiliten o destruyan, ni se desprecien o aborrezcan* [...] tenemos por imposible la unión y común sociedad del Indio con el Español, por oponerse a ella una grande diferencia en los caracteres, y una distancia tan notable en la energía de las almas”²⁷.

Una de las intenciones de los ilustrados era revalorar su propia sociedad en desmedro de otros. La reafirmación de sí mismo era la desvaloración del disímil. Las distinciones de uno con el otro fueron las que hacían la diferencia entre formar parte de la élite criolla e ilustrada o ser parte de la plebe. No todos llegaron a ser parte de esa libertad que producía el uso de la razón, solo unos cuantos eran los elegidos de formular el progreso social. El imperio de los incas condujo al indio a una degradación que ellos se sintieron los “encargados” de rescatarlos.

En el caso particular de los negros que provenían de diferentes naciones de África, eran estimados por encima a la incásica²⁸. Ilustración significaba en el fondo distinción, acceso a la cultura letrada, división entre ser culto y ser ignorante. Paradójicamente, por un lado propugnaba igualdad pero por otro sus planteamientos originaban diferencias, exclusión, división y, por supuesto, desigualdad. La igualdad planteada era en relación al individuo con sus pares, según su posición socioeconómica, según la función que desempeñaba, esto lo ubicaba en el orden y jerarquización interna en cada grupo social. Cada grupo difería del resto, dentro y entre los grupos no ocurrían signos de igualdad, entre ellos mismos las jerarquías eran palpables. Lo interesante de este discurso dieciochesco era la conjugación de la división tradicional con la “nueva”. Al lado de los postulados ilustrados se

²⁷ Nicolás Beauclair sostiene la tesis que “estas ideas tanto negativas como positivas del indio muestran tensiones dentro de la élite criolla [...] sin embargo, la imagen positiva del indio no apunta tanto a una valorización o defensa de su cultura, sino más bien a una instrumentalización del mismo con fines patrióticos, promovida por la ‘cultura de la utilidad’ de la Ilustración” (2010: 38).

²⁸ En esta desvaloración del indio sin duda influyó el movimiento de Túpac Amaru II. Falta, dentro de la historiografía peruana, un análisis que esclarezca la relación entre los movimientos indígenas y el orden social ilustrado.

encontraban las distinciones por casta, estamentos, color de piel, pureza de sangre, cargo político. La utilización de ambos ofrecía instrumentos necesarios para que las diferencias sociales estén aseguradas.

Para lograr el bienestar social proyectado era necesario corregir el genio, carácter, ocio, lujo y desenfreno del pueblo. El orden ilustrado enfatizaba no solo en el statu quo de las diferencias naturales y sociales, a la vez era necesario “limpiar” de la sociedad otro maleficio que atentaba contra el progreso social, y ese era la existencia del ya mencionado vago. Ser catalogado de vago significaba ser reconocido como un lastre para el desarrollo ilustrado y sus vicios eran los desórdenes a combatir y derrotar. Todos debían de dedicarse a algún oficio determinado acorde a su condición y naturaleza, una correcta distribución de los hombres contribuiría a favor del orden. De la misma manera, la cantidad de mendigos y gente menesterosa que deambulaba por la ciudad o se paraba en una esquina a pedir limosna debían de ser reformados. Se les debía enseñar algún oficio para el cual podían ser útiles, siempre en beneficio del gobierno, y la idea de levantar un hospicio sería perfecto a favor de “estas almas sensibles de un beneficio tan permanente, como útil y necesario” (Lequanda, [1794] 1966: 123. Tomo X).

El sostenimiento del statu quo ilustrado conllevaba la continuidad de las diferencias y su mantenimiento. El que un mendigo aprenda una labor no significaba que escale económica y socialmente, el objetivo era que sea útil a la sociedad y en especial al gobierno colonial, de esa manera contribuiría a lograr el sueño del orden ilustrado.

Lequanda culmina su discurso afirmando que “la civilización y el arreglo de las malas costumbres envejecidas, serán un fecundo principio del buen orden; nacerán también los adelantamientos de las artes mecánicas y liberales; de la agricultura, minería y del comercio” ([1794] 1966: 131. Tomo X). En la conciencia de los ilustrados estaba claro que este proyecto, desarraigar unas viejas costumbres y reemplazarlas por otras, era por demás complicado e involucraba un proceso lento y gradual, por lo que aceptaron, no de manera pesimista, que finalmente ellos no serían los que culminen la gran transformación, vendrían otros que se encargarían de terminar lo que ellos habían iniciado. Esto no los desalentó por lo útil y beneficioso que significaba para la sociedad, y porque tampoco opacaba los avances que consiguieron durante esos años.

Uno de los medios utilizados para lograr el orden social era la educación, sin que esto signifique que acudan a una escuela de enseñanza. Ese era el medio donde los ilustrados apuntaron para formar hombres correctos con un sentido cristiano y acorde a buenas costumbres. Acompañando a la razón, la moral era otra condición para forjar al buen ciudadano que expresaba a la vez al buen cristiano. Si bien se buscó educar a la plebe es preciso reiterar que no fue en el sentido de igualarlos con ellos mismos. En ese proyecto por reformar la sociedad para irradiar la mejor imagen posible, era obligatorio que los habitantes muestren comportamientos acordes a las nuevas circunstancias; la plebe debía de dejar sus costumbres depravadas y asimilar las pautas impuestas por las autoridades e ilustrados.

La plebe tenía que aprender a obedecer, a ser disciplinada. La disciplina aparece en ese contexto como la vía a través de la cual los individuos van a contribuir al orden social, a su mantenimiento. Era el único medio posible para construir una sociedad controlada (Nieto, Castaño y Ojeda, 2005: 704). Charles Walker señala que el proyecto civilizador ilustrado implicaba la aceptación, por lo menos en términos abstractos, de la posibilidad de una población homogénea o unida. Sin embargo, los borbones formularon todo su proyecto político sobre el reforzamiento del sistema colonial, un conjunto de jerarquías sociales que irremediablemente convertía a los indios en Otros (2007: 116). A razón también de que Lima era una ciudad muy abigarrada, José Luis Romero indica que en aquellas ciudades que crecieron y en las que se aceleró el proceso de formación de la nueva sociedad criolla predominó una especie de anomia, signo de la intensa movilidad social (1976: 139). Y ese fue el caso limeño. Solo las clases altas sabían cuál era su sitio, y en consecuencia cuáles eran las normas que la regían²⁹. Pero los estratos medios y populares manifestaron una intensa fluidez (Romero, 1976: 139) que desembocó en una alta tasa de mestizaje y en una desobediencia de las leyes.

De ese modo, la influencia ilustrada en el virreinato peruano llegó al ámbito social. Se buscó reformar la sociedad y sacarla del letargo en que estaba sumergida, atribuyendo la culpa a sus mismos habitantes (en particular al populacho), al ser indicado el causante de

²⁹ Es necesario precisar que en reiteradas ocasiones la misma nobleza también infringía las normas. Este punto será tratado por momentos a lo largo de la presente tesis.

los males que existían. Reformar sus costumbres disipadas y vestirlo con la nueva moral era una tarea ardua y complicada. Por ello, era necesario no solo tener autoridades e intelectuales empapados con las posturas ilustradas, o reformar la sociedad de una manera más racional, sino era también urgente ilustrar al pueblo, amoldarlo según los nuevos cánones imperantes con el fin de obtener mejores vasallos obedientes y conocedores de los principios morales, naturales y racionales (Viqueira, 1987: 66).

En la actualidad queda claro en la historiografía que existió en el virreinato peruano todo un movimiento ilustrado que alcanzó tanto a la élite limeña como a la misma plebe³⁰. Algunos trabajos han demostrado que la Ilustración no llegó a ser exclusiva de un determinado sector social, sino que la plebe también pudo conocerla, surgiendo la llamada plebe ilustrada. Un término que aún es tan cuestionable por el contenido que encierra como por terminar de demarcar los alcances y límites que tuvo aquí la Ilustración. A lo que se agregaría lo genérico que es por encerrar en su definición a individuos que lo más probable jamás hayan escuchado, usado o aplicado algún precepto ilustrado, encasillando de ese modo a todos los miembros que la conforman.

Mientras que hubo personas pertenecientes a la plebe que llegaron a acceder a algunos comportamientos propios de la nobleza limeña mediante la imitación y la vista (Estenssoro, 1996), otros, consciente o inconscientemente, accedieron a textos desconocidos y raros para el resto de la población, llegando a conformar una biblioteca muy loable para su condición social, aunque es todo un debate si realmente los llegasen a leer (Adanaqué y Vega, 2000). Sin embargo, tal hecho, al menos lo que se conoce hasta el momento, estuvo muy lejos de ser una situación que se haya generalizado. Más allá de estos contados casos, un porcentaje

³⁰ La Ilustración no se desarrolló en todo el virreinato de manera similar. Mientras que en Lima se dio casi a la par que en Europa, en regiones como Arequipa recién con la independencia recibió el influjo de esta corriente y de sus costumbres refinadas. Para Sarah Chambers fue sobre todo después de la independencia que en Arequipa la élite se abrió a las ideas e inmigrantes europeos, intentando configurar su comportamiento sobre la base de normas más cosmopolitas e ilustradas (2003: 138-139). A nivel americano, el caso de Cuba es singular. Juan Amores argumenta que para finales del XVIII era notorio la casi ausencia de un sector ilustrado. El atraso del establecimiento de instituciones que favorecieran el desarrollo cultural tuvo mucho que ver. Lo que propició el atraso del sentimiento de patriotismo o protonacionalismo criollo (2003: 148-149).

de la plebe no llegó a acceder, conocer o escuchar sobre el término Ilustración o círculo intelectual llamado Sociedad Amantes del País³¹.

Los vagos, ociosos, tahúres, mendigos, no pueden ser encerrados tampoco dentro del término plebe ilustrada por el simple hecho que ellos nunca conocieron tal fenómeno. El virrey Agustín de Jáuregui en su Memoria sostuvo sobre los genios y costumbres de los vecinos de Lima lo siguiente:

“En ella el cuerpo de la nobleza está muy civilizado, su espíritu es generoso y sobre todo posee la prenda del pundonor en tanto grado que por la imitación y ejemplo es general y común en todos los demás individuos y habitantes, y aún en la plebe se descubren muchos rasgos de cultura, exceptuando la vil y baja, porque la esclavitud y rudeza influyen a su abatimiento y a que sea muy escasa la utilidad que se reporte en sus destinos” (Contreras, 1982: 146).

Otro punto valioso para comprender lo que encierra el término plebe ilustrada, es la condición de aquellos que sí conocieron, escucharon, accedieron a aquello que se entendía por Ilustración. En primer lugar no se trataba de hombres cultos, letrados con una gran erudición, sino personas humildes que de diversos modos y muchas veces sin saberlo, se involucraron o fueron involucrados en algunos planteamientos ilustrados. Una de las vías, al igual que sucedió en Europa occidental, fue la oralidad. Al ser personas iletradas sin ningún conocimiento básico de lectura o del hábito de leer, el medio oral sirvió para que conocieran algunas normas ilustradas.

De igual manera, el sentido de la vista fue vital para que observaran las refinadas costumbres de una élite que se sentía superior a ellos. Por estos motivos se puede afirmar que hubo una porción de la plebe que sí accedió a algunos postulados ilustrados, acuñándoles así la frase de plebe ilustrada. Ilustrada no porque crearan conocimiento o hayan pertenecido a algún círculo intelectual, sino porque consiguieron, directa o indirectamente, consciente o inconscientemente, conocer ciertos patrones ilustrados. De antemano se descarta la tesis de que la Ilustración estuvo reservada fundamentalmente a los sectores criollos (Peralta Ruíz, 2002: 29). Por mi parte me alíneo a la tesis que sostiene que sí hubo plebe ilustrada, la misma que sustentó que se caracterizó por ser minoritaria, selecta

³¹ Aquí tomo parte del argumento de Flores Galindo respecto al desconocimiento que tuvo la plebe sobre estas cuestiones (1991: 123).

e ingenua; es decir, no se percataron del trasfondo de las nuevas costumbres que empezaron a adoptar.

2.2.1. Reformas sociales ilustradas y borbónicas

El plan de reforma de los borbones mencionado páginas atrás fue reforzado con la llegada de las ideas ilustradas para mediados del XVIII, la misma que tuvo un fuerte impacto en el sector intelectual y en las principales autoridades. La principal cuestión que se propusieron los ilustrados locales fue modificar el tipo de orden social y con ello reformar las costumbres anticuadas de la plebe por considerarlas un lastre para el progreso. Un ejemplo del eco de esta voz la personificó el ilustrado Joseph de Lequanda, quien dirigió su discurso contra los llamados vagos.

El discurso ilustrado se encargó de desenmascarar los defectos y deficiencias que según ellos caracterizaba a la plebe, aunque en algunos puntos llegaron a la exageración. Una de las principales críticas y planteamientos a la vez que hicieron sobre esa “masa inerte”, era catalogarlos como vagos, que no estaban en una ocupación laboral, lo cual era perjudicial por el gran potencial productivo que poseían y que debía de aprovecharse.

Los vagos eran un verdadero dolor de cabeza para ilustrados como Lequanda, por la mano de obra desocupada e improductiva³². El prejuicio latente en su modo de pensar lo reprodujo en expresiones denigrantes como “polilla”, “insectos venenosos”, “fragmentos de la humanidad”, entre otros epítetos similares ([1794] 1784. Tomo X). Su pensamiento era el reflejo del sentir de la mayoría de los ilustrados sobre los miembros de la plebe a quienes consideraban como “moradores inútiles, nocivos por su falta de destino y ocupación”³³. En

³² En un momento se llegó a plantear que vayan a trabajar a las minas, no obstante tal propuesta no llegó a prosperar. AGN. Sótano-Varios, Leg. 201, folio 220. El mismo Lequanda sostenía que aquellos que eran vagos con clara inclinación delincuencia debían de ser destinados “con preferencia a los Minerales templados, y no a los presidios, como sabiamente lo practicaba el Excmo. Señor Marqués de Montesclaros” ([1794] 1966: 123. Tomo X). Se buscó pasar de medidas individuales de algunos virreyes como el mencionado, a ser un proceder oficial. Richard Chuhue acota que “vago era aquel individuo que no estaba dedicado a las actividades oficiales que el Estado y la sociedad regulaban a través de los gremios” (2006: 213).

³³ Tal imagen no era exclusiva de los ilustrados. Los viajeros que estuvieron en Lima reprodujeron una semejante. Ese es el caso del viajero alemán Wolfgang Bayer, quien estuvo en la ciudad alrededor de 1751. Señalaba que los indios se caracterizaban por tener costumbres malvadas y licenciosas, “de tal suerte que no tengo reparos en comparar la capital de Lima y otras ciudades y aldeas de este reino, con Sodoma y Gomorra.

su discurso realiza una diferenciación entre los dos tipos de vagos que existían a su parecer. Aquellos que tenían el deseo de laborar, preferentemente españoles, pero que no podían por estar “las artes en manos de otras castas ínfimas”. Era este caso en el que el ocio se había de considerar involuntario y no inherente. En cambio, todos los cuestionamientos recaían en el otro sector que teniendo todas las facultades para trabajar no lo hacía³⁴ (Lequanda, [1794] 1966: 105. Tomo X).

En el fondo de su discurso se aprecia las contradicciones propias de los ilustrados en Lima. La Ilustración nació en Europa bajo la idea de reformar la sociedad, de crear una más humana, más igualitaria, en donde todos tendrían los mismos derechos y oportunidades. En nuestro caso, los ilustrados tuvieron notorios avances pero también límites. Sobre los primeros es claro que se preocuparon por la condición de la plebe, de la mano inerte que se desperdiciaba por carecer de algún oficio. Por ello impulsaron su capacitación, adiestrados en labores mecánicas según su estatus. A manera de ejemplo podemos mencionar su propuesta de establecer unas casas escuelas de hilar algodón, lino y cáñamo en 1799, para que los individuos de ambos sexos, en especial las mujeres, puedan aliviar su pobreza³⁵.

Un sector de la aristocracia limeña, entre los que se encontraban el marqués de Zelada de la Fuente, el conde Fuente Gonzales, Martín de Osambela, Xavier María de Aguirre, Antonio Álvarez del Villar, Antonio de Elizalde, y otros vecinos notables, sentían que estaba entre “sus deberes componer como de manifiesto, su idea en beneficio del estado, y en favor especial de los pobres de ambos sexos”. Es decir, bajo su concepción aristotélica de que unos nacían para dirigir y otros para ser dirigidos, ellos se autoconsideraban los encargados de velar por el resto. Y como tal se preocupaban por esa mísera condición y buscaron dotarles de medios necesarios para su subsistencia. Se aprecia en ellos un claro sesgo del pensamiento que defendía el origen divino de la sociedad y su subdivisión. La misma

No hay, pues, ningún género de pecado contra el sexto mandamiento, al que no se haya entregado este pueblo malo y desvergonzado, razón por la que domina en todos estos lugares de este país el repugnante mal gálico” (Núñez, 1969: 31).

³⁴ Desde los primeros años del periodo colonial la vagancia ya se hacía sentir. La zona de El Collao, solitaria región al sur del Cuzco, era el centro del vagabundaje de ociosos y fugitivos que se retiraban a este lugar apartados a vivir del campo y de los alimentos que despojaban a los indígenas. En 1552 llegaron a formar bandas enteras de renegados que vagaban por el campo, abiertamente armados y fuera del control de la ley, robando tanto a los naturales como a los españoles (Lockhart, 1968).

³⁵ AGN. Superior Gobierno. Leg. 48, 1799; citado en Quiroz, 2008.

concepción que compartía el virrey Ambrosio de O'Higgins, quien ofreció su absoluta protección a los ilustrados.

La llamada Sociedad de Beneficencia Pública, bajo su director el marqués de Zelada de la Fuente, sostenía que si bien algunas mujeres eran flojas y menos aplicadas, también era cierto que “las más son de habilidad, y que a pesar de sus buenos deseos, lamentan su triste situación de no haber, en esta capital trabajo proporcionado en que puedan ejercitarse”. Sin embargo, la preocupación de la sociedad estaba orientada especialmente hacia las mujeres españolas, quienes “a porfía solicitan especialmente las de clase española, dedicarse a la costura aun sin rendirles ni para lo preciso”. Pero ya sea española o no, el solo hecho de que estas personas cuenten con un trabajo debería ser suficiente aliciente para su progreso. Basándose en sus principios ilustrados de una mejor sociedad, no concebían la existencia de tanta gente pobre, por lo que habría de enseñarles algún trabajo manual, “cuidando más bien de que remedien su indigencia, que el que se les escuche con un escaso jornal”.

El proyecto era ambicioso, es más contaba con la protección del virrey, pero por razones que aún no se conocen la sociedad fue disuelta en 1804 por el monarca español.

Los avances logrados por los ilustrados se toparon con sus propios prejuicios sociales. Lequanda justificaba a los españoles que no trabajaban por el hecho de que los oficios ya estaban acaparados por la plebe. Si el español no laboraba no era por flojera, sino por condiciones externas a él, pues dentro de su espíritu existía el ser útil y provechoso para el Estado. En cambio el cuestionamiento era para las demás castas. Estaba dentro del “genio” de estas el ser ocioso, el ser improductivo, habían nacido con esa predisposición. Nuevamente en su discurso se observa rasgos irónicamente antiilustrados. Por un lado buscaron el progreso social, reformar las costumbres de la plebe, pero por otro, no se atrevían a llevar sus planteamientos hasta las últimas consecuencias. Esto implicaba reconocer el principio de igualdad, lo cual resquebrajaría el sistema que ellos mismos protegían. Supieron combinar astutamente nociones aristotélicas, de predestinación con principios de la Ilustración. Pregonaban el progreso, pero no distintivamente para todos. Había que seguir sosteniendo las diferencias, pero ya no como antes, sino acorde a la época; es decir, moderna y predeterminada.

Un sector de los españoles a finales del siglo XVIII había caído en desgracia producto del decreto de libre comercio. Atrás habían quedado aquellos tiempos en que vivían con opulencia. En palabras de Lequanda, “un corto número de españoles auxiliados del lucrativo comercio y otros arbitrios, vivían ricos y felices”. Pero ahora “ha crecido la confluencia de aquellos que se alimentan más del trabajo dispositivo que del obrero, como que por lo común no estriba en ramos industriales, para poder subsistir con aquel esplendor a que estaban acostumbrados” ([1794] 1966: 104. Tomo X). La situación llevó a que muchos españoles trabajasen, a que realizasen labores que antes no estaban dispuestos a realizar, sobreponiendo sus propios prejuicios a sus estilos de vida acomodada.

Por lo general los españoles se ejercitaban en el comercio, en el Estado eclesiástico, militar, en cargos políticos y de Real Hacienda, en oficios de abogados, médicos, escribanos, o se mantenían de sus fincas rusticas y urbanas. En tanto la plebe, negros y mulatos libres en particular, se dedicaban a diversos oficios mecánicos. Aunque en estos años era común “que en algunos de estos oficios liberales, hay mezclados varios españoles nobles, y otros blancos, que nada desmerecen para considerarse distinguido según sus clases” (Lequanda, [1794] 1966: 115. Tomo X). El español no se sentía menospreciado si practicaba algún oficio liberal. El español siempre sería español por más oficio que realizase, su condición social difícilmente estaba en juego.

No obstante, en su discurso cuestionaba el hecho de que “en la práctica la consecuencia tan perjudicial de haber hecho despreciables las artes, de tal modo que raro europeo, y menos criollos honrados, son los que se determinan a seguir ninguna de estas profesiones estimables”. En su perspectiva era necesario inculcar en la población “toda su eficacia el bello principio de lo necesarias que son las artes a todo país que quiere ser tenido por civil”. Había una clara diferencia entre los oficios mecánicos y las llamadas artes. Sobre el primero pesaba un estigma de siglos anteriores que ahora en pleno siglo XVIII empezó a cambiar, en tanto que en el caso del segundo el mismo calificativo de arte lo hacía superior al primero. Era un signo de superior categoría al de los oficios mecánicos que eran ejercidos por gente vil; castas, negros, mestizos e indios (Quiroz, 2008).

Hacia finales del dieciocho, la noción de trabajo sufrió cambios considerados en lo teórico, más en la práctica su ejecución fue complicada en toda su dimensión. Si antes el arte

manual era sinónimo de inferioridad y desprestigio, ahora el trabajo era un pilar básico dentro de este nuevo orden social ilustrado. Se alentó las iniciativas que tendían a revalorar el papel de trabajo como herramienta del progreso. Los trabajos manuales eran parte del motor del desarrollo estatal, en este caso del virreinato peruano. Esa era una de las grandes diferencias con la sociedad de antes, en donde el trabajar era visto como injuria y menospreciaba a quien lo practicaba. La plebe se desempeñaba en una variedad de ejercicios laborales, muchos de los cuales comenzó a sumir la población española venida a menos. Pero la necesidad que tenía el español de distinguirse de la gente de color lo obligaba a elegir ejercicios más honestos, y una forma era rehusándose a ejercer servicios domésticos, “el servicio doméstico que en otras regiones sostiene a mucha gente pobre y honrada, en Lima es rehusado por la gente española distinguida, en medio de su pobreza, por no pararse con el negro y el mulato, que es la clase ínfima o reputada por más baja” (Lequanda, [1794] 1966: 119. Tomo X).

Una gran parte de la élite limeña deseaba quedarse anclada en el tiempo, se resistía a revertir el concepto del trabajo. A manera de ejemplo se puede citar la famosa real provisión del 18 de marzo de 1783 que eliminó oficialmente el estigma que pendía sobre los oficios menesterosos, y que se mantuvo en reserva por el cabildo y el gobierno (Quiroz, 2008). A pesar que la norma reivindicaba el trabajo productor al señalar que quedaban aptos para ocupar cargos públicos, es claro que esta iniciativa estuvo orientada hacia la población española de medianos recursos. Los productores lo veían con buenos ojos, debido a que sustentaban sus economías en el ejercicio del comercio (Quiroz, 2008).

Por otro lado, en el segundo tipo de vagancia propuesto por Lequanda, se atribuía que la base de la holgazanería de estos vagos era su escaso deseo de conseguir lo suficiente para subsistir y tener tiempo para el “reposo”. A ello se agregaba el hecho de que muchas personas conmovidas por la presencia de este tipo de gente se dejaban llevar por su espíritu caritativo y sentían que la mejor forma de ayudarlos era dándoles limosnas para su subsistencia ([1794] 1966: 111. Tomo X). Este acto era rechazado por el ilustrado. En el fondo más que aliviar el problema lo que hacía era agravarlo, ya que en vez de fomentar el amor al trabajo, generando medios aceptados de obtener dinero, por el contrario se incitaba la ociosidad y el conformismo con pequeñas porciones de monedas que obtenían. Es así

que se observa que la crítica no solo iba contra los vagos, sino también sutilmente se cuestionó el ejercicio de la caridad que provocaba la multiplicación del número de indigentes en la ciudad.

Su discurso era concebido y aceptado por los intelectuales y gran parte de las autoridades coloniales. La sociedad se debía basar en el desarrollo de la productividad, en el no despilfarro del tiempo y en la buena usanza del material humano. Dicho esto, para el mercurista el remedio al estado actual era el que ya se practicaba en los países cultos y piadosos europeos; es decir, la edificación de un hospicio que tendría las funciones de aliviar las necesidades de la plebe, de tenerlos ocupados en trabajos proporcionales a sus fuerzas, o si están sin ellas que sean asistidos con esmero y caridad porque “la ociosidad es madre fecunda de todas las calamidades y vicios” ([1794] 1784: 111-112. Tomo X). Con esta medida se impediría el engaño de aquellos que fingen ser menesterosos y los reales vagos serían ayudados, evitando que estos “no carcoman la parte sana de la sociedad”.

Si bien el tipo de sociedad había variado hacia el XVIII, lo que no podía modificarse era el afán por esclarecer las diferencias sociales. Uno de los rasgos de la sociedad estamental que se utilizó en esta época fue la segregación social. El español debía de mantenerse distanciado y claramente diferenciado de las castas. A pesar que ahora las diferencias tenían otro sustento legitimador, el orden social era inalterable. Cada individuo debía de conocer el lugar que ocupaba dentro de la sociedad, en particular la plebe. Esas condiciones de inferioridad intelectual, económica, política y étnica eran elementos precisos para remarcar su posición dentro de la sociedad borbónica ilustrada. En tal sentido, las castas dejaron su significado clásico de etnicidad para congrega toda una gama de aspectos que la complejizaron más. El ingreso económico, la manera de hablar, de vestir, el tener conocimientos como saber leer y escribir, el tipo de trabajo no eventual sino especializado, las alhajas, el grupo social, la organización al cual se pertenecía; todos llegaron a ser factores que determinaron el concepto heterogéneo de castas.

Los criterios de segregación diferían a las de la época de los Habsburgo, y en ello tuvo mucho que ver lo que sucedía en gran parte de Europa. El siglo XVIII europeo o también llamado el Siglo de las luces debe ese apelativo al desarrollo intelectual, científico sustentado en la razón. Las explicaciones sobrenaturales, un orden predeterminado y la

existencia de un ser superior hacedor empezaron a cuestionarse por ser insuficientes para explicar la nueva sociedad que se estaba forjando. La división social debía estar más acorde a la capacidad económica, académica, científicista y política del individuo. Esa concepción de la sociedad fue introducida con claridad en la segunda mitad del XVIII en Lima. Sin embargo, introducir este nuevo sistema era una tarea difícil por la existencia de castas y el alto grado de mestizaje.

El desbalance demográfico notorio entre la plebe y la nobleza limeña, produjo en el inconsciente de la segunda un miedo generalizado ante algún tipo de revuelta popular. Por tal razón, se evitó de toda forma el “encuentro de todos los sectores” (Cosamalón, 1999), dictaminándose una serie de ordenanzas que prohibían las reuniones públicas de la plebe. Empezando con la militarización de la ciudad. Se reclutó gente que se encargue de velar por la tranquilidad social, surgiendo de ese modo las milicias. Algunos servían voluntariamente, otros eran reclutados y traídos de diferentes partes del virreinato. Se organizó la tropa de infantería y aparecieron los denominados cuerpo de Dragones. Ambos vigilaban las calles, tenían el objetivo de atrapar y dirigir a la cárcel todo sospechoso que atentase contra la orden. En la mira estaban los vagos, jugadores, delincuentes, en fin aquellos cuya presencia era extraña y perturbadora para el vecindario. En esa ardua tarea el apoyo de los serenos fue clave, “eran personas que en grupos pequeños rondaban las calles dando la hora para anunciar su presencia al vecindario indicando que la noche estaba serena” (Quiroz, 1997: 113).

A las variantes agregadas a la sociedad dieciochesca no puede soslayarse el claro mayor control social que se buscó sobre el populacho. La Lima borbónica tuvo como política el postulado católico de un ente superior que observaba todo lo que sucedía sobre el reino. El reflejo de esta política fueron las reglamentaciones dadas por el visitador Jorge de Escobedo. Primero en 1785 con “*División de cuarteles y barrios e instrucción para el establecimiento de alcaldes de barrio en la capital de Lima*”; luego, al año siguiente, el “*Nuevo Reglamento de Policía*”³⁶. Los dos formaron parte del deseo borbón por controlarlo todo, desde las reuniones de la plebe hasta las aficiones y formas de entretenimiento que

³⁶ Alfredo Moreno Cebrián considera el gobierno del virrey Teodoro de Croix como la culminación de la ordenación urbana de la ciudad, por su división en cuarteles y barrios y por el fortalecimiento del concepto policía: obras públicas, sanidad, limpieza, alumbrado y seguridad ciudadana (1981).

tenía. Según Walker, “las reformas requerían la recolección de información sobre la población, esfuerzos que indicaban no solo la fijación ilustrada con la clasificación, sino también en qué grado las reformas urbanas de los borbones estaban guiadas por la preocupación del control de las clases bajas” (2007: 110)³⁷. En esa línea se puede mencionar el frustrado proyecto de instaurar en Lima un Tribunal de la Acordada, similar al que existía en Nueva España, para que cumpla las funciones de velar por la seguridad, orden, limpieza, entre otros³⁸.

Estas medidas tienen su raíz, sin ser la única, en el miedo engendrado en la mente criolla a causa de los diversos sucesos que ocurrían en algunos puntos del virreinato. Scarlett O’Phelan sostiene que entre 1700 y 1783 surgieron una serie de levantamientos como la que encabezó en 1742 Juan Santos Atahualpa, o en 1750 el intento de rebelión de los indios olleros de Huarochirí, pero el emblemático es la “gran rebelión de 1780, que es el resultado de un cúmulo de malestar social provenientes desde inicios del siglo” (1988: 21).

Esta situación de inestabilidad social llevó a que las autoridades tomen medidas directas e indirectas de represión para evitar cualquier tipo de levantamiento dentro del casco urbano. El objeto de la represión no solo era la población indígena, los esclavos también sintieron los estragos de los nuevos y robustecidos medios de control. Para el siglo XVIII se tiene constancia de la existencia de sublevaciones de esclavos en varias partes del Perú, principalmente en las haciendas costeñas en donde la relación patrón-esclavo era altamente antagónica (Kapsoli, 1975). Actualmente ya se descarta la imagen de una plebe limeña pasiva, incapaz de organizarse para hacer escuchar su voz de protesta contra el sistema, enfrentándose a la existencia de un conjunto de medidas para mantenerla, lo más posible, controlada. En el caso del esclavo era visto como un mero objeto comercial, que si era bien explotado podía aportar buenas ganancias. Como señaló Flores Galindo, “los esclavos estaban destinados a trabajar y no podían aspirar a una condición diferente, porque de lo contrario podría peligrar todo el equilibrio social” (1991: 81).

³⁷ Una forma de recolección de información para poder controlar era mediante el empadronamiento de los barrios. El padrón realizado al barrio de Cocharcas en 1771 describe, por ejemplo, nombres, edad, sexo, razas, origen, lazos de parentesco y otros de la población del barrio (Quiroz, 1991).

³⁸ Para mayor información véase Quiroz, 1997.

Sin embargo, los esclavos adquirieron importantes facultades que les permitieron, hasta cierto punto, apaciguar toda esa opresión que cargaban sobre sus espaldas. Entre ellas estaban el buscarse un mejor amo, casarse según su gusto, comprar su libertad, poseer bienes y obtener dación gratuita de su amo. Si bien no siempre se cumplían, eran mecanismos que impidieron que ahora se hable de un movimiento popular en Lima del siglo XVIII. Lo que no significó la inexistencia de protestas sociales. Los cimarrones, bandidos, asaltantes de caminos, manifestaron su malestar mediante los actos delictivos que realizaban, refugiándose en los conocidos palenques (Aguirre y Walker, 1990), aunque sin llegar a adquirir el carácter de levantamiento de masas. Maribel Arrelucea plantea que los esclavos protestaron de dos maneras: pasiva (negociaciones privadas, evasión y uso de la legislación) y activa (cimarronaje, bandolerismo y los palenques)³⁹.

Esta realidad social se reflejó en la carencia de movimientos de masas, y tan solo en el surgimiento de protestas individuales o de grupos muy reducidos de carácter cortoplacista.

2.3. El discurso ilustrado español y las diversiones populares

La vida cotidiana de la plebe va a ser uno de los temas preferentes de los criollos ilustrados, plasmando en sus diferentes escritos la concepción que tenían sobre las formas de recreo y distensión de este sector mediante las diversiones populares. La gente en general acudía por diversas razones, ya sea por ociosidad, por languidez, por ansias de lucir, por un esparcimiento sano, en fin siempre había motivos para escaparse de la rutinaria vida.

Lo singular del caso limeño es que muchas de las medidas tomadas respecto a las diversiones tuvieron relación con las dadas en la península. Entre ambas hubo coincidencias así como diferencias.

En España hubo dos reformadores, uno más que el otro, que elaboraron planteamientos de cómo darle un giro al estado actual de las diversiones y la perniciosa relación que mantenían con la población hispana, al serles atribuidos los diversos males que aquejaban a la sociedad (conductas licenciosas, desorden y la ruina de lo moral). El primero de ellos, en

³⁹ Véase Arrelucea, 2001.

razón al tiempo, es Pedro Rodríguez conde de Campomanes, político, jurisconsulto, economista ilustrado español, y ministro de Hacienda en 1760 de Carlos III.

Por esos años se estaba tomando más conciencia sobre el estado de la sociedad. Diversos intelectuales reiteraron la necesidad de una regeneración económica, cultural y moral que levante el país al grado de progreso alcanzado por los países civilizados europeos en el cultivo de las ciencias, la industria, la agricultura, el comercio, las artes y en el perfeccionamiento de las costumbres sociales (Escobar, 1984: 94). Se trataba de un puñado de hombres ilustrados y resueltos que, con todas las fuerzas de su espíritu y todo el impulso de su corazón, querían dar prosperidad y dicha, cultura y dignidad a su patria (Sarrailh, 1974: 12). Para ello se buscó que España recupere el tiempo perdido y pueda insertarse en el proceso histórico en el que las demás naciones europeas ya se habían enrumado. Y precisamente ese interés por reordenar la vida, por hacer que ciudades como Madrid tuviera un aspecto moderno, que la acercara al de las cortes europeas, produjo una serie de leyes que suponían cambios en la vida y en las costumbres urbanas (Álvarez Barrientos, 2001: 157).

En ese contexto el ilustrado Campomanes elaboró en 1775 su conocido texto *Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento*, en el que postula una serie de medidas para instruir a la población, en forma especial a los artesanos españoles. Para él no bastaba con establecer las artes y oficios de cualquier especie en un país, sino que era necesario que sean perfeccionados. Acusaba con razón que el descuido existente sobre su vigilancia provocó que las manufacturas y artefactos perdieran estimación, y lo peor, que sean superadas por las de otras naciones (1775: 13).

Pero no era la única causa del atraso manufacturero español, sentenciaba que las actitudes que tenía un gran sector de artesanos eran también las causantes del escaso progreso industrial por sus desaplicados y viciosos hábitos. Por un lado, Campomanes estaba a favor de que la juventud que se dedicaba a las artes y oficios no carezca de diversiones, porque entendía que los recreos inocentes eran una parte esencial de la policía y del buen gobierno. La gente debía divertirse y tener sus días destinados al descanso de sus fatigas ordinarias y penosas de la semana, pues lo contrario los llevaría a exponerlos a hostigarse y a aborrecer el trabajo al no brindar pausa a su alma (1775: 44). Por otro lado, esta consideración no

debía de perjudicar en lo absoluto los días de trabajo. Era impropio, y aún escandaloso, que artesanos, labradores y jornaleros descuiden sus tareas en días de trabajo y pasen por lo contrario mucho más tiempo en la diversión, acostumbrándose a más tiempo de huelga y perjudicando así los intereses del Estado (1775: 44). A pesar que no realiza una clara diferenciación entre lo que es un juego y una diversión, sostiene que las diversiones son útiles siempre y cuando no se tengan en días laborables.

El artesano ideal de Campomanes debía “de ocuparse los días con trabajo, a fin de que apetezca a sus horas el sueño y el descanso, acostumbrarse a cumplir en los días de precepto con las obligaciones que prescribe la iglesia y disponer en los tiempos libres de diversiones populares, que agilicen las fuerzas del cuerpo, las cuales por la publicidad misma y el orden que debe de establecer el magistrado no pueden degenerar en abuso o corruptela” (1775: 45). Para tal cometido la justicia jugaba un papel esencial con su vigilancia. Si las diversiones de los toros y representaciones de teatro, por ejemplo, eran presididas por la justicia, entonces se preguntaba ¿por qué no debería hacerse lo mismo en las diversiones de los populares? Proponía que el Estado debía de corregirlas y luego fomentarlas para que tengan unos ratos de recreo inocente en los días de fiesta, a fin de que vuelvan al trabajo con ese alivio que proporcionan las diversiones al estar sanos, robustos y contentos en sus estados. Además, para que no despilfarren su dinero y su tiempo de forma descontrolada.

La noción del trabajo está presente de manera transversal en todo su discurso. No solo como una forma de contener los vicios, sino también para impulsar el progreso de las manufacturas españolas, ya que al obtener trabajadores contentos luego de un rato de diversión, podrían ser más en bienestar del país. En el siglo XVIII, con el desarrollo industrial y la aparición de un nuevo actor social, los jornaleros, la noción de trabajo adquirió una sintomática importancia. El desarrollo nacional pasó a depender estrechamente del grado de fuerza de trabajo existente.

El gran reformador de las diversiones en España fue sin duda Gaspar Melchor de Jovellanos, escritor, jurista y político ilustrado español. En 1790 se publicó su famoso escrito jurídico de plan de reformas *Memoria para el arreglo de la policía de los*

espectáculos y diversiones públicas y sobre su origen en España, el mismo que se revisó y se presentó nuevamente en 1796 en una versión reformada.

La fecha en que formuló su plan de reformas, las diversiones públicas españolas estaban pasando por un proceso de censura, restricciones y en algunos casos de eliminación por ser consideradas contrarias a la sana moral, virtud y pudor de los pobladores. Jovellanos no tardó en responder a aquellos críticos que cuestionaban férreamente las diversiones populares, postulando medidas que aplacaran los males enunciados. Para el reformador, creer que los pueblos pueden ser felices sin diversiones era un absurdo, “saber que las necesitan y negárselas era una inconsecuencia tan absurda como peligrosa. Resultando que lo mejor era su establecimiento y su paralelo arreglo” (Jovellanos, 1790: 14). El desarrollo de las ideas ilustradas en España no careció de opositores. Todo cambio siempre encuentra algún tipo de resistencia, en particular de aquella facción que basaba su condición social en la continuidad del *statu quo*. La regulación de la vida social fue una ardua batalla que enfrentaron los ilustrados españoles para enmendar las costumbres de la población.

Para Jovellanos la población española estaba marcada por la clara presencia de dos clases: una que trabaja y otra que huelga. En la primera estaban todas las profesiones que subsistían del producto de su trabajo diario y en la segunda las que vivían de sus rentas o fondos seguros. Su discurso se centró en los hombres que trabajan, sustentando que “este pueblo necesita diversiones, pero no espectáculos”. No era necesario que el gobierno los divierta, pero sí que los deje divertirse, “en los pocos días, breves horas que pueda destinar su tiempo a su solaz, buscará o inventará sus entretenimientos, basta con tan solo se le dé libertad y protección para que puedan disfrutarlos” (1790: 14). Sin embargo, la realidad era otra. En pleno Siglo de las luces la mayor parte de los pueblos de España no se divertían de manera alguna. En tono melancólico acotaba: “en los días más solemnes en vez de alegría y bullicio de los moradores, reinaba en las calles y plazas un triste silencio que era digno de admiración y lástima”. Lo que impulsaba a las personas a la ociosidad, a arrimarse a alguna esquina, a sentarse o a vagar de acá para allá. Al no haber con que divertirse no quedaba otra cosa que la inclinación al temible vicio de la holgazanería, pasando las horas de la tarde sin esparcirse ni divertirse.

Si Campomanes había enfatizado que por medio del trabajo se lograría el progreso social y a la vez combatir los vicios de los artesanos mediante un uso adecuado de las diversiones, Jovellanos por su parte resaltaba que precisamente esas mismas diversiones permitirían conseguir un pueblo libre y alegre que llevaría a que sean activos y laboriosos (Jovellanos, 1790: 16). En palabras del reformador, “cuanto más goce, tanto más amará el gobierno en que vive, tanto mejor le obedecerá, tanto más de buen grado concurrirá a sustentarle y defenderle”. Siendo este el primer objetivo de todo buen gobierno. Y no solo ello, “cada uno de estos hombres estimará a su clase porque se estimará a sí mismo y estimará a las demás porque querrá que la suya sea estimada”. De este modo, respetando la jerarquía y el orden establecido por la constitución, “vivirán, la amarán y la defenderán vigorosamente creyendo que se defienden a sí mismos” (1790: 16).

El discurso de Jovellanos no debe llevar a concluir que estaba en contra de la policía o magistratura que se encargaba de velar por el sosiego público. Por el contrario, creía que sin ella era imposible conservar la tranquilidad y el buen orden. Pero los jueces españoles indiscretos confundían la vigilancia con la opresión. Al tratar de imponer su autoridad lograban que el pueblo no se divierta con plena libertad, amedrentando e intimidando la alegría de los participantes. De ahí que sentenciara: “la vigilancia debía de parecerse a la del Ser supremo: ser cierta y continua, pero invisible; ser conocida por todos, sin estar presente a ninguno, andar cerca del desorden para reprimirle y de la libertad para protegerla: en una palabra, ser freno de los malos y amparo y escudo de los buenos” (1790: 17). Por último, agrega lo siguiente:

“Acaso cuanto he dicho será oído con escándalo por los que miran estos objetos como frívolos e indignos de la atención de la magistratura. ¿Puede nacer este desdén de otra causa que de inhumanidad o de ignorancia de no ver la relación que hay entre las diversiones y la felicidad pública o de creer mal empleada la autoridad cuando labra el contento de los ciudadanos?” (1790: 21).

La importancia de las diversiones residía en brindarle a la población medios de entretenimiento, de júbilo con qué ver de otra forma la vida más allá del que les había tocado. Por más triviales o pérdidas de tiempo que parecieran ser, Jovellanos entendía la verdadera dimensión que encerraban estas formas de entretenimiento que tenía la

población. El investigador Narganes Robas sostiene que en los inicios del siglo XIX español la divulgación y práctica de juegos y diversiones para el pueblo se convirtieron de gran interés en los pensadores ilustrados, entendidas dentro de un proyecto de cambio destinado a conseguir una sociedad feliz, activa, inmersa en las luces y volcada hacia el compromiso ciudadano (2010: 2).

2.4. El discurso dieciochesco en Lima sobre las diversiones

Antes de iniciar es imposible no reconocer la influencia que tuvo la Ilustración española sobre la peruana. En varios postulados de los criollos ilustrados se vislumbran la lectura y conocimiento de las medidas que estaban aplicándose en la metrópoli. Sin embargo, este hecho no implica que hayan influido en toda reforma que se imponía en Lima. Un claro ejemplo son las diversiones locales.

Aquí las autoridades y los criollos ilustrados se conformaron con proveer a la plebe elementos de recreación que venían con el trasfondo de imponer costumbres acordes a la moral ilustrada. No estaba en sus planes conseguir una plebe “inmersa en las luces”, la variedad de castas los empujaba a reafirmar su superioridad social, su pertenencia a una élite con mayores condiciones filosófica-académica, aunque ello no niega que un sector del populacho haya absorbido algunos preceptos ilustrados, punto que ya fue mencionado en líneas anteriores.

En Lima, las diversiones pasaron por un proceso paulatino de ordenamiento mediante las diversas reglamentaciones dadas entre 1750 y 1820. Nunca se llegó a buscar su total erradicación, lo que desearon era obtener un mejor gobierno interno y externo de los locales que se habían construido para su realización. Uno de los más importantes virreyes afines a las ideas ilustradas, Manuel de Amat y Junient, mostró mediante las ordenanzas que dictaminó la actitud que tenía sobre ellos. En su afán por reclutar en un espacio específico a todos los aficionados de las corridas de toros y de las peleas de gallos, otorgó su beneplácito para la erección de un recinto que los albergue (Ramón, 1999), que por el hecho de practicarse en diversos espacios abiertos causaban desorden y la proliferación de actitudes amorales.

Estos nuevos recintos estuvieron estrechamente relacionados con el proceso de secularización que estaba pasando la ciudad. Según Walker, en el mundo secular de finales del siglo XVIII, las nuevas construcciones giraban en torno a obras cívicas antes que eclesiásticas (2012: 141). Es así que estos edificios públicos, incluyendo al mismo teatro, formaron parte de la dominante tendencia que empezó a acentuarse luego del terremoto de 1746.

Los virreyes que sucedieron a Amat, de manera similar dieron prioridad a la radicación de los desórdenes, dolos y conductas licenciosas que manifestaba la plebe en los variados espectáculos. Pero no más. En muy excepcionales situaciones se planteó suprimirlos, lo único que se hizo fue mejorarlos y reformar aquellos rasgos indecentes que estaban ajenos a la moral dieciochesca ilustrada.

En términos generales las diversiones públicas estudiadas en esta investigación fueron aceptadas por las autoridades coloniales y los mismos ilustrados, quienes en su búsqueda de que sean más cómodas para el público y estén a la par de Europa realizaron reformas tanto en la estructura del recinto como de la diversión en sí. En vez de alejarse por el contrario tuvieron un contacto directo, siendo continuos asistentes a ellos.

En pleno Siglo de las luces llamaba poderosamente la atención que los ilustrados no hayan mostrado oposición alguna, realizando sí propuestas que ayudaron a mejorar diversiones, como los toros y gallos en particular, que contenían escenas violentas ajenas a la virtud. Los ilustrados consideraron a las diversiones parte de la sociedad. De ahí que las aceptaran sin mucha discusión, salvo las precisiones que realizaron en pos de reformar algunos aspectos que eran contrarios al proyecto de un nuevo modelo de orden social.

Las autoridades locales mantenían un discurso similar, pero con un mayor énfasis en el control que debía de prevalecer en los establecimientos públicos de entretenimiento. El discurso oficial giraba en torno a la idea de divertir pero controlar, mantener vigilado a los cuerpos y todo movimiento que realizasen por más mínimo que fuese. Tener el poder sobre el hombre, sus emociones y aquellas conductas que pudieran alterar la tranquilidad que aspiraban conseguir. Y precisamente las diversiones encajaron perfectamente en la política de ofrecer espectáculos al pueblo para que descarguen sus sentimientos y puedan ser

“libres” en estos espacios cerrados que se crearon para lograr tal fin; observar de una manera clara y precisa a los concurrentes, o mejor dicho, a la plebe, y así estar al cuidado de que se quisiera infringir el orden establecido. Algo que paradójicamente en la sociedad limeña de entonces continuamente sucedía.

2.4.1 Lima era una fiesta⁴⁰

La Lima borbónica e ilustrada de mediados del dieciocho era literalmente una verdadera “Ciudad de los juegos, diversiones y fiestas”, por la cifra inmensurable de personas de toda condición social que se divertía. Era un hecho universal que todo individuo jugaba sin distinción de sexo, edad, oficio, casta, estatus o puesto administrativo. Cada uno a su manera y posibilidad se entretenía a cualquier hora y momento del día.

A pesar que esta tesis se enfoca solo en tres diversiones (toros, gallos y comedias), indudablemente no fueron las únicas. Durante la colonia existió toda una variedad de entretenimientos que iban más allá de los mencionados. Aparte de otras diversiones que en esta ocasión no serán tratadas (carreras de caballos, por ejemplo), se sabe que la población frecuentaba las llamadas casas de juegos y las fiestas religiosas y/o profanas que se daban seguidamente.

Sin embargo, antes de entrar en detalle es necesario realizar algunas precisiones. En primer lugar, hacer una distinción entre diversión pública y privada. Las diversiones públicas eran aquellas a las que toda persona, sin importar su índole social, podía acceder libremente. En el caso de las localidades para los toros, gallos y comedias, el espectador debía de realizar un pago para poder ingresar⁴¹; caso diferente con las carreras de caballos, debido a que no existió un local donde albergarlas, el público frecuentaba sin ningún tipo de pago aquellos lugares donde se hacían carreras. Mientras que las diversiones privadas eran prácticamente las mismas, con la diferencia que se podían hacer en un lugar privado, ya sea una chacra, rancho, casa, en el jardín o en un salón. El dueño o anfitrión elegía a las personas que iban a

⁴⁰ En alusión a la obra póstuma del escritor norteamericano Ernest Hemingway, *París era una fiesta*.

⁴¹ Un ejemplo en la actualidad son los espectáculos de fútbol, donde todo el público tiene la libertad de asistir adquiriendo previamente su entrada.

estar presentes, teniendo la plena libertad de hacerlo. Aunque un caso particular eran los toros, debido a que el espacio necesario para su práctica debía de ser medianamente grande, por lo general se hacían en lugares abiertos. Para ello, antes debía de solicitar permiso a la autoridad, con más razón luego de 1766 al edificarse la Plaza de Acho. Una diversión podía ser pública o privada según donde se realizaba.

Otra distinción que es obligado realizar es entre las diversiones permanentes y las temporales. En el caso de los juegos, ya sea boliches, bochas, trucos, bolos, pelota, entre otros, eran permanentes, ya que todo el año se podía jugar sin restricción alguna, independientemente de la situación política, económica o social de Lima que no influía en lo mínimo en sus prácticas, cosa que no ocurría con los divertimentos. Las comedias y los gallos abrían sus puertas en días específicos y a una hora señalada. Pero los toros nuevamente se diferenciaban. En el contrato de edificación del coso se estipuló que se harían corridas ocho veces al año, solo por temporadas. No obstante, en una fiesta real o litúrgica los toros no podían faltar, debido a estas excepciones había corridas más veces de lo común. Las mismas comedias también formaban parte de estas fiestas, convirtiéndolas más habituales de lo que ya eran.

Y una tercera aclaración es diferenciar entre lo que fue una diversión y un juego. En el primero ya se indicó que un rasgo que tuvo era el previo pago del público para que pueda disfrutar del espectáculo. A lo cual habría que sumarle el número de personas que captaba por cada función. Si bien los locales donde se realizaban tenían una capacidad limitada, el público era notoriamente mayor al que podía convocar un juego. Las casas de juegos se distinguieron por ser un espacio reducido, las personas presentes no pasaban de las veinte, aproximadamente, y no había la necesidad de pagar para estar presente. Una persona podía asistir para apostar, acompañar a un amigo o simplemente estar de mirón⁴².

Ahora, entre ambos también hubo similitudes, empezando por el hecho de que en los dos corrían apuestas de por medio. Ello se aprecia con mayor nitidez entre las casas de juego,

⁴² En 1802, Tomás Calle Arce, mulato libre, fue acusado de robar una chaqueta. Los agentes del orden lo capturaron en un local donde se practicaba el juego de bochas. En su declaración manifestó, entre otras cosas, que trabajaba en casa de su padrastro ayudándolo a confeccionar ropa para venderlas a las haciendas contiguas a Lima, y que sólo iba los días de fiesta a las bochas, estando en calidad de "circunstante" y pocas veces jugaba "mirón". AGN. Real Audiencia. Causas Criminales. Leg. 96, Cuad. 1171.

sin excepción, y las corridas de toros y peleas de gallos. Se desconoce si en el Coliseo de Comedias hubo apostadores, pero nuestra investigación sugiere que sí. Además que compartían el mismo público: una persona podía, por ejemplo, ir por las mañanas a una casa de juego y en la tarde al Coliseo de Gallos.

Lima no se reducía solo a juegos y diversiones, como bien se titula este subcapítulo. Lima era una verdadera fiesta porque pocos días de la semana se podía hallar una relativa tranquilidad, libre del bullicio que ocasionaban las fiestas coloniales. Rosa María Acosta apunta que las fiestas políticas y religiosas que se celebraron durante la colonia tenían un profundo contenido al ser usadas como mecanismos de dominación y asimilación de los naturales del reino. El regocijo público que significaba la convirtió en un elemento indispensable para lograr la tranquilidad social. Los desfiles y procesiones reproducían en la mayoría de los casos el orden social establecido (1997: 37-38).

No obstante, las fiestas que más abundaron fueron las espontáneas, aquellas que no necesitaban de un evento político o religioso para iniciarlas, y que no se restringían al estricto sentido de la palabra. Una reunión de familiares, compadres o el simple hecho de querer festejar era lo suficiente para armar la jarana. En 1728, la pareja formada por Andrés del Rosario y Laureana de Vilela organizaron un festejo en su casa a razón del bautizo de su hijo. Junto a otros amigos ensayaron algunos saraos y entremeses, mientras que uno tocaba la guitarra⁴³. Asimismo, las reuniones de amigos no se quedaban atrás. En 1775, unos amigos y amigas celebraron hasta altas horas de la madrugada el cumpleaños de uno de ellos, en un cuarto de un callejón cerca al Portal de Escribanos. Primero se pusieron a cenar, a la par que conversaban sobre diversos asuntos. Luego de un rato empezaron a tocar la guitarra, a tomar aguardiente y a ponerse a bailar y cantar. En tanto que en algunas ocasiones las fiestas se daban en los tambos⁴⁴, pulperías⁴⁵ u otro establecimiento público.

Incluso en ocasiones los mismos patrones fomentaban la fiesta entre sus peones. En junio de 1816, luego del último día de pascua del Espíritu Santo, el hacendado Lázaro

⁴³ AGN. Cabildo. Causas Criminales. Cuad. 15.

⁴⁴ En 1805 se descubrió que en un tambo ubicado en Chillón habían fiestas de tambor y bailes los domingos. AGN. Real Audiencia. Causas Criminales. Leg. 104, Cuad. 1263.

⁴⁵ En 1719 el mulato Juan de los Santos hirió a Luis de Tudela, negro criollo, en una fiesta con música que se armó en una pulpería. Ambos estaban borrachos. AGN. Cabildo. Causas Criminales. Leg. 1.

Barrionuevo de Melchor, dueño de la chacra de Santa Beatriz, propició una fiesta entre sus subordinados para darle cierre a esta celebración religiosa del que habían participado⁴⁶.

Otras formas de diversión que tenían los limeños eran, por ejemplo, ir a pasear a las huacas⁴⁷, a las alamedas⁴⁸, celebraciones en San Cristóbal⁴⁹, ir a las pampas de Amancaes en el mes de setiembre, cuando las flores estaban en todo su esplendor. Este último era aprovechado por las parejas para reafirmar su amor o en el caso de los solteros para cortejar a una mujer⁵⁰, aunque nunca faltaban las peleas, borracheras y discusiones que muy a menudo surgían. Los pleitos eran parte de las fiestas.

⁴⁶ AGN. Real Audiencia. Causas Criminales. Leg. 132, Cuad. 1615.

⁴⁷ AGN. Real Audiencia. Causas Criminales. Leg.89, Cuad 1104, año 1799; AGN. Real Audiencia. Causas Criminales. Leg. 95, Cuad. 1160, año 1802.

⁴⁸ AGN. Real Audiencia. Causas Criminales. Leg. 98, Cuad. 1192, año 1803.

⁴⁹ AGN. Real Audiencia. Causas Criminales. Leg. 48, Cuad. 552, año 1781.

⁵⁰ AGN. Cabildo. Causas Criminales. Leg. 207, Cuad. 436, año 1811.

CAPÍTULO II

LAS PELEAS DE GALLOS O “UN MAL MENOR”

La pelea de gallos fue la diversión más popular que hubo en Lima colonial, atrajo desde el más rico hasta el más pobre⁵¹. A diferencia de las corridas de toros y del Coliseo de Comedias, era más común observar en diversos espacios públicos y a cualquier hora del día peleas de este animal. Las peleas de gallos se promocionaban mediante propaganda, siendo el hombre del pueblo el más animoso en asistir para entretenerse y apostar ya a favor del gallo de su predilección. Además, era fácil para una familia humilde criar esta ave en vez de un toro o un caballo que demandaban más espacio e inversión económica en la alimentación.

Es por eso que no tuvo que pasar mucho tiempo para que arraigue entre de los habitantes de Lima. López Cantos señala que cincuenta años después de la fundación de Lima, las calles, las encrucijadas, los jardines y hasta los claustros de los conventos eran teatros de riñas de gallos (1992: 234). Se veía a hombres caminar por las calles con un gallo bajo el brazo en búsqueda de otro criador que quisiera enfrentarse al suyo y comprobar cuál de los dos era el mejor. Para lanzar el desafío comúnmente se tiraba al suelo un peso que significaba retar al potencial contrincante, ya dependía de éste si lo aceptaba o no. Si aceptaba el duelo, preparaba a su gallo y el dinero que pensaba apostar, en caso contrario levantaba a su ave y se retiraba, o buscaba a otro contrincante con quien tener el encuentro.

Los inconvenientes radicaban en que la afluencia por esta afición iba muchas veces acompañada por el desorden en las horas y días de juego. El desfogue del trabajo, ociosidad y el querer entretenerse eran los motivos principales para asistir y abandonar las labores y obligaciones. De ahí la existencia de diversas quejas de aquellos que se perjudicaban porque esta diversión carecía de una normativa. Además, en un primer momento, al ser Lima una ciudad pequeña y estar rodeada por extensas zonas rurales, huertas, chacras, las

⁵¹ Para el viajero Tadeo Haenke, “las peleas de gallos es la que más llama la atención de los limeños, y puede mirarse como la diversión favorita de aquellos naturales” (1901: 29).

peleas que se producían en esas zonas no generaban algún tipo de malestar; sin embargo, al crecer la urbe y en especial al crecer la población, lo que antes eran huertas pasaron a formar parte de la vida urbana limeña. Este cambio sustantivo modificó en lo mínimo a las peleas de gallos callejeras. Ahora el escenario ya no eran las chácaras o huertas, la misma urbe pasó a ser el nuevo escenario de estas peleas, las que pronto produjeron desazón y disgusto entre las autoridades y la élite local.

Este problema fue catalizado por el proyecto Borbón de la reforma urbana, así como de los ilustrados en su afán de reformar el orden social presente. En el siglo XVIII se hicieron más latente las riñas, desórdenes y escándalos producidos por la diversión, lo que llevó a que pase por un paulatino proceso de ordenamiento y control social. Los problemas en mención comúnmente venían acompañados de reuniones clandestinas entre miembros de la plebe para jugar en casas y en sitios apartados de la ciudad, dimanando excesos, fraudes y disensiones. Esto dio lugar al establecimiento de recursos por parte del gobierno para frenar este exceso social. El virrey Manuel de Amat y Junient sentenciaba en su Memoria: “cuando entré a esta ciudad hallé la costumbre que se tenía de un juego y lidia de gallos en que se entretenían muchas personas, y principalmente la plebe” (Rodríguez y Pérez, 1947: 171). Precisamente el virrey Amat se encargaría de reformar la pelea de gallos.

2.1. El Coliseo de Gallos de Lima

El virrey ilustrado Amat y Junient se encargó de ordenar el divertimento de los gallos al poco tiempo que asumió el cargo. El 29 de abril de 1762 aprobó la propuesta de erigir un coliseo en la plazuela de Santa Catalina. Esta propuesta estuvo acompañada de un reglamento que incidía en la búsqueda de evitar cualquier tipo de desorden y que no se jueguen sin la asistencia de un juez, quien precisamente se encargaría de contener y moderar las apuestas, las porfías que solían ocurrir, los fraudes, en fin, que todo se realizase con el debido orden. El nuevo edificio público empezó a funcionar, y con gran concurso, desde el día de San Juan, dándose todos los domingos y jueves de cada semana y algunos otros días de fiesta (Gaceta de Lima, 1982).

El afán de los borbones ilustrados por reforzar las diferencias sociales que estaban siendo flexibilizadas por el proceso de mestizaje que se acentuó durante esta época, conllevó a que se tomaran medidas urgentes (Pérez Cantó, 1985: 49). Es en ese sentido que los espacios públicos jugaron un rol vital en la recreación del sistema casta-estamental que se buscaba vigorizar. De formar particular, los nuevos espacios de diversión, en este caso el Coliseo de Gallos, se proyectó con el fin de crear un espacio específico para esta diversión, despejar de las calles las peleas callejeras, mantener vigilada a la plebe y reafirmar las diferentes condiciones socioeconómicas de los aficionados⁵². Se crearon sitios especiales para cada individuo según su capacidad adquisitiva, la alta clase limeña en los balcones y las gradas para la plebe. La casa tenía capacidad para 1200 personas (Fuentes, 1866: 445).

Antes del coliseo, las peleas se realizaban en campo abierto en donde cada asistente se ubicaba en el lugar que mejor le parecía, preferentemente aquel en que pudiera tener una buena visión, conllevando a que por esos momentos las diferencias sociales desaparecieran entre los concurrentes. En estos lugares se concentraban desde el más mísero mendigo hasta el más recatado noble, ya sea frente a frente o codo a codo. Podían tener preferencia por el mismo gallo, apostarle algunas fichas y compartir la misma alegría si el ave salía triunfadora. La inexistencia de un local específico provocaba que la gente se concentre alrededor de los gallos de manera indiscriminada. Esto, junto a la carencia como es lógico de un orden y, lo más importante, ante el impedimento de crear mecanismos de separación y distinción, conllevó a que mediados del XVIII, impulsado por la política urbana Borbón y el reformismo ilustrado, sea modificado. El objetivo era fortificar el sistema e implantar espacios separados según el estatus de cada asistente.

El Coliseo de Gallos fue construido por el comerciante catalán Juan Baptista Garrial, quien pese a poner el dinero de su bolsillo, tuvo que aportar al erario estatal quinientos pesos anuales destinados para obras públicas y quinientos pesos para el hospital de San Andrés⁵³. A cambio, el catalán, según el contrato, tendría el exclusivo privilegio del coliseo por dieciocho años. El local se abriría los días martes, jueves, domingo y los feriados. Más

⁵² Sobre las peleas callejeras estas todavía se seguirán dando pese a la fabricación del coliseo. Punto que se tratará más adelante.

⁵³ En el caso de la Nueva España, la renta obtenida estaba también dirigida a socorrer las obras de caridad en beneficio de la población (Sarabia, 1972).

tarde el permiso se extendió hasta los días sábados (Descola, 1962: 184). El primer contrato celebrado fue por nueve años, desde 1762 hasta 1771, fecha en que el virrey Amat, mediante el decreto dado el 10 de octubre de dicho año, determinó la ampliación por nueve años más, con la pensión de un mil pesos en cada uno, y con la promesa de cuidar la conservación del coliseo que voluntariamente Garrial cedió al rey de España.

El coliseo era del agrado tanto de los vecinos como de las más prominentes autoridades locales e ilustrados, ya que reflejaba el interés de Amat por reformar las diversiones callejeras. Entre las autoridades más representativas estuvo el rector de la Universidad de San Marcos, Joseph Morales de Aramburú y Montero. En 1770 elogió los grandes beneficios que trajo consigo la construcción del edificio al compararlo con lo que sucedía anteriormente⁵⁴. El rector manifestaba lo siguiente:

“habían puesto en alboroto a la ciudad, tanto así que no había corralón, huerta, casas caídas, baluartes de murallas, donde no estuviese la mayor parte de la capital y la plebe destinada a esta diversión, sin dejar de mencionar la también presencia de mucha gente distinguida. Lo cual era pernicioso porque la plebe dejaba sus labores, los esclavos dejaban de servir a sus amos, las personas distinguidas abandonaban sus ocupaciones, y la censura que daban las personas juiciosas no bastaba para acabar con esta inutilidad. Y en vez que la justicia se centre en reprimir actos incorrectos ocurridos en la ciudad, los días los ocupaba en sosegar las tropelías, desorden, robos, puñaladas, historias, delitos ocurridos por esta diversión”⁵⁵.

Esta situación cambió con la construcción del Coliseo de Gallos. Para el rector se parecía mucho a las construidas en otras poblaciones, pues en su interior se habían erigido espacios específicos según la condición de los sujetos y con separaciones altas y bajas. Referente a la reglamentación, indicaba que se había promulgado un bando que prohibía que se juegue a los gallos en la ciudad y en sus contornos, con el fin de amedrentar a aquellos que realizaban jugadas ilícitas. A su juicio, se había conseguido congregarse, como él lo llamaba, “un cuerpo perdido” en los días de descanso en diversión honesta ahora. Antes, “la ocupación de la plebe era el juego, la deshonestidad, el robo, la aniquilación de las huertas

⁵⁴ Biblioteca Nacional del Perú (en adelante BNP). *Cuaderno duplicado en que se da noticia del verdadero ventajoso estado político del Perú bajo la gobernación del excelentísimo señor don Manuel de Amat y Junient...por el doctor don Joseph Morales de Aramburú y Montero, rector de la Real Universidad de San Marcos de Lima...* 25 de enero de 1770. Fondo Antiguo. Código: C987, folio 44r.

⁵⁵ *Ibidem*. Folio 44r-44v.

y otros entretenimientos que fraguaba la malicia”⁵⁶. En cambio ahora se contaba con un coliseo donde lidiar gallos sin ocasionar perjuicios ni daños a terceros.

De este modo se evidencia que el virrey Amat tuvo una clara inclinación en fomentar y otorgar medios de desosiego a la población, aunque suene un poco atrevido por el hecho de basarnos en un solo testimonio. Incluso a pesar que es claro que con su elogio Aramburú quiso ganarse el favor del virrey y quien sabe algo más. También resalta el papel clave que jugaron las diversiones públicas en las reformas urbanísticas de Amat. El virrey era consciente que no era posible, y tampoco recomendable, extinguirlas y dejar a la plebe sin algún entretenimiento, la mejor decisión era mejorarlas despojándolas de los visos de iniquidad que tenían. Aunque no llegó a “purificarlas” por completo, siguieron poseyendo elementos benignos y contrarios al deseo de los reformadores e ilustrados.

Al cumplirse el plazo del contrato en 1780, el 29 de setiembre del mismo año, el asentista Garrial recurrió al visitador Superintendente General de la Real Hacienda, José Antonio de Areche, para que se le prorrogue por nueve años más. De este modo se sacó a remate el coliseo, anunciándose el 17 de febrero de 1781 nuevamente a Juan Garrial como arrendatario por otros nueve años. En esta ocasión propuso añadir al coliseo sus oficinas necesarias, cómodas habitaciones y aumentar la pensión anual a 3,615 pesos. El lucro que conseguía gracias al gusto de la sociedad limeña por las peleas de gallos refleja lo extendidas y arraigadas que estas estuvieron. El coliseo era un negocio rentable que seguro muchos miraron con envidia en son de querer obtener el arrendamiento.

En la nueva escritura de cesión se estipuló que la pensión anual se distribuiría de la siguiente manera: 115 pesos para el censo que gravaba sobre el suelo de la casa, 500 pesos para el ministro que había de nombrarse por juez de la casa en lugar del alcalde ordinario que anteriormente asistía por turno, y lo sobrante para la Real Hacienda. A disposición de la superintendencia se cesaron los 500 pesos consignados al hospital de San Andrés. Este nosocomio recibía dinero por parte del Coliseo de Gallos y del Coliseo de Comedias. Al inaugurarse el primero en 1762, se creyó que el segundo se perjudicaría ya que le disputaría el público asistente. Por esa razón se determinó que Garrial abone parte del dinero que

⁵⁶ Ibídem. Folio 45r.

entregaba el asentista de las comedias. Al poco tiempo se comprobó que esto no sucedía, por lo que se dispuso que no siga pagando los 500 pesos⁵⁷.

Transcurridos los dieciocho años, el coliseo pasó a manos del gobierno colonial en 1781, cuando ya estaba en el cargo de virrey Agustín de Jáuregui (1780-1784). El encargado de administrarlo sería un juez que recibiría un sueldo de quinientos pesos anuales.

El virrey Jáuregui se caracterizó por tener una política de persecución contra los malhechores y el juego de envite, que estaban muy extendidos cuando ascendió al cargo. Se preocupó por que ésta se realice con empeñosa diligencia. Para la ejecución de estas ocupaciones bastaba un capitán y algunos soldados de policía para su ejecución. Esta iniciativa fue seguida por el cabildo y el Tribunal del Consulado, quienes los recompensaron con la asignación de quinientos pesos. Asimismo notó lo perjudicial que también era el juego de gallos en los días de trabajo, ya que distraía a los artesanos y a otras personas de sus oficios. Encargó a José Cabeza Henríquez, alcalde de Crimen de la Real Audiencia y juez del coliseo, imponer medidas fuertes para corregir semejante abuso⁵⁸.

El 14 de febrero de 1781, mediante un oficio Jáuregui decretó que solo se lidiaría en el coliseo los días festivos y otros dos de la semana, desde las dos de la tarde hasta las seis con la presencia del juez destinado⁵⁹, sin que antes ni después de dichas horas persona alguna pudiese franquear la puerta de entrada bajo la pena de mil pesos⁶⁰.

Para que el juego no fuera perjudicial a las buenas costumbres ni a la comodidad de los individuos, así como para evitar otros tipos de abusos ofensivos, el asentista Garrial debía de tener presente los siguientes autos reales: Primero, “que el coliseo solo tendría que estar

⁵⁷ En 1781, por disposición de Areche, se suspendió el pago de la merced de quinientos pesos que realizaba el asentista Garrial a favor del hospital. Archivo Central de la Beneficencia Pública de Lima (en adelante ACBPL). Documento Empastado. 1781. No obstante, el 23 de marzo de 1797 el pago fue restituido a raíz de las solicitudes que presentó el mayordomo del hospital, Antonio de Elizalde. Archivo General de Indias (en adelante AGI). Lima, 716, número 40. Carta N° 74 de O'Higgins a Diego Gardoquí, secretario de Estado de Hacienda.

⁵⁸ En sus memorias Jáuregui manifestaba “la casa de gallos no era menos perjudicial que otros vicios como el juego, por la que miraba con desagrado el que se lidiase en los días de trabajo, pues daba margen a que los artesanos se separen de sus destinos y se induzcan a otros desórdenes” (Contreras, 1982: 203).

⁵⁹ Posteriormente esta prerrogativa se amplió al adicionarse dos días laborales de la semana, el domingo, feriados y días de fiesta. Para inicios del siglo XIX el viajero norteamericano Amasa Delano indicaba “en días particulares este entretenimiento atrae una gran cantidad de gente de todas clases, con el propósito de apostar” (1971: 34).

⁶⁰ BNP. Fondo Manuscrito Antiguo. Código C545.

abierta en los días y horas permitidos en el decreto del 14 de febrero pasado”. Segundo, “que las apuestas tienen que ser moderadas y a la vez atrayente para interesar la atención de los asistentes”. Tercero, “que en el enunciado coliseo no se habrían de permitir a hijos de familias, esclavos, oficiales ni jornaleros”⁶¹. Cuarto, “que no habría de existir dentro del recinto otro juego que no sea el de los gallos en los días y horas permitidos que el asentista tendrá que realizar un previo aviso al ministro juez conservador de la casa para que la lid se realice en su presencia, a menos que por sus ocupaciones se encuentre indispuesto, en esa situación tendría que avisar al asentista de su inasistencia y señalar a una persona idónea para que cuide del sosiego, quietud y arreglo en su lugar”. Y, quinto, “el asentista se encargaría del mantenimiento, reparo, firme y seguro del edificio de sus anexidades como de las habitaciones que ocupa y que tiene cedidas al virrey, para que culminado el tiempo del contrato lo devuelva tal cual lo recibió”.

El 12 de febrero de 1782 se reafirmó lo decretado volviéndose a señalar las condiciones y reglas que regirían el coliseo, las mismas que también se aplicarían en las villas o pueblos donde se realicen peleas de gallos. En el decreto se recalcaba los días de juego, la regulación que debía de haber en las apuestas y el celo para el buen orden de los concurrentes, destinándose para tal fin a personas idóneas para el cargo.

En 1783 el fundador del coliseo falleció sin culminar el último arrendamiento que obtuvo. Sus albaceas y tenedores de bienes, Toribio Bravo de Castilla y el doctor Buenaventura de La Mar, se encargaron del coliseo hasta la finalización del contrato, según lo estipulado en el testamento de Garrial⁶². En este documento se señala que durante todo el tiempo que estuvo dirigiendo la casa, llegó a invertir más de cinco mil pesos en las mejoras necesarias. Y si bien cedió al rey español las habitaciones que había en el interior, no llegó a ser compensado permitiéndosele realizar el número de jugadas en una semana que había acordado con el visitador Areche.

A finales del siglo XVIII, la cantidad de personas circunscritas dentro del término plebe representaba más de la mitad del total de habitantes que residía en la ciudad. En ese sentido

⁶¹ Esta prerrogativa no se cumplía. El botánico Hipólito Ruíz aludía que “allí concurre el hijo de familia, el casado, el peón y todas las castas, haciendo falta a los oficios, a las obligaciones, al servicio, y robándose de todas partes para mantener esta pasión, que todo lo trae en desorden.” (1952: 23. Tomo I).

⁶² AGN. Protocolo Notarial siglo XVIII. Escribano Fernando Luque. Protocolo N° 646, año 1783.

no es muy difícil imaginar las grandes concentraciones del populacho que acudía jubilosamente a los gallos y más si solo existía un solo recinto, desembocando en grandes ganancias para el asentista.

En relación a lo dicho, en 1783 Bartolomé Utrera, vecino de Bellavista, por medio del procurador de número de la Real Audiencia, Pedro Angulo Portocarrero, solicitó licencia al alcalde ordinario de su localidad para abrir una casa de gallos para el divertimento de las personas que radicaban por esos lugares⁶³.

Estando todavía vigente el contrato que había contraído Garrial, el procurador de número acotaba que su representado “viene viviendo por muchos años en Bellavista y que había comprado varios sitios para fabricar una casa en que vivir y que ahora ha deliberado comprar otros sitios para que de este modo tenga la población mayor vecindad”. Motivo por el cual solicitaba “se le conceda la licencia para que en espacio de 10 años pueda abrir en una casa que tiene, un lugar de gallos en los días festivos, con prohibición que en ninguna otra de aquella población ni en sus inmediaciones se hagan iguales jugadas bajo de los más rigurosos apercibimientos de que deberá cuidar y celar el alcalde ordinario de la expresada población”. A la vez que su representado se comprometía a contribuir los tres primeros años 300 pesos y en los demás años restantes 400 pesos. Este dinero serviría “para ayuda de la construcción de la iglesia matriz de aquel pueblo que se halla bien maltratada, pues hasta hoy no se ha podido conseguir su completa fábrica”.

Sostenía que dicha casa de gallos no perjudicaría a nadie y por el contrario el vecindario, “logrará tener una diversión honesta, como es el jugar gallos en unos días festivos”, cuyo producto obtenido se invertiría en la construcción de la mencionada iglesia, “pues luego de haberse colocado los primeros cimientos desde que se experimentó su ruina en 1746”, la obra aún no se culminaba. Finalmente en su pedimento señala que la casa “de ningún modo le sería perjudicial al actual asentista de esta capital, por la distancia que hay de Bellavista a ella, como no lo ha sido en todo el tiempo que se están jugando gallos allá, y por eso aún no ha reclamado ni puede reclamar porque no hay mucha diversidad de un lugar a otro”.

⁶³ AGN. Cabildo. Leg. 31, 1783.

En el pueblo de Bellavista como en el resto de la ciudad existía un copioso número de aficionados, quienes, si se llegaba a aceptar la solicitud de Utrera, ya no tendrían que trasladarse al coliseo de Garrial. Del mismo modo no habría razón para que los aficionados del coliseo de Santa Catalina se trasladen a Bellavista. Las dos casas no se disputarían el público. Aunque el perjudicado sería el mismo Utrera, pues a pesar de que contaba con el sitio donde construir, requería todavía levantar aposentos y demás oficinas necesarias para las jugadas, a parte de la contribución monetaria que tenía que abonar como impuesto. No obstante, el procurador de número esperaba que se le otorgue la licencia porque:

“La diversión de gallos es honesta y como tal permitida por los magistrados en todas las ciudades civilizadas, para que el público logre tener un entretenimiento decente y así librarse de contraerse a otros destinos ilícitos y perniciosos, que no existe villa, lugar o ciudad del reino que carezca de esta diversión porque los hombres oportunamente concurren dos o tres horas de la tarde, sujetándose a las órdenes y providencias establecidas para contener cualesquiera abusos y tropelías por parte de los concurrentes”.⁶⁴

Esa era la imagen que se tenía de la lidia de gallos, se prefería su fomento, ya que al lado de los juegos prohibidos era un entretenimiento decente.

A pesar de sus argumentos señalados su solicitud fue desestimada por el cabildo de la localidad, pues si bien era una diversión honesta, el permitir que se propague con la erección de otra casa de gallos sería fomentar la reunión de la plebe en distintos puntos de la ciudad y ya no solamente en un espacio específico, lo cual iba en contra del deseo de un mayor control social que se buscaba imponer.

Luego de este suceso, el 25 de junio de 1790, bajo el mandato del virrey Taboada y Lemos, el coliseo se remató nuevamente a un nuevo postor. El elegido fue el vecino Calixto Pozo al ofrecer pagar la cantidad de 7,020 pesos por el término de cinco años, sin incluir en esta suma los 400 pesos que dotaría a favor del Montepío de Ánimas. Es preciso mencionar que el mismo Pozo había participado cinco años antes como postor en el remate que se realizó referente la apertura de un local para el juego de la pelota, el cual no llegó a obtener.

⁶⁴ AGN. Cabildo. Leg. 31, 1783.

Respecto a la organización interna del coliseo en tiempos de Pozo, se conoce según el criollo ilustrado Jacinto Calero que el precio de la entrada era de dos reales, el de los asientos un real, el de las galerías cuatro reales, y sin costo el de las gradas. Las horas de las lides, en los días permitidos, eran desde la cuatro de la tarde hasta el momento de las oraciones; “consiguiendo solo franquearse las puertas a las dos y quedando cerradas luego que la desocupaban los asistentes” ([1791] 1964: 43. Tomo I). En algunos días el número de concurrentes era tan grande que se llegaba a observar nítidamente la presencia de personas de toda índole social. Lo que a su entender no implicó el menor tipo de desorden, ya que la autoridad precedida por el juez Nicolás Vélez de Guevara, oidor de la Real Audiencia, iba resguardado de la tropa que se encargaba de precaver el menor desarreglo que llegase a suceder ([1791] 1964: 44. Tomo I).

En 1790 Calixto Pozo construyó en una de sus casas ubicada en la calle Mármol de Carbajal un nuevo coliseo, reemplazando el que había edificado el difunto Garrial. Desde entonces la calle Mármol de Carbajal pasó a llamarse Gallos.

Posteriormente, el 10 de setiembre de 1794, pidió se le prorrogue el remate por otros cinco años y bajo el mismo precio. Expuso que los quebrantos que había experimentado el coliseo, principalmente en los primeros años de su asiento y los ejercicios militares estatuidos a causa de la guerra que España libraba en el continente europeo contra Inglaterra, influyeron en la disminución de jugadas en los días festivos. Cabe señalar que el asentista tomó las riendas de la casa de gallos en tiempo de paz, cuya circunstancia lo llevó a ofrecer los 7,020 pesos por los cinco años. En base a lo expuesto el virrey Taboada y Lemos solicitó un informe de la situación a los ministros generales de la Real Hacienda, al juez de la casa y al fiscal. En el informe brindaron su apoyo a Pozo, al declarar que éste había cumplido con las pagas y condiciones del primer remate. De este modo, mediante el decreto del 14 de enero de 1795, el virrey procedió a extender el contrato. A continuación veamos las condiciones del nuevo contrato y de qué modo debían de ser ejecutadas:

“Hecho el cálculo prudencial del costo en que el referido asentista extendió generosamente su proyecto, llegó a la cantidad de 7,526 pesos 7 reales, de que resultó que el contrato se consumase por dichos ministros generales de Real Hacienda en 23 de enero del referido año, expresándose en ella la prórroga de otros cinco años más, que debía empezar a correr en 21 de junio

siguiente por el precio de los mismos 7,020 pesos anuales, sin inclusión de los 400 pesos del Monte Pío de las Ánimas⁶⁵, quedando a beneficio de S.M. las refacciones calculadas, y obligado el asentista a beneficiarlas, haciendo dos jugadas en los días de trabajo, y las demás en los festivos, distribuyéndose el rendimiento del indicado remate en la satisfacción del censo del suelo importante 115 pesos, en 500 pesos al Sr. Ministro juez de la casa, y lo restante en S.M. a beneficio de su Real Hacienda” (Fuentes, 1859: 284-285. Tomo VI).

Los días de lidias serían el domingo, días festivos y dos días de labor de cada semana. A los que se aumentó un día a favor del Santo Real Monte de Piedad de las Benditas Ánimas del Purgatorio. El 16 de agosto de 1786, el rey Carlos III aprobó la solicitud para fundar un Monte de Piedad, el cual se efectuaría recién el 31 de julio de 1792 gracias al impulso de su promotor Francisco Xavier de Villalta y Núñez⁶⁶. Al respecto, Manuel de Mendiburu sostiene que Villalta y Núñez inició en 1777 el pedido al rey de España para que le concediese la licencia. Sin que todavía éste llegue, el virrey Taboada y Lemos anticipó su apertura⁶⁷ y le asignó varios importes como la concesión de una corrida de toros (luego sería suprimida), el cuatro o cinco por ciento del ramo de suertes y una pelea de gallos cada semana; todos de manera anual⁶⁸.

⁶⁵ En el nuevo contrato el asentista Pozo y Pedro Antonio Larrainza, con quien compartiría el arrendamiento, solicitaron que se excluya el día que estaba destinado a beneficio del Montepío de Ánimas por serles perjudicial económicamente, además que el negocio no iba del todo bien en ese entonces. El pedimento se dilató hasta 1798, fecha en que el virrey Ambrosio O'Higgins nombró comisario a Manuel María del Valle, alcalde del Crimen y juez provincial de la Real Audiencia, para que resuelva el caso. A pesar que el documento no es claro con el veredicto final, en base a posteriores testimonios se conoce que se denegó la petición. AGN. Real Audiencia. Leg. 358, 1797.

⁶⁶ Archivo Histórico de la Municipalidad de Lima (en adelante AHML). Libro copiadores de Cédulas y Provisiones Reales. Libro XXVI.

⁶⁷ Villalta y Núñez, presbítero natural de Lima y cura de Bellavista, emprendió la ardua tarea de suministrar auxilios con pequeño interés a las personas más necesitadas. Instruido de los establecimientos del Monte de Piedad en Madrid, México y Manila, propuso crear uno semejante en Lima. El monte empezó por socorrer a 15 personas con el desembolso de 628 pesos. Luego se acordó que sin autorización del gobierno no debía de prestar más de 50 pesos. Villalta y Núñez tuvo que habérselas para recolectar el dinero, para ello contó con el apoyo de algunas personas que brindaron su ayuda incondicional sin recibir dinero alguno, más la satisfacción que hacer un bien al público. En su primer año el monte socorrió a 1,529 individuos con de 51,000 pesos. Pese a lo beneficioso que era, con el advenimiento de la independencia tendió a desaparecer (Mendiburu, 1933: 334-336. Tomo XI).

⁶⁸ ACBPL. Documento Empastado. Acta del 16 de agosto de 1786.

2.2. Las diversiones públicas a través de las páginas del Mercurio Peruano

Los criollos ilustrados contaron con una importante tribuna escrita para la difusión de sus conocimientos sobre los distintos aspectos del virreinato. Me refiero al Mercurio Peruano. Desde 1787 ya se venían reuniendo cada noche un grupo de jóvenes intelectuales en un tipo de asociación privada bajo el nombre de Academia Filarmónica. El lugar de encuentro era la casa de uno de ellos, José María Egaña, Hermagora (Clément, 1979: 10). Los miembros de esta asociación pasaban el tiempo en la conversación y debate de temas filosóficos, literarios y noticias públicas (Clément, 1979: 10).

Pronto algunos miembros decidieron separarse de la asociación, hecho que no menguó el objetivo que perseguían de publicar las discusiones académicas que venían realizando. Es así que, junto a otros integrantes, no solo la nueva asociación cambió de nombre para pasar a llamarse Amantes de País (Guibovich, 2005: 50), sino también, encabezados por el empedernido jugador José Baquijano y Carrillo, dieron a conocer en 1790 la asociación y al año siguiente sacaron a la luz la revista científica el Mercurio Peruano. En el primer número se señala el objetivo de la publicación: “hacer mejor conocido el país” (Rubí, [1791] 1964: 7. Tomo I)⁶⁹.

La patria peruana estaba naciendo, pero todavía no se la conocía muy bien. Hasta sus propios hijos la ignoraban. Por esa razón, el papel del Mercurio consistía en revelarla a sus habitantes en su múltiple esplendor: rica naturaleza, paisajes encantadores, tradiciones, arte, grandes hombres, etc. (Clément, 1979: 28). La variedad de temas abordados son un reflejo de lo expuesto. Lo económico, político, educación, salud, meteorología, reforma de las costumbres de la población, se convirtieron en el eje de la revista. En ese sentido, la temática de las diversiones públicas tuvo un espacio honroso en los primeros artículos. El joven italiano, minero, periodista y músico José Rossi y Rubí, *Hesperiphylo*, es el primero en ofrecer una idea de las distintas diversiones que se practicaban en la Lima de entonces.

⁶⁹ Al respecto, el investigador Gil Aguado sostiene la sugerente tesis de que su posterior clausura en 1794 se debió a la “fuga de cerebros” de sus más prominentes miembros hacia otras labores encomendadas por el gobierno español y en la pérdida de interés político para las autoridades virreinales en términos de divulgación propagandísticos, comercial y científico, al aparecer nuevos medios de difusión lectora. Todo ello desembocó en un decaimiento gradual del interés tanto del público como de los académicos tras un periodo de florecimiento inicial. El autor cuestiona el planteamiento tradicional que alude la censura impuesta por la administración colonial al deseo de evitar el surgimiento de un protonacionalismo peruano (2016).

Empapado de las ideas ilustradas realiza una sutil crítica al mencionar que “todo lo que se llama recreo, diversión, pasatiempo no es en el fondo otra cosa que un recurso para huir de la presencia de sí mismo, y abstraerse de las consecuencias de la meditación” ([1791] 164: 25. Tomo I). En efecto, el sumergirse en el mundo de los juegos y diversiones es una acción que tiene su fin en sí mismo y que va acompañado de un sentimiento de tensión y alegría, y de la conciencia de “ser de otro modo” que en la vida corriente (Huizinga, 1943: 53), e implícitamente, en términos del mercurista, alejarse de la meditación al adoptar actitudes contrarias a la moral ilustrada. Por esa razón, “los hombres virtuosos que poseen una sólida virtud, esto es de las máximas puras de la religión, ha podido llegar al estado de tener el testimonio de su conciencia de tener poco afecto sobre las diversiones”, mientras que el resto de los humanos, argumentaba, no pueden vivir felices sin conceder a la actividad de su alma algunas treguas.

En su discurso se observa un rasgo esencial que tuvo la Ilustración en la Lima colonial. Aquí, la Ilustración, en su afán de un nuevo orden social y su creencia en la ciencia, no dejó al margen a la religión; fe y ciencia estuvieron imbricadas llegándose a formular una especie de catolicismo ilustrado. Asimismo, entabla una relación y diferencia a la vez entre un hombre virtuoso y otro no virtuoso, “no es llamativo el gusto que tenía el nuevo hombre moderno respecto las diversiones públicas” (Rubí, [1791] 164: 25. Tomo I), pues pese a poseer virtudes, como todo mortal siente la necesidad de otorgarle a su vida un momento de entretenimiento, que a diferencia de la plebe, lo hacía con recato sin caer en excesos.

Sin embargo, no pudo negar que precisamente estos espectáculos públicos eran necesarios porque proporcionaban un esparcimiento con menor peligro y más utilidad que el resto de entretenimientos declarados como prohibidos. En la península, el reformador español Jovellanos apuntaba que la clase pudiente “viven de lo suyo, que huelgan todos los días o que al menos destinan alguna parte de ellos a la recreación y al ocio, difícilmente podrán pasar sin espectáculos, singularmente en grandes poblaciones” (1790: 17).

Ambos ilustrados compartían el mismo sentir de la necesidad que existan diversiones. En particular Jovellanos las sentía necesarias porque eran unas excelentes reemplazantes a la falta de una buena educación, “sugerir muchos medios de emplear útil y agradablemente el tiempo sin necesidad de espectáculos. Pero suponiendo que ni todos recibirán esta

educación, ni aprovechará a todos los que la reciban, ello es que siempre quedará un gran número de personas para las cuales las diversiones sean absolutamente necesarias. Conviene pues que el gobierno se las proporcione inocentes y públicas, para separarlas de los placeres oscuros y perniciosos” (1790: 18). Veía en los divertimentos el espacio opcional donde instruir al pueblo, y justamente el plan de reformas que proponía estaba dirigido a ello. Una buena diversión debía no solo entretener, sino también educar.

Continuando con el ilustrado Rubí, después de ofrecer una mirada general de las diversiones, ofrece una conciente a las peleas de gallos de su tiempo. Antes hace notar su conformidad con la fabricación del coliseo y con la permanencia de una diversión que era un excelente medio de mantener sosegada a la población. Por ello no dudó en sostener que “la casa destinada a este fin pudiera pasar por la más perfecta, si los corredores⁷⁰ que manejan y combinan las apuestas de los partidarios, no abarcasen tantas acciones de un golpe, y fuesen más prontos en dar razón de si hay o no quien reciba los envites” ([1791] 1964: 25. Tomo I). A su juicio, bastaba con tan solo realizar algunos retoques en el interior para que sea una de las mejores en su rango. Su discurso es escueto, no brinda mayores luces del entretenimiento. Sería su compañero el criollo ilustrado Jacinto Calero el encargado de realizar una mayor descripción y análisis.

2.3 La mirada ilustrada del coliseo

Es paradójico reparar en que los ilustrados hayan considerado a las diversiones públicas de “primitivas y bárbaras pasiones” (Muñoz, 2001: 145), cuando en un par de artículos del Mercurio Peruano se puede apreciar la verdadera imagen que tuvieron. Uno de los representantes de tal imagen es el mercurista y abogado de la Real Audiencia de Lima Jacinto Calero y Moreira, quien bajo el seudónimo de *Chrisypo*⁷¹ dedica un artículo a la construcción del Coliseo de Gallos:

⁷⁰ Los corredores eran las personas que se encargaban de preparar a las aves para la lucha, a la vez que se ocupaban del arreglo de las apuestas que se daban a favor de un gallo determinado.

⁷¹ María del Rosario considera que el verdadero autor del artículo es Rubí, por la relación que encuentra en este mercurista al haber sido el único que escribió referente a los espacios de diversión. Además, por la

“Deseando arreglarlo el excelentísimo señor Don Manuel de Amat y Junient, aprobó en el año de 1762 la propuesta hecha por don Juan Garrial de nacionalidad Catalán, de erigir un coliseo fijo y estable para lidiar gallos, obligándole a costear toda su fábrica, la que pasados los años del primer remate había que quedar a favor de S.M. satisfaciendo además mil pesos en cada uno, aplicados los quinientos a obras públicas de la ciudad y los restantes al Real Hospital de San Andrés” ([1791] 1964: 42. Tomo I).

El virrey Amat oficializó las peleas de gallos, quien lejos de erradicarlas por el contrario las impulsó y las reglamentó. Se trató de sedentarizarla al ubicarla en un lugar fijo y encerrada entre cuatro paredes (Ramón, 1999: 313). Este espacio formó parte del proyecto ilustrado de imponer un nuevo orden social, para cuya misión era necesario ordenar los espectáculos que se daban de modo itinerante y que generaban molestias a las autoridades y a los moradores por el alboroto que se creaba.

La descripción del criollo representa el pensamiento ilustrado de la época sobre la idea justamente de orden y también de higiene. Respecto al concepto de orden sostiene: “ésta forma un hermoso anfiteatro de figuras circular con su orden de asientos y nueve gradas para los espectadores, dos puertas de entrada para ocuparlos, frente de las cuales corresponden otras dos en que se depositan con separación por los interesados los gallos que han de lidiarse en la tarde” ([1791] 1964: 42. Tomo I). La noción de orden era el pilar de los demás preceptos ilustrados. Significaba mantener vigilada a la plebe ubicándola en sitios estratégicos para controlar sus impulsos que solo generaban zozobra al resto de aficionados. La tranquilidad pública debía de ser salvaguardada de los desenfrenos de la plebe en sus momentos de diversión.

En alusión a la salubridad reflejada en la higiene, puntualiza: “no podemos dejar de añadir en el elogio del fundador del Coliseo de Gallos, que eligió el más oportuno lugar para situarlo”⁷². Se refiere a la plazuela de Santa Catalina, la última de la ciudad y casi contigua

semejanza encontrada entre el artículo en mención y uno posterior que trata sobre los entierros en las iglesias, cuyos escritos comparten características en la mención del aseo y limpieza (2007: 66-87).

⁷² Lo que se “olvidó” mencionar Calero es que los callejones que existían en la zona eran la guarida de muchos facinerosos. En 1796 Francisco Tomás Sarmiento, de la orden de Predicadores, solicitó que se condene un callejón que salía de una casa huerta que se ubicaba en la portada de Santa Catalina, por lo nocivo que era para el vecindario por la residencia que ahí tenían algunos malhechores. LCL. Libro XXXIX. Acta del 15 de abril de 1796. Estéticamente la zona pudo ser beneficiosa, al menos entre esos años, pero socialmente no era un lugar del todo seguro.

a sus muros. Por este lugar, “el copioso raudal de agua que corre a su puerta, las frondosas y extendidas huertas que por todas partes lo rodean, no solo le dan una vista agradable, sino concurren también a su aseo y limpieza, y a conservar un aire puro y fresco, sin el cual es preciso se originen en los teatros graves enfermedades” ([1791] 1964: 44. Tomo I).

La imagen agradable que brinda el ilustrado sufriría cambios para inicios del siguiente siglo. En 1806, en la zona de Santa Catalina, se formó un muladar que perjudicaba al vecindario por lo nocivo que era⁷³. Situación que perduró debido a la nula intervención de las autoridades. Así lo manifestó el 5 de junio de 1807 Joaquín de la Pezuela, comandante de artillería, en el expediente que promovió debido al perjuicio que irrogaba la continuidad del muladar, tanto al cuartel, vecinos y convento de monjas del lugar⁷⁴. Esta vez el virrey Abascal intervino determinando que el cabildo disponga que el regidor encargado de la policía, Joaquín Manuel Cobo, proceda a la limpieza⁷⁵.

La estructura interna del coliseo también manifestaba las diferencias sociales presentes. El criollo ilustrado apunta: “en la parte superior del circo está una cómoda y descansada escalera para subir a los cuartos y galerías que conforman la plaza, sin contarse la que ocupa el señor juez, que por su extensión y adorno se distingue como es debido de todas las demás” ([1791] 1964: 44. Tomo I). Si bien era una diversión generalizada donde el encuentro de la plebe con la nobleza limeña era inevitable, ello no debía implicar la aparente igualdad social. El coliseo, como enfatiza, sirvió para recrear en su interior las diferencias sociales y exponer a cada individuo el lugar que debía de ocupar. La plebe debía mantenerse a raya, juntándose solo con los suyos e interiorizar los postulados ilustrados.

2.4. Razones del continuismo del “mal menor”

La imposición del nuevo orden social ilustrado implicaba conseguir un mayor control de la plebe. De ahí la necesidad de mantenerla vigilada cuando se divertía con los gallos para

⁷³ LCL. Libro XLI. Acta del 28 de febrero de 1806.

⁷⁴ LCL. Libro XLI. Acta del 5 de junio de 1807.

⁷⁵ Para mediados del siglo XIX la plazuela dejó de gozar los aspectos positivos descritos por el mercurista. Pedro Benvenuto sostiene que Santa Catalina había perdido el esplendor que poseía, al ser ahora “una de las más grandes y curiosas: una plazuela-pampa, sin jardines, sin pila ni “casas grandes”, enteramente populachera y jaranista, llena de soldados y de “rabonas” errantes y resignadas” (1932: 39).

evitar los constantes desordenes que sucedían. Pero este ambicioso proyecto era difícil de concretar sin antes no existía un discurso generalizado o al menos empleado de manera homogénea por las autoridades respecto del control que debía primar. En el mismo cabildo se cuestionaba si la continuación o no de los gallos era beneficioso para el proyecto ilustrado.

El interés que tenían los limeños por la riña de gallos desembocaba en reiteradas ocasiones en inconvenientes para la sociedad, pues no solo dejaban de trabajar⁷⁶ sino que salían del coliseo arruinados económicamente por las altas apuestas que realizaban, sin mencionar los dolos y fraudes ocasionados por personas de dudosa reputación que frecuentaban el lugar. Y lo más llamativo era que los mismos corredores que se ocupaban de organizar las apuestas, a la vez tenían participación en las jugadas, cometiendo hechos inmorales y descarados robos. Las peleas casi siempre terminaban en vocinglería y algaraza en las que se escuchaban obscenidades y ofensas pese a la presencia del juez. Las diferencias que se suscitaban por la victoria de un gallo se dirimían con el dictamen de peritos nombrados por dicho juez, un dictamen que sucesivamente era parcial e inclinado según los intereses que se movían.

En el caso de las llamadas jugadas extraordinarias, aquellas que estaban de por medio personas de alta posición social, el dinero que estaba en juego en una sola tarde gallística era exorbitante, podría equivaler al sueldo que percibía el total del resto de aficionados, o quizá el doble. La pretensión por querer demostrar atrevimiento, osadía, respaldo económico y ser un “gallo” en la cancha lo era todo, al menos en esos instantes. El ave representaba a su criador o en ocasiones a un personaje de la sociedad, repetidas veces acaecía que la rivalidad social era trasladada a la arena de pelea. Por ello, la existencia de apuestas ilegales a causa tanto de la plebe como de la misma élite. Todos estos

⁷⁶ El caso de José Vicente del Valle, alcaide de la real cárcel de corte, es llamativo. El 11 de octubre de 1780 el alcalde del Crimen de la Real Audiencia lo acusó de corrupto. Sostuvo que a cambio de unos pesos permitía a los reos salir de noche e incluso les comercializaba botijas de aguardiente cuando esto estaba prohibido. Constantemente desamparaba su trabajo en la cárcel y el cuidado de los presos, manteniéndose en la calle, específicamente en la casa de gallos. Existía un trato entre el alcaide y los reos. El primero los protegía y “tapaba” sus actos, mientras que los segundos les reportaban dinero para “sus profusiones y apuestas a los gallos como se le ven perder sumas considerables, no teniendo otro modo de adquirirlas”. AGN. Sótano-Varios. Leg. 201, folio 56.

acontecimientos llevaron a poner en tela de juicio la continuación de la casa de gallos en 1797.

El 28 de julio de 1797 acaeció un hecho inesperado que por poco cambia el devenir de esta diversión. En el cabildo se presentó unos autos referentes a la continuación o extinción de la casa de gallos. El propio virrey Ambrosio O'Higgins se encargó de remitirlos a los señores del ayuntamiento para que le informasen de la situación⁷⁷. Esta debió ser preocupante por lo anárquico que eran las jugadas y el descontrol de los aficionados que pusieron en zozobra el proyecto ilustrado de reformar el orden social. La construcción del coliseo poco o nada había ayudado a cambiar el escenario.

El primero de agosto, en el cabildo, se vieron los autos relativos a la edificación y progreso de la casa, las representaciones hechas por su fundador Garral y los decretos erogados para su limitación y mejor manejo⁷⁸. Es así que siguiendo el superior decreto dado por el virrey O'Higgins, donde ordenaba al cabildo informarle la posición que tenía del establecimiento, se acordó que por la diversidad de posiciones de los miembros, se procediese a votación para conseguir una mayoría. El resultado que arrojó la votación refleja lo heterogéneo que era el discurso edil. Por un lado estaban aquellos que solo se quedaban con lo nocivo de su presencia en la ciudad. En cambio el resto, con una mirada acorde al utilitarismo ilustrado, proponían su continuidad por los distintos beneficios que otorgaba.

En primer lugar expuso Joaquín Manuel Cobo, quien consideraba “útil la permanencia de la casa, empleando su celo el señor juez conservador, porque por medio de ella se evitaban otros mayores males”; luego José Valentín Huidobro señaló que se “conformaba con el dictamen antecedente, bajo de la calidad de que nunca pudiesen pasar las apuestas de una onza de oro”; posteriormente Francisco Arias de Saavedra manifestó “por cuanto la casa ofrecía una diversión pública sujeta a la autoridad y a las ordenanzas que servían al gobierno, le parecía útil y aún necesaria su conservación, debiéndose franquear al público algún desahogo de sus diarias tareas”. Le siguió el procurador Antonio de Elizalde, que pedía que “para la debida instrucción del virrey se le haga conocimiento de los perjuicios que ocasiona la juegos de la casa en los días de trabajo en que se distraen los artesanos y

⁷⁷ LCL. Libro XXXIX. Acta del 28 de julio de 1797.

⁷⁸ LCL. Libro XXXIX. Acta del 1 de agosto de 1797.

jornaleros de la ocupación a que deben estar entregados para su mantención y la de sus familias, con lo cual debía de proveer lo conveniente”. Por su parte, Miguel de Oyague apunta que “no siendo posible evitar en esta ciudad el juego de gallos a que son inclinadas las gentes, y que lo ejercitan en cualquiera parte y lugar público o secreto, según se está experimentando en el presente tiempo, sin que haya un juez que contenga los desórdenes, le parece útil la casa en el mismo estado en que ahora se halla, bajo de la autoridad y celo del actual señor juez que llena cumplidamente sus deberes”. Pensamiento similar tuvieron Xavier María de Aguirre, Ignacio de Orué, Felipe Sancho Dávila y Juan José de Vallejo, quienes sostenían lo mismo.

Sin embargo, no todos los testimonios eran a favor de la diversión. Lucas de Vergara señaló “que la casa no era útil al público por todas sus circunstancias y que no estando aprobado por S.M. el establecimiento; pues los sucesos del montepío de ánimas y del hospital de San Andrés no importaban por una real aprobación, sino que procedían bajo del supuesto de un establecimiento hecho con todas las precisas formalidades, se debía suspender y dar cuenta al soberano conforme a lo que la superioridad juzgue conveniente”. Del mismo modo el segundo alcalde ordinario de la ciudad, José González de la Fuente, dijo: “el establecimiento era perjudicial a la religión y al estado”; en tanto que el primer alcalde ordinario, el marqués Gaspar de Cevallos y Calderón, apuntó lo mismo que había expuesto su compañero en el dictamen antecedente, añadiendo: “le parecían inverificables los remedios que se tomasen contra el desorden y perversión de costumbres que resultaba de aquella casa, y que se oponían a los principios y máximas de la religión, y la relajación, pérdida de interés, abandono de oficios, con todo lo demás que redundaba en perjuicio del estado; respecto de que por una parte mediaba el lucro del asentista dependiente de la mayor concurrencia de las gentes, y por otra parte la imposibilidad de entrar en el discernimiento de la condición y oficio de cada persona, por todo lo cual había estado siempre en el firme concepto de lo perjudicial que era esta casa, pero que en el tiempo que ha servido el empleo de alcalde lo han ratificado los diversos sucesos ocurridos en su juzgado”.

Debido a la diversidad de testimonios de los miembros más prominentes del cabildo, se dispuso que el acta se traslade a las manos del virrey O'Higgins, quien tendría la última

palabra “conforme a su superior justificado arbitrio”. El primer alcalde tenía mucha razón en señalar los graves perjuicios que se producían debido a esta diversión y que no pudieron ser totalmente erradicados con la edificación del Coliseo de Gallos. Se buscó despejar de las calles los desórdenes que ocurrían desde los lugares más recónditos hasta en las mismas plazas y plazuelas de la ciudad. Empero, el quid del asunto no iba tanto por si existía un coliseo o no, pues al fin y al cabo el recinto poco podía hacer si no existía el celo suficiente para controlar las apuestas y dolos a los que concurrían los jugadores. El problema iba más por la contundencia de las medidas que optaban el juez de la casa y las principales autoridades para acabar de una vez por todas con los desórdenes y fraudes que sucedían ya no al aire libre, sino ahora en el interior del coliseo.

El proyecto ilustrado no podía materializarse en este entretenimiento de masas por la resistencia plebeya en acatar las reglas impuestas. Estaba tan arraigado en los aficionados el caos que cualquier intento de cambio significaba remover los cimientos de unas costumbres totalmente incompatibles con el ideal de orden social. En ese sentido, también influía el grado de beneficios que aportaba la diversión. No solo el asentista obtenía réditos, algunas autoridades e instituciones también obtenían lo suyo. Así que a la resistencia plebeya se sumó la de personas que solamente velaban por sus propios intereses antes que por el bien común. Ahora veamos de qué forma la plebe se resistió al nuevo orden social ilustrado.

No pasaron muchos días después de la discusión entre los miembros del cabildo, cuando el 9 de agosto, Calixto Pozo, junto a su compañero Larrainza, solicitaron se les rebaje la pensión anual acordada en el contrato de 1795 o de lo contrario que sea rescindido⁷⁹. Pedro Larrainza manifestaba la decadencia en que estaba la casa y el cual estaba estrechamente relacionado con la superior providencia que prohibía las controversiales peleas de navajas⁸⁰. Decía, “desde que se decretó la superior providencia la casa estaba en un entero abandono llegando a estar reiteradamente cerrada y siendo casi nula la posibilidad de su restablecimiento”.

⁷⁹ AGN. Superior Gobierno. Leg. 47, 1797.

⁸⁰ La pelea de navajas consistía en proporcionarle al animal un espolón con el cual hacer mayor daño al gallo contrario. Este instrumento comúnmente era amarrado en una de sus patas para que al momento de saltar sobre el oponente le ocasionase heridas mortales. El viajero inglés Bennet Stevenson tuvo la oportunidad de acudir al coliseo y observó como “cada gallo tiene una larga hoja en forma de lanceta atada a la pata, siendo su propio espolón cortado antes; para esta operación, como para colocar los gallos dentro del corro, actúan varias personas especialmente designadas” (1971: 173).

El problema radicaba en que la pelea con navajas había calado en las entrañas de los aficionados, formaba parte del repertorio del juego, que al prohibirse los concurrentes prefirieron seguir usándolas pero fuera del coliseo. La resistencia de la plebe por acatar lo establecido derivó en que empezaran a abandonar el coliseo, a concurrirlo cada vez menos. En ningún momento se planteó suprimir este espectáculo, se trataba de eliminar los elementos de él que contribuían al desorden social. El utilitarismo ilustrado intentó usarlo como intermediario entre su discurso y la plebe, a fin de reformar sus costumbres vulgares y delictivas. Se quiso inculcar la virtud de la moderación y el respeto a la par que se divertían.

No obstante, la importancia de las navajas era más profunda. Su utilización en las riñas ayudaba a que las peleas sean más cortas, a que los espectadores no tuvieran que esperar tanto para saber los resultados y llenarse las manos con el dinero de las apuestas al gallo vencedor. En tanto que el asentista también se beneficiaba, pues al ser las peleas de tan corta duración podían haber más de ellas y así conseguir mayores ganancias. De este modo las peleas con navajas beneficiaba a los dos, al igual que su prohibición perjudicaba a ambos. Al no usarlas las riñas duraban más y los apostadores y espectadores se impacientaban por conocer quién era el vencedor, llegando al fastidio e incomodidad. El asentista veía así reducido sus gajes por la mayor duración de las peleas y, por ende, la existencia de menos jugadas.

Por estas razones los asentistas solicitaban al virrey O'Higgins que se les reduzca la renta anual de 7,020 pesos a 3294 pesos 4 reales, o en su defecto que se anule el contrato. Asimismo, pedían ser restituidos de las expensas que habían invertido en el coliseo, como todo lo demás que habían gastado para la subsistencia de la casa.

Siete días después del alegato se pasó a nombrar a un fiscal de la Real Audiencia para que realice las averiguaciones pertinentes respecto al estado del coliseo. El testimonio del fiscal es trascendental pues se trata del reflejo de la política urbana Borbón y la búsqueda ilustrada de un cambio del orden social por medio de un máximo control sobre la plebe, todo ello en base a sus diversiones y la mirada utilitaria de las mismas.

En base a sus pesquisas ejecutadas el fiscal sostuvo que el quid del asunto, siguiendo el espíritu de la orden librada por el virrey de que no se lidien gallos a navaja, sino a pico, era examinar que tan provechoso era para el buen gobierno la realización de semejante espectáculo. En el caso de ser útil su subsistencia, era necesario reordenarlo desde sus bases lúdicas. Solo debía permitirse la lucha a pico. Y para aquellos moradores que gustaban de las peleas prontas y de sangre, se debían de dictar otras reglas aparte de las establecidas para remediar sus desórdenes y precaver los constantes fraudes.

El fiscal reconoce que el esfuerzo denodado del anterior virrey Amat por reformar esta diversión tuvo poco efecto. Aún seguían siendo recurrente las lidias en casas particulares, en calles retiradas, huertas y suburbios, a veces con permiso de los jueces ordinarios, otras de forma clandestina, pero siempre con riñas entre los jugadores, dolos y otros desórdenes.

El cierre del coliseo por las circunstancias mencionadas motivaban más las peleas clandestinas. El juez manejaba información de cuál era la realidad de otras sociedades donde se practicaba las peleas de gallos. En esos lugares, al igual que en Lima, se permitían algunos juegos y diversiones, aunque reconocía que ningún entretenimiento podía estar exento de males y desórdenes que provocaban algunos individuos. Ante este estado de las cosas, concluía que debían de ser aprobadas para evitar mayores estragos.

Para el fiscal una sociedad ordenada mantenía sus vicios y sus defectos inseparables de ella. Es por ello que no dudó en dictaminar que “se debía de aquietar el celo de los magistrados para que dejen correr el permiso y lidia de gallos conforme a las inclinaciones y gustos del pueblo”. Ante la imposibilidad de erradicar por completo estos vicios, era mejor controlarlos. Hacia finales del siglo XVIII el proyecto ilustrado de un nuevo orden social ya no significaba necesariamente una sociedad pura, libre de defectos. Proponía manejarlo, tenerlo supervisado e impedir que afecte al resto de la población. Ese era el utilitarismo ilustrado.

El perjuicio que ocasionaban las lidias callejeras era un hecho que saltaba a la vista y que no se podía ocultar. Era mejor su continuación con un control paralelo que luchar por extirparla y que la plebe la practique clandestinamente.

Una razón adicional para que los ilustrados sintieran necesario la subsistencia de esta diversión era que constituía una perfecta válvula de escape para el desahogo de la población. Este nuevo orden social implicaba tener gente laboriosa, activa, pero también feliz, que salga por momentos de la monotonía y que se divierta. Para ello, los asentistas debían de tener la probidad suficiente para velar que el espectáculo no declive en apuestas crecidas que eran ilícitas, para que se castigue a los tramposos, para que se aumenten si conviene algunas ordenanzas, se cuide su cumplimiento y se castigue a algún infractor. El fiscal comprobó que el uso de navaja no alteraba, ni variaba, los medios que se podían emplear para debilitar las fuerzas naturales del gallo, ya que si había un perito que celase que las navajas sean buenas, iguales, estén firmes y puestas en el punto debido, la pelea simplemente se resolvería por el gallo que tuviera más valor, tiro, fuerza o maña.

Al final de su discurso el fiscal no hizo ninguna mención a la rebaja de la pensión que solicitaban los asentistas, aunque se conoce que el contrato fue rescindido. En relación a los beneficios que traía el coliseo, se recalcó que era un importante soporte económico para distintas instituciones. De la ganancia que se obtenía se destinaban 500 pesos al hospital de San Andrés, 200 pesos para la cátedra de Digesto en el colegio San Carlos, 400 pesos al montepío por el día de gallos que el rey concedió, y por último el juez de las jugadas percibía la gratificación de 500 pesos, cuyas sumas junto al censo de la casa eran motivos muy fuertes para que el recinto se conserve y siga funcionando.

Al rescindirse el contrato, el virrey O'Higgins ordenó que se saque de forma inmediata su remate para continuar con el beneficio económico y seguir proporcionando a la plebe un entretenimiento que estaba siendo amoldado, con sus limitaciones, a los cánones ilustrados.

Por las líneas anteriores es claro que el discurso ilustrado no tuvo una total coherencia. Si por un lado se condenaba y hasta se mostraba resignación ante el caos y la falta de respeto a las normas por parte de la plebe, por otro lado había consenso en descartar cualquier iniciativa que perjudique los intereses económicos de terceros como lo era el plantear el cierre del Coliseo de Gallos.

Las autoridades al igual que los ilustrados criollos entendían que era muy pernicioso extirpar de golpe una costumbre tan arraigada entre los habitantes. Y no solo por los

resultados pecuniarios que otorgaba en beneficio del erario, en obras pías o en cualquier otro interesado, sino porque era una gran ayuda al tratar de reformar los vicios públicos o algún desorden contrario a las buenas costumbres propios del nuevo orden propuesto. En otras palabras, era necesario que siga permaneciendo esta diversión “honesta”, en especial en los días festivos por ser un medio de descanso de las duras faenas. Y así, el proyecto reformista no encuentre una población reñida con el sistema existente.

El fiscal determina que las peleas de gallos se prohíban en los días de trabajo para contener que los concurrentes abandonen sus tareas y oficios que eran de gran utilidad para el gobierno, reafirmando a la vez la realización de peleas en los días festivos por los motivos ya expuestos, así como el establecimiento de unas reglas fijas e invariables, junto a una mayor vigilancia y orden en el interior.

Luego del informe enviado por el fiscal al virrey O'Higgins, el 14 de setiembre del mismo año el teniente de la policía José María Egaña, adherido a las posturas ilustradas y una de las principales autoridades encargada de velar por el orden urbano, se pronunció referente a las peleas ilícitas: “en reiteradas ocasiones los hombres lo perdían todo y al tener una familia al cual mantener no les quedaba otra que hurtar y faltar a los deberes cristianos, abandonaban a sus mujeres e hijos, dejaban sus casas y ejecutaban en fin otros semejantes males tan perniciosos que muchas veces eran ejemplos a seguir por otras personas”⁸¹.

En nombre de esta diversión constantemente la plebe cometía delitos a fin de satisfacer sus ansias de asistir al Coliseo de Gallos. Ante algún crimen perpetrado existía la gran posibilidad de que una pelea o apuesta haya sido el motivo. El solo hecho de mencionar la

⁸¹ Tal situación de perderlo todo no fue exclusiva de la plebe. Ricardo Palma narra en sus tradiciones que el 8 de setiembre de 1819, en la plazuela de Cocharcas, hubo un gran concurso a razón de celebrar el festejo a la virgen patrona de ese arrabal. Entre los rivales se encontraban; por un lado, el conde Manuel Diez de Requejo “condesito” de Castañeda de los Lamos, descrito por Palma como un parrandista, jugador y mujeriego; y por el otro, Pio García quien precisamente era deudo del condesito, acaudalado minero de Cerro de Pasco y que gozaba de un inmenso prestigio en el alto y bajo gobierno. Ya se habían jugado las seis primeras peleas y el condesito las había perdido todas, atentando en desmedro de su ya mermada fortuna. Estando al borde de la ruina y casi reducido a vivir de limosna, se aprestó a jugar la séptima y última partida. Para la cual había reservado un gallo que contaba con más victorias que Napoleón, un gallo caramelo-toscado o *ajisecho*; mientras que el minero sacó una lechuza, hijo de chusco y gallina terranova. Era la jugada del todo o nada. El condesito había puesto de envite nada más ni menos que su título de conde contra todo lo que llevaba perdido en la tarde. Finalmente el vencedor, como lo había sido toda la tarde, fue el acaudalado minero, entretanto que al ex condesito no le quedó de otra que formalizar la escritura del traspaso del título de conde de Castañeda de los Lamos (1983: 329-332. Tomo III).

palabra gallos era razón para desconfiar e incluso culpar a una persona de cierta infracción. Veamos el siguiente caso. El 11 de enero de 1810 a Antonio Atacunga se le acusó de entrar a robar en la habitación del genovés Antonio de la Puente, de oficio hortelano, en la zona de Cocharcas⁸². El afectado declaró que había salido un momento de su cuarto, y que cuando regresó se percató que le habían robado su plata y algunas especias. Al averiguar sobre el hurto del que fue víctima le contaron que al día siguiente Atacunga había pasado por Cocharcas vociferando tener cien pesos para jugarlos en la casa de gallos. Esta, en apariencia, inocente confesión o exceso de confianza de comentar el dinero que llevaba consigo, le costó caro. La tropa urbana lo condujo preso a la cárcel de corte, y si no hubiera sido por el testimonio de sus conocidos habría sido culpado de un delito que al final se descubrió que no lo cometió.

Existía el optimismo que consideraba si se ordenaba este divertimento se daría un gran paso en el camino a instaurar el proyecto ilustrado, además que se evitarían otros mayores y más graves inclinaciones maliciosas que se cometían a lo largo y ancho de la ciudad. El teniente Egaña, en un informe presentado, determinó que la casa podía proseguir y que las peleas de navajas, tan discutidas, sean permitidas solo en los días festivos y siempre y cuando los concurrentes se adhieran a las ordenanzas erogadas. El uso de navajas era conveniente para todas las partes involucradas (la plebe no tendría motivo para lidiar gallos clandestinamente y empezar a acatar las normas impuestas para cambios). Esta diversión bien encaminada podía ser un importante medio para irradiar los patrones ilustrados de moderación, obediencia y respeto a la autoridad.

Al rescindir el contrato de los anteriores asentistas, se sacó a remate el coliseo por cinco años. Se presentaron como postores Lorenzo Rioja, Félix Lazo, Manuel Torres y llamativamente el mismo ex asentista Calixto Pozo. El 24 de octubre se llevó a cabo la subasta siendo elegido Félix Lazo, quien ofreció la cantidad de 5,500 pesos anuales. El nuevo asentista podía lidiar gallos en los días festivos, domingos y el día agregado a favor del montepío de ánimas que sería el lunes. Sin embargo, Pozo decidió tomar para sí el día otorgado para el monte como represalia por no haber sido elegido nuevamente. Félix Lazo rechazó esta actitud y solicitó la nulidad de cualquier tipo de contrato que existiese entre el

⁸² AGN. Sótano-Varios. Leg. 203, folio 50.

director del monte y Pozo. Superado este impase, Lazo pasó a tomar el manejo del coliseo ubicado en la plazuela de Santa Catalina. Luego de culminado el contrato lo devolvió de la misma forma que lo recibió y con su respectivo inventario de los bienes existentes.

2.5. Una tarde en la pasión de multitudes

La edificación de un Coliseo de Gallos respondía al deseo urbano Borbón de mejorar la imagen que presentaba Lima librándola de las reuniones clandestinas, concentraciones itinerantes y bullicio social. Consiguiendo estos objetivos se podría controlar de manera más efectiva a la plebe. Sus pares, los criollos ilustrados, compartían el mismo sentir pero con el agregado de que esto era solo un paso en los cambios sociales. El orden social ilustrado implicaba reformar no solo lo que sucedía en las calles o lugares abiertos, sino también lo que se daba en los espacios cerrados y en particular en los lugares de reunión de la plebe. Por lo que no se conformaron con la edificación del coliseo, quisieron realmente imponer su orden dentro de él. Ordenar lo desordenado que era la diversión.

Para comprender lo dificultoso que era imponer un nuevo modelo de orden social, es necesario conocer lo que significaba un día de gallos para la plebe y para todos los aficionados en general. Es oportuno acercarse a ese mundo lleno de júbilo que lamentablemente tenía que convivir con el dolo y la violencia de algunos concurrentes. Veamos a continuación la siguiente descripción⁸³.

El día comenzaba con los anuncios que realizaba una comitiva que recorría las calles pregonando las peleas que habían de darse. Carlos Prince la describe de esta manera:

“El convite acostumbrado entonces a este efecto, era sacar a uno de los emplumados adalides entre una jaula de lata que llevaba en la cabeza uno de la comitiva. Delante de la jaula iba un negro tocando la famosa chirimía, que el vulgo llamaba tirisuya, y otro honesto prójimo haciendo bulla con un tambor, no faltando, por supuesto, algunos cohetes voladores o de arranque. Dicha comitiva era encargada de llamar la atención del público, y atraer concurrencia a la casa, para que se fueran amarrando las apuestas, y exponer

⁸³ Para esta reconstrucción se consideró básicamente los textos de Jean Descola y de López Cantos, trabajos citados en páginas anteriores.

grandes sumas a la suerte o capricho, como en todo juego de envite” (1890: 21).

Dentro del coliseo los espectadores tomaban sus asientos correspondientes según la capacidad adquisitiva de sus bolsillos. La plebe se ubicaba en las gradas y asientos con polvo, mientras que los aficionados con un mayor caudal se ubicaban en las galerías con asientos más cómodos y tranquilos. Los negros e indios que traían a sus animales para las riñas, se jactaban recíprocamente de la fuerza y longitud de los espolones, de la dureza del pico, del vigor, el tamaño y la superioridad de sus bípedos emplumados. Los que concurrían a las riñas se apasionaban por tal o cual campeón. Entablaban apuestas en las que la lealtad y buena fe de los jugadores dejaban a veces que desear. Las apuestas se cambiaban ruidosamente, se anotaban en una libreta como en las corridas, en torno a la Mutual. En este tiempo introducían a los futuros combatientes, los presentaban uno al otro, los armaban con un espolón de metal. Un inspector oficial, el juez de las navajas⁸⁴, se aseguraba de que todo se hiciera según el reglamento y que las probabilidades fuesen iguales para ambos contendores. Cruzaban el aire las últimas apuestas en medio de un griterío infernal, el ambiente era ensordecedor, luego todo el mundo callaba. Los dos campeones puestos enfrente uno al otro se aproximaban lentamente picoteando la arena. Súbitamente, como si los hubiese movido el mismo resorte, se arrojaban uno contra el otro, la cresta erizaba y el ojo sangriento.

El combate por lo común era breve y casi siempre terminaba con la muerte de uno de los adversarios. A menudo los dos gallos quedaban en el terreno y la palma, póstuma, recaía entonces en el que había expirado último. Y también a menudo estallaban discusiones que llegaban hasta las manos, y muchas veces sucedía que los combates, empezados entre gallos, terminaban en forma no menos sangrienta entre sus dueños y espectadores. Sin embargo, casi nunca los dueños de los animales rompían los contratos después de realizar los pesajes previos a los enfrentamientos. Únicamente podían hacerse de mutuo acuerdo.

⁸⁴ Juan Gálvez rescata la variedad de términos galleros que se empleaba en una jugada: “Los ajisecos, los malatobos, los cazilies, los carmelos, los cenizos, los moros y los giros, aparecen revolando, acometiendo, erizadas las golillas, la pluma fina, fiera la mirada, tenaz el pico, relampagueante y veloz el acero de las cuchillas corvas. Desfilan con sus nombres de guerra, y caen al dicho, ya de clásico limeñismo, de ¡tilín, tilín, gallo muerto!” (1943: 58).

Transcurrida las dos o tres horas de funcionamiento, según la licencia, los aficionados dirigían sus pasos a sus respectivos hogares, algunos a seguir divirtiéndose en las casas de juego, otros a beber a una pulpería o chingana. Es imposible determinar cuántos gallos fenecían en un par de horas que estaba abierto el coliseo, aunque normalmente se echaban al ruedo cuatro o cinco pares, así como calcular cuánto era la ganancia del asentista, que de seguro no debió de ser nada despreciable debido a las apuestas y “grandes apuestas” que se daban, pero a ello habría que agregar los daños materiales que ocasionaban los asistentes que invadían el ring y desataban un desorden descomunal. Siendo necesaria la intervención de la autoridad para calmar los ánimos alborotados de júbilo y rabia a la vez, ya sea por haber apostado al gallo perdedor o al vencedor, o por haber sido engañado con alguna artimaña gallística.

La descripción muestra lo que se debía de reformar, unas costumbres que tenían toda una tradición y que en poco tiempo no iban a modificarse. La resistencia plebeya se manifestó en su desinterés por dejar sus hábitos y acoger el tipo de comportamiento que el discurso ilustrado le quería sobreponer. Una resistencia que se caracterizó por no ser violenta, sino simplemente ignorar los aires de cambios y seguir como si no pasaba nada a su alrededor.

2.6. Los últimos intentos de reformas

Para intentar llevar a cabo su proyecto, los ilustrados contaron con el respaldo de las autoridades locales empezando por el virrey. Los virreyes borbones de mediados del siglo XVIII se caracterizaron por mostrar afinidad a la postura ilustrada que propulsaba controlar a la plebe para lograr un nuevo orden social. Esta afinidad se debió a que los virreyes también deseaban imponer un mayor control urbano ante el aumento del mestizaje y de personas inclinadas a la vida disipada. Sin embargo, para inicios del siglo XIX la plebe todavía no se acoplaba a las costumbres que una persona de una ciudad en camino que sea ilustrada debía de ostentar.

El asentista Félix Lazo estuvo muy poco tiempo al mando del coliseo, el exarrendatario Pozo recobraría el manejo tomando la decisión de trasladarlo a otro lugar, para ello propuso al cabildo fabricar otro mejor y más espacioso en un solar de propiedad de la familia de su

esposa Antonia Pontejo, cerca al centro de la ciudad por la calle de San Marcelo. El contrato se celebró en 1804, estipulándose que lo manejaría por el tiempo de treinta años y que se prohibía jugar públicamente gallos en lugar alguno cuya inmediación al nuevo coliseo fuese menos de seis leguas (Bromley, 2005: 232)⁸⁵.

Recordando las ordenanzas dadas a finales del siglo pasado para reordenar la casa, evitar el continuo dolo que cometían algunos individuos y la competición deshonesto, todavía seguían presentes ante todo el cálculo e intento de los criollos ilustrados y de los virreyes borbones. Poco o nada sirvieron las reformas propiciadas por el fiscal o el teniente Egaña, los aficionados seguían manteniendo la arraigada costumbre de realizar trampa y sacarle la vuelta a la norma. Es más, las jugadas se realizaban sin la necesaria asistencia del juez del coliseo, quien era el punto de inicio de la diversión.

Los aficionados y el asentista habían tomado el control del espectáculo. Tales sucesos no menguaron la ardua labor emprendida por el cabildo y por el virrey Fernando de Abascal, quien ni bien llegó al poder se propuso el objetivo de reformarlo y evitar que el proyecto social de los ilustrados se diluya, como estaba empezando a suceder. El 24 de diciembre de 1806, el mismo día de Navidad, se vio en el ayuntamiento un expediente que era el antecedente de un oficio emitido por el virrey respecto a que en la casa se lidiaban gallos sin la necesaria presencia del juez en los días permitidos⁸⁶. El procurador general Manuel de la Torre, en base al mencionado oficio, elaboró un informe dirigido al asentista Pozo señalándole que “en ningún día podía hacerse dicha lidia sin la precisa asistencia del señor juez, para cautelar en alguna manera los excesivos desórdenes”. Esta medida se aplicó a medias, si por un lado las lidias ya no se ejecutaban si el juez no estaba presente, por otro, se seguían cometiendo los mismos excesos ante la vista y paciencia del señor “juez de las navajas”. Su presencia no era respetada por los aficionados. La plebe se resistía a acatar el orden ilustrado y ser plenamente controlado.

⁸⁵ Por aquellos años el cabildo limeño luchaba en Madrid por adueñarse de las judicaturas referentes a las diversiones públicas que hasta esos momentos las poseía la Real Audiencia. Por tal razón, el 16 de noviembre de 1804 solicitó al virrey marqués de Avilés se le entregue esta comisión, en particular desde el momento en que su fabricación le había pertenecido a los acaldes ordinarios, pero que años después de manera sospechosa pasó a manos de los alcaldes del Crimen. LCL. Libro XL. Acta del 19 de noviembre de 1804. Ahondaremos este suceso en el capítulo del Coliseo de Comedias.

⁸⁶ LCL. Libro XLI. Acta del 24 de diciembre de 1806.

En febrero del año siguiente, se eligió al alguacil mayor Francisco Arias de Saavedra comisionado de gallos para “el buen orden que debía de primar en la casa”⁸⁷. El principal problema que tuvo que enfrentar era la persistencia de excesos dentro del coliseo, ya tantas veces indicados, en especial los trucos y ardid de algunos asistentes por salir siempre ganadores en las jugadas. Esta situación la denunció el mismo Abascal, a cuyo despacho llegaron quejas en 1807 de que en el Coliseo de Gallos se seguían dando apuestas desmesuradas que excedían los límites permitidos en una diversión honesta⁸⁸. Los jugadores valiéndose de la seguridad que tenían de ganar basaban sus confianzas en artimañas ilícitas como el movimiento de los dedos y manos que correspondían a una cifra y que solo lo entendían los que sabían su clave. Junto a la crecida afición por los gallos se dio el aumento de las sutiles añagazas para las apuestas, entre la más recurrente estuvo la del briscán, que era una clase de seña con los dedos para lograr burlar a los jueces (Gálvez, 1943: 58)⁸⁹.

El virrey Abascal ordenó que se reformen estos perjudiciales abusos, encargando que se hagan las advertencias a los señores capitulares nombrados jueces del coliseo, a fin de que vigilen y corrijan de manera tal que no se siga repitiendo. Ellos, junto al asentista Pozo, a quien también se le informó del veredicto del virrey, se encargarían de la difícil tarea de lograrlo. Era un hecho innegable para las autoridades que pese a los diversos dictámenes que se habían establecido para obtener un mayor control sobre todo lo que ocurriese en el interior de la casa, no se lograba conseguirlo de forma total. La política borbónica

⁸⁷ LCL. Libro XLI. Acta del 25 de febrero de 1807. El cargo de comisionado no era un empleo fácil. De todas las labores que ejercía la principal era el conservar el orden interno durante las horas que durasen las lidias. Esta labor exigía al comisionado desvelarse para conseguir tal propósito. Había momentos en que llegaba a ser tan extenuante que en algunas ocasiones no se sentía con la suficiente capacidad para conseguirlo, por lo que terminaba renunciando. Ese fue el caso del comisionado regidor Manuel Agustín de la Torre, quien el 4 de enero de 1809 renunció al nombramiento que se le había dado en los gallos. Aunque no se descarta otras razones que también pudieron haberlo llevado a que tomase esta decisión. LCL. Libro XLI, folio 183v. En su reemplazo se eligió al alférez real para que ocupe el cargo hasta el 2 de enero de 1810, fecha en que se nombró a Tomás Vallejo, conde de Velayos, y al alcalde de turno para que lo ejerzan conjuntamente. LCL. Libro XLI, folio 226r. El cargo de comisionado, ya sea de toros, comedias, caballos o gallos, se elegía de manera anual. Solo en algunas situaciones el mismo encargado volvía a ser reelegido al año siguiente para que siga en el puesto.

⁸⁸ AGN. Cabillo. Leg. 11, 1807.

⁸⁹ Se decía que como el juez era corto de vista los apostadores adoptaron ese medio para seguir con las usuras (Córdova y Urrutia, 1992: 33). Por su parte, Ricardo Palma apunta que la mentalidad religiosa de los aficionados los hacía pensar que algunas medidas tomadas por el dueño de un gallo como el enredar entre las plumas del cuello del animal una crucecita como amuleto o reliquia, era equivalente a recurrir a malas artes, hechicería, conjuro e irreverencia (1983: 66. Tomo I).

implicaba un control interior de los establecimientos públicos, más aún de aquellos que congregaban una muchedumbre de gente. No bastaba con encerrar a la plebe dentro de cuatro muros y establecer un juez comisionado que vigile las jugadas. El proyecto ilustrado estaba en juego y hasta el momento era poco lo conseguido.

La búsqueda de un mayor control no daba los frutos esperados, los ilustrados veían cada vez más lejos su anhelo de establecer un nuevo orden social, lo cual no solo era a causa del denominado relajamiento de las costumbres de la plebe, que si bien era un hecho concreto, no era tampoco tanto como lo pintaban. Este mayor relajo en comparación al de épocas atrás, no implicaba que fuese uno desorbitante como lo intentan mostrar los testimonios de la época. Existió un relajo, sí; totalmente desmesurado, no. Habría que sumar no solo la nueva actitud intolerante de los ilustrados y de las principales autoridades coloniales, sino también la poca efectividad de las medidas tomadas para corregir el espíritu díscolo de la plebe.

Al mismo tiempo si reiteradamente las personas cometían dolo en las apuestas o cometían alguna artimaña con su gallo, no siempre fue porque tuvieron malas intenciones. En ocasiones era por el simple e importante hecho de que el gallo representaba una esperanza, una posibilidad económica para la situación de su criador. La familia podía pasar hambre, el gallo jamás. Si se ganaba la apuesta, el gallo reemplazaba una semana de trabajo, pero si se perdía, el ave alimentaba al dueño propiciando una fiesta hogareña (Valega, 1939: 356). Por esa razón en las casas no podía faltar un gallo de pelea, en especial en los hogares más modestos. Es más, había aficionados que criaban un crecido número con los que acudían al coliseo para tener mayores posibilidades de triunfo tanto en la arena como en la apuesta.

Continuando con el oficio del virrey, el documento se remitió al cabildo para que sus miembros estén al tanto de la reforma que Abascal buscó imponer respecto a la usura y demás excesos⁹⁰. Sin embargo, su reforma se enfrentó a la resistencia del asentista Pozo, quien se negaba a acatarlo por la sencilla razón de que si la diversión de los gallos era tan llamativa, entre otras cosas se debía a las apuestas indiscriminadas que se llevaban a cabo y por la libertad que tenían los asistentes en apostar la cantidad de dinero que se les antojara sin ningún impedimento. Por eso Pozo no dudó en emitir un expediente al cabildo, en

⁹⁰ LCL. Libro XLI. Acta del 21 de julio de 1807.

donde buscaba de manera paradójica que se le ampare “en la posesión de las apuestas, modo como se hacen estas en dicha casa”⁹¹. En otras palabras quiso pasar por encima de lo establecido por el virrey y sobreponer sus intereses económicos a las reformas que se deseaba en las peleas de gallos. Enterado Abascal del atrevimiento del asentista solicitó al cabildo un informe de lo que estaba acaeciendo. La propuesta de Pozo al final quedó denegada por completo.

2.7. ¡El gusto por lo prohibido! El caso del juego de boliches

Si hasta el momento el proyecto ilustrado no se concretaba se debía a diversas razones. Una de ellas era la expansión de los juegos prohibidos. Las diversiones públicas no fueron el único vehículo de entretenimiento que tuvo la plebe, los juegos prohibidos eran otra manera de relajarse, aunque eso significara colocarse al margen de la reforma social ilustrada y de la imposición borbónica de un mayor control.

Lima era una de esas ciudades por excelencia que ofrecía toda una variedad de entretenimientos. Aparte de los que son tema de estudio del presente trabajo, se sabe de la existencia de las famosas casas de juego que invadieron la urbe. El gusto por el juego tiene tan larga tradición entre nosotros que entre sus más renombrados representantes se encuentran los conquistadores Francisco Pizarro y Diego de Almagro, según testifica el inca Garcilaso de la Vega en sus *Comentarios Reales*.

Si la atracción por los juegos era enorme, lo era un poco más la atracción por los catalogados como juegos prohibidos. El rótulo de prohibido se derivaba de las consecuencias nefastas que algunas variedades de juegos ocasionaban. Las disposiciones por combatirlos desde la corona española se pueden resumir en uno solo: la alta cantidad de dinero. El juego más inofensivo de todos podía convertirse en prohibido si los jugadores apostaban más de lo debido. Y curiosamente este hecho lo hacía más atractivo, el transgredir la ley, retar a la autoridad, provocaba constantemente la proliferación de los llamados juegos prohibidos. Por esa razón las autoridades coloniales los censuraron. Una censura que fue muy poco acatada. En el repertorio documental del Archivo General de la

⁹¹ LCL. Libro XLI. Acta del 31 de julio de 1807.

Nación se encuentra todo un grupo de denuncias, desacatos e intentos por combatirlos, pero con pocos frutos. El siguiente caso es muy revelador ante la insurgencia de un tipo de juego prohibido, el daño económico que originó a la casa de gallos y la severa medida que se tomó por desterrarlo.

La variedad de entretenimientos con que contaba la población limeña era llamativa. Desde espectáculos como los toros que podía llegar a congregarse a miles de personas dentro del coso, hasta las modestas casas de juego que tenían un número muchísimo más limitado de concurrentes por las propias limitaciones del lugar. Sin embargo, no es difícil imaginar las disputas que pudieron haber existido entre el público asistente. Debido a que las casas de juego no tenían un límite de días y mucho menos una hora exacta, todo lo contrario sucedía con las diversiones. Los toros, comedias y desde luego los gallos sí poseían una fecha y hora exacta de abrir sus puertas para los concurrentes. De ese modo los asentistas de estas diversiones no solo estaban limitados temporalmente, también en ocasiones se veían afectados porque su público era atraído por los juegos limeños, y peor aún si estos eran de los llamados prohibidos.

Una de las demandas más conocidas fue la que realizó el asentista del Coliseo de Gallos Calixto Pozo el 8 de febrero de 1811 contra el juego de boliches⁹². Sucedió que este juego le estaba quitando los asistentes y con ello los pesos que obtenía por cada tarde. Esta molestia iba aún más allá, pues al caer sus ingresos no podía sufragar los diversos gastos que mantenía. Ante esta situación remitió un expediente al virrey Abascal informándole lo perjudicial que era para él el juego de boliches por la siguiente razón⁹³. Había sucedido que este juego, permitido e inocente hasta antes que Pozo diera a conocer lo que estaba pasando, pronto pasó de ser un juego legal a convertirse en un prohibido. No se sabía cómo ni quien, pero empezó a haber toda una variedad de boliches que estaban atentando contra la tranquilidad pública, ya que no contaban con el aval de las autoridades. Abascal emanó un decreto donde prohibía la variedad de boliches, el mismo que se envió al cabildo para

⁹² Los boliches eran unas pelotas de madera de mediano tamaño que se hacían rodar de forma calculada hacia otra más pequeña. El juego consistía en acercarse a la bola pequeña con la mayor lo más posible, desde una distancia previamente establecida por los jugadores (López Cantos, 1992: 252).

⁹³ LCL. Libro XLII. Acta del 8 de febrero de 1811.

que realice las averiguaciones del caso. Esta tarea se delegó al procurador general Ignacio Orué.

En cabildo pleno del mismo día se revisó un pedido que envió un individuo llamado Manuel Reijó, quien quería adjudicarse el remate de 15 mesas de billar y 16 de canchas, además que se le permita jugar en ellas *pares y nones*⁹⁴. Por lo cual otorgaría mil pesos en donativo aparte de los quinientos pesos anuales que daría, el documento se trasladó al procurador general. Este hecho no hubiera pasado de lo normal si no fuese que el tal Reijó era el causante de la corrupción del juego de boliches. Antes de que fuera descubierto, el 5 de marzo llegó al cabildo la noticia que las variedades del juego de boliches, no solo se habían expandido por la ciudad, sino que también empezó a atacar al resto de juegos como el de bochas⁹⁵. Ante esa situación el procurador Orué pidió que se castigue al autor de tal suceso, aunque aún no se sabía quién era el culpable.

El día que se estaba evaluando el expediente del asentista Pozo, se descubrió para sorpresa de todos que Manuel Reijó era el responsable de la introducción del juego prohibido de las variaciones del boliche. De manera descarada solicitaba ser el único que pueda ofrecer la variedad de *pares y nones*, prometiendo abonar el dinero antes apuntado⁹⁶. Luego de leerse su solicitud el procurador Orué se opuso a tal absurdo, proponiendo en cambio que sea castigado con todas las de la ley.

Todos los expedientes fueron juntados para que el cabildo vuelva a informar de lo sucedido⁹⁷ y se tome una decisión final, el cual correría por cuenta exclusiva del virrey. El 23 de julio Abascal estipuló mediante un superior decreto la extinción de las variaciones del juego de boliches, los llamados *pares y nones*, por estar prohibidos por las leyes⁹⁸ y ser contrarios al plan reformador. Y para evitar que vuelva a suceder, el mismo juego de boliches se prohibió. Para su cumplimiento remitió las órdenes respectivas a los alcaldes

⁹⁴ LCL. Libro XLII. Acta del 8 de febrero de 1811.

⁹⁵ LCL. Libro XLII. Acta del 5 de marzo de 1811.

⁹⁶ LCL. Libro XLII. Acta del 5 de marzo de 1811.

⁹⁷ LCL. Libro XLII. Acta del 23 de abril de 1811.

⁹⁸ AHML. Superior Gobierno-Virreyes. Caja 004-CC-SG. El decreto se reafirmó en 1817 por el virrey Joaquín de la Pezuela. LCL. Libro XLIV. Acta del 27 de junio de 1817.

ordinarios, al juez de policía y al capitán de la tropa disfrazada, para que celen su acatamiento⁹⁹.

2.8. Compartiendo espacio con la equitación

Por un par de manuscritos se conoce que a inicios del XIX hubo en Lima una compañía extranjera de equitar caballos conformada por José Finaguero y Manuela Gálvez¹⁰⁰.

Esta pareja había trabajado junta durante un corto tiempo, hasta que Manuela decidió independizarse y continuar sola en este negocio. El 14 de febrero de 1815 Manuela remitió un expediente al virrey Abascal para que se le conceda el permiso para continuar con la diversión de equitar en el Coliseo de Gallos¹⁰¹, separada de su compañero José. Inmediatamente Abascal pidió la postura del asentista del Coliseo de Comedias y del cabildo sobre este hecho, en particular del primero ya que le podía perjudicar la competencia que surgiría con esta forma de diversión al darse ambas a la misma hora y día.

A pesar que Finaguero trabajaba solo, igual “conseguía llenar el deseo del público”. Debido a su fama conseguía llenar el circo, incluso en reiteradas ocasiones muchas personas se quedaban sin entrar por la limitada capacidad del espacio.

Por el expediente que remite Manuela al virrey se conoce que tomó la decisión de separarse debido a las constantes vejaciones que recibía de José, luego de haber trabajado con él por más de diez años. Y lo único que deseaba, aparte del permiso, era que su ex compañero le

⁹⁹ Luego del decreto de Abascal nadie obtuvo licencia para abrir una casa con el juego de boliche. En 1817 José Félix Alday pidió licencia para abrir un boliche en la esquina del Baratillo, siendo denegada por el regidor comisionado de policía. LCL. Libro XLIV. Acta del 31 de mayo de 1817. En el mismo año Juan Barboza solicitó poner una cancha de bolas, bolos y boliche en el Callao en las casas fonda que poseía. Solo se le otorgó licencia para las bolas y bolos, más para el boliche se le desestimó. LCL. Libro XLIV. Acta del 17 de junio de 1817. De igual forma a Fernando Sánchez se le concedió licencia para poner una cancha de bolos en la calle Guadalupe, con la advertencia que no se introduzca el boliche, caso contrario se le quitaría el permiso. LCL. Libro XLIV. Acta del 11 de noviembre de 1817. A partir del superior decreto no solo se tomó la medida de prohibir el juego de boliches y sus variedades, tal decisión también influyó en juegos como las bochas, pero no las bochas tradicionales, sino sus derivados. Así se lo hicieron saber a Manuel Bonilla en 1814, quien solicitaba licencia para abrir un juego de bochas y demás bochas en sus dos canchas ubicadas en el barrio de la Torrecilla. Si bien se le concedió el permiso, solo fue para el juego de bochas y no para las demás bolas por ser prohibidas. LCL. Libro XLIII. Acta del 25 de noviembre de 1814.

¹⁰⁰ AHML. Expedientes Particulares. Caja 001-CC-EP.

¹⁰¹ LCL. Libro XLIV. Acta del 14 de febrero de 1815.

entregue su caballo y todos sus accesorios con los que realizaba los bailes sobre dicho animal.

Luego de solucionado el conflicto el equitador, ya sin su socia, solicita permiso para bailar en el Coliseo de Gallos el lunes 12 de agosto¹⁰². Ante su ruego desesperado, el procurador general, conde del Villar de Fuente, dispuso otorgarle la licencia por ser esta una “diversión honesta y no vulgar, cuanto por los gastos que ha impedido, y lo que es más el público está satisfecho y entretenido”. Cinco días después solicitó nuevamente presentarse en el coliseo. Al despacho del virrey Abascal llegó el expediente del equitador donde suplicaba querer seguir ofreciendo su baile. Se describe como un forastero que no tenía otro sustento económico que realizar tal oficio para ayudar a su anciano padre que ya no puede valerse por sí mismo, yendo todas las jugadas a su beneficio. Solo deseaba montar sus caballos y hacer sus maromas, al igual que lo había realizado el pasado lunes 12 y todos los lunes siguientes.

El 27 de junio el cabildo tomó la siguiente decisión:

“No obstante lo expuesto por el señor procurador general en su última respuesta, procediéndose a votación resultó por pluralidad de dictámenes, que cesase tal equitación y quedase suspensa, respecto de que conduciendo a la diversión pública, ya se había logrado por un término competente, y no era justo tener distraídas a las gentes de su trabajo continuamente, entregándose a la ociosidad y holgazanería; bajo de cuyo principio no se ha podido mirar nunca sin incomodidad el uso libre de la casa de gallos, y sus continuas lidias, sostenidas tan solo por el interés de la Real Hacienda”¹⁰³.

La respuesta del cabildo es reveladora. Los miembros de ese año tenían impregnados en su imaginario que la diversión de equitar caballos conducía a la plebe a la ociosidad y holgazanería. Asimismo, solo soportaban la continuación del Coliseo de Gallos porque no podían ir por encima del fisco local, ya estaban cansados de los problemas que acarreaban las lidias. Esta sentencia del fisco se comprende dentro del contexto en que se enmarca: las guerras independentistas. El gobierno colonial requería dinero con qué solventar a las tropas, no estaba para desdeñar nada, por más que sea de una diversión que era vista con

¹⁰² AHML. Expedientes Particulares. Caja 001-CC-EP.

¹⁰³ LCL. Libro XLIV. Acta del 27 de junio de 1815.

fastidio. La inestabilidad política fue el tema central, en contrapeso del disminuido interés en esta época por impulsar el reformismo social ilustrado.

2.9. El proceso independentista y la crisis económica de la casa

Desde los primeros años del siglo XIX hasta las postrimerías del colonialismo, en el caso de la diversión de los gallos se va a evidenciar que el reformismo social de los criollos ilustrados estaba desvaneciéndose. Poco a poco perdían terreno por el mismo avance de los años, cuyo contexto era diferente al que iniciaron al plantear su ambicioso proyecto. La relativa tranquilidad política de mediados del siglo XVIII se vio sacudida por los aires independentistas que soplaron en el virreinato peruano. Y si se agrega el continuismo del comportamiento díscolo de la plebe en aferrarse a su tradicional forma de vivir y de este modo resistirse a las reformas sociales, se comprende el porqué del casi fracaso de imponer un nuevo orden social.

El proceso independentista del virreinato afectó a toda la sociedad. El comercio, los negocios, los talleres artesanales y manufactureros e incluso las diversiones sufrieron los estragos de la guerra, al establecer el virrey Abascal el 28 de abril de 1815 un paquete de medidas fiscales que tenía el propósito de sostener al ejército realista que resistía al bando patriota (Contreras y Soux, 2009: 263). Igualmente el paquete ayudaría a subvenir las necesidades económicas de la Real Hacienda. Se tenía previsto recaudar la cantidad de 1,003,497 pesos anuales (Córdova y Urrutia, 1992: 39).

Este paquete de medidas fue propuesto por una comisión que se creó para informar de los métodos que se podían utilizar para obtener más ingresos de lo normal. La comisión propuso nueve reformas impositivas, entre ellas un nuevo impuesto sobre las casas públicas de recreación y diversión (Anna, 2003: 157). Se consideraron ocho fondas, ocho cafés, veintisiete tambos, los coches tanto públicos como privados y el Coliseo de Comedias, siendo añadido poco después la casa de gallos que contribuiría con 500 pesos (Anna, 2003: 157 y 162)¹⁰⁴. Esta cantidad la iba a abonar el asentista Calixto Pozo. Para la recaudación de

¹⁰⁴ Al año siguiente se crea el ramo de la chicha para obtener usufructos de esta bebida. LCL. Libro XLIV. Acta del 9 de febrero de 1816. Hubo dificultades al momento de recaudar este nuevo impuesto, en especial en

los nuevos arbitrios, Abascal depositó su confianza en los comisionados que se encargarían de su ejecución¹⁰⁵. Aunque el 3 de agosto de 1816 se determinó que dichos ramos, agregado el de las fincas urbanas, sean adjudicados al Tribunal del Consulado (Eguiguren, 1945: 206).

Al ramo impuesto al Coliseo de Gallos lo acompaña una denuncia que cuestionaba nuevamente su continuación. El 21 de febrero de 1815 el procurador conde del Villar de Fuente manifiesta al cabildo de los constantes desórdenes que se presenciaban en el coliseo¹⁰⁶. A pesar de las medidas y decretos que se habían dado para poner fin a este lastre social que no permitía el progreso de los gallos, de la sociedad y que hacía dudar de la viabilidad del proyecto ilustrado de un nuevo orden social, no se obtenían los resultados deseados. No obstante, los comisionados y el asentista Pozo tenían mucho que ver, por ser los responsables directos de velar por el orden interno y las buenas costumbres.

El nuevo gravamen impuesto a los gallos afectó económicamente a la casa, aunque no es el único culpable de su decaimiento en esta época, la misma guerra independentista tuvo su implicancia en la falta de aficionados. Se empezó a movilizar contingentes de personas para luchar por la causa realista entre los asistentes a una diversión popular que era la plebe; es decir, multitudes cuyas ausencias conspiraron negativamente contra los intereses económicos de la casa y en particular de Pozo. Así lo demuestra el informe presentado por este en 1816, en el que detalla la decadencia a la que había venido el coliseo en los últimos años¹⁰⁷. Un año antes había solicitado al ayuntamiento que se varíen los días que se jugaban¹⁰⁸, para ver si de alguna forma se restituía o al menos se paliaba en algo el abatimiento del coliseo. La respuesta fue rápida y a la vez nada reconfortante. El cabildo estipuló que no había lugar a la alteración de lo establecido en el contrato que se había

aquellos lugares cercanos a la Plaza de Toros, al no tenerse la firmeza si la chicha que se expendía en el interior de la plaza era de aquellos que sí pagaban el tributo o de otros que hasta el momento estaban al margen del impuesto. LCL. Libro XLIV. Acta del 7 de mayo de 1816. Igualmente en el mismo año se creó el arbitrio del guarapo. LCL. Libro XLIV. Acta del 25 de junio de 1816. Esta bebida se “hace del sumo de la caña; sabe a limonada y embriaga si se bebe demasiado” (Haenke, 1901: 107).

¹⁰⁵ LCL. Libro XLIV. Acta del 9 de agosto de 1816.

¹⁰⁶ LCL. Libro XLIV. Acta del 21 de febrero de 1815.

¹⁰⁷ AGN. Cabildo. Leg. 177, 1816.

¹⁰⁸ LCL. Libro XLIV. Acta del 21 de abril de 1815.

celebrado¹⁰⁹ en el último arrendamiento, y al igual que en los anteriores se le recordaba los únicos días en que se debían realizar las lidias, y así permanecer.

En el expediente que presenta Pozo señala que la casa estaba en una total ruina al extremo que los ingresos apenas alcanzaban para cubrir los gastos elementales, quedando muchas veces sin solventar su arrendamiento, el ramo real y el montepío de ánimas¹¹⁰. Esta ruina lo obligaba a poner de su bolsillo para seguir sosteniendo el asiento y evitar el cierre definitivo, a fin de no terminar por perder el dinero invertido durante todo el tiempo que lo llevaba manejando. Ante esa situación buscó valer sus derechos y que se le asigne algunas prerrogativas en el arrendamiento que aún mantenía. Para darle mayor peso a su pedido recurrió al testimonio de los aficionados y trabajadores de la casa, quienes argumentaron lo siguiente:

El portero y recaudador Antonio Manillán señaló que las causas del abatimiento de la casa eran “las personas apuestan menos dinero de lo que apostaban antes, sin llegar a los cinco pesos, y que antes se pagaba un real por los asientos delanteros, en cambio ahora ya no hay quien la pague quedándose vacíos dichos asientos. Otros gastos de mayor consideración es el alquiler de la casa, los salarios de los que cuidan la manutención de los gallos, la compra de estos y todo aquello relacionado a su conservación”.

El veedor Antonio Montestruque manifestó que la casa se encontraba abatida debido “a la poca concurrencia a ella, pues ya no asisten a la diversión de los gallos otras personas que antes iban, a excepción de uno que otro sujeto. A pesar de los intentos por invitar a los aficionados a este entretenimiento nada puede hacerse, no apuestan más de cinco pesos y algunas veces no apuestan nada. A veces el asentista pone la caja a los jugadores para que háganse lidias, que así mismo es evidente que si la entrada a dicha casa no se hace pago alguno, los jugadores contribuyen por lo mucho con la cantidad de cinco pesos, de lo cual

¹⁰⁹ LCL. Libro XLIV. Acta del 25 de abril de 1815.

¹¹⁰ Curiosamente en 1817 el viajero francés Camile de Roquefeuil escribe: “las peleas de gallos están también muy de moda en Lima, dando lugar a apuestas *considerables*” (1971: 136). Por otro lado, esta sustentación de Pozo en torno al ramo del montepío muestra que su solicitud presentada en 1795 para eliminar el día que se estaba asignado a favor de esta beneficencia no tuvo efecto. En su Memoria de gobierno el virrey marqués de Avilés, quien gobernó entre 1801 y 1806, sostuvo “...sobre el monte de piedad, se dice que S.M. le tiene asignado 300 pesos en la casa de gallos” (Romero, 1901: 18).

se deduce que lo que rinde la casa no alcanza ni para la compra de gallos y de su manutención”.

Franco Sañudo, corredor de la casa, señaló: “la poca concurrencia de gente y las pocas apuestas que se realizan, el asentista muchas veces pone de su faltriquera para las cajas y así se puedan realizar lidias, porque si no, no serían posibles; también las apuestas no exceden las altas de ocho y diez pesos y las bajas a cinco pesos”.

José Torres, portero del ayuntamiento, por su parte indicó: “los corredores no dan el medio real de las apuestas al asentista por las pocas que hay, de la entrada de la puerta no percibe la cuarta parte que le toca porque no lo da la puerta”.

José Boza, aficionado a las lidias, manifestó: “asisten pocas personas sin llegar a sobrepasar los sesenta o setenta personas quienes son pobres y sin dinero para realizar alguna apuesta. Incluso solo concurren por mera diversión sin realizar apuestas, las cuales las más bajas son las de cuatro o cinco pesos y las altas de ocho o diez reales”.

José Aguirre, otro aficionado, declaró: “la poca concurrencia de gente y de apuesta sobresaliente lleva a que Calixto no cobre a los corredores los dos pesos que corresponde, porque corresponde a los jugadores de la puerta la cuarta parte de lo que se recoge, no ha podido tener efecto este trato porque no rinde y que el asentista tiene que suplir de su peculio”.

Por último, el asentista solicitó al virrey que para verificar los testimonios presentados, José Antonio Ugarte, quien asistía diariamente a la casa como uno de los jueces comisionados elegido por el cabildo, informe acerca de todo lo que acontecía. En su informe Ugarte no hizo más que confirmar lo dicho por los testigos, proponiendo que se rebaje la pensión anual que pagaba Pozo¹¹¹.

¹¹¹ El coliseo a la vez tenía su propio escribano. Hacia 1812 era Justo Mendoza y Toledo, quien renunció al cargo en dicho año luego de haberlo ejercido en contra de su voluntad. LCL. Libro XLII. Acta del 14 de julio de 1812. Posteriormente le quiso seguir en el cargo el regidor y escribano mayor José Valentín Huidobro, llegando a instar al cabildo que le pertenecía el nombramiento de escribano de la casa de gallos. LCL. Libro XLII. Acta del 6 de agosto de 1812. Su pedido se rechazó porque además exigía que se le recompense por el tiempo que estuvo de escribano el retirado Mendoza. LCL. Libro XLII. Acta del 11 de agosto de 1812. Precisamente Justo Mendoza recobra el cargo de escribano y lo ejerce hasta 1814, fecha en que fallece y se elige en su reemplazo a José Antonio Cobián. LCL. Libro XLIII. Acta del 6 de diciembre de 1814.

A pesar de la crisis económica, el asentista se resistía al cese definitivo. ¿Por qué? Se aferraba no solo a no perder el arrendamiento de una diversión que en tiempo atrás le había producido una ganancia considerable, sino porque mantenía la esperanza de que el reino se pacificara, que la guerra culmine y que los individuos que se encontraban dispersos en diversos puntos del virreinato fuesen restituidos a sus lugares de origen y se restauraran los oficios liberales y mecánicos.

Pozo mantenía viva la idea que al cumplirse lo señalado se podía recuperar el gusto y los medios necesarios para sostener esta diversión, por tratarse de un entretenimiento útil para el alivio de las melancolías y más en una época de conflicto bélico. A su pedido le sumó que se le reconozca todo lo invertido hasta el momento o que se le otorgue alguna gracia con la cual superar la decadencia del ramo. Algunos meses después informó a los ministros generales de la Caja Real de sus gastos en el traslado y construcción del nuevo coliseo, buscando que ese dinero también le fuese restituido¹¹².

Sus solicitudes terminaron siendo denegadas pues el 20 de diciembre de 1817 volvió a presentar un expediente relativo a la decadencia de la casa¹¹³. Esta vez argumentó que pese a ser el coliseo un gran proyecto, no pensó que los acontecimientos políticos que estaban acaeciendo lo perjudicarían. Si bien acepta que “pese a ser digno el objeto de servir a su ciudad”, ahora solo concurrían y servía el coliseo “de expectación a los transeúntes, y a algunos pocos que carecen de gallos”. El asentista continuó con su pedido para que se le rebaje la pensión anual, esta vez planteaba la opción de contribuir solo la mitad hasta que se pacificara el reino, después del cual podría el negocio a dar sus antiguos réditos y volver a la pensión del contrato inicial. A pesar que no se sabe a ciencia cierta qué final tuvo el pedido de Pozo, la situación calamitosa del virreinato en el ámbito económico nos permite esbozar la hipótesis de que su solicitud se denegó, ya que atentaba contra los intereses del gobierno colonial de reunir la mayor cantidad de fondo posible para sostener la causa de la guerra.

A duras penas el coliseo sobrevivió a los estragos que trajo consigo la independencia, con el establecimiento de la República pasó por nuevas vicisitudes propias de la época. Para dar

¹¹² AGN. Superior Gobierno. Leg. 62, 1816.

¹¹³ BNP. Fondo Antiguo Manuscrito. Lima 20 de diciembre de 1817.

una idea se puede señalar la prohibición que propuso Bernardo Monteagudo, llegando a postular su cierre. Luego se reabría, estableciéndose un impuesto a favor del Seminario de Santo Toribio. Esto causó la indignación de Manuel Lorenzo Vidaurre, quien no veía nada moral percibir dinero de una diversión deshonesta y perniciosa a su juicio. Nuevamente fue clausurado, para ser reabierto años después.

...

El proyecto Borbón de un espacio concreto para cada actividad específica, en nuestro caso un local para cada diversión no se desarrolló por completo. Si los gallos tenían su coliseo, no sucedía lo mismo con otros entretenimientos. Los equitadores, titiriteros, entre otros, no poseían un local donde ofrecer al público su espectáculo. No era tanto un espacio para cada divertimento, sino un espacio para los entretenimientos más importantes en sentido de arraigo.

Los gallos poseen toda una tradición que se remonta a los primeros años de la colonia. Por esta razón el catalán Garrial no dudó en edificar el coliseo, se percató que era un negocio que no había por donde perder. Hasta el proceso independentista la gente seguía demostrando su gusto por las lidias, aunque ahora era menor la concurrencia, por lo que no es de extrañar que en la República siguiera vigente. En cambio, a las otras diversiones mencionadas líneas arriba es comprensible que no se les haya edificado un local que las albergue por ser intermitentes y no gozar de un público tan amplio como el tratado en este capítulo.

Por otro lado, uno de los puntos de las Reformas Borbónicas en el ámbito urbanístico era reordenar la ciudad acorde a los nuevos cánones de la época (Ramón, 1999). Con ello contribuir al proyecto del nuevo orden social propuesto por los criollos ilustrados. En ese sentido, se buscó extirpar de los espacios abiertos las diversiones callejeras y trasladarlas a espacios concretos, así como reformar sus díscolas costumbres. Sin embargo, ¿realmente se logró acabar con las peleas de gallos callejeras? ¿Lima se libró de los malestares sociales que surgían de esta forma de entretenimiento itinerante? ¿Se consiguió, al menos en algo, el orden social ilustrado? ¿Se logró reformar los corrompidos hábitos de la plebe? Un par de documentos nos brindan las respuestas.

Luego de la construcción del coliseo en la plazuela de Santa Catalina de manera llamativa, todavía se seguían organizando las tan cuestionadas peleas callejeras. El proyecto urbano Borbón y el orden social ilustrado eran franqueados fácilmente por la plebe. Se tiene noticia que en 1792 se lidió gallos en la Alameda, evento que congregó a un sector del populacho que poco o nada le importó dejar sus labores por un momento de regocijo¹¹⁴. Este suceso trajo consigo, y como era costumbre, actos de violencia por parte de algunos de los concurrentes. La tarde del 17 de agosto de dicho año la plebe acudió a la Alameda a divertirse, entre las personas que asistieron estuvo el negro esclavo Cipriano Vásquez quien retó a Juan de la Cruz, moreno libre, a una pelea entre sus gallos luego que culminara la que se estaba dando en ese momento. Pero Juan se negó al sentenciar que “con gente esclava no quería tener trato, ni contrato, que se fuera en hora mala, porque algún día podía tener plata y comprarlo”, palabras que causaron la furia de Cipriano que respondió con expresiones denigrativas, obscenas, y atacándolo con un cuchillo en la esquina del puente Amaya¹¹⁵. Tan graves fueron sus heridas que Juan tuvo que ser trasladado al hospital de San Bartolomé para que sea atendido. Lo que más llama la atención de este caso es que en ningún momento se hizo mención del juego ilícito que había dado origen a esta concentración de la plebe. No se condenó el acto, y lo peor de todo, no se castigó a nadie ni mucho menos se averiguó porqué se realizaron estas lidias cuando estaban completamente prohibidas. La vigilancia policial que debía de velar por que se acate las reformas urbanas no era suficiente. En cualquier momento y lugar podía proliferar una pelea callejera y la policía no siempre estaba ahí para sofocarla.

Posteriormente, y como segundo caso, cuando el asentista Pozo decidió trasladar el coliseo a la calle San Marcelo cerca al centro de Lima, en el nuevo contrato se planteó que no se podían realizar lidias no menor de seis leguas, empero se conoce que poco efecto tuvo en la plebe. En 1820 sucedió un enfrentamiento entre los soldados de caballería e indios de la localidad de Chorrillos¹¹⁶. Había acontecido que en la tarde del domingo 15 de octubre se estaban lidiando gallos en la plaza de la localidad, estando de espectadores tanto los indios

¹¹⁴ AGN. Real Audiencia. Leg. 73, 1792; documento citado por Maribel Arrelucea, 2009.

¹¹⁵ El puente Amaya se localiza cerca al barrio de San Lázaro, por lo que la Alameda a la que hace alusión el documento debió ser bien el de Acho o el de los Descalzos. Sea cual fuese, la distancia que mantenía con la plazuela de Santa Catalina estaba dentro del espacio no permitido para lidiar gallos.

¹¹⁶ AGN. Superior Gobierno. Leg. 189, 1820.

como los soldados de la quinta compañía del batallón de pardos de infantería del lugar, divirtiéndose con las peleas y las apuestas que estaban en juego, y al estar ya por la segunda jugada algunos de los soldados presentes quisieron culminarla dando de sablazos a los gallos y luego a los indios. Esa actitud abusiva fue el detonante del enfrentamiento entre los indios, que se defendían con piedras, y los soldados, que lo hacían con sus armas, según informó Francisco Salazar, comandante general de Chorrillos. Los indios fueron dirigidos presos por alborotadores mientras que los soldados que sufrieron algún tipo de herida los condujeron al hospital Real de San Andrés.

Chorrillos estaba a dos leguas de Lima; es decir, que estaba prohibido lidiar en ese lugar pues en el contrato decía seis, pero como se aprecia ello no impidió divertirse pasando por encima de las normas y del mayor control Borbón. Los propios soldados, por su cercanía étnica y social a la plebe, se divertían tan igual que ellos, a pesar que por su oficio estaban más cerca a los españoles.

Se puede atribuir lo sucedido en Chorrillos a la inestabilidad del reino por la fecha del documento. El proceso y la lucha independentista conllevó al decaimiento del orden y el incumplimiento de las normas por parte de los habitantes. Para Timothy Anna el Perú experimentó una ola de bandolerismo, síntoma claro de una creciente inestabilidad civil (2003: 211). Este argumento no es suficiente para justificar lo acontecido, pues más allá de la inestabilidad social de esos años, el desacato a la norma por continuar con las peleas prohibidas venía de antes, en esa localidad se mantenían las lidias a la vez que coexistían de manera paralela con el coliseo.

El proyecto Borbón de un mayor control, que era uno de los baluartes para instaurar un nuevo orden social ilustrado, no se dio. El desorden característico en el juego de gallos se mantuvo aún después de la construcción del coliseo. Sin duda esta edificación ayudó a mejorar el orden en la sociedad al disminuir en algo esta forma de diversión clandestina entre la población, pero también tuvo sus límites. Y ese límite fue impuesto por un gran sector de la misma afición gallística; es decir la plebe, que persistió con sus jugadas escondidas, sin vigilancia y eligiendo seguir con la tradición de los primeros años de la colonia que era lidiar en lugares abiertos y libres de reglas impuestas por el gobierno. Lo que para la plebe era normal para las autoridades era un lastre para el progreso urbano y el

nuevo orden social ilustrado. No se puede hablar de un total fracaso del proyecto, pero sí de sus límites.

Por último, es legible la carencia de un discurso homogéneo para la época de estudio. Los criollos ilustrados elogiaban al coliseo en sí, exaltaban los aspectos positivos que poseía llegando al punto de enaltecer hasta el lugar donde fue edificado por razones ya analizadas. No obstante un sector de las autoridades distó en la orientación que le dieron a su discurso. Ellos pusieron el acento en las consecuencias negativas que percibieron en las formas de lidiar: los dolos, desórdenes y grandes apuestas que estaban en juego. Y si la llegaron a aceptar se debió porque la consideraron un mal menor; es decir, era mucho menos desastrosa a comparación de los juegos prohibidos, hurtos, delincuencia o el llevar una vida disipada. Además que la aceptación de su continuidad radicaba en que supuestamente impediría que la plebe tenga esas clases de inclinaciones al preferir este divertimento, por lo cual buscaban librarla de todo viso de iniquidad y así brindar una distracción provechosa para la sociedad. Un objetivo que no se consiguió, ocasionando que el proyecto ilustrado se frustrase en el intento, a pesar de los esfuerzos por materializarlo.

CAPÍTULO III

LAS CORRIDAS DE TOROS O “PRIMITIVAS DE BÁRBARAS PASIONES”

A la vez que los criollos ilustrados trataron de moldear la ciudad sobre la base de su proyecto de una mejor, las autoridades borbónicas se propusieron reformar la urbe apuntando hacia un refinamiento de los mecanismos de vigilancia y el intento de utilizar los elementos físicos urbanos como instrumentos pedagógicos (Ramón, 1999: 296). En ese sentido, el ordenamiento de las corridas de toros tenía el objetivo no solo de retirarlas de las calles para llevarlas al edificado coso, sino controlar a la plebe a través de él. El control borbónico enfatizó en agrupar a la plebe en puntos específicos para mantenerlo vigilado y evitar todo acto de desconcierto social. El conseguirlo era valioso para el interés del proyecto ilustrado, ya que no podía plantearse un nuevo modelo de orden social si esta no iba de la mano con un efectivo control hacia los cientos de aficionados que concurrían frecuentemente a presenciar las corridas. Se debía de manejar sus alegrías y emociones para que no llegasen a trasgredir la ley o provocar algún tipo de acto vandálico que perjudicara el proyecto ilustrado que se estaba forjando.

A través de los toros la reforma urbana Borbón se plasmó en un reordenamiento de la ciudad mediante el despeje de lo ruinoso que eran las corridas callejeras a la tranquilidad pública, trasladándola hacia afuera de las murallas, lo cual influyó en el proceso de urbanización de la zona de Acho con la aparición de otras formas de entretenimiento, tiendas públicas y hogares familiares.

La referencia a los primeros toros que se conocen es a aquellos que fueron traídos por los españoles durante el proceso de conquista y colonización del continente americano. Si en un primer momento se lo vio como una fuente de alimentación que proporcionaba carne, no tardó mucho para que sean utilizados para la práctica de una de las diversiones más populares en España: la lidia de toros. Una diversión que rápidamente se expandió por todo el Nuevo Mundo.

Una de las primeras corridas celebradas de las que se tiene referencia data del 10 de julio de 1556 para el recibimiento del virrey Francisco de Toledo¹¹⁷. Era frecuente organizarlas para conmemorar diferentes celebraciones como la llegada de un nuevo virrey, el nacimiento de un príncipe, las exequias del rey, la coronación de un nuevo monarca, entre otras.

En el año de 1555 el cabildo limeño estableció cuatro días para la fiesta taurina: el 6 de enero, Día de los Reyes, aniversario de la fundación o de la epifanía; el 24 de junio, día de San Juan Bautista; el 25 de julio, día de Santiago apóstol, patrón de España, y el 15 de agosto, día de Nuestra Señora de la Asunción. Aunque naturalmente las corridas eran más que las formalmente establecidas¹¹⁸. De estos cuatro días el más sintomático era el Día de los Reyes, aniversario por el carácter simbólico que encerraba. Al ser las corridas una forma de manifestación de las jerarquías existentes, el que se organizaran en conmemoración por la conquista y fundación de Lima mostraba el nuevo escenario que se desarrollaría; por un lado el español conquistador y por el otro el indígena conquistado.

Era notoria la gran pasión que se dio por los toros¹¹⁹. Los días dedicados a las corridas absorbían por entero todas las actividades humanas. La religión, la justicia, el comercio, la industria, el orden familiar, la economía y el trabajo, todo se postergaba ante este espectáculo. Sin embargo, el día más controversial era el domingo y en especial luego de la construcción de la Plaza de Toros de Acho en 1766, pues se llegó al punto de prescindir de la obligación cumbre de oír misa tal día porque desde las primeras horas de la mañana se acudía a la plaza para ocupar algún asiento. Para conciliar la devoción religiosa con el culto social a los toros, se tuvo que trasladar el espectáculo al lunes (Valega, 1939: 354). El edicto se promulgó el 6 de octubre de 1798 por el monarca Carlos IV, provocando que ni el

¹¹⁷ Ricardo Palma señala, aunque no cuenta con pruebas fehacientes, que el lunes 29 de marzo de 1540 en la Plaza Mayor se realizó la primera lidia de toros a cargo de Francisco Pizarro con motivo de la celebración de óleos del arzobispo fray Vicente Valverde. Antonio Garland, devoto entusiasta por los toros, considera “un tanto aventurado el dato, había consideración que el ganado español traído al país con simples propósitos de satisfacer necesidades humanas, pudiera proporcionar cornúpetos en esa fecha para un apropiado lucimiento de la fiesta taurina” (1948: 14).

¹¹⁸ Bromley menciona también casos en que algunos caballeros acaudalados y ostentosos hacían jugar toros para celebrar el bautismo de un ahijado suyo, esto fue impedido por constituir una innecesaria expresión de boato y vanidad (1964: 205).

¹¹⁹ En la región de Potosí los españoles se divertían con corridas que llegaron a alcanzar su apogeo durante los primeros años coloniales (Lockhart, 1968: 188).

virrey¹²⁰, ni la audiencia, ni el cabildo, ni las escuelas laboren esa fecha por acudir a la arena.

Tal era la afición que reinaba que no existía excusa u obligación que impidiera disfrutar de este verdadero espectáculo. Las labores se retrasaban hasta el martes, por cuya razón la mayoría de los limeños rendían culto a ‘San Lunes’, por ser una forma de evadir el trabajo y dilatar la producción al contarse paradójicamente con el respaldo oficial. Igualmente la iglesia luchó por la prohibición de las corridas llamadas ‘iluminados’, que se realizaban de noche e incitaban a constantes desórdenes. Este último es uno de los pocos casos donde la Iglesia buscó la proscripción, por lo general eran tan igual simpatizante por las corridas que el resto de personas.

3.1. La fiesta estamentaria¹²¹

En los albores de la época colonial las corridas de toros distaban mucho de ser meramente un medio de regocijo. A pesar que las personas arriesgaban sus vidas con el simple hecho de asistir, ello no impedía el goce que se obtenía luego de una larga jornada de participación, ya sea activa o pasiva. Sin embargo, la ejecución de corridas fue más que una diversión, era una forma de legitimar el modelo jerárquico existente de corte casta-estamental, en donde cada individuo conocía el papel que debía cumplir en tal celebración. Si en España los nobles lo utilizaron como medio de legitimación del derecho que tenían los guerreros o nobles a mandar sobre los labradores (Viqueira, 1987: 34), en Lima fue el derecho de los conquistadores españoles a dominar sobre los indígenas.

El origen de las fiestas de toros se deriva de cuando los caballeros rejoneaban, lanceaban y mataban a estos animales por honor, acompañados de sus sirvientes, peones y chulos. Se rendía homenaje al valor. Era un ejercicio de destreza por los nobles de la Edad Media. La figura central era el caballero de alcurnia que por mero deporte, por ejercitarse en las prácticas ecuestres y por mostrarse diestro en las diferentes formas de dar muerte, salía

¹²⁰ Así como había virreyes que sintieron atracción por los toros, unos más que otros, del mismo modo hubo aquellos que no fueron amantes por las corridas. Es el caso del virrey conde de Chinchón (1629-1639), quien trató de impedir esta celebración.

¹²¹ El rótulo es tomado del estudio realizado por Viqueira Albán para el caso mexicano.

lujosamente ataviado a torear (López, 2005: 24-25). El ser valiente otorgaba privilegios sociales diferenciadores, sobre todo si se demostraba al servicio del orden colonial que la figura del virrey representaba (Lazo y Tord, 1984: 354).

Rafael Ramos realiza una necesaria diferenciación entre la fiesta y el divertimento de toros. En las primeras épocas del periodo colonial estas celebraciones eran fiestas de toros básicamente. En las que los bichos tenían un valor secundario, lo principal era el motivo del festejo, todo lo demás era una manifestación expresiva y visible de la alegría por el acontecimiento (1992: 267). Además, señala que las justas y torneos de hondo raigambre medieval eran, en principio, una preparación para la guerra. Es decir, estar preparado para continuar con la conquista y colonización americana.

Con el transcurrir del tiempo esta celebración pasó ser una fiesta de casi exclusiva participación de nobles y caballeros españoles, quienes ostentaban el papel principal demostrando su gallardía de torear montados en caballos y siendo observados por la muchedumbre que se quedaba perplejo por la audacia, aplomo y sangre fría de los toreros que hacían gala de su honor. En este ritual inicialmente la plebe solo cumplía un rol pasivo, de simple espectador, pero pronto empezó a ocupar papeles relevantes que lo hizo partícipe, como el llevar los toros a la plaza, cercarlas, empalizar y limpiar los suelos, hasta llegar a ser el nuevo protagonista¹²².

Aquello que se valoraba empezó a modificarse, el honor caballeresco dejó su lugar al interés por la diversión en sí. La decadencia del ideal guerrero dio paso al sentido de divertimento y deporte (Ramos, 1992: 268). De un ritual donde la nobleza detentaba el protagonismo, lo transformaron en uno cuyos héroes surgían ahora de la plebe (López Cantos, 1992: 164). Lo cual llevó a la aparición de hombres con talento en el arte de torear, cuya característica principal era su condición humilde al provenir de los estratos bajos de la sociedad. Uno de los casos más representativos es de Mariano 'El Indio' Cevallos, quien en realidad fue un mulato que se hizo famoso por su gallardía y capacidad en capear (Miró Quesada, 1997: 57). Gracias a su talento se dice que llegó a presentarse en los cosos de

¹²² En ese proceso sucedían muchas muertes, especialmente entre los siervos indígenas. Éstos en su afán de impresionar a los señores hacían excesivo alarde de su valentía. Una de estas modalidades era la llamada 'lanzada', que consistía en esperar al toro delante del toril con una lanza clavada en la tierra. En varias oportunidades el osado era embestido antes de poder coger la lanza (Acosta, 1997: 131).

España, en donde obtendría su libertad por parte de su amo Juan Joseph de Cevallos Rivera y Dávalos, conde de Santa Ana de las Torres. Su talento le permitió ser reconocido en Lima por la gran afición taurina, sus ágiles movimientos le permitieron que en poco tiempo adquiriera fama y estatus, mejorando su condición social al dejar de formar parte de la plebe, pero sin llegar a pertenecer a la alta clase limeña. Se ubicó en el medio de ambos.

Si en el siglo XVI y XVII los españoles mostraban su bazarria ante la población indígena con el sentido de estatus, de superioridad y de honor, situación distinta fue lo que sucedió en el XVIII. Al convertirse el hombre común en el actor principal, se dejó de lado el sentido caballeresco por un sentido ambicioso, de fama y obtener dinero. Estos aspectos van a ser repudiados por la nobleza limeña al verlos como infamia y deshonor que atentaba contra su posición jerárquica en la sociedad. La plebe cobraba, el noble no¹²³. El ilustrado Jovellanos en el siglo XVIII precisa al respecto: “llamó a la arena a cierta especie de hombres arrojados que doctrinados por la experiencia y animados por el interés, hicieron de este ejercicio una profesión lucrativa y redujeron por fin a arte los arrojados del valor y los ardidés de la destreza. Arte capaz de recibir todavía mayor perfección si mereciese más aprecio o si no requiriese una especie de valor y sangre fría que rara vez se combinarán con el bajo interés” (1790: 5).

El ser torero era un oficio rentable. En poco tiempo se podía obtener interesantes réditos a cambio de arriesgar la propia vida. Es el caso de José Falcón, quien abrió una pulpería en la esquina del Tronco en 1796¹²⁴. Para su mala fortuna no le fue bien en el negocio, encima no podía devolver el dinero que se había prestado para iniciarlo, por lo que optó por incursionar en el oficio de toreador. El documento no detalla de qué forma se hizo un espacio dentro de la tauromaquia, pero sí precisa que en 1797 ya formaba parte del elenco de toreros rejoneadores de a caballo en el coso. Este giro cambió su situación económica. En la fecha de corridas, Falcón conseguía dinero con qué sostenerse, a sabiendas que este oficio era solo por temporadas.

¹²³ Al respecto Bromley agrega que los caballeros no aceptaban más dádiva que presentes o premios consistentes en objetos de plata y de cristal (1964: 207).

¹²⁴ AGN. Sótano-Varios. Leg. 202, folio 30.

Por su parte, López Martínez acota que la nobleza limeña, y peruana en general, gastaba verdaderas fortunas en la crianza y adiestramiento de caballos para capear en Acho. Ellos mismos solían actuar en corridas benéficas y rivalizaban para que los capeadores profesionales –casi todos negros- utilizaran sus cabalgaduras para alcanzar éxito de apoteosis (2005: 47). Precisamente uno de los principales atractivos era el toreo a caballo. Según Ismael Portal, aficionado confeso a la lidia de toros, una corrida sin capas de a caballo sería imposible, pues no solo era la costumbre sino también la necesidad, especialmente al tratarse de animales poderosos, se reclamaba la presencia de cuando menos dos de ellos (1892: 18).

El capeo a caballo nació en Lima y se propagó pronto al resto del virreinato. Era el ingrediente que caracterizó a las corridas que aquí se realizaban. Por esa razón se lo consideró el toreo nacional (Portal, 1892: 18). Para Antonio Garland la afición era tan considerable que nos dimos el lujo de crear una suerte de exclusiva invención nacional que perduró hasta comienzos del siglo XX (1948: 27).

En el siglo XVIII esta fiesta perdió su esencia de ser un medio de legitimación del orden social, de dominio del español sobre el indígena y de su carácter caballeresco-guerrero, a causa de caer en manos de la plebe. Lo cual no significó la total disociación de la nobleza con las corridas, la siguieron frecuentando pero de forma distinta, ya no como los actores principales que se echaban al ruedo para demostrar su osadía, sino como espectadores que desde lugares preferenciales observaban la fiesta taurina rodeados de la plebe¹²⁵. Es correcto cuando José Valega sostiene que “era una fiesta singular que atraía con igual

¹²⁵ En relación a las corridas que se realizaban en el Cuzco, Carrió de la Vandra, *Concolorcorvo*, sostiene lo siguiente: “...Las fiestas, en rigor, se reducen a corridas de toros, que duran desde el primer día del año hasta el último de carnestolendas, con intermisión de algunos días, que no son feriados. Estas corridas de toros las costean los cuatro alcaldes, a que según creo concurre también el alférez real. Su gasto pasa a profusión, porque además de enviar refrescos a todas las señoras y caballeros que están en la gran plaza del Regocijo, envían muchas salvillas de helados y grandes fuentes de dulce a los que pudieron concurrir a los balcones de esta gran plaza, que es adonde no falta un instante toro de sogá, que luego que afloja de los primeros ímpetus se suelta por las demás calles, para diversión del público, y a muchas personas distinguidas les envían toro particular para que se entretengan y gocen de sus torerías desde los balcones de sus casas. No hay torero de profesión, y solo se exponen inmediatamente algunos mayordomos de haciendas en ligeros caballos y muchos mozos de a pie, que por lo regular son indios, que corresponden a los chulos de España. Salen varios toros vestidos de glase, de plata y oro, y con muchas estrellas de plata fina clavadas superficialmente en su piel, y estos son los más infelices, porque todos tiran a matarlos para lograr sus despojos” (1938: 291-292).

intensidad a la más alta nobleza y al último gañán del huerto arrabalero; a la dama del linaje sonoro y a la ínfima esclava del menor de los burgueses” (1939: 353).

Al democratizarse las corridas de toros dejó de ser la fiesta estamentaria con su función política de legitimar el orden social, para pasar a ser un espectáculo más. Esto llevó a la necesidad de crear nuevos mecanismos de diferenciación entre los aficionados. En ese sentido, el impulso urbano Borbón y los criollos ilustrados a través de su proyecto social, enfatizaron en el fortalecimiento del sistema casta-estamental por medio de esta diversión.

3.2. Agustín Hipólito Landaburu y Rivera y la fiesta taurina

La aparición de este personaje fue clave para el desarrollo del plan urbanístico Borbón que buscaba desterrar las corridas callejeras y empezar a contar con el imponente coso construido en 1766, que permitiría a los criollos ilustrados impulsar la reforma de las costumbres de la plebe, a la vez que se divertía.

Hacendado, maestro de campo y coronel de las milicias de caballería del regimiento del partido de Mala, Agustín Hipólito Landaburu y Rivera fue descendiente del primer alcalde de Lima, alcalde de la ciudad en dos oportunidades (1755 y 1766), gran aficionado al espectáculo taurino y uno de los más importantes hacendados de mediados del siglo XVIII. Estuvo casado con Mariana Belzunce y Salazar, hija de Juan Bautista de Belzunce, natural de Navarra, y de Rosa de Salazar y Muñatones¹²⁶.

Agustín Landaburu era un hombre reconocido en el mercado urbano limeño por la variedad de productos que ofrecía provenientes de sus haciendas. En el valle de Cañete era propietario de las haciendas Casa Blanca¹²⁷, Pepián, Cerro Blanco, San Juan de Arona y Gómez, en los que cultivaba productos como algodón, trigo, arroba y azúcar, los cuales le generaban jugosa ganancia y estatus. A parte que era dueño de una casa en Lima ubicada en la calle de la puerta falsa de Santo Tomas y de varias casas solares que la lindaban.

¹²⁶ Uno de sus parientes era Andrés Salazar y Muñatones, alcalde de la ciudad entre 1811-1812 y también gran aficionado a la lidia de toros (Eguiguren, 1945: 18).

¹²⁷ La hacienda de cañaveral nombrada Casa Blanca tenía impuesto un censo de 60,000 pesos por el colegio de San Pablo, perteneciente a la Compañía de Jesús hasta antes de su expulsión. AGN. Protocolo Notarial siglo XVIII. Escribano Fernando Luque. Protocolo N° 595, años 1758-1761.

Al fallecer en 1779 quedó como único heredero su hijo Agustín Leocadio de Landaburu y Belzunce, pero con tan solo 6 años de edad quedó bajo la protección de Mariana Belzunce, su madre. En relación a la Plaza de Toros las utilidades que rendía se iban a distribuir en cuatro partes: las dos primeras para su hijo, la tercera para su viuda y la cuarta para su cuñado, Juan José Belzunce¹²⁸.

La viuda Mariana Belzunce tuvo que lidiar con las intenciones de diversas personas de querer realizar corridas en distintas partes de la ciudad, lo cual estaba prohibido en el contrato que firmó su difunto marido, el mismo que veremos más adelante. Ahora veamos algunos casos.

El 8 de noviembre de 1773 el conde de Villanueva del Soto, fiscal y protector general de Lima, revisó los autos que seguía Gregorio Guido, en nombre del marqués de Casa Hermosa, corregidor y justicia mayor de la provincia de Huaylas, y también los testimonios de los alcaldes ordinarios del pueblo de Huanchay de aquella provincia, en razón a la causa que contra ellos tenía por haber jugado toros en la plaza de aquel pueblo sin la licencia que anticipadamente debían obtener con orden y mandato de dicho corregidor¹²⁹. El mismo acto sucedió en el pueblo de San Gerónimo de Pampas, ambos pertenecientes a la jurisdicción del corregimiento de Huaylas¹³⁰.

En estos pueblos, sin tener ninguna experiencia los indios lidiaban toros con temeridad y muchas veces en un estado de embriaguez, saliendo heridos y en muchas ocasiones muertos. Ante esta caótica situación, el marqués de Casa Hermosa decidió prohibir a ambos pueblos la realización de corridas en las fiestas de sus santos patrones que estaban pronto a festejarse y que siempre las celebraban con esta diversión. Pero, a pesar de la prohibición las corridas se llevaron a cabo, por lo que el corregidor mandó traer presos a los mayordomos que las incitaron y a los alcaldes que las permitieron. El alguacil mayor Francisco Andrés Gómez, cumpliendo la orden del corregidor que le asignó la tarea de conducir preso a los responsables de las corridas, tuvo que sobrellevar la embestida de los

¹²⁸ AGN. Protocolo Notarial siglo XVIII. Escribano Fernando Luque. Protocolo N° 641, 21 de julio de 1779.

¹²⁹ AGN. Superior Gobierno. Leg. 191, 1774.

¹³⁰ AGN. Superior Gobierno. Leg. 191, 1773.

pobladores de ambos pueblos que se levantaron contra él, siendo herido gravemente y despojado de sus armas.

Luego de realizarse las averiguaciones se halló que el principal responsable era Lucas de Castillos, cura y vicario de la doctrina de ese lugar. Se pidió que el cura bien sea corregido o separado, y que los indios sean castigados por el atroz acto que cometieron contra el alguacil mayor, a fin de que sirva de escarmiento para el resto de la población.

Un caso interesante sucedió en 1795 cuando Francisco Flores, en nombre de Mariana Belzunce, solicitó al virrey Taboada y Lemos que se cumpla la real cédula dada por el rey Carlos IV. En ésta se estipula la suspensión de las lidias que pretendía realizar el doctor Francisco Xavier Villalta, para las cuales había conseguido precisamente la gracia de ejecutarlas¹³¹.

Xavier Villalta era director y administrador del Sacro Real de Monte de Piedad de las Ánimas. En 1793 solicita permiso para organizar una corrida de toros a favor del mencionado monte de piedad, llegándolo a conseguir. Sin embargo, poco después la licencia le fue desestimada debido a la queja que presentó Belzunce, al sostener que si Xavier Villalta quería establecer el monte de piedad debía ser con otros arbitrios que no sea el de los toros, por no estar permitido.

El 4 de marzo de 1814 Juan Antonio Gastón, quien sucedió a Xavier Villalta en el cargo, solicita al cabildo dos días de toros en la plaza de Acho¹³² a beneficio de la institución que maneja por ser escasos sus recursos económicos. El virrey Abascal quiso tomar cartas en el asunto al pedir información al cabildo, siendo los procuradores síndicos los encargados de transmitirle la noticia de que la solicitud no tenía cabida, por lo cual la desestimó inmediatamente¹³³.

A la muerte de Mariana Belzunce, en 1796, quedaron como sus albaceas y tenedores de bienes su hermano Juan Belzunce y su único hijo Leocadio de Landaburu, quien a su vez se

¹³¹ En el mismo año Mariana Belzunce promueve unos autos contra Isidoro Vilca y los indios del pueblo de Lurín, para impedir que lidien toros en los días de festividad de su santo patrón. AGN. Superior Gobierno. Leg. 163, 1795.

¹³² LCL. Libro XLIII. Acta del 4 de marzo de 1814.

¹³³ LCL. Libro XLIII. Acta del 15 de abril de 1814.

convirtió en el heredero universal de todas las propiedades¹³⁴. Leocadio, con tan solo 22 años, tuvo la enorme tarea de administrar todos los bienes que heredó, entre ellas la Plaza de Toros de Acho.

3.3. La Plaza Firme de Toros y la reforma urbana Borbón

Así como los criollos ilustrados proyectaron un nuevo tipo de orden social para Lima, teniendo como base el sistema casta-estamental reforzado con las diferencias naturales, de manera paralela los virreyes borbones, dentro de su plan urbanístico, buscaron tener un mayor control de la plebe. Para ello fomentaron las diversiones, las aceptaron al igual que los ilustrados pero con el objetivo de controlarlos. No había mejor fórmula de controlar a la plebe que otorgándole entretenimientos reforzados con una mayor vigilancia. Este control borbónico era vital para el proyecto ilustrado, ya que no se concebía una reforma social sin antes someterlos.

En el año de 1765, el hacendado Agustín de Landaburu propuso al virrey Amat construir un establecimiento que alojara a las corridas de toros. Hasta entonces, estas se realizaban en la Plaza Mayor cuando eran eventos importantes o en sitios apartados como la zona llamada el Hacho, cuando eran para mera diversión. Aunque no fue el primero en proponerlo, antes otros personajes ya habían manifestado su intención de llevarlo a cabo, pero no corrieron con mucha suerte. Por su posición económica sostenible, lazos amicales y presentar un proyecto viable, Landaburu recibió el beneplácito del virrey.

Su afición taurina y el cargo de alcalde de la ciudad que ocupó en 1766 los utilizó para que la plaza quede terminada en el menor tiempo posible, seis meses, sin ir esto en detrimento de lo sólido y firme de su construcción, la misma que quedó encargada al alarife Cristóbal de Vargas, uno de los de mayor prestigio en Lima (Miró Quesada, 1997: 65). La plaza no tenía nada que envidiar a las existentes en Pamplona (1764) y en Madrid (1754) al guardar muchas similitudes, y además de tener el plus, y ello le daba mayor relevancia, de ser la

¹³⁴ AGN. Protocolo Notarial siglo XVIII. Escribano Santiago Martel. Protocolo N° 687, 29 de mayo de 1796.

primera de América y la tercera más antigua en el mundo¹³⁵. En ella se presentarían los más importantes toreros a nivel mundial, prácticamente españoles, que dejaron huella de su paso por la capital.

El 28 de junio de 1765 se celebró el contrato entre Agustín de Landaburu y el virrey Amat para la construcción de la plaza firme¹³⁶, el cual es sugerente por las razones que menciona:

“Es el medio más poderoso para evitar en los carnavales con esta diversión los perjudiciales y lastimosos sucesos que se experimentan, y no han bastado a impedir las eficaces providencias de este Superior Gobierno, ni el celo y vigilancia de las justicias, que han solicitado su ejecución y cumplimiento. Por cuya causa mis antecesores han procurado siempre que se corran toros en semejantes días, logrando por este medio, evitar aquellas inconvenientes y atender igualmente al redificio de algunas iglesias y hospitales que con el producto de las corridas han conseguido su entera perfección”.

Con los productos que se obtenían se reconstruían algunos establecimientos públicos como sucedió con el hospital de San Lázaro, así como se socorría económicamente a otras obras públicas en beneficio de la ciudad.

El contrato fue hecho bajo las condiciones impuestas por el virrey y refleja la política urbana borbónica con influencia ilustrada. Entre las condiciones que sobresalen está el primer punto:

“Que todo el importe de su fábrica la ha de costear Agustín de Landaburu como también el de las piezas y oficinas precisas para poder servir de cuarteles a las compañías de mi guardia, las que deberán construirse en los contornos de dicha plaza para que puedan aplicarse a tiendas públicas o bodegones en que se corran con comodidad los que asistiesen a ellas, percibiendo para sí el dicho Landaburu el producto de los alquileres de las referidas piezas por aquel tiempo como así mismo todo el que rindiese la paga de los asientos que han de servir a los espectadores, y las demás

¹³⁵ El reconocido viajero científico naturalista Alejandro de Humboldt la consideraba “muy linda” (Núñez y Petersen, 1791: 197). Asimismo, Landaburu llegó a invertir cerca de cien mil pesos para llegar a contar con un aforo de diez mil espectadores aproximadamente.

¹³⁶ ACBPL. Documento Empastado. Testimonio de la escritura de contrata otorgada por los oficiales reales de la caja de corte con el señor Agustín Hipólito Landaburu en 28 de junio de 1765 ante Bernardino Méndez de Zúñiga. Córdova y Urrutia apunta que antes de establecerse la plaza firme la diversión rendía de diez a doce mil pesos (1992: 46).

utilidades que por cualquiera razón pudiesen producir las corridas que ha de costear en todas sus partes el dicho Landaburu”.

El primer punto no podía comenzar sin dejar en evidencia qué fines se perseguía con el coso. El virrey ilustrado exigía que igualmente se construya un cuartel para evitar cualquier tipo de desmanes y tener una vigilancia cercana. El cuartel representaba el dualismo que existió sobre las diversiones públicas, y en este caso sobre las corridas de toros. Fomentarla en base a una reglamentación, pero vigilada. Te divierto, pero te controlo. Ese era el lema de la época.

El punto séptimo menciona:

“Así mismo, se ha considerado preciso el nombramiento de un señor ministro de la Real Audiencia, que como juez de estas funciones y sin perjuicio de la jurisdicción de los alcaldes ordinarios, conozca privativamente de todas sus incidencias y a quien pueda ocurrir el referido Landaburu, por las providencias necesarias, no solamente para el efecto de las corridas sino también para las que le pareciesen convenientes durante la construcción de la obra, se hará el referido nombramiento por decreto separado”¹³⁷.

En la vigilancia debían participar todas las autoridades responsables de la tranquilidad pública. Durante las funciones se encargarían de tener la vista encima de la plebe para evitar que trasgredieran las normas y las diferencias sociales. La función debía de realizarse con el mayor orden posible, aunque en la práctica era demasiado difícil.

Es de mencionar que el destacado investigador Aurelio Miro Quesada halló en la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile, en la sección Diego Barros Arana, en un tomo de miscelánea encuadernado, el impreso titulado “*Relación de toros*” que consta de dieciséis páginas y en el que se señala el año de construcción de la plaza y su inauguración¹³⁸. Los maestros de obra, Ventura Coco, nombrado por los oficiales reales, y Cristóbal de Vargas, maestro director por elección de Landaburu, ambos alarifes de la ciudad, fueron elegidos

¹³⁷ Para una mayor información del contrato revisar los textos de Miró Quesada, 1997; López Martínez, 2005.

¹³⁸ Paralelo a la inauguración nació el conocido “tributo de Acho” por iniciativa propia del mismo Landaburu. Este tributo consistía en la asignación de veinte pesos, por corridas, para los refrescos y butifarras del personero real y su cortejo. Además que el primer toro era entregado a la servidumbre del virrey para que se lo distribuyan. El tributo llegó a existir solo hasta el inicio de la república, pues San Martín no tardó mucho en extinguirlo (Valega, 1939: 355).

para reconocer, medir y tasar la plaza. En la tasación conjunta calcularon que habría impendido la cantidad de 84,890 pesos y 6 reales¹³⁹.

Continuando con lo expuesto, es necesario realizar otras precisiones respecto a la edificación de la Plaza de Acho, además de la urgencia que existió en destinar a cada actividad de entretenimiento un recinto específico (Ramón, 1999). La política borbónica de mayor control posible al lado de las reformas sociales ilustradas en beneficio de una ciudad civilizada libre de gente con un espíritu díscolo, no toleraba la persistencia de espectáculos callejeros que solo denigraban el estatus de sus habitantes más renombrados e impedían la renovación urbana. Los funcionarios progresistas tomaron nota de los trastornos cotidianos que propiciaba el desorden de la urbe y empezaron a aplicar novedosas ideas para racionalizar lo que hasta entonces se había desarrollado espontánea y desordenadamente. Se tomaron medidas de diverso alcance para mejorar el aspecto y el funcionamiento de la ciudad (Romero, 1976: 145).

Un detalle no menor del caso es que su misma construcción fue el reflejo del límite económico del erario fiscal. En algunos casos la carencia económica de la Real Hacienda impedía, limitaba y truncaba muchos proyectos que se buscaba ejecutar o que se estaban ejecutando. Las reformas urbanas eran costosas y los borbones en general no estaban dispuestos a invertir (Walker, 2007: 115). Este déficit impidió el sueño de reformadores ilustrados como Amat por mejorar la sociedad y que quede suspendido hasta el momento en que apareciesen personajes dispuestos, y con una espalda económicamente ancha, a invertir en la ejecución de algunos proyectos urbanos. Ese fue el caso de la Plaza de Toros.

La cantidad de dinero que demandaba la ejecución de tan majestuoso monumento y la mano de obra que se tendría que destinar a ella era demasiada para que el gobierno se arriesgase. Aparentemente podría verse como una muestra de lo poco comprometido y convencido que se estaba por ordenar la urbe, pero tal aseveración obliga a un análisis más profundo. No se trataba de una desidia por parte del virrey sino de un reflejo de lo señalado. Proyectos tan grandes como este implicaban dirigir buena parte del presupuesto, y el gobierno no iba a destinar una parte de sus fondos para su edificación, pues ponía en peligro otros proyectos que estaban en proceso de ejecución o en sus inicios. Amat en sus

¹³⁹ ACBPL. Documento Empastado. Lima 22 de junio de 1777 u 11 de febrero de 1769.

Memorias es claro al momento de precisar que “era de sumo costo por las maderas de que se componía su formación, y lo que es más se perdía mucho tiempo, que ocupaban los jornaleros, que deberían emplearlo en útiles aplicaciones” (Rodríguez y Pérez, 1947: 170).

El virrey ilustrado prefería que esta mano de obra se destine a proyectos menores que no demande demasiado tiempo, en donde los resultados eran más inmediatos y no tenerlos ocupados más de la cuenta, que el que exigía la plaza, pues existían otras necesidades de primera utilidad que podían ser resueltos sin que su ejecución llegue a afectar a otras. Así, otro aspecto de la política urbana Borbón era la dependencia de terceros para ver ejecutados algunos de sus proyectos, en especial aquellos que obligaban a desembolsar una fuerte cantidad de dinero¹⁴⁰. Una dependencia que igualmente se evidenció en el plano de la higiene, salud, limpieza, obras de alcantarillado, agua potable, entre otros.

Sin duda la construcción de este recinto público alivió muchos males que padecía la sociedad limeña según el juicio de las autoridades y de los ilustrados. El desorden, bullicio, aquella barahúnda humana sufrieron los estragos de aquel reordenamiento por el que estaba pasando la ciudad. Las corridas no solo se ordenaron al ser retiradas de la Plaza Mayor y de los lugares abiertos, sino más aún, se logró obtener un mayor control sobre la plebe, que era la principal aficionada¹⁴¹.

La arquitectura interna del coso fue hecha de tal modo que más allá de su fastuosidad, lo resaltante era la creación de un control interno articulado, al que acompañó la visibilidad de todo lo que estaba adentro. De ese modo, se podía obrar en aquellos a quienes acogía, dirigir sus conductas y modificarlos, mostrando así los efectos del poder colonial. Las piedras y maderas de la plaza convertían a la plebe en dócil y cognoscible. El viejo esquema simple del encierro, muro grueso y puerta sólida, era reemplazado por un orden esquematizado, rígido, moderno de “te diviertes pero te controlo”. Era un lugar heterogéneo distinto al resto, en ese sentido único. Se deseó que el encierro de las corridas sea de manera sublime pero eficaz.

¹⁴⁰ Lo mismo sucedió con la edificación del Coliseo de Gallos en 1762. El artífice de su ejecución no fue el gobierno, sino el comerciante catalán Juan Baptista Garrial.

¹⁴¹ Ello no significó la total desaparición de las corridas de la Plaza Mayor, se siguieron lidiando en fechas como las fiestas de carnavales por ejemplo. AGN. Cabildo. Leg. 31, 1785.

Por otro lado, otra de las consecuencias que trajo consigo el coso fue su influencia en el cambio urbano de la zona en donde se levantó, el Rímac. Este lugar se convirtió en el mayor espacio recreativo que tuvo Lima tanto para la plebe como para la nobleza y autoridades. Acompañado de la alameda de Acho construida en 1773¹⁴² y el Paseo de Aguas en 1770, contribuyeron para que se convierta en un importante espacio de socialización y de entretenimiento¹⁴³.

Se procuró adecuar a la ciudad al modelo europeo siguiendo sus líneas de cambio, sufriendo las transformaciones derivadas de su estructura interna que alteraban las funciones locales, además de las relaciones entre los distintos grupos sociales (Romero, 1976: 18). La línea, cada vez más fina, de separación entre los grupos sociales se hacía más borrosa. Ya casi no existía lugar distintivo para un grupo, salvo contados casos en donde la élite se resistía a aceptar la realidad, creando espacios de uso exclusivo para ellos.

Alrededor de la plaza también se encontraban las populares casas de juego. Abrir una casa de juego en las cercanías era un negocio por demás rentable. La gente no solo tenía la opción de entretenerse con la lid de toros, contaba con otra alternativa para aquellos que no llegaban a entrar, para aquellos que querían seguir divirtiéndose luego de acabada la jornada taurina o simplemente para quienes preferían los juegos. Así lo constatan las diversas solicitudes para abrir una casa de juego en la zona de Acho¹⁴⁴.

La plebe, principal aficionada, aprovechaba su estadía para consumir una de sus bebidas favoritas, el aguardiente. El ilustrado Rubí al respecto menciona: “los chisgarabises que andan enredando los tablados pregonando agua de berros, venden bajo este nombre un punche tan recargado de aguardiente, que sería funesto en cualquier otro pueblo menos moderado que este” ([1791] 1964: 29. Tomo I). Esta bebida se consumía no solo dentro de

¹⁴² La alameda tenía su guardianía que se encargaba de la conservación del lugar y del orden que debía de existir entre los concurrentes, evitando que suceda algún tipo de incidente.

¹⁴³ Los cocheros y carretoneros reportaron mayores utilidades al transportar ya no solo a sus amos, sino que desde la construcción de la plaza empezaron a ir y llevar una caterva de personas que se dirigían a ver los toros desde diferentes puntos de la ciudad, encontrando un negocio codicioso y productivo, según narra el fray Francisco del Castillo en sus romances (Vargas Ugarte, 1948: 79-87).

¹⁴⁴ AGN. Cabildo. Leg. 31, 1810. Santiago Vidalón, vecino de Lima, solicita licencia para abrir una casa de bolos, bolas y bochas en la calle Nueva, en las inmediaciones de la plaza de Acho, visto en audiencia pública del cabildo de Lima. AGN. Cabildo. Leg. 31, 1811. José Valderrama, vecino de Lima, solicita licencia para abrir una casa de juegos de bochas que tiene en las inmediaciones de Acho. AGN. Cabildo. Leg. 31, 1819. Simón Suarez solicita licencia para abrir una casa de bolos y bolas en la esquina de la alameda de Acho.

la plaza sino también afuera, incluso en ocasiones era proporcionada de manera ilícita. En 1811, los diputados del gremio de pulperos testificaron que desde la esquina de Baltazar Loya hasta el Acho se vendía aguardiente sin licencia¹⁴⁵.

Para completar el grado de socialización y entretenimiento de la zona no podía faltar la presencia de otros establecimientos públicos; los tambos¹⁴⁶ y las pulperías¹⁴⁷ por ejemplo, que hacían de ella un lugar comercial donde la plebe podía adquirir productos alimenticios y otras bebidas. En esta descripción no podía quedar al margen el café, la novedad de finales del siglo XVIII y en cuyo interior también se brindaba medios lúdicos¹⁴⁸. Sin embargo, este escenario no evitó que en ocasiones ocurrieran desbandes y delincuencia por el consumo excesivo de bebidas.

3.4. ¡A los toros! ¡Al Acho!

De manera similar que el Coliseo de Gallos, es preciso describir el interior del coso para comprender qué era lo que los borbones se propusieron controlar, así como que tan viable resultaba el proyecto ilustrado de un nuevo orden social.

La afición taurina en Lima colonial fue grande. Nadie quería perderse ver una tarde en el ruedo a los robustos y grandes toros que se lidiaban y a los ágiles y temerarios toreros que arriesgaban su vida por dinero y fama. La celebración comenzaba desde días antes con la labor de los pregoneros que se encargaban de difundir la calidad de los toros y toreros que se presentarían. En la descripción ofrecida por Carlos Prince, ¡A los toros! ¡Al Acho! eran los clamores que repercutían en todos los ámbitos de la ciudad en la tarde de una corrida. El anuncio también se efectuaba por medio de los llamados listines, que contenían versos, constituyendo una verdadera invitación a la fiesta. Al principio los listines o programas fueron manuscritos, pero después de 1768 algunos eran impresos hasta de seda y en colores

¹⁴⁵ LCL. Libro XLII. Acta del 10 de diciembre de 1811.

¹⁴⁶ LCL. Libro XLIV. Acta del 20 de julio de 1819.

¹⁴⁷ En 1812 Vicente Sánchez solicitó licencia para abrir una pulpería en la esquina del Acho. LCL. Libro XLII. Acta del 24 de noviembre de 1812.

¹⁴⁸ En 1813 Manuel Ampuero solicita licencia para abrir una casa café por la calle derecha que iba para la plaza de Acho. LCL. Libro XLIII. Acta del 1 de octubre de 1813. En el mismo año un europeo llamado Jorge Moreto pidió permiso para abrir un café en las inmediaciones de la iglesia del Baratillo abajo del puente. LCL. Libro XLIII. Acta del 1 de octubre de 1813.

(Mariátegui, 1956: 114). Eran unas hojas donde se daba razón de los toros que se lidiarían, su procedencia, pelaje, nombre y otras características.

Con esto Lima se ponía en bullicioso movimiento; hombres y mujeres, jóvenes y viejos, magistrados y humildes artesanos, todas las sectores de la sociedad formaban un torrente de gente que se precipitaba a la plaza de Acho. Al trasladarse las corridas de domingo al lunes las tiendas y oficinas tenían que cerrar con el fin de permitir a los empleados y a los mismos patronos acudir al evento. Los tribunales suspendían sus audiencias a la una de la tarde para que los magistrados pudieran ir, los colegios interrumpían la enseñanza porque ni los profesores ni los alumnos hubieran admitido perderse tal jolgorio (Descola, 1962: 178).

Manuel Atanasio Fuentes apunta que en ocasiones “una persona se hubiera creído desgraciada si, a costa de un sacrificio o de un crimen, no pudiera procurarse el placer de ver morir a un toro a manos del hombre o al hombre en las astas de un toro. Para llenar esa necesidad, el padre de familia menesteroso que no podía, sin exponerse a perder la paz doméstica, negar a su esposa el recreo de presenciar escenas de sangres, se veía precisado a hacer esfuerzos de toda clase, a fin de complacerla; la mujer de alegre vida mandaba a un usurero uno de sus vestidos o su cama, si de otro modo no podía obtener el dinero. Y el populacho, menos escrupuloso, se entregaba al hurto con desenfreno en los días próximos a una corrida” (1866: 433).

El puente del Rímac ofrecía un cuadro animadísimo en el trayecto por la abundante concurrencia en sus ambos costados, dejando el centro libre para el tráfico de los coches y de los gallardos jinetes; todos llevaban la misma dirección. A las tres y media, más o menos, la plaza estaba llena de una multitud de espectadores ansiosos de presenciar la lidia. La función empezaba normalmente a las tres y culminaba a las seis de la tarde. La gran afluencia de espectadores de todos matices que concurrían, los despejos de cuerpos del ejército; las bandas militares que atronaban los aires con sus alegres y marciales tocadas; los toreros con sus vistosos trajes soldados con hilado de oro o plata; los percances que se ofrecían durante la lidia; los vendedores de aguardiente, butifarras, cartuchos de almendritas de canela, dulces, frescos y helados, que recorrían la plaza; las vivanderas que se situaban en las arquerías exteriores que circundan el circo; y muchas otras circunstancias que sería largo enumerarlas, formaban un conjunto de atractivos que daban la mayor

animación a los festejos tauromáquicos. En cuanto a las vivanderas, golosineras y vendedoras de chicha, no solamente se colocaban en los interiores de la Plaza de Acho, sino que se situaban también en toda la extensa calle de la Alameda. Ese largo cordón, hilera o fila de chicheras al pie de sus botijas con su correspondiente embudo de caña, servía para el mayor realce de las corridas de toros.

Es en ese mar de gente que se podía apreciar a personalidades tan significativas y respetuosas que se entretenían tan igual que los pobres que se ubicaban en la parte inferior de la plaza, apretados y empapados de sudor a causa del reflejo solar que les llegaba directamente. El verano limeño, como lo es ahora, en extremo es pernicioso para la salud, pero ello no intimidó ver la plaza colmada de espectadores. Mientras que la plebe se ubicaba de manera indiscriminada en cualquier lugar, corriendo con mayor suerte aquellos que ingresaban primeros o los que contaban con unos pesos más para tener chance de ubicarse donde mejor les pareciese, en especial lejos del alcance del sol; situación totalmente distinta ocurría con los cuerpos políticos. Empezando por el virrey que tenía reservado un asiento privilegiado lejos de la muchedumbre y de los rayos solares, y siempre rodeado de los guardias reales. A sus costados se sentaban los miembros de las principales instituciones civiles, quienes también poseían sitios preferenciales. El caso de los señores capitulares del cabildo es llamativo, en los días de corridas en Acho contrataban al portero del mismo cabildo para que conduzca las bancas donde se sentarían¹⁴⁹, unas distintas y exclusivas a las que usaban el resto. Toda ocasión era precisa para demostrar estatus, diferenciación y costumbres propias ante la plebe.

El interior de la plaza era un completo alboroto. Las conversaciones, chismes, riñas, risas se entremezclaban con los gritos que pregonaban los golosineros, heladeros, fruteros, y demás personas que hacían su agosto en estos días de fiesta. El que adquiriría ropa nueva no encontraba mejor ocasión que ésta para estrenarla. El botánico Hipólito Ruíz que había asistido una tarde a Acho apunta “en el circo no se ve otra cosa que gala y profusión. Raro es el espectador, especialmente del bello sexo, que no haga ropa nueva para ir a los toros, y que sobre el gasto de esto y del asiento no emplee en la compra de muchos comestibles y

¹⁴⁹ LCL. Libro XLIV. Acta del 7 de mayo de 1816.

golosinas, que con abundancia se venden en el contorno” (1952: 23)¹⁵⁰. Años después el ilustrado Rubí sentencia respecto el atavío que usaba el público “ya se puede concurrir a los toros con un vestido estrenado: la moda no es tan cruel en esta parte, como lo era ahora seis u ochos años” ([1791] 1964: 29. Tomo I).

Todos esperaban el gran momento, el enfrentamiento entre la bestia y el hombre, y la consiguiente tortura de un animal que llevado por su irracionalidad y desesperación iba camino hacia la muerte. La estocada final que recibía era uno de los mayores hechos de la tarde. Los aplausos, silbidos, risas, cubrían toda la plaza, aunque no se podía dejar de presenciar algunas caras llenas de horror, lamento y llanto por la forma tan cruel de asesinar a este cuadrúpedo. Lo que más deleitaba al público era el momento de la matanza del toro, y consideraban de estafa o engaño si luego de tantas espoleadas el torero no lo llegaba a asesinar. La corrida era mala cuando todo resultaba sin incidentes sensibles para los toreros; buena, si había heridos; y completa ¡Soberbia! ¡Estupenda! Si alguien moría atravesado por las astas del toro (Valega, 1939: 354). Esto último pocas veces sucedía. Por lo general, en una tarde, fenecían de seis a ocho toros.

Acabada la función era un lío salir, las miles de personas que habían acudido se empujaban por retirarse, estaban apresuradas para dirigirse ya sea a sus casas, a una pulpería, chingana o café a comentar lo presenciado en Acho, mientras tomaban alguna bebida que los relajara después de un largo día de fiesta taurina.

3.5. El discurso ilustrado ¿primitivas de bárbaras pasiones?

El discurso ilustrado dieciochesco giró en torno a ideas racionales, a pautas que debían de regir al nuevo hombre y a ayudarlo a desterrar de sí las costumbres anticuadas y los gustos retrógrados. Lima no fue ajena a estos cambios, los criollos ilustrados y ciertas autoridades se encargaron de introducirlos. Esta inserción se percibió en los cambios que sufrieron las

¹⁵⁰ Esta costumbre de las damas se mantuvo en el siglo XIX. El viajero inglés Bennet Stevenson observó la forma en que la “belleza de Lima” acudía a la plaza con sus vestidos más caros (1971: 171). Por su parte Javier Prado acota: “las mujeres asistían con vestidos flamantes, ricos y vistosos: y en ellos y en los gastos que exigía por sí la diversión, más sus accesorios de los comestibles, de los picantes, bebidas y subsiguientes compromisos, se derrochaban cantidades cuyo exceso parece increíble” (1941: 154).

diversiones públicas en la ciudad. La divulgación que realizaron y las reformas que plantearon estuvieron enmarcadas en ese interés por conseguir una sociedad feliz, activa, leal a las leyes civiles y eclesiásticas, aunque no necesariamente inmersa en las luces en todo el término de la palabra, esto en relación explícita a la plebe. Y así guiarlos hacia un nuevo tipo de orden social.

Uno de los pocos que manifestó abiertamente su sentir sobre las corridas de toros es el ilustrado Rubí, quien guiado por principios racionales, lejos de mostrar su repudio por una diversión sangrienta, muestra por el contrario su asentimiento. Al momento de referirse al causante de angustia y júbilo entre el público; es decir los toreros, lo hace de la siguiente manera: “cuando no pueden mostrar valentía, nos admiran con su ligereza. El concurso suele ser pacífico y numeroso” ([1791] 1964: 29. Tomo I). El torero por lo general sobresalía bien por su valentía o por su ligereza en la arena¹⁵¹. Eran raras las ocasiones en que defraudaban a los aficionados. Referente a la lid que sostiene el torero con el toro apunta “solo es mala la costumbre de desjarretar¹⁵² el toro que no embiste: se debiera idear otro modo de matarlo, sin valerse de este que tiene un no sé qué de desairado y traicionero” ([1791] 1964: 29. Tomo I).

El origen italiano de Rubí no fue obstáculo para que interiorice un rasgo que caracterizaba a todo buen limeño, y era la pasión que se sentía por las corridas de toros. Sin duda, este argumento surgió a raíz de una tarde que acudió a la plaza, le debió llamar la atención dicha costumbre que no dudó en cuestionarla livianamente, proponiendo que haya otra forma de matar a la bestia, no necesariamente que sea menos brutal, sino simplemente que no sea desairado. Si el torero puede ser considerado el asesino material del animal, en ocasiones el mismo virrey era el asesino intelectual. Cuando el bicho caía rendido de tantas estocadas recibidas y estar desangrándose al borde del desmayo, o peor de la muerte, el matador a una señal del virrey procedía a darle fin a su vida.

En su discurso se presencia en primer lugar no un rechazo hacia esta diversión, sino por lo contrario sus planteamientos apuntan a contribuir a una mejor imagen de la existente. En la

¹⁵¹ Para el viajero Haenke los toreros eran “más ligeros que osados” (1901: 29).

¹⁵² Los desjarretadores eran aquellos hombres que cuando el toro tardaba en caer utilizaban un asta o media luna que cortaba los tendones de las patas traseras del astado (Manjón, 1996). Esta costumbre recién desapareció a finales del siglo XIX.

descripción que realiza la única diatriba que se percibe es paradójicamente sobre la forma de asesinar al animal. Su mentalidad ilustrada y los principios racionales que debían de caracterizar a todo ilustrado por lo visto no eran incompatibles con esta diversión. Dejando de lado a Rubí, no hubo algún mercurista o ilustrado en general que se haya opuesto a las corridas de toros. En otras palabras, Rubí es el reflejo de la clara posición implícita que existió de su aceptación y permanencia.

El caso de Rubí no es el único, otro de los ilustrados más renombrados, el científico Hipólito Unanue, tuvo un contacto más que directo con esta diversión, durante un tiempo se encargó de llevarlas a cabo. Con la partida del heredero Leocadio a España en 1800, como su albacea y tenedor de bienes se quedó a cargo de la plaza hasta que éste regrese. Durante una década y media la dirigió sin oposición alguna, no sentía ni veía nada cuestionable estar a la cabeza de una diversión sangrienta. Su espíritu ilustrado no era limitado ante este sentimiento. Es más, no escatimó beneficiarse de este bicho luego de acabada la función. Se tiene noticia que en 1814 realizó un contrato con uno de los abastecedores de la Plaza Mayor para que ambos se favoreciesen de la carne del toro extinto.

Los habitantes sabían que la carne de los toros muertos en la arena era vendida a los abastecedores de la Plaza Mayor para el consumo humano. Una situación similar ocurría en España, en donde también se comercializaba pero a un precio distinto al resto de carne animal, además que contaba con un lugar específico para su expendio. En Lima ocurría lo contrario. En 1814 se hizo pública la noticia que el ilustrado Unanue había convenido con un abastecedor para que éste obtenga la carne de los toros que fenecían en el coso¹⁵³. De manera asombrosa uno de los mayores ilustrados limeños veía un negocio rentable el comercializar con la carne de un animal que había encontrado la muerte de una forma brutal.

El hecho fue descubierto por el regidor Ignacio Prío quien asistía diariamente a la Plaza Mayor para el reconocimiento y orden de los abastos. El regidor comunicó que había notado la interpolación que se hacía de la carne buena con la carne mala que se vendía, con notable perjuicio del público por el engaño que sufría. Lo más lamentable era que se interpolaba la carne de los toros muertos en Acho con la carne, en buen estado, de las otras

¹⁵³ LCL. Libro XLIII. Acta del 28 de enero de 1814.

reses que también se ofrecían¹⁵⁴. La carne de los toros de Acho se expendía al mismo valor que las carnes buenas. Al ser descubierto en el negociado que se había metido, solicita “se le diese una regla fija para manejarse con la exactitud que debía a beneficio público”. A su juicio ignoraba si la carne del bicho era perjudicial.

Sobre la base del informe que presentó el regidor Prío en el cabildo se tomaron las siguientes decisiones: en primer lugar no castigar de alguna forma a Unanue porque “ignoraba” que la carne de los toros de Acho era perjudicial, pero sí se dictaminó que quedaba prohibido la continuación de esa práctica¹⁵⁵. Se eligió la plazuela de la Inquisición el lugar idóneo y exclusivo donde el abastecedor, que había hecho contrato con el ilustrado, podía vender. La gente acudiría a ese lugar para adquirir la carne de los toros de Acho sin algún tipo de restricción.

El proyecto que planteaban los criollos ilustrados de reformar el orden social en pro de uno que respete las diferencias sociales y naturales, no entraba en contradicción con uno de los aspectos que los caracterizó, sentir empatía hacia las corridas de toros.

Dicho esto, la noción de “primitivas y bárbaras pasiones” con que se suele caracterizar a este divertimento no fue parte del vocabulario de las autoridades e ilustrados de la época. No les afectaba presenciar la tortura que recibía este animal, la forma como agonizaba antes de sucumbir y como era finalmente arrastrado de las patas para ser sacado de la arena. Estos aspectos parecieran no ser compatibles con hombres investidos de la razón, pero entonces ¿De qué manera entender esta postura?

En una de sus investigaciones Juan Carlos Estenssoro precisa la no necesaria incompatibilidad entre ser ilustrado y ser religioso, se podía ser ambos a la vez sin que haya contradicciones (1996: 37). La misma explicación se puede aplicar para comprender el gusto ilustrado por las corridas. No hay motivo suficiente para acusar que se tenían que oponer a un divertimento por demás sangriento, no es que no tuvieran sentimiento o empatía hacia el toro, sino que raras veces alguien se atrevía a impugnarlo por el hecho que era parte esencial del festejo.

¹⁵⁴ LCL. Libro XLIII. Acta del 28 de enero de 1814.

¹⁵⁵ LCL. Libro XLIII. Acta del 28 de enero de 1814.

El español ilustrado Jovellanos en su discurso ya analizado anuncia que al avanzar la Edad Media y al darse un mayor desarrollo y renovación de los estudios se iban introduciendo más luz en las ideas y más humanidad en las costumbres, que la lucha de toros empezó a ser mirada por algunos como diversión sangrienta y bárbara. Para ello cita el caso del español Gonzalo Fernández de Oviedo, quien expuso el horror con que la piadosa y magnífica Isabel *La Católica* vio una de estas fiestas. La reina planeaba proscribir tan feroz espectáculo, pero el deseo de conservarlo sugirió a algunos cortesanos un arbitrio para aplacar su disgusto. Se ideó la manera de que las heridas que provocara el bicho no sean penetrantes. Si bien el medio fue aplaudido en aquel tiempo, los cortesanos españoles pronto volvieron a disfrutar de las corridas con toda su fiereza. La afición de los siguientes siglos, haciéndola más general y frecuente, le dio también más regularidad y estable forma. Se fijó en varias capitales y plazas construidas al propósito que se empezó a destinar su producto a la conservación de algunos establecimientos civiles y piadosos.

Es erróneo pensar que Jovellanos y Campomanes estuvieron a favor de que todo fuera divertimento. Jovellanos acotaba que la censura eclesiástica o la razón humana no bastaron para condenar la fiesta de toros. Para la España de su época, argumenta, “creer que el arrojo y destreza de una docena de hombres criados desde su niñez en este oficio, familiarizados con sus riesgos y que al cabo perecen o salen estropeados de él, se puede presentar a la misma Europa como un argumento de valor y bizarría española, es un absurdo” (1790: 6). Su postura es clara, considera dañino la continuación de la fiesta de toros por influir negativamente en el genio español, en las desventajas que ocasionaba a la agricultura o industria española, y tercero por no ser una diversión nacional al solo practicarse en algunas ciudades de España¹⁵⁶.

Por su parte Campomanes menciona: “los toros, cuando las corridas se hacen en días de trabajo, no es diversión que se debe permitir a los jornaleros, menestrales y artesanos; porque pierden el jornal del día y gastan el de tres o cuatro con ruina de la familia. Si se repiten estas corridas por muchas semanas, se atrasan el maestro y los oficiales en concluir las obras empezadas” (1775: 40). En su caso no cuestiona en sí las corridas, lo que

¹⁵⁶ Proveniente de la carta que envió a su amigo José Vargas Ponce el 12 de junio de 1792, en donde le propone el plan que debía seguir en la disertación que iba a escribir contra la fiesta de toros.

cuestiona es que se realicen en días de trabajo, esto es lo que realmente se tenía que reformar. Para ello toma el ejemplo de las ciudades de Cádiz y Lisboa en donde “se corren los toros en tardes de días festivos; y a lo menos no se pierde el trabajo, ni ocupa todo un día al jornalero, como sucede donde no hay este discernimiento” (1775: 40).

De manera similar era el sentir que existió en Lima. Si aquí no nació una censura contra los toros, más allá de las restricciones, cautelas, y pequeños cambios, fue a causa del sintomático papel que cumplía en la sociedad. Al ser la fiesta estamentaria, los réditos que originaba, un consuelo para la plebe por sus fatigas laborales, generó un consenso que no buscó proscribirla, por lo contrario se plantearon formas para conseguir mejorar su estado actual sin que esto signifique que se encontrara en una situación perjudicial. Y la iglesia, que debía de ser la primera en alzar su voz de protesta, no fue ajena al contenido social general y acudía también con énfasis a las corridas. Es más, había oportunidades que entablaba pugnas con otras instituciones para que respeten el lugar que ocupaba dentro del festejo. No existía razón y sería totalmente contradictorio el que la élite criolla haya deseado impugnarla, cuando eran ellos los primeros en realizar los preparativos para las próximas corridas de toros.

Dicho esto los ilustrados consideraron que aprobar la continuación de este espectáculo no atentaba contra su proyecto de un nuevo orden social, sino que con un manejo adecuado, ordenando lo desordenado que tenía y controlando a la afición plebeya iban a lograrlo. De igual forma que el Coliseo de Gallos, se trataba de utilizarlo a beneficio de sus objetivos e intereses.

3.6. Del desorden al orden y nuevamente al desorden

Hasta el momento se ha sostenido que la construcción de la Plaza de Toros encerró motivaciones internas propias de aquellos años. En este periodo se buscó controlar de una manera más efectiva a la plebe, y para lograr tal cometido era imprescindible antes controlar sus diversiones. Igualmente los ilustrados plasmaron en sus disertaciones el tipo de orden social que Lima debía de poseer y las reformas que debían de imponerse para su concreción.

Estos ideales seguidos por las autoridades e ilustrados no eran un hecho aislado, los sucesos acaecidos en el interior del virreinato tuvieron mucha implicancia. En primer lugar, es imposible no mencionar el miedo que había crecido ante un posible levantamiento popular. El movimiento de Juan Santos Atahualpa en 1742, el terremoto de 1746 y su posterior caos social originado, la rebelión, aunque frustrada, de los indios ollereros de Huarochirí en 1750 incentivaron para que crezca ese miedo. Un miedo que empujó a replantear y reforzar la política a tomar sobre la plebe que se encontraba diseminada por toda la ciudad, y que al momento de divertirse lo realizaba en el lugar menos esperado y con el mínimo control estatal.

De este modo la edificación del coso se hizo con el fin de congrega a los aficionados básicamente plebeyos durante las jornadas taurinas. Se buscó que quedase atrás la imagen de una ciudad caótica, llena de bullicio e intranquilidad producida por estas lidias y dar paso a una ciudad ordenada, tranquila y civilizada en consonancia a la fastuosa plaza desde donde se podría obtener un mayor control e impartir los preceptos del prototipo de vasallo que debían de ser.

Lo cual no debe entenderse como un signo de igualdad entre todos; es decir entre la mayoría de los concurrentes que era la plebe y la élite limeña, que por su parte era minoría. Ambas compartían la misma afición y el mismo lugar, como era la plaza, pero nada más. Solo en estos dos aspectos eran iguales. En el interior se crearon mecanismos de diferenciación social de uno con los otros. El ejemplo más claro se encuentra en el lugar que cada espectador había de ocupar para presenciar las corridas. El asentista impuso una tarifa, y ya dependía del bolsillo de cada persona a que sitio podía acceder. Las galerías costaban diez pesos, los cuartos bajos de la sombra ocho pesos y los cuartos bajo el sol cinco pesos. Se reservaba un lugar exclusivo para el virrey, y del mismo modo, sin llegar a equipararse con la figura del gobernador, para las principales autoridades locales.

No es difícil imaginar donde se ubicaba la plebe. El dinero fue una forma sutil y efectiva de seguir manteniendo las diferencias sociales y evitar la confusión. Si bien todos compartían el mismo espacio, era, como dice la frase, “Juntos pero no revueltos”. Juntos en el mismo escenario, compartiendo la misma afición y regocijándose viendo como un toro de manera irracional intentaba embestir a alguien que por dinero ponía en riesgo su vida. Asimismo, se

creaba y se recreaba maneras de jerarquización, de división física y de la puesta en relieve que tanto dentro como fuera del coso cada quien debía mantenerse en su lugar, ya sea forzosamente o de una manera sutil. La división casta-estamental seguía latente y lo dicho es una clara muestra de ello.

Sin embargo, no todo era tan fácil como parecía. El 4 de febrero de 1792 la asentista Mariana Belzunce, viuda de Landaburu, declaró que en las inmediaciones de la plaza el desorden plebeyo estaba causando detrimentos tanto para ella como para el espectáculo. Juan Belzunce, su hermano y representante, manifiesta que a días que se estableció la plaza tuvo que batallar sucesivamente con todos los perjuicios que advertía en las anuales corridas, los inconvenientes, riesgos, abusos y robos que se cometían, además de enfrentar el hecho que ésta se había convertido en guarida de facinerosos. Por estas razones solicitaba licencia para construir un cerco que rodeara el coso con el fin de terminar con esta ola delictiva que lentamente se originó alrededor, y que ahora estaba en su momento más crítico¹⁵⁷.

Juan Belzunce señala en primer lugar el enojo que sentía el público taurino, que además de la cantidad de pesos que costaba el ocupar un asiento para presenciar las corridas, se le agregue el gravamen que significaba para ellos el conducir desde sus casas el asiento que han de utilizar durante la temporada, que por durar varios días, se incomodaban por el gasto extra que realizaban en llevar y traer dichos asientos. Sucedió que algunos vándalos se les daban por destrozar los asientos, bajo la apariencia de aficionados se entregaban al pillaje sin que pueda evitarlo la asentista, a pesar que aseguraba los cuartos con diversas cerraduras que colocaba para evitar tal perjuicio. Por esta razón, Mariana evitaba impender el alto costo que representaba construir asientos firmes si antes no se aseguraban las puertas.

Durante las temporadas de toros la plebe y el resto del público que acudían se congregaban de tal modo en los corredores de la plaza que provocaban embarazos como: el uso libre de los pasadizos, una correcta ventilación y aire fresco. En vano era el intento de la asentista de pedir auxilio a la guardia del virrey para que destine a algunos soldados que impidan la ocupación caótica de esos lugares, porque la plebe arremetía y empujaba al punto que

¹⁵⁷ AGN. Superior Gobierno. Leg. 42, 1792.

llegaban a maltratarse. Y era tal la muchedumbre que se cogía de los tablados, que los mismos toreros sufrían los estragos de este desorden al no encontrar donde refugiarse. A causa de estos motivos y más, Mariana gastaba grandes cantidades al año que iba en perjuicio de sus intereses.

En base a esta situación proyectó levantar un cerco que rodeara toda la circunferencia de la plaza. Junto a ello construir cuatro puertas por donde únicamente se pudiesen entrar. Desde cada una de ellas habría un camino con la suficiente capacidad para el cómodo tránsito de los aficionados y por donde puedan dirigirse a sus respectivos destinos. Además en las mismas puertas se habría de pagar cuatro reales por persona, quien en compensación sería beneficiado con lo siguiente: se rebajarían tres pesos en cada galería, de suerte que estas quedasen en el precio de siete pesos en lugar de diez que hasta ese momento se cobraban, los cuartos de sombra también se reducirán en dos pesos, contribuyendo solo seis pesos y ya no ocho, y los cuartos de sol, cuyo precio es de cinco quedarían disminuidos a tres pesos. En el caso de los asientos delanteros de los tablados que tienen el precio fijo de doce reales, ahora solo se contribuiría con un peso; los inmediatos de estos que se regulan por seis reales se pagarían solo dos; las sillas inmediatas a las galerías que se ocupan por ocho reales se rebajarán a cuatro, y el resto de gradillas que valían cuatro reales, se franquearían sin otra contribución que los dichos cuatro reales que se pagarían en la puerta.

Con esta propuesta se quiso que las galerías y los cuartos brinden el mismo beneficio que daban los asientos firmes, y empezar a usar con libertad los corredores, pudiéndose abrir las puertas y respirar sin el bochorno y demás perjuicios que ocasionaban la plebe. Estas medidas debían de favorecer a un mayor aseo, orden y decencia que anhelaba la asentista.

Finalmente, agrega, que al construirse el cerco no solo se combatirían los inconvenientes expresados, sino que también menguarían los abusos que la plebe de la zona realizaba, quienes aprovechaban que el sitio era un poco retirado y con mínima vigilancia para franquear la plaza y causar destrozos en sus pasos.

Luego de revisar las razones expuestas, el virrey envía un recurso al cabildo para que le informe de la solicitud en mención, el cual también se trasladó al procurador general de la

ciudad para que asista a la reunión que se realizaría en el cabildo pleno¹⁵⁸. En dicha reunión el procurador dio a conocer su postura referente al cerco, el mismo que se remitió y se consultó a Taboada y Lemos para que brinde su opinión de lo acordado en dicho pleno¹⁵⁹. Éste solicitó que se agregue el expediente que se había formado para la edificación del coso¹⁶⁰. Es así que el 10 de noviembre el cabildo otorga al virrey el expediente para que establezca su veredicto¹⁶¹.

Luego de algunas semanas, el 19 de diciembre mediante un superior decreto Francisco de Taboada decide dar licencia a la asentista para que construya el cerco alrededor de la Plaza de Toros. Aunque antes el comandante de ingenieros elaboraría un plan acerca del prototipo del cerco y la extensión que tendría. El 10 de abril del siguiente año el ingeniero Antonio Cañabate procedió a realizar el reconocimiento del coso para exponer ante el virrey la capacidad que debía de poseer el cerco para el cómodo paso de la gente tanto en el interior como en el exterior. Cinco días después se aprobó el plan presentado e inmediatamente se procedió a realizar la obra¹⁶².

En un primer momento parecía ser que el cerco paliaría los daños que ocasionaba la plebe. El 26 de febrero de 1794 Mariana Belzunce señala que no solo estaba verificada la obra, sino que las acostumbradas ocho corridas anuales se daban sin ningún inconveniente. Al decir de la asentista la plaza “ya no está entregada al trajín y robos que antes la rodeaban”. Lo único que restaba hacer era la tasación del cerco. Para este efecto se nombró como perito a Gerardo Moreira, persona de acreditado honor, quien tuvo la tarea de realizar dicha labor.

Para reformar el orden social antes se debía de controlar, era imprescindible su ejecución, sin ello el proyecto ilustrado no tenía mucho futuro. Por ello las reformas estatales para controlar a la plebe no solo se limitaron a vigilarla durante la diversión en el interior del coso, sino que fueron más allá. Se buscó impedir que sigan suscitándose actos de violencia y hurto luego de las jornadas en donde el populacho era el principal implicado. Ante

¹⁵⁸ LCL. Libro XXXVIII. Acta del 7 de febrero de 1792.

¹⁵⁹ LCL. Libro XXXVIII. Acta del 17 de febrero de 1792.

¹⁶⁰ LCL. Libro XXXVIII. Acta del 11 de mayo de 1792.

¹⁶¹ LCL. Libro XXXVIII. Acta del 10 de noviembre de 1792.

¹⁶² El cerco costó 12 mil 380 pesos (Miró Quesada, 1997: 88).

cualquier acto delictivo su sola presencia era suficiente para que sea sospechoso, llegando a ser acusado sin razón alguna en varias oportunidades.

Por ejemplo el 7 de enero de 1775 a José Mariano Molagón, mulato libre que trabajaba de marinero en el puerto del Callao, se le acusó del robo de una cortina perteneciente a uno de los cuartos bajos de la Plaza de Toros¹⁶³. El capitán de la guardia de infantería del virrey testificó que el mulato se halla preso al ser sorprendido por el alabardero Francisco Jurado con una cortina blanca de estopilla debajo del brazo. En su defensa el mulato manifiesta que “en la próxima Semana Santa pascua de navidad pasada, estando paseando por las tabernas de Acho, sin compañero, me cerraron varios soldados de infantería, quienes me ordenaron me diese a prisión, y preguntándoles cual era la causa, no quisieron decirla”. Al parecer sin motivo fue trasladado al cuartel que se encontraba en la plaza de Acho, para posteriormente ser llevado al real palacio. Al día siguiente el capitán de la guardia lo interrogó para saber si había cometido el robo de la cortina, acusación que rechazó categóricamente alegando su inocencia. A los días se supo que era inocente del hurto, y en compensación de los perjuicios cometidos contra su persona, fue catalogado como *un hombre honrado*.

El descontrol era tal durante las semanas de jornadas taurinas que cuando acababan las funciones muchas personas en vez de volver a sus hogares preferían quedarse por el lugar. La poca vigilancia en esos parajes eran aprovechados por individuos sin escrúpulos que delinquían bajo la protección de la noche. Esa parte del Rímac era una zona insegura. Lima no podía ser una ciudad ordenada racionalmente sin antes resolver estos problemas extraurbanos.

El 20 de diciembre de 1793 el virrey Taboada decreta que a partir de las próximas funciones los alcaldes ordinarios tendrían que encargarse “el que debe de haber un juez autorizado que haga las rondas nocturnas correspondientes en Acho durante la temporada de corrida de toros en la plaza firme”¹⁶⁴. En la disposición se señala que durante el tiempo que duren las lidias, los alcaldes se debían de alternar cada noche con sus rondas respectivas para celar y contener los desórdenes y excesos que se cometían en las tiendas

¹⁶³ AGN. Cabildo. Leg. 195, 1775.

¹⁶⁴ AHML. Libro copiadore de Cédulas y Provisiones Reales. Libro XXX.

donde se vendían comida y bebida, para controlar los desenfrenos populares que ocurrían. Y antes de retirarse tendrían que verificar que dichos puestos estén cerrados, verificándolo entre las diez y once de la noche. De este modo, las rondas creadas servirían de apoyo a las patrullas de tropa que también tenían la obligación de vigilar el lugar.

A pesar del dictamen los actos criminales no cesaban, los asesinatos y violencia seguían sucediendo bajo la noche, mostrando la escasa eficiencia de la norma. Si bien la plebe la desconocía, no es suficiente para defender la poca competencia de las autoridades en cumplir cabalmente lo decretado. A continuación veamos algunos ejemplos.

El 11 de enero de 1797 el receptor de turno del cabildo, Asencio Zúñiga, en cumplimiento con lo mandado de pasar por los hospitales de la ciudad para tomar razón de los heridos que hubiesen en ellos, certificó haber estado la mañana de ese día en el hospital de San Bartolomé, hallando en la cama número ciento veintiséis a la negra María del Carmen con una rotura en la cabeza que le infirió María Josefa, una negra bozal, en la zona de Acho¹⁶⁵. Luego el 5 de agosto de 1800 Rafael Velada, siguiente receptor de turno, certificó que en la ropería del hospital de San Andrés se encontraba el zambo José Ramírez con una herida en la frente, señalaba haber sido atacado por dos hombres desconocidos alrededor de las ocho de la noche en una calle que dirigía a la Plaza de Acho¹⁶⁶.

Años después el 12 de enero de 1808 Diego “Charque” Machuca de casta negro y de oficio zapatero asesinó a Norberto Encalada, de la misma casta, en un ajuste de cuenta por haber mantenido un trato ilícito con su pareja, una india, con quien tenía un antiguo amorío¹⁶⁷. El homicidio sucedió también a las ocho de la noche en una de las tabernas ubicadas en Acho en día de toros. Tan cruel fue el delito que la noticia estuvo rondando de taberna en taberna¹⁶⁸. Posteriormente el 16 de febrero de 1813 a la diez y media de la noche se apareció ante el juzgado precedido por José Ignacio Palacios, teniente coronel del Regimiento de Dragones y alcalde ordinario de Lima, Pedro Navarrete, de casta mulato y de oficio arrollador de panadería, quien confesó haber perpetrado un homicidio contra

¹⁶⁵ AGN. Sótano-Varios. Leg. 201, folio 204.

¹⁶⁶ AGN. Sótano-Varios. Leg. 201, folio 200.

¹⁶⁷ De manera similar el 9 de agosto de 1633 en el pueblo de Surco mataron a un mozo español por celos de cierta mulata, durante las fiestas de toros al que acudió mucha gente de la ciudad (Suardo, 1935: 232).

¹⁶⁸ AGN. Cabildo. Leg. 205, 1808; documento citado por Jesús Cosamalón, 1999: 213.

Pedro Criatura. El suceso también ocurrió en una de las tabernas que se encontraba en Acho en temporada de toros, por una disputa de un vaso de aguardiente que el fallecido iba a tomar. Navarrete, quien se encontraba en un estado de embriaguez, lo apuñaló tantas veces con un cuchillo que le quitó la vida instantáneamente¹⁶⁹.

Manuel Atanasio Fuentes apunta que la autoridad borbónica dispuso que en Acho no se pregonara ni se vendiera aguardiente, la primera parte de la prohibición se había llevado a cabo; “para nada se nombraba al aguardiente, más los que lo venden pregonan agua de nieve, cebada con piña, la suertes. En cuanto a la venta, alguna concesión había de hacer la autoridad a los negociantes obedientes que ya no pregonaban el aguardiente sino dándole otros nombres” (1925: 148-149).

En 1795 el virrey Taboada elige a Manuel Mansilla Arias de Saavedra como juez conservador de la casa de Niños de Expósitos y de la Plaza de Toros por tres años. Luego de los cuales ya ante el virrey Ambrosio O'Higgins entregó el cargo¹⁷⁰. En su reemplazo se nombró al alcalde del Crimen y oidor Manuel María del Valle para que se encargue de la vigilancia y el orden de los dos edificios públicos.

3.7. Cuando el dinero se superpone al estatus social

Desde inicios del siglo XVIII el carácter caballeresco de las corridas de toros empezó a compartir y a la vez perder terreno frente a un factor que se acentuó con el pasar de los años: el económico. Para este siglo ya casi no hay mención alguna de honor, valentía y caballerosidad del torero. El parcial alejamiento de la nobleza limeña de la arena dio paso para que suba a la palestra elementos que antes habían sido secundarios o ignorados. El primero, y ya mencionado, es el protagonismo adquirido por la plebe que lidiaba más en un sentido de dinero que por honor. El segundo, es el cambio de interés de este honor caballeresco que era la razón de ser de las corridas durante el siglo XVI y XVII por el espectáculo que generaba observar la muerte del bicho. Este aspecto adquirió tal relevancia que se convirtió en el alma de la fiesta.

¹⁶⁹ AGN. Cabildo. Leg. 208, 1813.

¹⁷⁰ AGN. Superior Gobierno. Leg. 208, 1797.

No hubo alguien, salvo ese pequeño sector de limeños que se alejaron de las corridas, que mostrara su oposición por este cambio, ni los criollos ilustrados se resistieron a este nuevo sentir generalizado. La llamada fiesta estamentaria no desapareció, aún lo seguía siendo, pero su primacía ahora lo tuvo que compartir con el factor económico, aunque la balanza se inclinó más por el segundo. De esta forma, el objetivo de los ilustrados de marcar las diferenciales sociales y naturales frente a la plebe a través de este divertimento estaba siendo atrincherado por factores que ganaron protagonismo, y que no sumaban al plan de reformas sociales.

Para la época hablar de corridas de toros era hablar de un negocio provechoso por donde se le veía, debido a la ganancia que generaba tanto para el cabildo como para el arrendatario de la Plaza Mayor, cuando se efectuaba en este espacio. Esto generó que sin importar el privilegio que ostentaban algunos cuerpos institucionales en la función, se ponga en remate el sitio que ocupaban, mostrando la importancia de lo económico por encima a veces del estatus de algunos cuerpos. Las diferencias sociales y naturales estaban perdiendo legitimidad. Así sucedió con el reclamo que realizó el Real Convictorio de San Carlos al ver peligraba su posición dentro de este espectáculo.

El 18 de junio de 1784 el sacristán y rector del Real Convictorio de San Carlos, José Francisco de Aravellada, exigió que se ampare a su institución la posesión del sitio que ocupaba en la Plaza Mayor, específicamente en la esquina entre el palacio real y el cabildo, para disfrutar de las corridas de toros como era de costumbre¹⁷¹. Sostenía que en la próxima fiesta de toros que se disponía a realizar en la plaza en celebración del ingreso del virrey Teodoro de Croix, se intentaba despojar al convictorio del lugar que siempre había ocupado en las funciones.

Cuando había festejo taurino en la Plaza Mayor la división era de la siguiente manera: la bocacalle de Bodegones la cerraba con talanqueras el Colegio San Fernando, y armaba

¹⁷¹ AGN. Superior Gobierno. Leg. 20, 1784. El Convictorio de San Carlos no era la única institución educativa afín a las corridas de toros, la misma Universidad San Marcos se entregaba a las tauromáquicas celebraciones al establecer, conforme a prerrogativas de la Salmantina, que era precepto de los graduados costear una lidia taurina “que el que se doctrinara en ella, entre otras muchas gabelas, costeará una fiesta de toros en la plaza pública de esta ciudad, para gran regocijo de catedráticos y letrados [...] a la cual han de venir desde la casa del doctor graduado con acompañamiento e insignias. Y acabado el regocijo, llevarán al rector a su casa, y de allí llevarán al doctor a la suya” (Eguiguren, 1951). De forma similar que su homóloga la universidad hispana de Salamanca.

galerías de madera; las bocacalles de Mercaderes y Mantas corrían a cargo del Tribunal del Consulado; las de Santo Domingo y Palacio estaban encomendados al Convictorio de San Carlos; y las de Pescadería y del Arzobispo al Colegio de Santo Toribio, el toril estaba ubicado en la calle de Judíos, y los gastos ocasionados por el cierre de las mencionadas bocacalles se cubrían con el producto de los palcos y de los asientos de los tabladillos que se levantaban (López, 2005: 29). La inversión que realizaban estas instituciones rápidamente la recuperaban, debido a que las galerías eran alquiladas al público aficionado que no dudaba en pagar por ocupar un asiento.

El rector recuerda que su institución se haya amparado por una provisión librada en 1653 por el virrey García Sarmiento de Sotomayor, conde de Salvatierra, donde se ordenaba a los alcaldes ordinarios velar por el sitio a su favor.

Era costumbre del cabildo rematar la plaza al mejor postor; sin embargo, en el remate realizado en 1784 se consideró el sitio que legítimamente le correspondía al convictorio. El 23 de setiembre el cabildo informa al virrey que se había designado el costo que había de imponderse en su recibimiento público y los términos en que sería rematada la Plaza Mayor para las funciones. Sostuvo que se había determinado en concejo edil que el remate se realizase sin la reserva de sitio alguno, privando de este modo el que tenían los cuerpos. Los alcaldes ordinarios Andrés Francisco de Maldonado y Salazar Robles, y Manuel Lorenzo de León y Encalada¹⁷² solicitaron:

“La resolución insta sobre manera porque de ella solo está pendiente el cabildo para proceder al remate, que nunca podrá hacerse sin que la determinación del Real Acuerdo se intime a dichos cuerpos para que de este modo todos sepan que no han de reclamar el sitio, y el cabildo no se vea en la necesidad de sostener pleitos con el licitador, o con los que después, y quizá en el conflicto mismo hubiesen de reclamar”.

El cabildo solo esperaba y necesitaba una resolución del Real Acuerdo para proceder con el remate total de la Plaza Mayor, sin la obligación de reconocer espacio a cuerpo alguno. Para encontrar una solución a este problema se eligió un fiscal, quien luego que realice las

¹⁷² En 1785 León y Encalada ejerció el cargo de comisario de toros, propiciando la realización de trabajos a favor de la Plaza de Acho. AGN. Cabildo. Leg. 17, 1785.

respectivas averiguaciones elaboraría un dictamen del mismo. El 30 de setiembre el fiscal concluye lo siguiente:

“Que es justo se les atienda en la preferencia de los sitios donde en semejantes ocasiones han solido concurrir en cuerpo de comunidad, y que apeteciéndolos, no se arrienden a particulares; pero siempre con la calidad de satisfacer aquella cantidad, que legítimamente corresponda a la calidad y cantidad del terreno que necesitasen”.

En otras palabras no se abolió el privilegio del convictorio ni de los demás cuerpos, pero a cambio debían de contribuir con cierta cantidad de dinero con qué suplir la ganancia que se hubiera obtenido si el sitio hubiese sido arrendado.

En aquellos años el cabildo no pasaba por un buen momento económicamente, carecía de fondos suficientes, por lo que necesitaba aprovechar el valor de la plaza arrendando todo el lugar. En esa situación poco o nada le interesaba respetar el estatus de algunas instituciones, y menos aún respaldar la superioridad social del convictorio. Dejar de rematar la parte que a este cuerpo le correspondía, significaba dejar de percibir dinero que los asistentes gustosamente pagaban. El interés económico primaba por encima del resguardo de las jerarquías. En la construcción del nuevo orden social ilustrado los cuerpos tenían que mantener su posición, y ser reafirmado a la vez, para el sostenimiento legítimo de las diferencias sociales.

El cabildo no dudó en elevar su reclamo ante el virrey Croix para que resuelva su pedido. El 7 de octubre en el Real Acuerdo por voto consultivo se determinó:

“Queriendo su señoría servido podrá mandar se atienda a dicho colegio, y a los demás cuerpos que indica el expresado cabildo, en la preferencia de los sitios que en otras ocasiones han concurrida dichas funciones, con la calidad de satisfacer la cantidad que legítimamente corresponda, a la calidad y cantidad del terreno”.

Esta sentencia se reafirmó el 17 del próximo mes, cuando el visitador Jorge de Escobedo sostuvo que en el remate de la Plaza Mayor el cabildo tendría las mayores prerrogativas para realizarlo y así obtener el dinero suficiente para recibir al virrey como era de costumbre. No obstante, en esta facultad tuvo que exceptuar el remate del sitio que correspondía a los tribunales y al mismo cabildo secular. En el caso de los demás cuerpos

solo recibirían dicha preferencia si antes abonaban el valor correspondiente al sitio que ocupaban. Si deseaban seguir manteniendo sus presencias en la fiesta de toros ahora pagarían por un lugar “privilegiado” en el escenario.

3.8. Regencia del ilustrado Hipólito Unanue

El proyecto de los ilustrados tuvo su mayor esplendor durante la segunda mitad del siglo XVIII, ya que se encontró con el programa Borbón que trataba conseguir un mayor control sobre la plebe. Pero al iniciar el siglo XIX ese contexto favorable cambió. La cada vez mayor expansión de ideas libertarias y la creación de Juntas de Gobierno en todo el continente incidieron para que el ambicioso proyecto ilustrado pierda fuerza y convicción entre sus partidarios, al haber ahora otras prioridades que no podían esperar. Aunque aún existía el deseo de reformar este divertimento, al final terminó siendo opacado por los factores políticos.

En 1796 Leocadio Landaburu recibió la enorme tarea de administrar el coso que heredó de su madre. Sin embargo en 1800 tuvo que realizar un viaje a España para resolver algunos asuntos, otorgando poder para testar en su nombre, en el caso que le sucediera algo, a su tío Juan José Belzunce, en primer lugar, y segundo a Hipólito Unanue, su ilustre maestro¹⁷³. A ambos nombró sus albaceas y tenedores de bienes en el orden señalado, no obstante, su tío quedó como único heredero. Este cargo ocupó por corto tiempo, pues en 1801 falleció quedando el ilustrado Unanue en el manejo de los bienes, entre ellos el coso.

Para desgracia de Leocadio viajó a España cuando dicho país era invadida por la Francia napoleónica, siendo envuelto en el conflicto político. En 1809 la Juna Central española determinó que en el Perú se “secuestre” sus bienes por hallarse comprendido en la lista de los sujetos que se dice habían traicionado a la nación (Garland, 1948: 34). La Plaza de Toros y los productos que generaba pasaron a manos del gobierno colonial¹⁷⁴.

¹⁷³ AGN. Protocolo Notarial siglo XIX. Escribano Santiago Martel. Protocolo N° 397, años 1800-1805.

¹⁷⁴ Abascal eligió al oidor Juan Bazo y Berri juez comisionado para el secuestro de las fincas y bienes de Leocadio.

A finales del año la situación era crítica en España. La ofensiva francesa provocó que surjan acusaciones de traición contra los mismos miembros de la Junta Central (Guerra, 2001: 146). En ese escenario la participación de Unanue resultó vital, al ser asesor del virrey Abascal logró que el secuestro quede invalidado el 26 de setiembre de 1815, por medio de la manifestación eficaz que hizo respecto a los servicios y méritos contraídos por Leocadio con la corona española, y que eran a saber: coronel del regimiento de Carabayllo, regidor perpetuo del ayuntamiento de Lima y caballero de la orden de Calatrava. Unanue consiguió la devolución de la muy cuantiosa fortuna, propiedades y derechos (Garland, 1948: 34). Lamentablemente Leocadio falleció en Londres el 4 de julio de 1814 por una enfermedad que padecía. El comunicado de la devolución de sus bienes llegó a Lima recién en octubre de 1816¹⁷⁵.

Con el óbito de Leocadio se pasó a abrir su testamento para cumplir con sus voluntades que había dejado escrito. Unanue se encargó de llevarlo a cabo, empezó por otorgar veinte mil pesos para la alimentación de los presos de las cárceles de la ciudad¹⁷⁶. Luego pasó a la venta de la Plaza de Acho, para ello envió un expediente al virrey Abascal comunicándole su deseo de cumplir la voluntad de rematarla por los años que aún se le tenía concedido. El expediente contó con el aval del cabildo, esta institución informaba que no estaba en sus planes quedarse con el monumento arquitectónico¹⁷⁷.

La plaza se trasladó el 4 de octubre de 1817 al Hospicio de Pobres de Lima por los setenta y ocho años que faltaban para cumplir el asiento. El virrey Joaquín de la Pezuela se encargó de comunicárselo al cabildo para su conocimiento¹⁷⁸. En el comunicado incluye su preocupación por reformar las lidias así como la administración del coso¹⁷⁹. En estos últimos intentos de reformas sociales se aprecia como los criollos ilustrados empiezan a destinar su atención a otros asuntos mediáticos. La situación política era el nuevo tema

¹⁷⁵ Un mes antes, exactamente el 25 de setiembre se había realizado las exequias por el alma de Agustín Leocadio Landaburu, ceremonia que fue preparada por Unanue en la iglesia de San Francisco. LCL. Libro XLIV. Acta del 20 de setiembre de 1816.

¹⁷⁶ LCL. Libro XLIV. Acta del 19 de noviembre de 1816.

¹⁷⁷ LCL. Libro XLIV. Acta del 22 de noviembre de 1816.

¹⁷⁸ LCL. Libro XLIV. Acta del 24 de octubre de 1817.

¹⁷⁹ LCL. Libro XLIV. Acta del 27 de octubre de 1817.

central, pasó a segundo plano, lo cual no significaba olvido, el deseo de reformar el espíritu díscolo de la plebe en las funciones taurinas.

El 27 de noviembre Pezuela propuso una serie de modificaciones en el espectáculo, tratando de ordenar lo desordenado. Planteó corregir el descontrol plebeyo en las funciones y brindar mayor seguridad a los aficionados en su ocupación de los cuartos, galerías y asientos según cada tipo de persona. Para ello decretó unas instrucciones que se trasladaron al cabildo para su ejecución¹⁸⁰. De los catorce artículos que lo conforman, los más importantes para esta investigación son aquellos relacionados a la reforma del espectáculo y el referido a lo político. En el artículo cuarto se menciona:

“La primera galería a la derecha de la que ocupan los virreyes para el señor juez, graciosamente y mientras su comisión permaneciere. A ninguno de los que concurran les será permitido dejar de satisfacer el precio de la entrada, a excepción de los individuos del cabildo y el indicado señor juez, y limitándose esta gracia a sus personas solamente”¹⁸¹.

Con un sentido religioso se estipulaba que el juez debía de estar a la derecha del virrey, máxima autoridad en tierras americanas. Una forma sutil de revitalizar la legitimidad del sistema social al vincularse, en base a la alianza de los siglos XVI y XVII, lo político (virrey) y la base material de dominación (los toros) mediante la llamada fiesta estamentaria. Una alianza que ya no permitiría, aunque no es novedad y que es precisamente el octavo punto, que siga existiendo en la plaza lo siguiente:

“Cosa alguna indecente o ridícula, representada con figuras o ejecutada por personas a pretexto de baile de doña María, el monigote y otros, que ya están prohibidos justamente”¹⁸².

Lo indecente y lo ridículo le restaban seriedad a este divertimento, que si bien era sinónimo de júbilo, incitaban al desorden, al desenfreno de las pasiones de los asistentes y con ello al

¹⁸⁰ AHML. Superior Gobierno-Virreyes. Caja 004-CC-SG.

¹⁸¹ AHML. Superior Gobierno-Virreyes. Caja 004-CC-SG.

¹⁸² AHML. Superior Gobierno-Virreyes. Caja 004-CC-SG. Luego de la fabricación del coso para hacer más atractiva la fiesta se le presidía con papa-huevos, payas, cofradías de africanos y cuadrillas de parlampanes (mojigangas). Los parlampanes eran unos individuos vestidos de la forma más pintoresca posible, unos verdaderos payasos que divertían al público con sus no pocas veces arrojadas intervenciones frente al toro. Era una mezcla de corrida seria con bufa. (Valega, 1939: 354).

resquebrajamiento del orden interno que debía de primar en los espacios públicos¹⁸³. Asimismo, se aprecia que la búsqueda de reforma social había quedado casi de lado, los asuntos políticos del virreinato la desplazaban paulatinamente. El proyecto ilustrado se estaba truncando en medio de su ejecución. Además que la férrea resistencia de la plebe a sus costumbres anticuadas estaba imponiéndose a los intentos de cambios.

Los acontecimientos que sucedían en América y en la península, la invasión napoleónica, la abdicación forzosa de Fernando VII, la imposición de nuevo rey a José Bonaparte, causaron zozobra dentro de la élite limeña respecto al rumbo que estaba tomando el dominio español, pues precisamente la legitimidad en que se basaba estaba siendo cuestionada (Klarén, 2013: 165). En Lima Abascal de forma astuta adoptó una política de concordia para asegurarse la lealtad y apoyo de la élite, de ahí se explica que haya ayudado a los oficiales de la administración y contaduría general de temporalidades para que obtengan unos asientos privilegiados en las corridas a realizarse en Acho. Como ya se sostuvo, si bien la plebe compartía la misma afición con la nobleza limeña, ilustrados y principales autoridades, adentro existían mecanismos de diferenciación social.

En 1811 los oficiales de temporalidades solicitaron al ilustrado Unanue la asignación de una galería para presenciar las corridas de toros¹⁸⁴. Debido a sus diarias e indispensables ocupaciones laboraban hasta la una de la tarde en días de toros, lo cual no les daba tiempo para asistir con anticipación y obtener un asiento cómodo y decente en el coso. Por esa razón, le solicitaron que se digne en preferirlos en la asignación de una de las galerías que comúnmente se brindaba al público. No solo deseaban lograr cierta preferencia respecto al aficionado restante, sino que buscaron esencialmente realzar el cuerpo político al que pertenecían y empezar a ser reconocidos.

Desde la segunda mitad del siglo XVIII el rey borbón Carlos III tuvo como política desamericanizar el aparato estatal, desplazar a los criollos de los puestos más importantes y relegarlos a puestos menores, y con ello iniciar a recuperar el control político del virreinato.

¹⁸³ La instrucción formada por Pezuela se reafirmó el 23 de enero de 1818. LCL. Libro XLIV. Acta del 23 de enero de 1818.

¹⁸⁴ AGN. Superior Gobierno. Leg. 116, 1812.

Para concretarlo la corona se propuso tener una mayor representación a lo largo y ancho del territorio, ampliar la burocracia local y crear nuevos puestos e instituciones.

La burocracia que estaba surgiendo no quería perder ninguna oportunidad que implicaba reconocimiento y estatus. No cabe duda que observar desde un lugar preferencial los toros era un símbolo de mayor prestigio. La misma diferencia de precios, ya mencionado en líneas anteriores, de los distintos lugares desde donde visualizar la arena era una muestra de poder adquisitivo de cada individuo. A lo cual habría que agregar que en los mismos palcos existían distinciones, aquellos que acompañaban al virrey y lo rodeaban y el resto como los funcionarios de temporalidades que se ubicaban en el medio de la élite y la plebe, acercándose más al primero.

Sin mucha demora de manera sorpresiva Unanue niega la solicitud de los funcionarios, debido al estar completo los cuartos y galerías. En 1812 lo volvieron a solicitar, esta vez por medio del virrey Abascal. Los oficiales objetaron que si los individuos particulares eran atendidos mediante especiales recomendaciones, más aún lo debían ser las corporaciones como al que ellos pertenecían. Sin embargo, el 20 de noviembre del mismo año el ilustrado les volvió a rechazar el pedido, pese a la intermediación del virrey. Argumentaba no solo no haber galería ni cuarto vacío, sino que al igual que ellos otros funcionarios se quejaban de lo mismo y para llegar a cumplirles su pedido habría que despojar a unos, quienes posteriormente reclamarían lo mismo. Para esta fecha la Plaza de Acho dejó de ser uno de los espacios predilectos de irradiación del proyecto ilustrado del nuevo orden social, ahora era vista como un mecanismo de reforzar la posición política y social.

Los principales sitios, ejemplo los palcos y que decir de la galería creada para uso exclusivo del virrey, eran poblados por las más importantes autoridades como símbolo de la posición encumbrada que ostentaban, al mismo tiempo que fundamentaba la jerarquización de la sociedad del virreinato peruano. Pero con el aumento de la burocracia no era fácil decidir quiénes debían de tener un espacio en la plaza, pues mientras ellos aumentaban los asientos escaseaban¹⁸⁵. En ese sentido, había lógicamente una mayor preferencia en dotar de galerías

¹⁸⁵ Parecida situación se vivía en la ciudad de Puebla en México a inicios del siglo XIX, a raíz de los movimientos independentistas de los últimos años del régimen colonial (Rojas y Tirado, 2012).

a los más altos dignatarios que a funcionarios menores, incluso se llegó a despojar a algunos del lugar que ocupaban por satisfacer a otros¹⁸⁶.

Pese a esta posición de Unanue, dos años después no pudo negarse a las corridas a realizarse en el coso en conmemoración de la restitución del monarca español Fernando VII¹⁸⁷. El 18 de octubre de 1814 Abascal envió un oficio al ayuntamiento para que las corridas de toros en celebración de la vuelta del emperador al trono debieran de ejecutarse en la Plaza de Acho y no en la Plaza Mayor, según lo estipulado. No se perdía la ocasión para loar a favor del rey de España. Algunas gacetas y los propios listines taurinos dejaban asomar encubierta ira por esos “hijos ingratos” que estaban en procura de su independencia (Garland, 1948: 30).

3.9. Los toros a fines de la colonia

Hacia fines de la colonia los toros habían pasado por todo un proceso de legitimación y reconocimiento. De ser un medio eficaz de reproducir las diferencias sociales y naturales a través de la fiesta estamentaria, ser un espacio desde donde los borbones podían conseguir un mayor control hacia la plebe a la vez que se divertía, y por último ser un lugar a través del cual los criollos ilustrados podían afianzar el tipo de orden social soñado para reformar la sociedad, en las últimas décadas se vio envuelta por el fervor político que se expandió por todo el continente americano. Hablar de toros significaba un medio de ataque político o la ratificación de la importancia de un cargo.

A la fuerte y latente afición por los toros durante el gobierno del virrey Abascal se agregó un complemento nacional: el despeje¹⁸⁸. El despeje consistía en la exhibición sobre el ruedo de una compañía militar con uniforme de parada, haciendo “evoluciones, bailes de cuadrilla, con trenzado, balancín y cambio de parejas”. Hubo despejos en que los soldados se arrodillaban y con flores sacadas de la cartuchera trazaban letras en el suelo hasta poner

¹⁸⁶ En 1815 el brigadier Simón Pavago se presentó ante la Real Audiencia quejándose de haber sido despojado de la galería que ocupaba en la plaza de Acho, por lo que inició un alegato para recuperarlo. AGN. Sótano-Varios. Leg. 15, folio 129.

¹⁸⁷ AHML. Superior Gobierno-Virreyes. Caja 004-CC-SG.

¹⁸⁸ Para López Martínez se remonta al siglo XVII cuando la lidia se celebraba en las plazas públicas y la gente solía pasear por el escenario hasta que los alguaciles despejaban totalmente el lugar (2005: 85).

un *Viva mi amor*. Se trataba de una mojiganga militar ideada por los jóvenes limeños de la aristocracia y alto comercio, pertenecientes como oficiales al batallón de la Concordia (Palma, 1983: 389. Tomo III). Llegó ser un agregado importante al convertirse en el espectáculo más atractivo, aunque no duró mucho tiempo. En 1826 Felipe Santiago Salaverry, capitán entonces, burló la expectativa de los asistentes de Acho y suprimió esta parte espectacular y ridícula de la exhibición militar (Valega, 1939: 354).

En el contexto internacional del mandato de Abascal, España sufría los estragos de la invasión napoleónica, era un momento en que la metrópoli no pasaba por una buena situación económica. Un rey capturado, la división de los reinos, déficit económico, la baja moral de la población, estos hechos afectaron también al otro lado del atlántico. El 31 de enero de 1809 Abascal decretó que se disponga a realizar dos corridas de toros en Acho, cuyo producto iría de donativo voluntario a España para que sea destinado a salvar “la Religión, el Rey y la Patria”¹⁸⁹.

Durante el tiempo que duró el secuestro de Fernando VII en toda América surgieron levantamientos contra los invasores franceses en nombre del rey cautivo. Junto a esta reacción estuvo la exaltación patriótica que se veía en los impresos peninsulares y americanos y en las ceremonias cívicas que se fundamentaba, según apunta Xavier Guerra, en valores antiguos: fidelidad del rey, defensa de la religión, de las costumbres y de la patria (2001: 120). Estos valores antiguos fueron la base del discurso que se utilizó para apoyar al gobierno español. Abascal utilizó este patriotismo para persuadir a Unanue, quien valga mencionar era un claro partidario del continuismo del sistema colonial, de la urgencia del cobro de los réditos que originarían las dos corridas de toros que estaban prontas a realizarse.

El virrey, en sentido adulador, subraya “este leal y generoso pueblo”, refiriéndose al limeño, se había privado de todas las diversiones públicas por preferir ocuparse únicamente “en implorar por su salud, libertad y prosperidad”¹⁹⁰ de Fernando VII. La respuesta y acción del ilustrado Unanue no se hizo esperar, dando su apoyo a la hueste realista. Las dos corridas se ejecutaron, recabándose la jugosa cantidad de 7,774 pesos, dinero que se

¹⁸⁹ BNP. Fondo Antiguo Manuscrito. Lima 31 de enero 1809.

¹⁹⁰ BNP. Fondo Antiguo Manuscrito. Lima 31 de enero 1809.

entregó el 21 de febrero a la Tesorería General de la Real Caja de Lima para que lo remita a favor del rey en la guerra que sostenía contra los franceses¹⁹¹. La ardua labor de Unanue para que se lleven las dos corridas fue de la admiración del mismo Abascal, le agradeció por su “exactitud y esmero” a favor de las urgencias económicas de la metrópoli¹⁹². Si la resistencia española era al mismo tiempo la defensa de la patria (Guerra, 2001: 152), en América los vasallos americanos tenían la obligación de tributar a esa lealtad que tanto aclamaban, y en el caso limeño el producto que originó las corridas era un excelente medio para expresarla materialmente, así lo entendió Unanue.

En la postrimería del colonialismo las autoridades locales tuvieron que recabar fondos de diversas partes para sostener al ejército realista que luchaba contra el ejército libertador. El último virrey, José de la Serna, en 1821 recurrió también a los productos que se obtenían de las corridas en el coso para seguir manteniendo al regimiento de Concordia y al ejército¹⁹³. Para ello informó al asentista de la plaza, José Antonio Morote quien había conseguido su arrendamiento, para que entregue los productos de las dos corridas que habían de realizarse después de la pascua de resurrección.

La solicitud la realizó el 23 de febrero de 1821, indicaba que tales corridas iban a beneficiar a la loable labor del regimiento y del ejército, debido a la falta de fondos que subvengan los gastos indispensables que tenían. Empero, Morote se resistió a seguir lo dicho, al afirmar que el arrendamiento que había firmado en ningún punto se le obligaba entregar la plaza por más motivo que surgiese. La misma posición tuvo el Hospicio de Pobres, que se negó a entregar los productos de las corridas.

La situación era crítica para el virrey, ante el acecho de San Martín y el avance del ejército libertador, tuvo que recabar fondos de cualquier forma posible, incluso pasando por encima de edictos establecidos como el instituido el 6 de octubre de 1798, en el cual se sostenía que no se podía otorgar tales permisos de ceder a terceros las corridas¹⁹⁴. El 3 de abril la Serna

¹⁹¹ BNP. Fondo Antiguo Manuscrito. Lima 21 de febrero 1809.

¹⁹² BNP. Fondo Antiguo Manuscrito. Lima 21 de febrero 1809.

¹⁹³ AHML. Correspondencia Externa. Caja 001-CC-CE.

¹⁹⁴ En el decreto del 6 de octubre de 1798 el rey Carlos IV ratificó las condiciones del contrato entre el fundador Landaburu y el gobierno, reafirmando la disposición que no se permitan más que las ocho corridas designadas, y que no se jugaran en días de riguroso precepto ni en las horas asignadas a los Oficios Divinos (Fuentes, 1866: 223).

no tuvo otra opción que establecer mediante un decreto que el regimiento de la Concordia se encargaría del gobierno económico y político de todas las funciones y facultades que residían en la Junta de Beneficencia, es decir, del Hospicio de Pobres. Sin embargo, los esfuerzos de la Serna fueron en vanos, no evitó la llegada de la expedición libertadora y la pronta proclamación de la independencia celebrada el 28 de julio en la Plaza Mayor.

La corrida de toros también era empleada como propaganda contra los patriotas. Se registran los siguientes casos: en 1815 se abatió al toro llamado Pumacahua, capeado por Juan Breña, a quien el público obsequió más de mil pesos. En 1820 los listines¹⁹⁵ procaces injuriaban a San Martín y a los patriotas. Figurones que representaban a los libertadores se exhibió en el ruedo para que los toros los destrocen (Valega, 1939: 355). Los programas taurinos ya no aparecían con loas al monarca español, sino atacando a los insurgentes. Ante la inminente llegada de las fuerzas foráneas, entre los ramplones anuncios de una corrida en lugar de los acostumbrados elogios al rey, aparecían como escondidas unas líneas dedicadas al virrey Pezuela, que bien pudieron interpretarse como muy esquinados pensamientos o demostración de un franco temor (Garland, 1948: 38). Un temor que se volvió realidad con la jura de la independencia.

Post independencia una de las medidas de San Martín fue la posesión la plaza, entregándola al marqués de Montemira. El primero de diciembre de 1821 el marqués acordó que se utilizaría la ganancia de las entradas en beneficio del ejército libertador. Esta disposición continuó hasta fines de 1826 en que finalmente es devuelta a su legítimo dueño, el Hospicio de Pobres (Garland, 1948: 39). Se conocía que una de las predilecciones favoritas de San Martín eran las corridas de toros, y la élite limeña a sabiendas de esto no dudó en organizar cuatro corridas en homenaje a su loable hazaña del 28 de julio. En la primera temporada republicana se recabó 25,000 pesos, dinero que se destinó al ejército sanmartiniano y a la construcción del navío “San Martín” (Garland, 1948: 40).

...

¹⁹⁵ En 1809 un listín de uno de los programas de las corridas a realizarse se titulaba *El Toro Maestro* e incluía versos donde la valentía española aparecía enfrentada a la perfidia francesa (Odriozola, 1877: 384-385. Tomo X).

Las corridas de toros eran por excelencia la evidencia de la jerarquización social. La construcción del coso no significó mayores cambios en su estructura interna; es decir, la fiesta taurina continuó con el mismo ritual de siglos anteriores pero con ciertas modificaciones. La lid era en esencia emblema de la sociedad estamental, a pesar que el protagonismo lo ejercía el populacho. Es más, en los años de auge de la Ilustración el coso fue memorado por los criollos ilustrados por las cualidades que poseía, sin soslayar a todos los que participaban de una u otra forma.

Sin embargo, es preciso recordar que este júbilo que inundaba a todo el casco urbano se debió al grado de españolización que existía en Lima. La invasión, conquista y la imposición de nuevos patrones culturales lograron formar una sociedad a la española. En el ámbito de las costumbres la influencia es nítida, la lid de toros es una de las insignias de la cultura española. En dicho país se mantuvo a pesar de los ataques que recibió de un sector de los ilustrados que se oponían a su continuación. Ese espíritu por las corridas también se sintió aquí. Los propios criollos ilustrados José Rubí, Hipólito Unanue, Cerdán y Pontero, por mencionar algunos, las principales autoridades civiles, en menor grado las religiosas, los académicos y por supuesto la plebe, todos sintieron esa pasión por los toros. Prácticamente no hubo alguien que se opusiera.

Por otro lado, la edificación de la Plaza de Toros en 1766 significó un duro golpe a las llamadas corridas callejeras, pues pasaron a ser prohibidas y eliminadas de las calles. No obstante, de modo similar a las peleas de gallos, el proyecto urbano Borbón de librar a la ciudad de esta clase de corridas y centralizarlas en un punto visible para obtener un mayor control sobre la plebe no se concretó del todo. Aún después se evidenciaron corridas fuera del lugar señalado y sin la autorización oficial. Nuevamente la plebe mostraba su resistencia y el poder que tenía para decidir en donde y a qué hora divertirse. No le bastaba con las ocho corridas anuales y las realizadas en importantes fiestas ciudadanas, necesitaba disfrutarla más, y si ello implicaba desobedecer la norma oficial no reparaba en hacerlo. El proyecto ilustrado no terminó por imponerse a la afición plebeya, al final terminó sucumbiendo ante su tenacidad, cuya posición se reforzó con los aires políticos del siglo XIX.

La realidad muestra que ese mayor control que se quiso lograr no se consiguió completamente. No se podía reformar la sociedad si no se controlaba a la plebe. En el concilio limense llevado a cabo en 1772 se tocaron diversos puntos que dañaban sintomáticamente la imagen de la iglesia católica. Uno de ellos es significativo para este trabajo, pues apunta la presencia de las llamadas corridas de iluminados en los días de fiestas. En las primeras páginas de este capítulo se los ha mencionado, ahora ahondaremos un poco más. Estaba prohibido por la santidad papal que se lidien en días de fiesta religiosa. Tal prohibición llegó al virreinato peruano, pero en la práctica era nulo el obediencia por parte de los fieles.

En uno de los capítulos del concilio se buscó renovar “las sobredichas constituciones” acerca de prohibir las corridas por la noche o en algunas de las noches de los días antecedentes en que había fiesta, esto por “la ocasión que dan para la disolución y desorden, y los inconvenientes que de esto se siguen y exhorta a las justicias seculares, a que hagan observar lo uno y lo otro en la forma que se ha expresado” (Vargas Ugarte, 1952: 65. Tomo II). Al lado del desorden que se producía, en el concilio se considera insano que haya corridas en días que supuestamente eran dedicados a la devoción religiosa. De igual forma proscribía que “en ningún día después de haber anochecido los que vulgarmente se llaman iluminados”. Este último es el que nos interesa, más que la prohibición en sí es el hecho que después de la edificación del coso la plebe seguía disfrutando al aire libre de los denominados “iluminados”.

La plebe aprovechaba la llegada de los días estipulados en que se rendía culto a la religión para jugar de noche con los iluminados, al margen del accionar policial de las autoridades. La reforma urbana Borbón no contó con la audacia del populacho de encontrar momentos idóneos en donde realizar corridas fuera del coso sin sufrir demasiadas restricciones. Incluso lo dicho en el concilio no tuvo la repercusión esperada, en el citado decreto de 1798 Carlos IV reafirmaba nuevamente la disposición “que no se jugaran en días de riguroso precepto ni en las horas asignadas para los Oficios Divinos, siendo peculiar del gobierno señalar los días de toros”. La astucia y poder de la plebe encontraron salidas a las cerraduras impuestas por los borbones en querer limitarle su afición por las corridas de toros y así desafiar las reformas ilustradas de un mejor orden social.

CAPÍTULO IV

EL REAL COLISEO DE COMEDIAS ¿LA ESCUELA DE LA MORALIDAD?

De las diversiones públicas limeñas de mediados del siglo XVIII, el Coliseo de Comedias es la que tuvo la mayor aceptación de las autoridades y en especial de los criollos ilustrados. No solo se trató de una diversión que recreaba, era un importante vehículo para enseñar las buenas costumbres y civilizar a la plebe que asistía sistemáticamente. A diferencia de las peleas de gallos y las corridas de toros, este era el espacio predilecto desde donde difundir los principios ilustrados. Por esa razón, a través del teatro se puede visualizar en qué consistía el proyecto ilustrado de un nuevo orden social; interiorizar en el hombre patrones basados en la razón, educarlos hacia conductas moderadas, respeten la autoridad y las jerarquías sociales. Para ello se impulsó piezas con contenidos moralistas y producir así en el público asistente, en particular en la plebe, una especie de catarsis ilustrada. Las diversas reglamentaciones, reformas y prohibiciones en el coliseo estuvieron orientadas hacia dicho fin.

No obstante, esta intención presentó contradicciones al permitir la permanencia de piezas con contenido religioso ridiculizado y más aún paganas que eran opuestos a los ideales ilustrados, dándose de ese modo dos vertientes paralelas: por un lado, el impulso de recrear piezas con un sentido humano, que personifique las bondades y actitudes que se debían de tener, y por el otro, la condescendencia hacia las piezas burdas ajenas a la moral ilustrada. El intento de convertir el Coliseo de Comedias en una auténtica escuela de impartir la moralidad y se acople al proyecto de orden social se vio franqueado por este hecho y por otros que se analizarán en su momento a lo largo de este capítulo.

Para mediados del XVIII existía un local donde representar piezas teatrales, por lo que esa parte de la tarea urbana Borbón de un lugar para cada diversión ya estaba hecha. Desde las

primeras décadas de la colonia las escenas teatrales se daban en el corral de comedias¹⁹⁶ como también eran representadas al aire libre en importantes acontecimientos de la ciudad¹⁹⁷. El recibimiento de los virreyes, el fallecimiento y la llegada de un nuevo monarca al trono español, los aniversarios de la familia real, las fiestas religiosas, la elección del nuevo arzobispo, entre otros, eran sucesos donde se montaba escenarios abiertos. Los lugares predilectos fueron la Plaza Mayor y el interior del palacio del virrey, en esta última las piezas teatrales eran más personales y dirigidas exclusivamente para las principales autoridades que acompañaban al mandatario colonial.

Al difundirse el gusto por las pantomimas, se amplió y se adecuó nuevos escenarios efímeros. Las primeras representaciones son los llamados autos sacramentales de corte alegórico y de finalidad religiosa, que en los días de Corpus Christi se ofrecían en tablados o carros, a veces en el propio atrio de la catedral o en las plazas limeñas (Bromley, 1964: 212)¹⁹⁸. Esta era una fiesta adecuada según la iglesia para el simbolismo del teatro. Rosa María Acosta cita que “desde 1560 los gremios presentaban danzas, entre otras cosas, y eran retribuidos con un premio. Pero recién en 1563 se llevaría a cabo la primera obra de teatro el cual tuvo un hondo contenido religioso, a semejanza de las representaciones eclesiásticas de la Edad Media” (1997: 62). Por su parte Atanasio Fuentes sostiene que las representaciones dramáticas que se daban en los días de Corpus “no eran autos sacramentales como las que se presentaban en Madrid, sino comedias formadas. Aunque se procuraban que fuesen religiosas, como la fábula es el alma de la comedia, ninguna era tan casta que no se mezclasen en ellas algunos amores...” (1866: 437).

En los primeros años el teatro tenía una orientación religiosa. Los frailes y sacerdotes lo usaron en su labor evangelizadora de propagar la fe dentro de la población indígena. Lo cual no implicaba la aceptación de comedias de todo tipo; es decir, solo eran permitidas las que tenían un contenido religioso acorde a los preceptos de la iglesia, mientras que las profanas fueron condenadas y por ende rechazadas.

¹⁹⁶ Corral de comedias, teatro o coliseo de comedias, eran los nombres con que comúnmente se le llamaba al espacio donde se actuaba. Para el siglo XVI y XVII se prefirió el nombre de corral de comedias, mientras que en el siglo XVIII se optó por el de coliseo.

¹⁹⁷ López Cantos refiere que hay un consenso entre los historiadores del teatro americano respecto a que existió un teatro autóctono o al menos en su embrión antes de la llegada de los españoles (1992: 201).

¹⁹⁸ El autor agrega que los autos sacramentales o comedias a lo divino, fueron posteriormente entremezclados con entremeses o comedias a lo humano de contenido regocijante y con la inclusión de artistas cómicos.

Los conquistadores españoles quisieron integrar la conversión a un proceso de transformación cultural destinado a desembocar en una reproducción de la vida urbana occidental, con sus costumbres cristianas que les asegurase el estatus señorial (Estenssoro, 2003: 38). Esto no impidió que a los indios se les permitiera representar comedias relacionadas a episodios de su pasado incaico, a las que asistían el mismo virrey y las demás autoridades. El teatro popular autóctono continuó funcionando hasta muy avanzada la colonia. Obras como *Ollantay* y otras dramáticas siguieron dándose hasta 1782, fecha en que se prohibieron por el visitador Areche con motivo de la sublevación de Túpac Amaru II. En su sentencia ordenaba el cese de toda fiesta donde los indios celebraban en memoria de sus incas¹⁹⁹.

Los españoles tuvieron la ardua tarea de propagar su fe a una población que carecía de los hábitos de leer y escribir, pero principalmente de entender la lengua castellana. Esto dificultó la labor de los religiosos que vieron justamente en el teatro un puente accesible de acercarse a los indígenas y enseñarles mediante la predicación la fe y creencia en el dios católico. Además del teatro, Nicanor Domínguez señala que uno de los métodos iniciales para la evangelización de los pueblos indígenas fue el uso de cartillas manuscritas que traducían a los principales idiomas nativos las oraciones y fórmulas de la religión católica (1994: 65).

Por esta razón la representación teatral se dio en su propio local, en las más importantes fiestas y en la labor evangelizadora de los frailes, en general estaba integrado a la vida social de Lima colonial. Según Rosa María Acosta “en las plazas públicas tenía lugar unas representaciones escénicas exclusivas de esclavos negros y libertos. Vestidos suntuosamente por sus amos representaban las luchas entre moros y cristianos, siendo a poco tiempo suprimidas porque un negro huyó con la ropa y las joyas de sus amos, las que ascendían a un valor de diez mil pesos” (1997: 128).

Así como el teatro caló en el gusto de la población, también las autoridades se encargaron de controlarlo, de evitar excesos y regular las piezas llevadas a las tablas. Diversos autores apuntan que la censura teatral nació en 1614. Una censura que tuvo connotaciones elitistas por tratar de proteger a un sector de la sociedad. La noche del 3 de noviembre de dicho año

¹⁹⁹ La cita es tomada del texto de Valega, 1939: 280.

se representó una comedia a cargo de la compañía que Gabriel del Río manejaba. Esta pieza fue compuesta por el connotado vecino, hidalgo, mayorazgo y regidor de la ciudad Fernando Carrillo de Córdova. La comedia trataba de su vida y sucesos, se accedió a su escenificación porque supuestamente solo era asunto de farsa y de risa sin agravio a persona alguna, incluso alegó que la pieza tenía permiso del mismo virrey marqués de Montesclaros para su realización. Sin embargo, el escándalo que produjo la obra llevó al ayuntamiento a declarar que por no haberse examinado antes de su representación, se había dado permiso a muchas cosas en perjuicio de personas distinguidas, contra la autoridad y la honestidad pública.

El remedio a esta situación fue que en adelante se notificaría a los autores de comedias que de ninguna manera representarían obra alguna sin que primero haya sido vista y examinada por la persona que al efecto sería designado por el cabildo. Por su parte Fernando recibió una gran reprensión y se le prohibió el ingreso al cuerpo capitular por dos meses²⁰⁰. La censura que se impuso no era a las comedias en general, solo a aquellas de denigraban a la élite y autoridades. Aún no nacía la verdadera censura teatral propiamente dicha. Esta era una simple medida para protegerse a sí mismos, ya que no se cuestionó las representaciones hagiográficas, de reyes, autobiográficas ni el comportamiento de los cómicos, es más esta supuesta censura solo quedó en el papel. No se niega que empezó a haber una regulación, pero todavía persistirían las comedias como la ofrecida por el regidor Carrillo.

Debido a la demanda del público en 1660 el corral de comedias se reedificó ampliándose el espacio y el número de aposentos para albergar a toda la gente que acudía, pues no solo se generaba la molestia de los concurrentes que se quedaban de no poder entrar, sino que los asentistas perdían dinero por cada función. El costo de la construcción llegó a la suma de 62,132 pesos y 6 reales; el patio contaba aproximadamente con 250 bancos o escaños cada uno para dos o tres personas, dos andanas de aposentos sobrepuestas y la respectiva cazuela para las mujeres. Además se aumentaron el número de los palcos a 60 distribuidos en tres pisos, fuera de los tres reservados para la audiencia, el cabildo y la hermandad del hospital

²⁰⁰ El caso ha sido estudiado por Bromley, 1944: 37-42; Lohmann, 1945: 130-138.

de San Andrés²⁰¹. Estos últimos palcos gozaban de mayor amplitud y prestancia. Llevaban en los antepechos unos balaustres torneados de madera amarilla que los podía diferenciar del resto²⁰².

La apertura del nuevo teatro se efectuó el 12 de noviembre de 1662, lo estrenó el virrey Luis Enríquez de Guzmán, quien hizo público su gusto por las comedias por lo que a partir de esa solemne inauguración empezó a llamársele coliseo, para indicar su magnificencia como el construido en Madrid en 1640 (Lohmann, 1945: 254).

En el siglo XVII, y con mayor notoriedad en el XVIII, era común encontrar en las funciones a importantes autoridades como a distintivos miembros de la nobleza, quienes deseando evitar algún tipo de incomodidad adquirieron palcos o balcones dentro del coliseo para disfrutar cómodamente de las representaciones. El cronista Joseph de Mugaburu menciona que en 1661 fue al corral de las comedias el virrey conde Alba de Aliste, en donde hubo mucha gente de la población, motivo que lo llevó a que echara por los balcones del coliseo colación a los que estaban mirando la comedia mientras que a los comediantes se les entregó mil pesos (1935: 53. Tomo II).

Las comedias religiosas como se advirtió no estaban excluidas de las piezas teatrales. El jueves 11 de febrero de 1672 a las ocho de la noche se presentó en el patio del palacio la gran comedia titulada “Arca de Noé”, con la presentación de unas nunca antes vistas tramoyas, parecidas a las que se realizaban en Madrid, al que asistieron, según el cronista, el virrey con toda su familia, los oidores, y por ser una comedia religiosa no podían faltar la presencia de los padres de la Compañía de Jesús, y en general toda la comunidad, el que acabó muy tarde (Mugaburu, 1935: 145. Tomo II).

Pese a que el teatro no era muy bien visto por las autoridades religiosas, no llegaron a condenarlo de forma radical, incluso sintieron inclinación hacia él. Muestra de ello es la asombrosa comedia realizada por los mismos padres de la Compañía de Jesús, en su convento, al señor arzobispo fray Juan Almoguera que se tituló “El Príncipe de Fez” el

²⁰¹ En 1602 el virrey Luis de Velasco y Castilla creó el ramo del corral de comedias. De manera anual el administrador del corral otorgaría cierta cantidad de pesos a favor del hospital de San Andrés, además que reservaría algunos asientos para la hermandad.

²⁰² Sobre la reconstrucción del corral de comedias, véase Lohmann, 1998: 131-150.

lunes 13 de agosto de 1674 (Mugaburu, 1935: 173. Tomo II). Con la llegada de los jesuitas el teatro adquirió mayor impulso, tanto como entretenimiento como de instrucción a la población. Se escenificaban piezas con asuntos religiosos y leyendas hagiográficas de caballeros de cristo que luchaban contra el mal, cuyas aventuras llegaron a ser sentidas como propias por el auditorio (Acosta, 1997: 128).

A comienzos del siglo XVIII estuvo por las costas del Perú el viajero francés Amadeo Frezier, quien recorrió las provincias y poblaciones que comprendían la mayor parte de la franja litoral costea. En la relación de su viaje hace mención de unas comedias que presencié en Pisco, las cuales son muy importantes por mostrar algunos aspectos que estuvieron presentes a lo largo de todo este periodo y que responden a los insuficientes esfuerzos por reformar el teatro en pro de convertirlo en el centro predilecto de transmisión de los ideales ilustrados. Frezier refiere al momento cuando los mulatos hicieron una fiesta en honor de Nuestra Señora del Carmen. El jueves 14 de setiembre (no precisa el año, pero es entre 1712 y 1713) al atardecer los mulatos comenzaron la solemnidad con la comedia titulada *El príncipe poderoso*, escrita por un poeta español. Es áspero en su comentario al mencionar:

“Como esta nación tiene el gusto depravado de mezclar en sus espectáculos lo sagrado con lo profano, [...] en efecto, aunque no podría imaginarse nada más ridículo que la decoración del fondo del teatro cuyo punto de perspectiva estaba rematado por un altar sobre el cual se veía una imagen de Nuestra Señora del Monte Carmelo rodeada de cirios encendidos y donde todos los actores comenzaron su prólogo de rodillas, dedicando la pieza a la virgen. Por esa piadosa invocación se podría haber creído que la comedia resultaría edificante para los espectadores; pero mucho me desengañé cuando vi sobre el escenario el contraste entre la piedad de Segismundo abrazando a un crucifijo a quien se dirigía ante una adversidad, y la licencia de los bufones de la obra y de los entremeses que se la mezclaban, cuyos parlamentos no eran sino una sarta de obscenidades groseras o poco disimuladas” (1982: 168).

Esta cita valiosa alude al particular gusto por combinar en la representación lo religioso con lo pagano, y que no es un hecho aislado, en el mismo coliseo limeño esta particularidad se mantendrá e incluso compartirá espacio en las tablas junto a las renovadas piezas teatrales propuestas a finales del XVIII por los criollos ilustrados y las más importantes autoridades.

Al atardecer del domingo de la misma semana, apunta Frezier, se representó la comedia *La vida de San Alejo*. Esta era una comedia española impresa en Madrid en 1658. Al viajero le resultó muy extraño “ver en la primera jornada al ángel guardián de San Alejo y al diablo disputarse el derecho de incitarlo a abandonar a su mujer o a permanecer con ella. En la segunda, el demonio se disfrazó de pobre y en la tercera, de marinero, y hacia el final de la segunda, un coro de ángeles encerrado en una ermita, canta dos veces el principio del *Te Deum*, al son de las campanas” (1982: 169). Lo curioso de estas ficciones y de los personajes era:

“Para nosotros los franceses que asistimos a ese espectáculo, un tema de broma tanto más pesado cuanto que estábamos acostumbrados a obras censuradas, y en las cuales la veneración que se tiene por las cosas santas, no admite en modo alguno la mezcla de lo sagrado con lo profano, como sucede en esta de la que estoy hablando, [...] no relato esto como si se tratara de algo extraordinario o nuevo para Europa; ninguno de los que han viajado a España ignora el gusto de sus dramas, donde los temas de devoción siempre tienen algún lugar; de modo que todavía se observa allí lo que ocurría en época de nacimiento de nuestro teatro francés” (1982: 169)²⁰³.

Por último comenta otros aspectos de la representación. Referente a los actores “por ser gente de la hez del pueblo (ya que todos eran mulatos) y no comediantes de profesión, representaban sus papeles bastante bien, dentro del gusto español. En los entremeses noté la afectación de introducir doctores vestidos con traje de ceremonia, haciendo extravagancias. No sé cómo los eclesiásticos, que prácticamente son los únicos doctores con título que poseen de doctor, se avienen a esos juegos, pues si se debe hacer alguna impertinencia los bonetes siempre son de la partida” (1982: 170). Este espacio que se da al testimonio del francés Frezier es sintomático en son que refleja los problemas cardinales del teatro limeño. Los reformadores dieciochescos combatirán sin descanso estos elementos grotescos, desfasados e incompatibles con los propósitos ilustrados. No se profundiza más porque todas estas cuestiones se desarrollarán de manera minuciosa más adelante.

Continuando con las vicisitudes del coliseo antes de las reformas ilustradas, el siglo XVIII presentó diversos problemas a los administradores del local. La poca concurrencia a las

²⁰³ En la representación San Alejo es presentado paradójicamente como un santo de pocos escrúpulos para mentir.

funciones y la falta de cómicos conllevaron a una merma de los ingresos, esta situación provocó que la hermandad que la regentaba planteara su demolición. Para felicidad de los aficionados, del asentista y de las autoridades no llegó a darse²⁰⁴.

Sin embargo, el terremoto que azotó a la ciudad el 28 de octubre de 1746 ocasionó que el coliseo quede completamente en ruinas. El virrey Manso de Velasco tuvo la quijotesca tarea de tomar las medidas pertinentes para empezar la reconstrucción de la ciudad. Precisamente meses después del movimiento telúrico en España Felipe VI fue conmemorado como nuevo rey. Su ascenso llevó a que en Lima se realizaran preparativos para celebrar tan magno evento. De forma rápida se tuvo que pasar la página de lo acaecido solo meses antes y celebrar con gran júbilo y algarabía su ascenso al trono, sin que falte las escenas teatrales²⁰⁵.

Se llegaron a escenificar tres magníficas piezas de teatro en febrero de 1748 que fueron ofrecidos en el palacio virreinal, aparte de las óperas y conciertos que también estaban incluidos en el repertorio. Una de ellas titulada *Ni Amor se libra de amor*, cuyo eje temático giraba en el renacer de la ciudad, luego del terremoto, con apoyo del electo monarca y de la jura de fidelidad hacia él (Lohmann, 1945: 400)²⁰⁶. Al parecer de Susy Sánchez los entretenimientos públicos fueron mecanismos de recuperación psicológica para la población limeña, ya que las alegrías colectivas actuaron como catalizadores pues permitieron distender angustias y preocupaciones (2003: 170).

²⁰⁴ La hermandad del hospital presentó un memorial al gobierno solicitando autorización para imponer 8,000 pesos a censo, a fin de socorrer con esa suma a los nuevos cómicos y atender el gasto que significaba la adquisición de vestuario. Lo que fue aprobado por el virrey marqués de Castelfuerte el 16 de enero de 1727. ACBPL. Documento Empastado. Acta del 22 de diciembre de 1726, y 18 y 26 de enero y 18 de febrero de 1727.

²⁰⁵ En el caso de las corridas de toros se tomó la decisión de no celebrarlas para ahorrar dinero y evitar un comportamiento escandaloso (Walker, 2012: 225).

²⁰⁶ El teatro ligado a lo político tuvo una de sus máximas expresiones en Pedro de Peralta y Barnuevo, escritor limeño de inicios del siglo XVIII cuya producción gira en torno a la vinculación de los intelectuales criollos con la autoridad virreinal, aunque era una vinculación de subordinación. Mediante sus creaciones teatrales Peralta buscaba presentar la importancia y el espacio que ocupaban en el poder y el rol que cumplían los intelectuales en el sostenimiento y legitimación del imperio como cuerpo político, al otorgar: discursos asociados a ceremonias o festejos oficiales realizados en Lima, ser los responsables de narrar el recibimiento de varios virreyes en la Universidad de San Marcos o de dar el discurso para la ocasión (Rodríguez Garrido, 2008).

De forma acelerada se reconstruyó el coliseo gracias a la labor emprendida por el mayordomo del hospital de San Andrés Pedro del Villar y Zubilaux²⁰⁷. En 1749 el local ya estaba nuevamente habilitado para ofrecer funciones públicas; en total se invirtió 32,000 pesos (Lohmann, 1945: 404-405). Esta prisa por devolver esta diversión a la población no solo estaba relacionada con el afán de hospital de seguir contando con este ingreso, sino por seguir ofreciéndole a la plebe uno de sus gustos predilectos. El teatro era también un importante medio de “relajamiento” para las duras faenas de trabajo que sobrellevaba, y eso lo sabían perfectamente las autoridades. Así que para retomar el control en el populacho era necesario divertirlo, mantenerlo calmado luego del terremoto de hace dos años y recobrar el orden sobre los habitantes y la ciudad en general.

A pesar de la reedificación no volvió a tener la presencia deseada de espectadores. El miedo suscitado por el movimiento telúrico todavía estaba latente dentro de la población, ello se vio reflejado en la claustrofobia desarrollada por los asistentes, quienes dudaron en asistir ante el temor de que pudiera suceder otro evento parecido, y más si gran parte de la reconstrucción de la casa fue en base a la madera que se recogió del arruinado hospital de San Andrés (Sánchez Rodríguez, 2005b: 115-116). A lo que habría que agregar la fama que adquirió el local de ser un lugar enfermizo y nocivo para la salud, porque “el viento que repercutía en la cerca de la frontera del mentado convento agustiniano, penetraba en la sala por el callejón en entrada a la misma, y en el estío, en vez de refrigerante, formaba una corriente que se reputaba como dañina, provocando dolores de costado y romadizos” (Lohmann, 1945: 406)²⁰⁸.

Otro factor que incidió a esta situación la menciona el mayordomo Zubilaux, el 19 de diciembre de 1750 presenta un memorial al virrey Manso de Velasco acerca de la decadencia que había devenido el coliseo debido a la realización de juegos de toros en chacras y contornos de la ciudad²⁰⁹. Los aficionados preferían los toros que a las comedias. Sucedió que con frecuencia se jugaba a los toros en chacras como la del señor Breña,

²⁰⁷ Algunos autores atribuyen al intelectual Pablo de Olavide ser el artífice de la reconstrucción: Moncloa, 1909: 8; Prado, 1941: 153; Ballesteros, 1972: 314; Sánchez, 1977: 16. Esta tesis ya ha sido refutada por posteriores investigaciones, entre ellas la de Pérez-Mallaína, 2001.

²⁰⁸ En general luego del terremoto el virrey Manso indicaba que se empezaron “a sentir muchas enfermedades graves, que tomaron en poco tiempo tanto aumento que los que fallecían eran mucho más que los que acabó el temblor” (Moreno Cebrián, 1983: 262).

²⁰⁹ BNP. Fondo Antiguo. Archivo Astete Concha. Código: Z750.

eclesiástico, en la de Agustín Calderón y Barbosa, como también se jugaba en la haciendas de Santa Cruz, Surco y Miraflores.

Esta situación estaba provocando el desinterés por las comedias en preferencia por los toros, evidenciándose en la merma de la concurrencia y de la ganancia. El hospital no fue incólume a esta situación, las utilidades que acostumbradamente percibía menguaron. El mayordomo Zubilaux buscó que se prohiba el juego de los toros en estos parajes al esgrimir que estaban causando el detrimento de las comedias, para que así la casa vuelva a tener su público acostumbrado y seguir beneficiando a aquellos que eran favorecidos con los réditos que se obtenían.

El virrey Manso trató de beneficiar al hospital pero sin perjudicar a los toros. Es por ello que promovió las comedias al verlas como un mecanismo de control y de retomar el orden social. El 22 de diciembre se notificó a los dueños o administradores de las haciendas que eviten jugar a los toros sin expresa licencia de las autoridades, bajo la pena de 100 pesos a la primera y 200 a la segunda. Para su cumplimiento se eligió a Nicolás Antonio Marroquín para que cele el impedimento del juego en los lugares antes citados²¹⁰.

Se pensó que esta medida ayudaría al impulso de las comedias, pero no daba los frutos esperados. Lejos que se colme el escenario con la presencia del público, el poco alcance inicial perjudicó a la hermandad que había realizado las diligencias para contar nuevamente con el importante ingreso que percibía por las funciones histriónicas. El problema no eran los toros, el quid del asunto iba más por el lado que luego del terremoto de 1746 la plebe tuvo otras prioridades. El dinero que obtenían lo preferían gastar en sus necesidades básicas, que en una diversión cuyo local pese a haber sido reconstruida con esmero, no era suficiente para erradicar el terror que existía por los lugares cerrados. Preferían los espacios abiertos que a los espacios con techos y paredes que podían caérseles encima ante cualquier otra probable sacudida de la tierra.

Por estas razones en 1758 el mayordomo del hospital Jerónimo de Angulo, conde de San Isidro, manifiesta “el coliseo se encuentra en un atraso imponderable debido al ausentismo

²¹⁰ Esta prerrogativa no afectó en lo mínimo la diversión de los toros, se siguieron lidiando como siempre según la costumbre.

de los concurrentes, quienes han perdido el gusto absoluto por las comedias”²¹¹. Además que el escaso producto que se adquiría no llegaba a cubrir los gastos relativos al funcionamiento y al sueldo de los cómicos que en ocasiones no percibían su paga.

El mayordomo expuso que era preciso que se invirtiera unos 4,000 pesos para conseguir nuevos comediantes y auxiliar a los antiguos. Ante lo espinoso que era la situación propuso la clausura del local por unos años, al igual que había sucedido en temporadas anteriores. Luego de realizada la evaluación se decidió finalmente el cierre del recinto. Durante el tiempo que estuvo cerrado las representaciones se dieron en salas alquiladas para la circunstancia o en edificios oficiales como el festival celebrado el 19 de junio de 1760 en el palacio del virrey marqués de Rocafuerte, para festejar el advenimiento de Carlos III al poder (Descola, 1962: 261). Para el jolgorio del público pocos años después el coliseo nuevamente reabrió sus puertas, esta vez reactivado con el nuevo matiz que le impregnó la corriente ilustrada que durante esos años llegó a Lima.

4.1. El teatro y la Ilustración

De la misma manera que los sacerdotes y evangelizadores vieron en el teatro un importante arma de propagar la fe y encaminar a la población hacia conductas acorde a su religión en épocas atrás, esta vez los criollos ilustrados vieron en el coliseo el espacio idóneo desde donde difundir su ideal de ciudadano caracterizado por una vida moderada y libre de vicios, propio del nuevo orden social a establecerse. Esta proyección de sociedad ilustrada se basaba en la clase de habitantes que albergaba en general. La presencia de vagos, jugadores, tahúres eran la antípoda de la nueva clase de hombres que se debía de forjar. Era imprescindible reformar sus comportamientos, brindarles pautas de moralidad y respeto al otro.

El proyecto ilustrado tenía el fin de educar a la plebe. Enseñarle valores que una ciudad como la limeña si quería estar a la vanguardia, como ya lo estaba gran parte de Europa en regirse en ideas justas y racionales, debía necesariamente que inculcarle. Los criollos ilustrados desearon imponer sus patrones ya sea directa o indirectamente. Para ello el teatro

²¹¹ ACBPL. Documento Empastado, años 1748-1794; citado en Lohmann, 1945: 426-427.

adquirió nuevas funciones. Ya no bastaba con simplemente divertir a los aficionados, ahora debía de encargarse de ser un puente entre la renovada moral y ellos. En ese sentido se aspiraba que las piezas escénicas tengan esa orientación, la mejor forma de enseñar era por medio de la representación, como dice el dicho: todo entra por los ojos.

El coliseo era la diversión por antonomasia de donde emanar la moral ilustrada y así alejar a la plebe de los vicios y de una vida disipada que solo generaban la corrupción de sus almas. Y en ese punto las comedias entran a tallar. Sin dejar su sentido de entretenimiento, se quiso que se caracterizaran también por tener un contenido más realista al representar actitudes a la correcta virtud. Los comportamientos considerados paganos, vulgares y amorales fueron condenados. Mediante las comedias se ridiculizaría estas formas de comportamiento, se pondría en escenas aquellas actitudes ya no aceptadas, se señalaría con el dedo a los personajes que debían de ser rechazados, en pocas palabras se convertiría en tribunal en donde los arquetipos eran juzgados por la sociedad representada en el público, que condenaba con sus risas y absolvía con sus aplausos (Viqueira, 1987: 94-95). De ahí la existencia de dos clases de comedias; aquella que era tradicional y a la vez considerada arcaica por seguir dándole prioridad a lo irreal, extravagante y subjetivo; mientras que la segunda era más realista, objetiva y con la clara función moralizadora. La primera fue cuestionada, la segunda promovida.

Respecto a la primera, en la Gaceta de Lima el jueves 21 de julio de 1757 se publica la función que daría la compañía cómica al público (Dunbar Temple, 1965: número 3). La publicación se realizó mediante décimas y son importantes porque muestran la común representación de comedias religiosas en estos años. En algunos de los fragmentos se menciona lo siguiente:

“La cómica compañía representara gozoso los prodigios asombrosos del Divino Portugués y San Antonio [...] El gran Pérez Montalván es el celebrado autor, que compuso con primor sus lances que asombro dan; en sus pasajes verán los milagros retratados de San Antonio, adornados de vuelos, escotillones, ángeles, transformaciones con viveza ejecutados. Dar un entremés salado nuestro gracioso promete, dama, y galán, un sainete del gusto más elevado; se dará el baile nombrado Del Mogol, con movimientos chinescos, los más violentos, y dignos de admiración, cuya graciosa invención llenará el gusto de aumentos” (Dunbar Temple, 1965: número 3).

La comicidad no solo iba entremezclada con lo religioso, sino que además no había una separación entre lo jocoso y el respeto que debía de haber hacia los asuntos de la religión. Esta situación colaboró para que el público asistente sienta que ese respeto que enfundaba la iglesia se esté flexibilizando, en relación al rigor que había mostrado épocas atrás.

Con el arribo del virrey Amat y Junient en 1761 el coliseo se reactivó. Es conocido su gusto por las funciones teatrales, partiendo de ello no es difícil comprender que desde su estadía le haya dado un nuevo impulso. Se reabrieron las puertas luego de haber estado cerradas durante tres años, lanzándose nuevamente a escenas diversas piezas histriónicas que fueron concurridas por el mismo virrey. Precisamente el primer día de pascua en abril de 1762 se representó varias óperas muy ingeniosas y de buen gusto. La primera se titula *Las Variedades de Protheo*. En la Gaceta de Lima se apunta “para esto se había refaccionado de nuevo el coliseo a todo costo, y con la mayor hermosura y proporción, que pide este destino, y se ha extendido el foro, para la mayor comodidad y lucimiento” (Gaceta de Lima, 1982: 347. Tomo II). El primer acto se inició poco después de puesto el sol, mientras que el último culminó entre las nueve y diez de la noche. La música estuvo compuesta de catorce instrumentos y ocho voces, el maestro de música fue Bartolomé Massa y el director Domingo Sacomano, ambos italianos.

El 25 de enero de 1770 el doctor Joseph Morales, en su conocido elogio al virrey Amat²¹², sostiene acerca del coliseo “se habían exterminado todo tipo de desorden, que en los cuartos todos se presentaban en público con una previa separación de hombres y mujeres, que el coliseo era iluminado por dentro y por fuera, que un cuerpo crecido de tropa existía para su mejor orden mientras que sus jueces realizaban la continua ronda”, de lo cual resultaba no solo una diversión honesta, sino que el mismo hospital San Andrés se beneficiaba por el aumento de ingresos por todo lo mencionado anteriormente.

No obstante, lo sentenciado por el rector estuvo lejos de la realidad. El 4 de marzo de 1771 Amat decreta un reglamento con la finalidad de reformar el coliseo, lo cual implicaba un mayor control y la imposición de patrones ilustrados respecto a todo lo que concernía a un

²¹² Ibídem nota 54. Folio 43v-44r.

día de función teatral²¹³. El reglamento fue el primero de varios que buscaron el objetivo del orden ilustrado y desterrar las costumbres incompatibles de la plebe.

El espíritu díscolo de la plebe se traducían en la existencia de desorden a lo largo y ancho del coliseo, en especial en aquellos espacios que carecían de iluminación y que daban lugar a actos delictivos. El reglamento expone claramente que el arrendatario o administrador del coliseo tendría la obligación de “preparar los asientos, y a mantener iluminados patio, aposentos y corredores, de suerte que a favor de la oscuridad no se cometa el menor desorden, y este pueda ser incontinenti corregido”.

Igual suerte corrieron las piezas representadas. La falta de decencia en el escenario y el daño que ocasionaban a la moral cristiana era repudiada tanto por las autoridades como por la misma iglesia. Por lo cual el autor de las piezas teatrales debía de vigilar “que estas no solo se ejecuten con la mayor destreza, sino que se guarde por los cómicos toda la decencia y moderación cristiana, reparando los excesos que pueda por sí propio o participarlos al juez, cuando necesiten corrección más poderosa y ejemplar”.

Los ataques que recibía la moral también provenían de fuera de los tablados. Al permitirse que los cuartos de los cómicos y las cómicas colinden, podían mantener alguna relación sentimental, de coqueteos o peor aún los hombres podían llegar a violar la intimidad de las mujeres al momento de vestirse y/o cambiarse de vestuario. Se determinó que “los cuartos o retretes donde se visten y adornan las cómicas, serán seguidos a un lado del teatro y separados del otro que ha de servir a los varones representantes”²¹⁴.

Respecto a las funciones que debía de desempeñar el juez del coliseo se menciona que tenía la obligación de ubicarse en la puerta del teatro para sostener con su autoridad la quietud pública y corregir los desórdenes que se presentasen. Para conseguir un mayor control era preciso “celar que por los corredores de las casas no anden hombres embozados ni mujeres tapadas”, que por el hecho de estar cubiertas podían cometer algún tipo de delito y camuflarse fácilmente. De igual forma “las personas que entrasen han de ser obligadas a

²¹³ BNP. Sección Papeles Varios, 1771; citado por Lohmann, 1945: 445.

²¹⁴ En Europa el ilustrado francés Rousseau en su trabajo titulado “Sobre el proyecto de establecer un teatro de comedia en esta ciudad”, publicado en 1758, planteaba la separación de los sexos y del respeto a los deberes propios de cada uno: “Sigamos las indicaciones de la naturaleza, procuremos el bien de la sociedad, encontraremos que los dos sexos deben reunirse a veces, vivir de ordinario separados” (Chartier, 1998: 77).

tomar asiento o lugar, desde donde logren la diversión honesta de las comedias, o no habiéndola, deberán retirarse y salirse prontamente de la casa”²¹⁵. Para ello se contaría con el apoyo de las rondas competentes, guardias, alguaciles y porteros. Al coliseo se iba con la única finalidad de presenciar las representaciones, cualquier otra razón no sería permitida y el individuo invitado a dejar el lugar²¹⁶.

El reglamento está conformado de diecisiete capítulos que en este caso solo hemos recopilado los relacionados al orden ilustrado y control del coliseo. El virrey tuvo la confianza de conseguir no solo el buen gobierno de la casa, sino evitar que se sigan cometiendo ofensas contra el catolicismo y escándalos públicos:

“Mando que se guarden y observen directamente sin glosa ni interpretación, por convenir todos al buen gobierno y régimen de la casa, y a que se eviten en lo posible las ofensas de Dios y escándalo del público: quedando de esta suerte esta diversión en los términos de indiferencia con que la permiten las leyes del cristianismo, y aún la persuaden las de la Política y razón del Estado”.

Estas medidas adoptadas están estrechamente relacionadas con su ya mencionada afición por las escenas teatrales. Por esta razón buscó reformarla tanto para su propia comodidad como la de los asistentes. En este siglo la afición por las comedias era tal que constantemente también se realizaban en casas de familia, residencias privadas, incluso se cuenta que el mismo Amat, admirador del estilo francés, tenía un pequeño teatro en la Quinta del Prado (Ballesteros, 1972: 330). Este edificio se construyó en 1762 casi a las afueras de la ciudad y por su orden explícita para que le sirva de retiro y descanso²¹⁷.

²¹⁵ En la posterior ordenanza de Teodoro de Croix de 1786 a esta disposición se agregó que ni bien terminada las funciones, de forma inmediata, las personas debían “retirarse acabada esta y salir prontamente del coliseo”.

²¹⁶ No se tiene noticia desde que hora el coliseo abría sus puertas para que el público ingrese. En los siglos XVI y XVII las funciones empezaban a las dos de la tarde en invierno, y a las tres en verano. Algunos consideran que en 1672 se dieron las primeras funciones nocturnas (Moncloa, 1909: 4). Luego empezaría a la siete en punto.

²¹⁷ Se dice que el interior era totalmente afrancesado, los cielos rasos tenían pinturas mitológicas, columnas jónicas con capiteles dorados en la alcoba, un jardín presidido por la diosa Pomona al lado de un surtidor y el mencionado teatro con artesonado en forma de cabezas de serpientes, donde se representaban comedias ligeras para los amigos íntimos del virrey (Ballesteros, 1972: 330).

Pocos años después en una acta celebrada en el cabildo se menciona la aún presencia de actos indecentes y contrarios al proyecto ilustrado²¹⁸. En tal fecha, 1775, se reunieron en el cabildo el concejo de justicia y regimiento de la ciudad para tocar diversos temas, entre ellos la situación en que se encontraba el cuarto perteneciente al cabildo en el interior del coliseo. Este cuarto era pagado por el cabildo para que puedan asistir los capitulares a observar las comedias. Sin embargo, grande fue la sorpresa cuando se pasó a examinar el lugar y se halló el estado de indecencia en que se encontraba, debido a que los porteros del coliseo, quienes poseían las llaves, introducían “a los escribientes del portal, mozones oscuros y muchas mujeres de baja esfera”, que se colocaban en los primeros asientos y en todo el centro del cuarto, ocasionando “el mayor dolor ver en tanto abatimiento un sitio concedido a este ilustre cabildo como prenda de su elevada autoridad”, pues si bien los capitulares no gustaban mucho de ir al coliseo, ello no era razón para “profanar” el lugar.

Una situación distinta ocurría con el sitio que ocupaba el juez alcalde de corte, quien pese a no concurrir nadie se atrevía a ocupar su silla, y mucho menos a tener la osadía de entrar a la galería destinada al virrey, porque ambos estaban vigilados por la policía y la autoridad de la real jurisdicción. Ante aquella situación, y optando por la salida más fácil y sencilla, se determinó que para poner remedio a tan grave irrespeto a la autoridad y jerarquía, era oportuno que en el cuarto destinado al ayuntamiento se pusiesen cuantas bancas permitía el recinto con los forros de baqueta correspondientes para que los capitulares puedan acudir con sus familias, aseguradas con cadenas y candados. Y en la puerta del cuarto habría una cerradura, cuya llave se distribuiría a cada capitular para pueda concurrir sin la necesidad de un portero. Se quería evitar cualquier otro tipo de falta producida por una plebe que fácilmente soslayaba las jerarquías existentes.

Para ello se otorgó una comisión al regidor perpetuo Lucas de Vergara y Rosas para que cele “que siempre el cuarto del ilustre cabildo guarde el decoro que es debido, de manera que ni por la parte exterior que mira a las tablas pueda introducirse persona alguna a usar el cuarto”. El problema no era sola la plebe, también la actitud de los porteros al dejarlos entrar para que se ubiquen en un lugar que no les correspondía.

²¹⁸ LCL. Libro XXXVI. Acta del 17 de febrero de 1775.

La medida optada no tuvo el efecto esperado, el 29 de abril de 1778 mediante otra acta capitular el cabildo propuso a Antonio Albares de Ron para que encuentre una solución al gran desorden y vulneración de las jerarquías que aún persistía en el cuarto del cabildo, a causa de que los porteros continuaban permitiendo que entren toda clase de gente en las noches de funciones, a pesar de la cerradura y candado²¹⁹. Se llamó a los dos porteros que recibieron la estricta orden de no permitir que pase al cuarto persona alguna al menos que sea el regidor, su familia u otros caballeros particulares. Además de la prohibición que “abran la puerta a persona extraña a menos que fuese un señor capitular, con la amenaza de no cumplirlo serían removidos de sus cargos”. Esta medida tuvo efecto, al menos por unos años, ya que cesaron las quejas del cabildo referente a este problema. Pero más que combatir el problema de fondo se resolvió solo el problema inmediato, y ello era recuperar el cuarto del cabildo que había caído en manos de la plebe. Por esta razón no fue raro que a pocos años del reglamento de Amat se elabore otro bajo la misma convicción de imponer la reforma ilustrada.

El reglamento del virrey ilustrado Amat no resolvió los problemas vitales. A pesar de a la trascendencia que tuvo por ser la base de otros que se darían posteriormente, el 22 de marzo de 1777 su sucesor el virrey Manuel de Guirior realizó algunas medidas adicionales a las ya mencionadas para conseguir imponer en anhelado proyecto ilustrado dentro del recinto²²⁰.

Uno de los primeros puntos que toca es la competencia que surgía entre los actores por acaparar los principales papeles en el escenario, lo cual desencadenaba pugnas que originaban un ambiente nada augusto. Entre ellos mismos existían jerarquías, niveles que se reflejaban en la representación que cada uno realizaba. Aquellos que contaban con mayor trascendencia en el sentido de antigüedad, recorrido, experiencia, sin duda exigían para sí los papeles más significativos, mientras que quienes recién se hacían un espacio dentro del mundo teatral aceptaban los papeles secundarios. Este desencuentro suscitado por ser la “estrella” de la noche llegaba a influir en la baja calidad de las representaciones. En ese sentido Guirior dispuso “la única principalidad de los papeles solo está y debe considerarse

²¹⁹ LCL. Libro XXXVI. Acta del 29 de abril de 1778.

²²⁰ Las disposiciones de Guirior son tomadas de la recopilación hecha por Moncloa Cobarrubias, 1905: 128-129. El día de su ingreso a Lima, 4 de noviembre de 1776, lo recibieron y saludaron las principales autoridades civiles, militares y religiosas. En esa misma noche fue agasajado con la representación de una célebre comedia en el coliseo (Dunbar Temple, 1965).

en la acertada representación del que se les distribuye, sin que les pueda aumentar ni disminuir reputación el hacer este o aquel personaje, siendo todos iguales en el objeto principal de divertir al público”.

Su interés por mejorar el coliseo estaba dirigido hacia el orden interno. Un teatro ilustrado como el limeño no podía contener escándalos o soportar la pronunciación de palabras impúdicas, ya que iban en detrimento de su función de ilustrar; es decir, de educar. Por eso determinó “el señor juez, señores alcaldes de corte y alcaldes ordinarios de turno, debían de proveer todo lo conducente para evitar que en los departamentos, cazuelas y corredores haya acciones, gritos ni modos impropios de gente de honor”.

El tema de la comodidad y el decoro no quedaron al margen. Se prohibió que “los hombres se mantengan con sombreros puestos, humando cigarros²²¹ o entreteniéndose en otras menos decentes diversiones, o con ruidos que embaracen el gusto de los concurrentes”²²². Los díscolos que interrumpían o entorpecían la función tenían que ser controlados y corregir sus actitudes ajenas a la moderación ilustrada.

Años después, en 1780 la hermandad del hospital se propuso mejorar el aspecto estético, invirtió para adquirir bastidores y otros parámetros necesarios, con el incentivo de haber vuelto otra vez el teatro a escalar en el gusto del público²²³. Se otorgó una comisión al conde de la Dehesa de Velayos para que se encargue de las nuevas bancas firmes que serían colocadas en los cuartos del coliseo²²⁴.

²²¹ Esta disposición alude al consumo del tabaco dentro del coliseo. Es conocido que desde la alta clase limeña hasta la plebe acudían a los llamados estanquillos, lugar donde se proveían cigarrillos y que se encontraban en diferentes partes de la ciudad (Olivera, 1970: 20). Entre los lugares donde se ubicaron uno estaba próximo al Coliseo de Comedias. El público antes de ir pasaba primero por el estanquillo para adquirir el tabaco y fumar durante las representaciones. Esta actitud fue cuestionada por diversos viajeros que visitaron al coliseo. Mencionaban que les llamaba la atención ese humo que cubría la parte superior de la casa y que era producto del depravado vicio por el cigarro y de la gran cantidad de fumadores. Dicho esto, el coliseo era un foco benigno de cáncer para los concurrentes. Aunque el prominente ilustrado Unanue consideraba que el uso del tabaco no siempre tenía efectos dañinos en el cuerpo humano, motivo por el cual no se la debía de condenar ni tampoco aplaudir en un sentido absoluto (Arias-Schreiber, 1971: 276).

²²² Ni bien abandonaba el virrey el teatro, era tal la algazara y bullicio que hacían los concurrentes que muchas veces se veían obligados los actores a retirarse del escenario dejando las funciones sin concluir (Fuentes, 1866: 440).

²²³ ACBPL. Documento Empastado. Acta del 31 de diciembre de 1780.

²²⁴ LCL. Libro XXXVI. Acta del 18 de febrero de 1780.

Las disposiciones de Guirior pasaron casi desapercibidas. Si por un lado se consideraron los puntos centrales de las reformas ilustradas, por otro lado, no consiguieron su objetivo. El descontrol seguía latente, no se lograba moderar las costumbres de la plebe y también, asombrosamente, el de la nobleza, aunque los mayores cuestionamientos cayeron en los primeros. La ley no era acatada.

Por tal motivo el 22 de diciembre de 1786 el virrey Teodoro de Croix recopiló las ordenanzas dadas por sus antecesores para reunir las en un cuerpo único y agregar otras que fortalecerían las establecidas. De esta forma se elaboró un renovado reglamento conformado por 41 ordenanzas que debían de regir el coliseo²²⁵. Este fue el más importante que se haya creado durante todo el periodo colonial.

Uno de los problemas que tuvo que combatir el reglamento de Croix eran las representaciones teatrales fuera del coliseo. Al margen del recinto se escenificaban piezas en diversas partes de la ciudad. Uno de los preferentes eran las gradas de la catedral, las mismas que se daban sin el consentimiento del juez conservador. Esto produjo una especie de competencia con el real coliseo, al ser una opción para aquellos que preferían las representaciones al aire libre y con mayores libertades. Para combatirlo se fijó que “sin que sea lícito a persona alguna extraña representar comedias, entremeses, u otras piezas fuera del coliseo, en parte alguna; sin noticia y licencia del señor juez, bajo de la penas que correspondan”.

Referente al control que debía de primar en la casa se menciona “los señores alcaldes de corte que asistirán por turno mensual a los actos de representación pública, llevando consigo a los receptos, alguaciles y guardia que le está asignada, con el justo objeto de sostener con su autoridad la quietud pública, evitar y corregir prontamente los desórdenes que notaren, así en el tiempo mismo de la representación, como antes, y después de ella a la entrada, y salida de los concurrentes”. La ordenanza siguiente la complementa, “por cuanto en el patio se ha notado esta libertad y la de palmoear indiscreta, y embarazosamente

²²⁵ AHML. Libro del Fondo Antiguo-Bóveda del Archivo Histórico (sótano). Lima, caja 11. Lima 22 de diciembre de 1786. Teodoro de Croix: “Por cuanto, para el más sólido, oportuno y metódico arreglo interior y exterior del Coliseo de Comedias, establecido en esta capital me propuso con oficio de 12 del mes de abril anterior el señor oidor juez de él don Ambrosio Zerdán y Pontero, un plan de ordenanzas, que he tenido a bien aprobar con previo dictamen consultivo del Real Acuerdo, por decreto de 10 de octubre último”.

formando susurros y conversaciones molestas al tiempo, que se representa, y aun levantándose algunas gentes con estrépito, y desorden antes de concluirse la comedia; el sargento a cuyo cargo esté la tropa asistente cuidará de contener semejantes desórdenes, [...] sino se contuviesen, los hará conducir presos al cuerpo de guardia”. Las funciones debían de empezar a las siete en punto, luego “que el señor alcalde de corte o juez asistente haga la señal o de su orden desde su aposento, si se hallase ya presente, a menos que haya de esperarse la atendible persona del superior jefe”.

El reglamento también vuelve a tocar el tema de los cómicos. El cómico debía ser con sus escenificaciones el medio de divulgación de valores hacia los aficionados. Todo exceso que cometía era también transmitido e interiorizado por los asistentes, su comportamiento estaba en el centro de la mira del resto. Para divulgar los nuevos hábitos ilustrados no le estaba permitido flaquear en su conducta, al ir esto en contra de los cambios que se estaban efectuando. Por ello al arrendatario se le encargó la tarea “sea quien corrija todo exceso, o singularidad que se intente por cualquier cómico, pueda ocasionar justo resentimiento para los demás, sea en el asunto que fuese...”. Para su efectivo cumplimiento, adjunto al coliseo existía el famoso calabozo o infiernillo, para sancionar al cómico que cometía alguna falta ya sea en el escenario, en su relación con el asentista o entre ellos mismos (Eguiguren, 1945: 25)²²⁶.

La vestimenta que usaba el cómico fue otro objeto de las reformas. Si se deseaba que sean los transmisores de la moral ilustrada debían de mostrar cordura en su estilo de vida. Los cómicos, tanto hombres como mujeres, acudían a los ensayos con sus propios trajes, los mismos que eran considerados indecentes por las licencias que ofrecían al descubrir algunas partes del cuerpo o por la poca seriedad que emanaba. La vida del cómico y cómica sabía poco de ataduras, de límites, su mismo oficio les daba esa “libertad” que al salir del teatro podían usar la vestimenta que mejor les pareciese. El representar una variedad de papeles y usar todo tipo de ropa, les interiorizaba ser algo normal cualquier tipo de atavío, quedando en segundo plano la censura que caía sobre la forma exagerada de vestir. Razón por la que a partir de adelante “para que se vea a clara luz si los representantes saben o no

²²⁶ El punto veintinueve del reglamento se refiere al cuarto del Cepo, situado dentro de la casa y en donde se encerraba al cómico que cometía reiteradas faltas.

el papel, que les toque respectivamente, se les hará entender la obligación que se les impone de que en las tardes de ensayo, acudan indispensablemente así los hombres como las mujeres, en su traje propio, pero *decente*...”.

La política restrictiva de los borbones respecto a la vestimenta, de manera similar que los Austria, se identifica por un llamado a la moderación y a la sencillez de las costumbres, especialmente por ser un signo de exclusivismo del poder real y de la nobleza, tendiente a mantener la distinción entre los estratos y grupos sociales, evitando que los de abajo puedan socavar por medio del vestuario las cada vez menos sólidas barreras de separación (Cruz de Amenábar, 1986: 212).

Asimismo, la cantidad de hombres y mujeres en Lima capaces de formar parte del elenco teatral era limitada. Había mucha dificultad para surtirse de personas con el talento y soltura necesaria y que estén a la altura del coliseo limeño²²⁷. Por esa razón algunos cómicos aprovechándose de esta situación se tomaban licencias para hacer y deshacer dentro de la casa. Sabían que eran valiosos para el arrendatario, que eran el alma de las funciones y que sin ellos no podía haber representación alguna, llegando al punto de abandonar antojadizamente la compañía dejando en una total preocupación al asentista. Incluso llegaban al extremo de extorsionarlo con la condición de volver siempre y cuando reciban un mayor pago. Ante esta situación de prácticamente control por parte de los cómicos, se estipuló “...ninguno sea admitido o continúe en el teatro, a menos que se concierte con instrumento por determinado tiempo; y en caso que esto no pueda verificarse haya de ser obligado a dar aviso un año antes de su retiro [...] se conceda el permiso a quien lo merezca, sin que lo pueda lograr aquel que no diere el anticipado aviso que se previene, no jamás se verifique la salida, antes de concluirse el año empezado...”. Los cómicos pasaron de controlar a ser controlados.

En torno al mayor control interno que se impuso, era necesaria la presencia de soldados de tropa para garantizarlo. No bastaba con decretos, oficios o bandos, era preciso imponer a la plebe el más extremo celo para que se abstengan de cometer cualquier acto vandálico. La presencia física de los soldados era imprescindible para que sientan temor de ser

²²⁷ En 1814 el inglés Bennet Stevenson afirma haber visto “algunos muy buenos actores, tanto cómicos como trágicos; pero estos son principalmente españoles” (1971: 171).

descubiertos o sorprendidos ante alguna costumbre relajada. Se estableció “al coliseo acuda de auxilio en las noches de comedia el número de tropa, que siempre ha concurrido compuesta por lo común de veinte hombres, dos cabos y un sargento”. Los cuales “se repartirán los veinte hombres de manera que cuatro se coloquen en el foro para que puedan remudarse de dos en dos: uno en la puerta interior del teatro: cuatro enfrente del palo del señor alcalde de corte: dos para fijarse en cada uno de los dos extremos del patio: dos a la puerta principal de entrada al coliseo: uno en su techo para embarazar no suban a él gentes: otro en la cazuela de los hombres, para precaver todo desorden en el recodo del lado de San Marcelo: dos en la cazuela de las mujeres, para impedir la mezcla con el otro sexo:²²⁸ uno en el entresuelo del mismo lado de San Marcelo: otro en el lado de la Merced, abajo junto a la escalera y el otro restante en la parte del callejón de la puerta falsa”. El máximo control borbónico se refleja en estas disposiciones.

Según datos de la fecha el coliseo tenía la capacidad para albergar cerca de 1,500 personas en total. Si se compara esta cantidad con el número de tropa que prácticamente vigilaba todo el lugar, es inaudito creer que estos escasos agentes del orden hayan podido mantener controlado a la plebe. Esta es una razón más del porqué del continuo descontrol en el interior y de los constantes desenfrenos del populacho.

Para que el reglamento sea reconocido se imprimió una cantidad de ejemplares que se repartieron a los dependientes del coliseo, tribunales y a los jueces para que observen lo mandado, a fin que se logre un mejor manejo de esta diversión sin la presencia de desorden, inquietud ni libertinaje. El reglamento debía llegar a conocimiento del público aficionado, en especial a la plebe. Por eso se dispuso “se fijarán algunos en los parajes públicos para que llegue a noticia de *todos*, lo que se ordena”. Ante esto surge la interrogante ¿de qué forma la plebe podía informarse si no sabía leer? La alta tasa de analfabetismo era un impedimento para lograr este fin. En ese escenario la vía oral fue un excelente medio para que conocieran dicha reglamentación ilustrada. La pronunciación en vos alta, los comentarios e incluso el chisme ayudaron a su fomento. Así “*ninguno podía alegar ignorancia*”. La prioridad del Superior Gobierno era:

²²⁸ Por medio de esta disposición es claro que a la mujer se le atribuía el contacto sexual con el hombre dentro del coliseo. Cualquier exceso u obscenidad ella era la causante.

“Principalmente contraerse a que ni se deteriore, o menoscabe la utilidad que produce el Real Coliseo de Comedias, en beneficio del Real Hospital de San Andrés, ni tampoco se altere o suspenda la diversión pública, que conducida en el decoro y debido arreglo, hace una no pequeña parte de la instrucción política que exige toda población bien civilizada”²²⁹.

El coliseo era vital para la instrucción de la población. El grado de civilización de toda sociedad dependía del grado de civilización de sus habitantes, si se deseaba que Lima sea una ciudad civilizada el teatro ayudaría a conseguirlo, pero siempre y cuando esté conducida con el decoro, arreglo y control necesario. Solo en este escenario daría efectos la divulgación del proyecto ilustrado.

4.2. El Mercurio Peruano y las comedias

En el capítulo de las peleas de gallos se ha explicado la imagen ilustrada de las diversiones públicas de Lima, de qué modo eran entendidas, que rechazaron de ellas y el grado de aceptación que tuvieron. Ahora toca enfatizar en la diversión que contó con la mayor aprobación de los criollos ilustrados en pro de difundir sus preceptos reformistas.

Nuevamente el ilustrado Rubí en su ya nombrado artículo sobre las diversiones públicas, menciona las comedias, a su juicio era la principal de todas ([1791] 1964: 28. Tomo I). La misma que se caracterizaba por tener “unas regulares decoraciones, los comediantes no eran malos, por lo contrario tenían la suficiente habilidad, alguno de ellos, para actuar en Madrid o en Nápoles. La casa era cómoda y aseada, y en donde reinaba el buen orden gracias a la vigilancia de los jueces”. Hasta el momento, al igual que el Coliseo de Gallos,

²²⁹ AGN. Protocolo Notarial siglo XVIII. Escribano Andrés de Sandoval, año 1788-1794; citado en Lohmann, 1945: 500.

A este reglamento es necesario realizar algunos apuntes adicionales. En primer lugar, si bien es el mejor de todos los que se emitieron, en la carta que envía el virrey Croix al marqués de la Sonora sobre las ordenanzas que acababa de promulgar, claramente señala “Habiéndome presentado el oidor don Ambrosio Cerdán y Pontero unas ordenanzas para el coliseo de comedias de esta capital, que ha formado por el modelo de varias ordenanzas de otros coliseos de esa península,...”. En otras palabras, el oidor tomó como referencia las emitidas en la España ilustrada de la época. En la península ibérica también hubo una preocupación por reformar el teatro, siendo su máximo representante el ilustrado Jovellanos, de lo cual se colige que el acercamiento que tuvo el ilustrado Pontero fue en el sentido de empaparse de las medidas que adoptaban al otro lado del atlántico para intentar ponerlas en prácticas en Lima. Su reglamento es en gran medida una recopilación de las dadas hasta ese entonces, y solo se agregaron algunas que se creyeron convenientes. No era un reglamento copia fiel a los españoles, solo de referencia y de conocimiento.

la imagen que brinda es la de un espacio cuya situación interior refleja la mayor preocupación que existió por una mejor salubridad, aseo, orden, entre otros.

Sin embargo no puede evitar preguntarse “¿por qué la parte sensata de los concurrentes se mezcla en aplaudir unos entremeses, que se ejecutan solo para congeniar con la ínfima plebe? ¿Ignora tal vez que un palmoteo intempestivo arraiga más fuertemente el gusto depravado con que se elogian las comedias de religiosos, papas y santos, que debían desterrarse en un siglo, y en un país tan ilustrado como el nuestro?”. Pese a compartir el mismo espacio y gusto, las diferencias debían seguir manteniéndose en todo aspecto cotidiano que se pudiese. El aplaudir juntamente los entremeses permitía por unos instantes un aire de igualdad que se quería evitar. Y más si se trataba de elogiar las comedias religiosas que en pleno siglo de las luces aún seguían siendo representadas, cuando ya debían de haber sido extirpadas por ser contrarias a la clase de comedias propuestas por los ilustrados. La misma opinión compartía el viajero Tadeo Haenke:

“...por lo común no se representan otras comedias que las que llamamos de magia y de santos. Apláudelas mucho el público, y es de sentir que parezca todavía remota la época en que se destierren del teatro aquellas groseras producciones que, lejos de ilustrar, vician el entendimiento y arraigan el mal gusto” (1901: 29).

En pleno auge de la Ilustración en Lima todavía persistía la representación de comedias religiosas²³⁰. No se trataba de un rechazo de los ilustrados hacia la religión, sino explícitamente un rechazo al tipo de comedias de contenido religioso opuestas a las que ellos propulsaban. La preferencia por unas más realistas, terrenales que enfatizaran en el tema de la moral humana en detrimento de lo subjetivo e ideal, más aún si ironizaban lo religioso.

En el reglamento que promulga Teodoro de Croix en 1786, en la ordenanza veintitrés, se es claro sobre esta cuestión:

²³⁰ Junto a la representación de comedias religiosas estaba la concurrencia de los eclesiásticos al coliseo. Este punto es interesante pues se les estaba prohibido que asistan a los teatros públicos, pero hacían caso omiso. El concilio limense de 1772 renovó la prohibición aplicando la pena de diez pesos al que desobedezca, la mitad iría al denunciador y la otra a la santa cruzada; y si después de ser amonestado continuase en la asistencia al coliseo se le suspendería por algún tiempo el oficio (Vargas Ugarte, 1952: 70-71. Tomo II). A opinión personal dudo que los eclesiásticos hayan obedecido a su autoridad religiosa.

“A fin de evitar se representen al público piezas o composiciones, dramáticas, líricas o cómicas, en que se hallen esparcidos especies o conceptos opuestos a la sanidad de las costumbres [...] el asentista, o administrador del coliseo, en el día quince de cada mes, presentará con una lista puntual de las comedias, tragedias, entremeses, sainetes, tonadillas, seguidillas que hayan de ser representadas y cantadas, [...] en inteligencia de que desde luego queden excluidas y reprobadas para representación en el teatro las composiciones relativas a vida de santos, pasajes de las sagradas escrituras, actos devocionarios, autos sacramentales, o las que rueden sobre degollaciones, o destronizaciones de reyes, conquistas, especialmente las de partes de los Dominios de América u otras semejantes, por las poderosas y atendibles razones, que constituyen en la clase de irregular, perniciosa, irreverente, sacrílega e inoportuna su representación en el teatro”²³¹.

Esta clase de comedia generaba un consenso en el ilustrado, el virrey y viajeros como Haenke, al cuestionarse y rechazar estas representaciones que seguían latentes. Los conceptos ilustrados presentes dentro del teatro compartían el mismo espacio con algunos elementos religiosos. La pregunta que surge es la siguiente: ¿por qué se seguía representando comedias religiosas? Una respuesta es el público. El público estaba tan acostumbrado a presenciarlas que era difícil extirpar de ellos un tipo de representación que tenía más de dos siglos de existencia, era una ardua tarea para los criollos ilustrados y autoridades inculcarles ahora comedias realistas, con un sentido más humano, en las que se reprocharan las conductas viciosas y se elogiaran los hábitos moderados.

Otra respuesta que surge y que debe ser tomado con cuidado es el discurso teatral español. Recordemos que el reglamento de Croix es en 1786, mientras que el discurso de Rubí es en 1791, en tanto que Haenke estuvo en Lima entre 1790 y 1793. Se puede apreciar una secuencia en que el discurso anti comedias religiosas se deslizó, no obstante se debe señalar que el discurso del ilustrado español Jovellanos sobre el teatro fue en 1790, siendo

²³¹ Esta prohibición también respondía a la necesidad de evitar que se siga faltando el respeto a la religión. Las representaciones religiosas eran consideradas, en una buena parte, blasfemas, sacrílegas, profanas por las actuaciones sensuales, siendo uno de los directos responsables el organizador del repertorio teatral al incluirlo dentro de ésta. Aunque no era la primera vez que se tocaba este asunto. En el Concilio de Lima de 1582 se dispuso “que en las iglesias y lugares sagrados no hubiesen comedias ni representaciones profanas, bailes, etc.” (Vargas Ugarte, 1952). No era nuevo, desde el siglo XVI la iglesia buscó combatir esta afrenta, pero por la continuidad y vigencia de esta especie de representaciones se aprecia que la disposición no tuvo el impacto querido.

ampliada en 1796. En su *Memoria para el arreglo de la policía de los espectáculos y diversiones públicas y sobre su origen en España*, plantea:

“He aquí el grande objeto de la legislación: perfeccionar en todas sus partes este espectáculo, formando un teatro donde puedan verse continuos y heroicos ejemplos de reverencia al Ser supremo y a la religión de nuestros padres, de amor a la patria, al soberano y a la constitución...” (1790: 23).

El nuevo teatro para Jovellanos debía de combinar el “entretener honesta y agradablemente a los espectadores, iría también formando su corazón y cultivando su espíritu, es decir que iría mejorando la educación de la nobleza y rica juventud que de ordinario lo frecuenta”. El mismo que tendría que estar acompañado de elementos religiosos. Su mención al Ser supremo no es otra cosa que si se quería reformar la actitud de los espectadores, las representaciones religiosas no podían quedar al margen, pero ajenas a cualquier tipo de burdo pagano.

Este discurso llegó para finales del siglo a Lima, aunque lo interesante es que no fue acogido del todo, solo hasta cierta parte. Si bien sus planteamientos se recibieron con los brazos abiertos, mucho de lo que argumentaba ya estaba poniéndose en marcha desde antes que elabore su plan de reformas. Es decir, no se necesitó su plan para iniciar los cambios estructurales en el coliseo limeño. Y su consideración a la continuidad de las comedias religiosas, no usa explícitamente tales términos, fue rechazada por algunos y aceptada por otros. Jovellanos tuvo una posición en apariencias ambigua, pero en el fondo admitía esta clase de comedia siempre que estuviera libre de alguna blasfemia contra dios. En cambio en Lima se tuvo una posición recalcitrante respecto a su persistencia en las tablas. A pesar del cargamontón que generó su presencia, todavía compartía el mismo espacio al lado de las comedias ilustradas.

Diferente suerte corrió la influencia del discurso vertido décadas atrás por el ilustrado español Campomanes. Él fue uno de los primeros que se pronuncia en torno al teatro y la labor que debía de cumplir, sin llegar a teorizar de manera profunda como lo hizo Jovellanos, tan solo mencionándolo para reafirmar sus planteamientos. Campomanes hacía énfasis en el espíritu del trabajo, tan en boga en Europa, por ser el medio capaz de sacar del atraso y de la crisis que padecía España. En esa dirección considera “por esto conviene,

que los maestros cuiden, de que sus aprendices, hijos, y oficiales no vayan en días de trabajo a la comedia ni a otra diversión pública, incompatible con él. Porque es cosa impropia, y aún escandalosa, que artesanos, labradores y jornaleros desamparen sus tareas en días de trabajo” (1775: 16). No era opuesto a la comedia, por el contrario la aceptaba, su crítica se dirigía al hecho de sobreponer por encima del trabajo esta diversión, cuando era justamente el trabajo el motor de progreso social de toda nación.

En el fondo deja entrever la mala costumbre de la población española de abandonar sus labores por ir a divertirse. Argüía que el oficial español bien encaminado se caracteriza por “no han de faltar voluntariamente al taller; ni hacer lunes o pasar ociosos otros días de trabajo: ir a comedias ni a paseo en días ni horas destinadas a sus tareas ordinarias: así por cumplir con sus propia obligación, como por dar mayor ejemplo a los aprendices” (1775: 29). La sobreestimación de Campomanes al concepto de trabajo y su desvinculación con los días de recreación era el sentir de muchas autoridades coloniales que buscaron separarlos para evitar que el primero sea el gran perjudicado. No obstante la plebe limeña se divertía indiscriminadamente del día que se trataba, pasando como era de costumbre por encima de la ley.

Ahora en relación a las comedias religiosas y no religiosas, como ya se mencionó, ambas se hicieron presentes, llamando más la atención el primero, pues siendo el coliseo uno de los principales centros por antonomasia de difusión de los preceptos ilustrados, la religión mantenía su espacio, y más si se recuerda que la ciudad estaba en pleno proceso de secularización. Un proceso que no negaba, y es una tercera respuesta, la influencia y presencia todavía de la iglesia dentro del recinto. La iglesia así como en los siglos anteriores veía en el teatro un medio para impartir sus preceptos religiosos, además que era fiscalizadora de las piezas profanas que se intentaban representar. Por estos motivos se mantenía a pesar de los ataques que empezó a recibir.

La secularización limeña afectó al coliseo. Con las críticas y medidas adoptadas se buscaba menguar la influencia de la iglesia y que el coliseo se libere de los vestigios religiosos que persistían; es decir, secularizarlo. Lo que significa no solo evitar que se siga faltando el respeto a la religión, también significaba un duro golpe a la propagación de sus principios entre las clases bajas (Viqueira, 1987: 77).

Sin embargo, por un testimonio de 1797 se comprueba que se continuaban dando representaciones religiosas. El español Terralla y Landa proporciona valiosa información de lo complejo que resultó esta situación, al apuntar lo irreverente que era el coliseo en ciertas festividades. Señala “*Verás por carnestolendas comedias de santos nuevos, y en días de besamanos lo jocoso y lo burlesco/ Verás comedias heroicas en días que son de duelo, y follas que son follones con las que apestan al pueblo/ Verás cuando entra un virrey escena de luto y muerto, que acaba en danza de diablos que salen de los infiernos*” ([1797] 2011: 243).

A estas alturas se sostiene que los causantes del continuismo de las comedias religiosas no solo eran el público, el teatro español y la iglesia. Algunas autoridades tenían mucha implicancia porque eran ellos precisamente los que tenían que fiscalizar que esto no sucediera. El asentista del coliseo era otro culpable al permitir tal situación.

Entonces contra qué o contra quienes estaban enfrentándose autoridades como Croix o ilustrados como Rubí. Era una batalla donde unos cuantos hombres vestidos con la razón se enfrentaban a todo un batallón armado de pie a cabeza de gustos arcaicos, irreales ya desfasados para la época. Este combate entre lo novedoso y lo tradicional tuvo una tregua al iniciarse el siglo XIX por la nueva función política que adquirió el coliseo, retomándose a inicios del periodo republicano.

Por último, el mercurista recomienda algunas pautas que ayudarían a mejorar el teatro haciéndolo más agradable para una mayor concurrencia del público. Señala, comparándolo con el europeo, que:

“El nuestro guarda mayor moderación y decencia en cuanto al trato interior de los palcos y luneta. Un poco de gusto moderno en la predilección de las piezas teatrales, mayor estudio en los cómicos, menos ejercicio en los apuntadores²³², el olvido de los cigarros durante las escenas y el favor de la opinión para que cualquiera pueda sentarse en el patio, sin tener que consultar por su vestido o peluca, ayudarían a darle una mejor imagen al coliseo del que ya tenía”.

²³² El apuntador era la persona que tenía la función de indicar a los actores lo que tenían que decir y/o representar para que no se equivoquen.

Se buscaba que el coliseo no solo sea un vehículo de educación, sino que también esté a la altura y vanguardia de los más importantes de Europa. Más que brindar algunas recomendaciones lo que hace es realizar algunas críticas sutiles sobre ciertas medidas que lo regían. Por ejemplo cuando alude a un “mayor estudio en los cómicos, menos ejercicio en los apuntadores” no es otra cosa que la falta de compromiso y de profesionalismo en algunos actores. No memorizaban del todo el papel que les tocaba, ello a raíz de falta de capacidad o por el hecho de que no le ponían la seriedad del caso. Terralla y Landa apunta *“Que representan mascando, que repiten dos mil yerros, y que hay tres apuntadores lo mismo que pregoneros”* ([1797] 2011: 244). A lo cual habría que sumarle *“Verás unos comediantes, sin acciones, movimientos, piso, gracia, compostura, propiedad, voces ni afectos/ Verás pues lo insujetables lo indóciles, lo altaneros, que son cómicas y cómicos de aquel corral del consejo”* ([1797] 2011: 242-243).

En el mejor momento del siglo de las luces en Lima se tenía la base teórica con qué darle el giro al coliseo para que sea una verdadera escuela de la moralidad, no obstante, y era el lado opuesto, no se contaba con el suficiente recurso humano para materializarlo. Las causas por las que no se logró reformar las costumbres relajadas de la plebe por medio del coliseo se encuentran en estos testimonios. El discurso ilustrado era uno y la realidad era otra, lejos estaba que se concretice ante este escenario tan contradictorio.

Para efectuar el proyecto ilustrado se tenía que empezar por cambiar el sistema teatral que estaba anclado en el tiempo y que se resistía dejar su lugar para dar paso al flujo civilizador. El mismo que contaba con autoridades que preferían mirar a otro lado, darse de la vista gorda antes que asumir sus responsabilidades. Esta “dejadez” tenía su origen en el dinero que se movía en cada noche de función. Lo tradicional era rentable, no había por donde perder, el coliseo se colmaba de espectadores ávidos por presenciar las comedias y a los comediantes que contrariamente se caracterizaban por mostrar rasgos vulgares, irreverentes, ajeno a lo que debía de ser el ideal de Coliseo de Comedias dieciochesco.

El siguiente testimonio sintetiza lo dicho hasta el momento, es una conversación entre dos individuos que fueron al coliseo y que al salir se refirieron de esta manera:

“...Amigo: no cansemos, los asentistas tienen mucha razón de hacer lo que hacen. Cuando representan la Medea y El Diablo Predicador, no les cabe la

gente en la casa; y cuando se canta la Pescatrez a penas se costean: con que así por su utilidad, como por darle gusto al pueblo, no deben prescindir de sus vejestorios: porque es visto, que a este pueblo le divierten más esas sandeces e indecencias que los dramas buenos, y las óperas italianas. Señor mío dijo el otro: si los asentistas representan tales comedias por su utilidad, y la de los cómicos, hacen muy mal, ellos, y los que se lo permiten. Se perjudica a la Ilustración pública, y se degrada a un gran pueblo, y jamás se puede ser bien adquirida la utilidad, con perjuicio de tercero, y de un tercero tan recomendable. Busquen otra cosa en qué lucrar, que en Lima sobran modos hábiles de ganar el peso. Y si hacen porque el pueblo éste le gusta más ver esos disparates que las acciones heroicas y oír óperas recomendables, tampoco lo deben hacer ni se les deba permitir”²³³.

Entre 1790 y 1793 el famoso *Diario Erudito, Económico y Comercial de Lima* publicó las piezas teatrales que se representaron en el coliseo. El historiador Guillermo Lohmann Villena en su original y pionero trabajo titulado *El arte dramático en Lima...* hace un recuento de estas piezas, el mismo que utilizaré para observar hasta qué punto el discurso ilustrado impactó en la orientación educativa y en la reforma social que debía de poseer la llamada “escuela de la moralidad”. Los títulos que a continuación se mencionan alcanzan a proporcionar una idea bastante aproximada de los gustos y preferencias del público limeño de entonces (1945: 510).

Empecemos, el domingo 3 de octubre de 1790²³⁴ se anunció la comedia *El Diablo Predicador*, posteriormente vendrían *No hay con la Patria venganza* (una discreta loa) y *El casado por fuerza*. En noviembre están el *Entremés del luto y la fiesta*, *La esclavitud más tirana y libertad más gloriosa*, el jocoso entremés *El cortacaras*, *El criado lerdo y ama loca*. En diciembre se ofreció una variada función joco-seria integrada por la graciosa y célebre zarzuela en verso *El ingenioso Licenciado Farfulla*, luego la chistosa petipieza *El*

²³³ La cita es tomada del manuscrito que revisó Juan Carlos Estenssoro para su texto sobre la música colonial. La obra *El Diablo Predicador* es una comedia que data entre finales del siglo XVI e inicios del siguiente, y que nunca dejó de ser representada, pues existe testimonio que fue reproducida en 1790 y 1813. Este hecho no era recibido con gusto por un sector de aficionados que cuestionaban la aún duración que tenía por ser considerada como un insulto al público (1989: 49-50). Es importante aclarar que su persistencia en el tiempo se debe tanto a la plebe como a la misma nobleza limeña, que degustaban de esta obra ya anticuada y completamente opuesta a lo que debía de ser el nuevo teatro ilustrado.

²³⁴ Hacia fines de 1790 la compañía cómica estaba en manos de Lorenzo Velazco. El repertorio de su compañía, además de las que se mencionan, eran: Don Cosme el toreador, Temístocles en Persia, El Pigmaleón, El rosario perseguido, Si la mujer es prudente, domina y vence al marido, La conquista de Granada, Triunfo contra el tirano, entre otras (Moncloa, 1909: 11).

Muerto cazado con un divertidísimo entremés titulado *La audiencia encantada*. El sábado 25 para solemnizar la Pascua de Navidad, los administradores del teatro hicieron saber que en la comedia que se representaría aquella noche, titulada *La virtud consiste en el medio, el pródigo y rico avariento*, se verían descender las virtudes en sendos traspuntines y a los ángeles a sustentar a Lázaro, al tiempo que se manifestarían los Vicios con el avariento en el Infierno, y finalmente haría su aparición la Gloria. En atención al éxito obtenido y nutrida concurrencia que presencié esa excepcional función, fue repetida al día siguiente.

En 1791 el jueves 17 de febrero se exhibió la comedia *Por más que los ojos miren, siempre la aprensión engaña y el poder de Dios en todo*, adornada con vuelo²³⁵, entremés, baile y tonadilla. El domingo inmediato hubo la comedia burlesca *El mágico Melitón*, con su célebre “Vuelo del Borrico”, en que subía uno tapado hasta la cazuela y volvía a descender, y para rematar la noche, una corrida de toros en el escenario. Luego de la cuaresma se representó *El Lucero de Madrid San Isidro Labrador*, adornada con vuelos rápidos, caballos por el aire, ángeles, sierpes, demonios, una aparición de Madrid y, para sosegar el espíritu de los aterrorizados espectadores, tonadilla, entremés y baile. El domingo 26 de junio se representó la comedia *El héroe del silencio San Juan Nepomuceno*. El miércoles de la siguiente semana se puso sobre escena *Hernán Cortés triunfante en Tlaxcala*, animada con una mezcla de canciones españolas y vernáculas, el domingo 10 de julio *El pardo de mejor amo y donado más dichoso, el Beato Martín de Porras*. El 24 de agosto *Las cadenas del Demonio* de Calderón de la Barca, el 28 la titulada *Conversión, vida y milagros del Gran Padre San Agustín*, al día subsiguiente la obra *Vida y milagros de Santa Rosa del Perú*. El domingo 16 de octubre se anunció la función en la que una mujer bailarí en la maroma y se lucirían las habilidades del perrito “Chavarría”, cuyo adiestramiento era muy comentado a la sazón en Lima. En 1792 el domingo 27 de abril se presencié *El ángel, lego y pastor, San Pascual Bailón*. En junio la comedia *El gran Cardenal de España, Fray Francisco Jiménez de Cisneros*, fue representada con adornos de ángeles, vuelos, demonios, transformaciones, entre otros. El martes 2 de octubre nuevamente *El Diablo Predicador*. Finalmente para 1793 se conoce del domingo 14 de julio titulado *El Demonio en la mujer, y Rey Ángel de Sicilia* (Lohmann, 1945: 507-524).

²³⁵ Se llamaba vuelo a la tramoya en que iba algún artista o contrafigura por el aire.

En el momento del mayor esplendor ilustrado al interior del coliseo algunas cosas habían cambiado. Se mejoró la iluminación, los adornos, la vigilancia, el control, el orden, se renovaron las bancas, se hizo mantenimiento de los palcos, luneta, galería, hubo mayor celo en el traje de los concurrentes, pero no se dio un verdadero cambio en el contenido de las piezas teatrales. Lo principal, lo que realmente le daría un giro a la situación del coliseo no sufrió grandes transformaciones. Ese gusto depravado del público limeño y la actitud reacia de los asentistas conjugaron para mostrar esta realidad. Una de las mayores curiosidades sucedió el jueves 22 de enero de 1779. En la noche se iba a representar una farsa que contenía a otra diversión, los toros. En un curioso listín se anunciaba una farsa taurina a realizarse en el coliseo, el mismo que informaba que no era el primero, días antes ya se había dado otro. Luego de haber sido reformado algunos aspectos nuevamente iba a salir a la palestra para saciar el gusto del público que al parecer les había impactado (Garland, 1948). Si bien la pieza es de algunos años atrás, igual es otra prueba de los gustos soeces de los aficionados.

Retomando el discurso de Rubí, otro punto interesante que plantea es “el favor de la opinión para que cualquiera pueda sentarse en el patio”. Lo que proponía era un poco más de libertad para que la plebe se ubique si deseaba en cualquier lugar del patio sin tener que ubicarse necesariamente en los espacios señalados, cuestionando así una de las ordenanzas del virrey Amat del año de 1771 en que menciona este asunto. Luego señala “sin tener que consultar por su vestido o peluca”. La clase alta limeña usaba esos atuendos para ir al coliseo. Con la llegada de la nueva dinastía Borbón al otro español, el rey Felipe V ocupó el cargo acompañado de algunos franceses. La misma situación vivió el Perú con el arribo del primer virrey de este nuevo periodo, el marqués de Castelflos, quien luego de haber culminado su carrera en la embajada de Francia, fue enviado para que asumiera tal cargo. En su séquito hubo franceses que pronto estrecharon relación con la clase alta limeña, influenciaron en la nueva tendencia de moda francesa que se expandió por toda la ciudad.

En el caso del traje y el peinado femenino, adquirieron un aire decorativo y local que los diferenció paulatinamente del atuendo europeo muchísimo más refinado (Cruz de Amenábar, 1986: 192). Y la peluca, que era una indumentaria empleada por los altos dignatarios civiles, fue evolucionando desde la forma de cascada imperante a comienzos

del siglo XVIII, al cabello recogido con coleta en la nuca, atado con cinta, que dejaba sobre las orejas sendos bucles (Cruz de Amenábar, 1986: 201). Para ello en Lima existieron varias peluquerías regentadas justamente por franceses (Sánchez Rodríguez, 2005a: 463). Si Rubí no veía necesario el uso de este nuevo indumento en el coliseo, la nobleza sí la consideraba trascendental por ser un elemento de superioridad al usar mejores trajes que la plebe. Al ser de uso general, a excepción de los esclavos (O'Phelan, 2007: 26), la diferencia radicaba en la calidad y el diseño.

Recordando las ordenanzas de los virreyes Amat y Croix, pareciera ser que el patrón ilustrado de orden social tuvo la repercusión anhelada. No obstante ¿Qué tan fehaciente es el argumento de Rubí? ¿Realmente hubo verdaderos cambios en el interior del coliseo?

Antes de desarrollar la respuesta, el 12 de agosto de 1796 se presenta nuevamente al cabildo el descontrol que se advertía en el palco que poseía dentro del coliseo en las noches de representaciones²³⁶. Se señaló que era ocasionado por la plebe que no tenía la menor consideración hacia las autoridades o miedo a recibir un castigo ejemplar, por lo que infringían las barreas físicas de segregación social y tomaban el control del palco. Esto era catastrófico para las autoridades ediles, al saber que el populacho no sentía el mínimo respeto hacia ellos y que podían cometer todo tipo de exceso inimaginable. Sin embargo, no todo era culpa de la plebe, se descubre que esto surgió a raíz de la no asistencia del comisionado, Miguel de Oyague y Sarmiento, quien tenía la tarea de encargarse del control interno. Su ausencia se debía a una enfermedad avanzada que padecía.

Para combatir esta situación se nombra a Lucas de Vergara Pardo de Rosas, quien en ausencia de Miguel de Oyague, se encargaría “de cuidar y celar el arreglo y concurrencia de dicho palco”²³⁷. La labor de Lucas de Vergara resultó fundamental para batallar el descontrol. Por tal razón en 1802 fue nombrado comisionado principal del palco de comedias. Cargo que ejerció por algunos años, hasta que el 2 de enero de 1805 se procedió

²³⁶ LCL. Libro XXXIX. Acta del 12 de agosto de 1796. El palco del cabildo estaba en el centro, dándole frente al escenario (Stevenson, 1971: 171).

²³⁷ LCL. Libro XL. Acta del 2 de enero de 1802.

nuevamente al nombramiento del comisario²³⁸, recayendo esta vez en el alcalde provincial Tomás Vallejo²³⁹.

Procediendo a responder las interrogantes surgidas por el discurso de Rubí, cuatro meses después de lo acaecido en el palco del cabildo, el virrey Ambrosio de O'Higgins establece el 14 de diciembre de 1796 un auto de Buen Gobierno²⁴⁰ para conseguir el tan deseado control en el coliseo y reformar las costumbres del público, de manera similar que sus precedentes. Destacan los siguientes puntos: “Para que no se embarace el entretenimiento y diversión de las representaciones en el Coliseo de Comedias [...] todos los concurrentes a él guardaran compostura, arreglo, tranquilidad y buen orden en sus acciones y palabras, [...] bajo la pena de 15 días de cárcel, y 10 pesos de multa, según la calidad de las personas, aplicados a beneficio de las obras públicas”. Luego, “al entrar al coliseo, se guardará el debido orden, sin incomodarse unos a otros, y las mujeres la debida compostura y moderación en la cazuela, pena de que en caso de contravención serán aquellos, y estas expelidos del referido coliseo, y escarmentados a proporción del exceso que cometieren”. Esta disposición se reforzó con “se prohíbe que en ningún cuarto puedan entrar, ni mantenerse en él mujeres tapadas, cuidando los cobradores de advertirlo, y que no se pongan los cuartos en cabeza de personas supuestas, para que de este modo se haga responsable el dueño de él de los excesos que se notaren”.

Finalmente “se prohíbe que ningún hombre, de cualquier clase y condición que sea, pueda pararse a la puerta de la cazuela, aunque sea con motivo de esperar a sus mujeres, hermanas o parientes, porque esto deberá hacerse en el patio, pena de que si se encontrare será expelido del coliseo: y pues de la puntual observancia de estas prevenciones en que todos los concurrentes son interesados, pende que el público en el teatro tenga una diversión tranquila, sin daño, ni incomodidad y que se logre el decoro y moderación correspondiente a unos actos públicos que sirvan a todas las clases del estado...”.

La imagen dada por el ilustrado no estuvo del todo acorde a la realidad en diversos puntos, en particular en el deseado nuevo orden social. Es innegable que todas estas ordenanzas

²³⁸ Desde 1774 el cabildo elegía anualmente un comisario de comedias (Moncloa, 1909: 19).

²³⁹ LCL. Libro XL. Acta del 2 de enero de 1805.

²⁴⁰ BNP. Sección Papeles Varios, 1796; transcrito y citado por Lohmann, 1945: 528.

debieron de contribuir en el mejor gobierno del coliseo, en el recato que debían de tener los espectadores y en la vigilancia, pero seguía manteniéndose el descontrol plebeyo. Su discurso no es más que ese afán de querer plasmar en el plano material la idea que tuvo de una sociedad reformada. Una sociedad libre de todos los inconvenientes y malestares que seguían persistiendo con el pasar del tiempo y que no eran desterrados.

En el año que O'Higgins emite su auto de Buen Gobierno, en España se publica, en versión mejorada, el plan de reformas del ilustrado Jovellanos. A pesar que la *Memoria para el arreglo de la policía...* sale a la luz luego de los reglamentos dados para el coliseo limeño, excepto al de O'Higgins, es indiscutible que tienen caracteres en común. Por tal motivo es importante comparar ambas realidades. Empecemos por sus mismos habitantes. Para España en su discurso Jovellanos casi no emplea el término pueblo y mucho menos el de plebe, y si lo hace es para toda una sociedad en conjunto, no hace distinción entre negro, indio, cholo, mestizo, mulato, etc., por el simple hecho que España es un conjunto de españoles, más allá de los reinos, mientras que Lima está compuesto por un conjunto de castas. En el virreinato peruano los reglamentos fueron hechos en inspiración casi exclusiva que provocaba la plebe, realizando un hincapié en las diferencias sociales. De ahí que la principal distinción es el mayor énfasis en la separación física entre la plebe y la nobleza dentro del coliseo limeño. Esa separación debía de ser legible y cualquier intento de traspasar las barreras debía de ser condenado. Además que el populacho tenía que estar vigilado desde el momento que ponía un pie en la casa hasta el instante en que se retiraba.

Los reglamentos locales en su aspiración por civilizar a la plebe, por instruirlos y que muestren comportamientos moderados, iban necesariamente acompañados con el también afán de querer controlar. Tal afán no es otra cosa que ese pánico que había por el desorden, y que si continuaba podía terminar con la plebe tomando el control de la casa y el proyecto Borbón e ilustrado se vaya por la borda. Más que estar en la disyuntiva de ¿civilizar o controlar? se quiso lograr una “civilización controlada”, los dos términos se conjugaron para conseguir el arquetipo de vasallo moderno: que conozca sus deberes, se someta a las leyes, tenga hábitos apropiados y posea un amor por el trabajo. Los dos verbos compartieron el mismo momento de mayor alcance social: la segunda mitad del XVIII, aunque me inclino a sostener que el verbo controlar tuvo una ligera mayor consideración

que el concepto de civilizar. Por esa razón no comparto el postulado que señala que “el deseo de corregir a las clases bajas se redujo a la obsesión de simplemente controlarlas” (Walker, 2007: 114).

4.3. El bello sexo en el teatro

A través del análisis de los reglamentos se aprecia que continuamente se toca el tema de la participación femenina en el teatro. Dentro del discurso ilustrado se rechaza todo comportamiento irracional del hombre, así como aquello que lo tentaba a cometer dichos actos. Según la visión católica una de las principales causas de la perdición del hombre y de obstrucción en su camino hacia la salvación era la mujer. No había espacio alguno en que ambos dejaran de relacionarse, siendo uno de los predilectos el Coliseo de Comedias.

La participación femenina en el teatro fue limitada por los prejuicios sociales y de género de la época. En una sociedad colonial como la limeña, de claro tinte patriarcal, se puso gran énfasis en normar el comportamiento femenino, en contraste con el relativamente laxo control sobre el masculino (Mannarelli, 2004: 199). Era la responsable que el hombre cometa actos indecentes ajenos a los principios ilustrados de moralidad.

Por esa razón las autoridades cívico-religiosas esgrimieron restricciones contra la obscenidad de las actuaciones del bello sexo en el teatro, avocadas a evitar que realice escenas de desnudez de alguna parte de su cuerpo y posea recato en la forma de vestir, considerando de pecaminosas aquellas prendas que contribuían a tal demasía, para no perder el respeto hacia los espectadores, hacia ellas mismas (Rojas y Tirado, 2012) y hacia la sociedad en general. Por ello la iglesia fustigaba con dureza el lucimiento de escote, brazos, piernas y pies. Se vetaba todo indicio de sexualidad y si era necesario se castigaba a aquellas que hacían muestras excesivas de tocamientos impropios.

Era impúdico que una actriz o cómica pronunciara palabras sensuales o realizaran escenas amorales. La mujer por el simple hecho de ser esa su condición biológica era mayor vigilada, tenía el poder de provocar y tentar a los hombres, quienes podían realizar actos indebidos bajo “influencia” de ellas. Subsistía en la colonia aquel concepto de la mujer

como objeto de lujuria que dominó la sociedad europea durante la Edad Media (Cruz de Amenábar, 1986: 213-214).

A diferencia de siglos anteriores, en el XVIII se sintió una mayor, pero aún muy confinada, participación femenina en la comicidad o manejo del teatro limeño, el caso más emblemático es de Micaela Villegas²⁴¹, pasó de ser cómica a convertirse en asentista del real coliseo. Una limitación que tiene su origen en el mal visto y rechazo al oficio de cómica, y que fue alimentado por las ideas patriarcales de la sociedad. Y no solo las cómicas, en general los actores formaban parte de un grupo socialmente desclasado y con un estatus social ambiguo y contradictorio. Por un lado eran aplaudidos y admirados, y por otro no acababan de perder el carácter maldito con el que la iglesia los había marcado en épocas anteriores (Viqueira, 1987: 90)²⁴². José Deleito añade que la “categoría social de los cómicos no era muy superior a la de los bufones [...] Como a ellos, se les halagaba porque divertían, y aun se hacía la vista gorda a sus insolencias o desmanes, que, viniendo de otras personas, hubieran recibido sanción severa. Pero, como a ellos, también se les despreciaba profundamente” (1988: 252).

Ese estigma muchas veces no les permitía desarrollar una vida normal, obligándolas a alejarse de las escenas teatrales si querían volver a tener una vida acorde a los preceptos religiosos. Así lo entendió en 1737 la cómica María Teresa de Fonseca, destacada comedianta de su tiempo, al solicitar a la hermandad del hospital de San Andrés se le eximiese de su obligación y comprometiéndose a devolver el dinero que se le había adelantado por su futura participación. ¿Qué sucedió? La cómica había decidido alejarse de las tablas al tener una persona que la requería para casarse con ella. Por eso deseaba apartarse de “las ocasiones del mundo y podría vivir honestamente y lograr salvar su alma y

²⁴¹ Porras Barrenechea la considera “el personaje céntrico del siglo XVIII”, comedianta descocada “que se roba el corazón de un virrey senil y se hace pagar el ardor de una pasión retardada con una quinta versallesca y un Paseo de Aguas que le sirviera de espejo” (1965: 36). Era además, una mujer graciosa y de talento, poseía una voz que hacía derroche cantando las tonadillas. José Deleito en su estudio sobre este divertimento del pueblo en España bajo el reinado de Felipe IV, sostiene que si las actrices “unían a sus talentos escénicos la gracia y la hermosura, eran diosas, en cuyos altares rendían fervorosamente ofrendas altos y bajos” (1988: 232).

²⁴² Asimismo la vida y dinámica teatral estaba rodeada por un objeto de censura a la disipación, irresponsabilidad e inmoralidad, prejuicios propios del periodo colonial y que se van hacer sentir aún en el siglo XIX republicano (Vielakamen y Toguchi, 1999).

estar distante de los peligros de perderla”²⁴³. Más allá de las razones espirituales que alega, se aprecia que la cómica era totalmente consciente de la labor que estaba desempeñando, una que no solo la limitaba a formar un hogar, por ejemplo, sino que originaba que sea mal vista por los demás.

Esa imagen negativa no impidió que la cómica escale dentro de su oficio, llegando, en escasísimos casos, a convertirse en asentista del coliseo. Una labor que por sí le daba poder al tener bajo su dirección el negocio de las comedias y estar a cargo de todo un elenco competitivo que trabaje para ella. Lo que en ciertas ocasiones conllevó a un enfrentamiento con los miembros del cabildo a la hora de tomar decisiones respecto a la posesión de cuartos. Precisamente el 14 de enero de 1783 los asentistas del coliseo, Micaela Villegas y Fermín Vicente de Echarri, enviaron un expediente al Superior Gobierno solicitando que se quite al cabildo uno de los cuartos que ocupaba en el coliseo²⁴⁴. La respuesta del ayuntamiento no se hizo esperar, al mes siguiente envía un pedimento también al Superior Gobierno para que Joseph Gonzales Gutiérrez, procurador general, realice un informe del orden del cuarto que ocupaba²⁴⁵.

Tal parece que poco le intimó a Villegas la autoridad y poder del cabildo, pues no titubeó el deliberar la exclusividad del ayuntamiento en poseer tres cuartos en el coliseo. De tal modo que guiándose del poder que le otorgaba ser la asentista, separó para sí uno de los tres cuartos en mención, esto causó un malestar a la institución, no solo por el arrebato de un cuarto, sino porque una ex cómica y ahora asentista se atrevía a atentar en contra de sus intereses y pasar sobre su autoridad.

El 11 de diciembre en el cabildo se trató “sobre el escandaloso exceso que había cometido la cómica y asentista del real coliseo Micaela Villegas en haber de su propia autoridad y sin dar noticia a este ilustre cuerpo, separado para sí uno de los tres cuartos que goza y posee con el destino de que vean sus personas y familias las farsas que se hacen en dicho coliseo, poniéndole su medianía, atropellando de esta suerte el respeto de dicho cuerpo”²⁴⁶. La

²⁴³ ACBPL. Documento Empastado. Acta del 1 de setiembre de 1737; citado en Lohmann, 1945: 395; Gálvez, 1943: 108.

²⁴⁴ LCL. Libro XXXVII. Acta del 14 de enero de 1783.

²⁴⁵ LCL. Libro XXXVII. Acta del 11 de febrero de 1783.

²⁴⁶ LCL. Libro XXXVII. Acta del 11 de diciembre de 1783.

medianía se puso con un crudo pintado, clavada y sostenida de una tabla que salía del cimientto del suelo hacia el techo del cuarto.

En base a lo sucedido el procurador general elaboró una consulta que envió al regidor perpetuo Antonio José Albares de Ron, quien a la vez lo remitió al marqués de Castellón, alférez real y a Agustín José de Ugarte, alguacil, para que pasen al coliseo y “desbaratasen la medianía dejando el cuarto libre como estaba antes, en atención al despojo tan violento y escandaloso que había hecho la dicha Micaela”.

Posterior a Micaela, en la segunda década del siglo XIX la mimada por el público iba a ser la actriz María Moreno. Sin embargo, los asistentes no la pudieron disfrutar demasiado, pues fue asesinada en 1814 por el joven actor Rafael Cebada, su ex pareja, quien en un arranque de celos infundados y no soportar que María se aleje de él, la tarde del 2 de agosto decidió buscarla y al encontrarla no titubeó en coserla a puñaladas. Por tal crimen tuvo el castigo del garrote vil en la Plaza Mayor. La muerte de la graciosa e inteligente actriz causó un sentimiento general, como lo prueba el soneto que escribió a su memoria el catedrático de la Universidad de San Marcos el doctor José Joaquín de Larriva, tres días después del hecho (Moncloa, 1909: 11-12)²⁴⁷.

Si esos eran los cuestionamientos hacia las cómicas, no menos tenues fueron las diatribas que se generaron en torno a las damas de la élite criolla que frecuentaban el coliseo. Uno de sus mayores críticos fue Terralla y Landa, quien elaboró un extenso poema satírico y burlesco que describe en qué consistía la presencia de las damas en el teatro. Empieza mencionando “*Verás a muchas madamas metidas en sus parquetos*”²⁴⁸, *sin atender ni entender de la farsa el argumento*”²⁴⁹ ([1797] 2011: 240). Según el chapetón, ellas no tenían prioridad en atender las farsas, preferían dedicarse a otras cosas como “*Verás que todo su afán es mirar a los mancebos, haciendo continuas señas para juntarse en*

²⁴⁷ En su famoso *Diario de Lima*, Juan Antonio Suardo menciona que en octubre de 1630, Pablito “el farsante”, actor de la ciudad, reñía acaloradamente con Julián Lorca, regidor del cabildo. El comediante sostenía que su mujer, también actriz, mantenía una amistad ilícita con el regidor. La violencia fue inevitable, y la mujer estuvo a punto de morir de un tiro que le disparó el farsante. Las autoridades tomaron cartas en el asunto y desterraron a Pablito por dos años, mientras que al regidor se lo envió por el mismo tiempo a la ciudad de Trujillo. La cita es recogida del texto de María Emma Mannarelli, 2004: 132-133.

²⁴⁸ Se refiere a los palcos del coliseo.

²⁴⁹ Esta actitud machista que deja entrever debe considerarse para analizar con cuidado su discurso.

saliendo”. Dicho en otras palabras, estaban dedicadas a encontrar un hombre joven con quien pasar un buen rato, les atraía la juventud más que la adultez.

Ese no era el único interés que tenían, también observaban cuidadosamente la presencia de las demás féminas dentro de la casa. Se fijaban, y con mucho ahínco, en el tipo de vestimenta que traían puesto. *“Verás cómo solo atienden al interés, al codeo, a la censura de otras, y a ver lo que llevan puesto/ Si la una lleva piocha, si la otra tiene aderezo, si esta lleva pantomina, si aquella tiene sombrero/ Si la otra tiene tiranas, si se puso el barbiquejo, si lleva buena cotilla, si el faldellín es el viejo. Y otras cosas de este modo que en la comedia irás viendo, mientras que nadie la mira y hay un murmullo estupendo”* ([1797] 2011: 241-242)²⁵⁰. Al decir de Terralla y Landa, no se fijaban en cualquier atavío, se mostraban deleitosas en ver en sus homólogas algún defecto o falta de refinamiento que no esté acorde a la moda francés. En un ambiente donde casi todos estaban pasmados por las representaciones de los cómicos y las miradas centradas sobre el escenario, ellas no perdían el tiempo y se mostraban pendientes de las demás, en son de hallar ese algo que pudiera convertirse en el centro del chisme, murmullo y burlas.

Si las damas de la alta sociedad se situaban en los palcos, la galería era el sitio para las mujeres de clase baja. Al parecer este tipo de separación se trajo de los escenarios de Madrid. Para fines del colonialismo el viajero inglés Basil Hall fue testigo de un caso singular, nos dice “una vez sorprendí a una dama tomando una furtiva pitada detrás del abanico. La presencia o ausencia del virrey, sin embargo, no produce alteración en la galería, donde las diosas sostienen un fuego incesante durante toda la función” (1971: 220).

4.4. La politización del coliseo

A inicios del siglo XIX el coliseo, de manera paulatina, dejó de ser el espacio predilecto de difusión de los preceptos ilustrados para convertirse en espacio de discusión política. Este proceso que lo he denominado politización implicó el descalabro del ambicioso proyecto ilustrado, cambiar de interés para sobreponer los de carácter políticos y privados. Se van a

²⁵⁰ A inicios de la segunda década del siglo XIX el viajero Stevenson presenció “cuando las damas aparecían en el teatro usaban vestidos ingleses o franceses, junto a una profusión de joyas” (1971: 167).

presentar pugnas políticas entre instituciones por quien debía tener la judicatura de esta diversión, llegando hasta el despacho del mismo rey español.

Luego de la partida del visitador Jorge de Escobedo del virreinato peruano, el cabildo, que había perdido gran parte de su prestigio, se propuso recuperar las funciones y representatividad que le fueron arrebatadas tras la injerencia de esta autoridad que le recortó tales prerrogativas, como parte del proyecto borbónico de centralizar el poder. De forma inmediata gestionó la recuperación de sus privilegios mediante dos tipos de demandas: primero, restituir y ampliar su jurisdicción y segundo, buscar la igualdad con el cabildo mexicano, precisando su lugar preeminente en los rituales políticos y sociales urbanos (Loayza, 2012: 20-21).

En lo último se va a precisar por estar estrechamente ligado a nuestro tema de estudio. El representante del cabildo en Madrid fue en un primer momento José Baquijano y Carrillo, un empedernido jugador, siendo luego reemplazado por Félix Gil quien no tuvo mucho éxito, pasando finalmente el cargo a Tadeo Bravo de Rivero y Zavala en marzo de 1799. La acción emprendida por Rivero pronto dio los frutos esperados. Entre 1802 y 1804 el cabildo recibió unas cédulas donde se le concedía la mayoría de sus pretensiones²⁵¹. En el caso de su presencia en las funciones públicas, en especial de las diversiones, en 1805 sucedió un hecho sintomático que muestra la importancia que tenían para esta institución. El mismo que está ligado que a partir del siglo XIX el coliseo empezó a politizarse, su función moralizante empezó a ser desplazado por un escenario de pugnas políticas entre instituciones locales. Justamente el cabildo y la Real Audiencia se enfrentaron por quien debía de adquirir el derecho de comisionarlo; es decir, de custodiarlo.

El 22 de enero de 1805 el cabildo envía a su diputado general que lo representaba en la corte de Madrid la *Nueva Instrucción* para que proceda a interponer sus recursos y pretensiones ante el soberano Carlos IV²⁵². Entre los diversos puntos que conforman la

²⁵¹ Alex Loayza señala que en octubre de 1804 el cabildo de Lima consiguió la tan ansiada igualdad con el cabildo de México. Entre las prerrogativas que obtuvo se mencionan las entradas de los virreyes, que serían acompañados por dos diputados del cabildo en los tres días del recibimiento, paseo y funciones de teatro, y los ocho días de corridas de toros. Así como también obtuvo, volviendo con el teatro, un lugar para ellos y sus familias sin pago alguno (2012: 26-29). Estas medidas demoraron un poco para que sean aplicadas en su plenitud.

²⁵² LCL. Libro XL. Acta del 22 de enero de 1805.

Nueva Instrucción, el sexto nos interesa de manera exclusiva. En ella se menciona los perjuicios que venía padeciendo a causa de no tener en sus manos la comisión de las diversiones públicas. Es claro cuando precisa:

“Una de las cosas de mayor bochorno para el cabildo es no presidir las diversiones públicas, como lo hace en los lugares de la península, y aunque tuviera palcos distinguidos sería con desaire toda la vez que no presidía”.

Para el cabildo era deshonoroso no presidir esta comisión, pues buscando semejarse a su par español, quien sí poseía esta judicatura, veía denigrante esta situación. Poco le servía de consuelo tener palcos propios en el coliseo si no tenía su manejo.

A pesar que la respuesta tardó dos años, en el seno del cabildo se tomó la decisión de no perder el tiempo y adoptar medidas inmediatas para el mayor decoro, control y, lo más importante, hacer sentir al público su presencia durante las funciones. El 14 de mayo de 1805 ordena que se refaccione el palco del coliseo por encontrarse en un llamativo estado de detrimento²⁵³. Se trató recobrar, por ejemplo, los ilustres y finos escudos de armas balaustre, recomponer las puertas que conducían hacia el centro del patio con sus respectivos candados (dentro de cuyos cuartos habrían bancas y tafiletes forrados en damasco), una puerta nueva en la entrada de los palcos acompañado de una lámpara y las armas de la ciudad, adornar de un cielo raso el corredor que conducía a dicha puerta y un nuevo enlosado. Todos estos arreglos costaron la suma de 632 pesos 4 reales.

Los alcaldes ordinarios, regidores presentes y el procurador general se encargaron de reconocer la obra²⁵⁴. A pesar de la división social en cuerpos estamentales, la plebe no la respetaba y continuamente desafiaba el orden, se introducía en los espacios restringidos sin que las autoridades puedan hacer mucho para impedirlo. La plebe cruzaba los límites físicos, lo que preocupaba con demasía, pues pese a los dictámenes para una vigilancia celosa interna no se podía llegar a obtener un control efectivo.

No obstante, el rigor en la vigilancia que había impuesto el procurador Vallejo en la custodia del palco del coliseo empezó a visibilizarse. El 7 junio en el cabildo se tomó la decisión que el comisario continúe “ejercitando su celo en orden a que en dicho palco se

²⁵³ AHML. Libro copiadore de Cédulas y Provisiones Reales. Libro XXVII.

²⁵⁴ LCL. Libro XLI. Acta del 14 de mayo de 1805.

conservar el arreglo que ha establecido, no permitiendo entrada de gentes que no puedan presentarse al público y al honor y decoro del cuerpo”²⁵⁵. La inferioridad social de la plebe la hacía carente de honor que los miembros ediles si poseían y que les daba la posibilidad de presenciar las funciones desde un lugar privilegiado, además de presentarse al público como individuos ejemplares poseedores de valores.

Esta superioridad quedó registrada al año siguiente. El 21 de enero de 1806 se vio el oficio dirigido por el alcalde ordinario Domingo de Orué, acerca de lo que le sucedió al alcalde provincial en el palco de comedias en una noche de función²⁵⁶. Había pasado que esta autoridad fue al teatro por una obra que se iba a representar, pero al momento de solicitar un asiento cómodo y privilegiado los empleados de la casa se lo negaron. Esto causó la indignación del funcionario por tal escándalo público, al ser tratado como cualquier espectador común. El alcalde Orué luego de escuchar el testimonio y de llegar a un acuerdo con el resto de señores del ayuntamiento decidió que “en las noches inmediatas de comedia concurriesen en cuerpo los señores alcaldes, señor alcalde provincial y señores regidores de turno,” y lo más importante, “para lo sucesivo se tuviese entendido que sin distinción de personas concurrentes, los primeros asientos fronteros al teatro debían dejarse desocupados o desocuparse para los señores alcaldes ordinarios”.

La afrenta que recibió el alcalde provincial se resarcía con este contundente dictamen. El mismo que está estrechamente ligado a la recuperación de sus privilegios y funciones en la ciudad, así como la igualdad que logró obtener en relación al cabildo mexicano. Los integrantes del ayuntamiento no solo sentían que estaban en el mismo “nivel” que el resto de funcionarios de las demás instituciones, a excepción del virrey, sino que se sentían superiores, y tal superioridad querían evidenciarlo en el trato exclusivo que debían de gozar en las noches de teatro. Y si era necesario desalojar a un miembro de alguna institución de los lugares preferenciales para reafirmar su posición social y política, no tendrían reparo en hacerlo.

Ante el decaimiento de la representación de piezas ilustradas la plebe no terminó su proceso de interiorización de principios acordes a la razón. A pesar de la aún preocupación por

²⁵⁵ LCL. Libro XLI. Acta del 7 de junio de 1805.

²⁵⁶ LCL. Libro XLI. Acta del 21 de enero de 1806.

reformular el coliseo, la situación política del virreinato y las pugnas de las autoridades por hacer prevalecer el cargo que ostentaban, terminaron por modificar su orientación moralista.

“En el palco debe observarse todo el orden que exige un lugar público destinado al cabildo, y que en su consecuencia no debe permitirse gente extraña de embozo, ni traje indecente, teniéndose por extraña toda la que no sea del cuerpo o de su inmediata dependencia”²⁵⁷.

Este dictamen venía repitiéndose desde el siglo anterior, y en pleno albor del XIX aún no llegaba a lograrse del todo. Si en el propio palco del cabildo no se conseguía extirpar el descontrol, que se podía esperar de los lugares copados por la plebe. Poco respeto existía por la autoridad.

Es preciso repetir que el cabildo era una institución robustecida luego de las mercedes obtenidas por su diputado general. Suficiente motivo para que sienta tener la potestad de gobernar y decidir en los asuntos pertinentes a este divertimento. No iba a dejar que nadie tome decisiones que atenten contra su autoridad como cuerpo y juez de la casa. Y así lo hizo saber a los asentistas del coliseo el 28 de marzo de 1807 al negarles las innovaciones que intentaban hacer²⁵⁸.

En aquel año los asentistas quisieron realizar cambios respecto al ingreso de los capitulares y sus familiares a la casa, empezando por “cobrarles los dos reales correspondientes que cada espectador pagaba, además dejar de abonar medio real por cada asiento ocupado dentro del teatro”²⁵⁹. El afán lucrativo de los asentistas chocó con el privilegio que ostentaban los miembros cabildantes de no pagar entrada, como de recibir medio real por cada asistente. El ayuntamiento con su casi omnipotente autoridad desestimó de manera inmediata estos cambios, obligándolos a retroceder en su decisión. Los asentistas tenían la capacidad de realizar cambios siempre y cuando estos no atenten contra los intereses de otros, en especial del cabildo.

²⁵⁷ LCL. Libro XLI. Acta del 21 de enero de 1806.

²⁵⁸ LCL. Libro XLI. Acta del 28 de marzo de 1807.

²⁵⁹ En el reglamento de Amat y de Croix se estipuló que el virrey, juez conservador, alcalde de corte, cabildo, mayordomo del hospital, el asentista y su familia no pagarían entrada. Además que el asentista tenía la facultad de decidir a quién condonar o no el pago.

En febrero de 1807 el virrey remitió al cabildo la respuesta del monarca Carlos IV en torno a la comisión de las diversiones públicas que tanto buscaban²⁶⁰. El ella se informa lo siguiente: En las funciones públicas de comedias, toros, gallos y caballos, los que llevarían “la voz y gobierno” serían los alcaldes de turno, quienes acudirían junto a dos regidores de manera anual, sin ir esto en desmedro de la voluntaria asistencia de los demás regidores. En el caso de falta por ausencia, enfermedad o impedimento que tuviera el alcalde de turno, con previo aviso lo suplantaría el otro alcalde ordinario para que presida las funciones. De este modo el cargo de los jueces conservadores quedó anulado a favor del cabildo²⁶¹. El virrey suscribió dicha determinación al mes siguiente²⁶², aunque recién se hizo efectiva el 18 de abril²⁶³.

No pasó mucho tiempo para que los ministros de la Real Audiencia y los miembros del cabildo se vean envueltos en un pleito respecto a la posesión de la judicatura del teatro, el cual desembocó en notorios perjuicios en contra del asentista y del recinto²⁶⁴. Sucedió que los alcaldes de corte se negaron a aceptar esta disposición, y por el contrario pedían que les sea devuelta la presidencia de las comedias²⁶⁵. Esta facultad era símbolo de dinero, representatividad y poder.

El enfrentamiento edil-audiencia se prolongó por varios años, cuando el virrey Joaquín de la Pezuela llega a Lima aún continuaba. Precisamente en enero de 1817 Pezuela manda que se le entreguen los documentos concernientes a esta judicatura²⁶⁶, para darle fin a esta pugna que solo desestabilizaba más la vacilante política colonial. El cabildo se encargó de entregarlos y hacer de su conocimiento que era de su propiedad exclusiva la posesión de las comedias, así como los demás espectáculos públicos²⁶⁷.

²⁶⁰ LCL. Libro XLI. Acta del 25 de febrero de 1807.

²⁶¹ Desde el reglamento de Amat hasta el de O'Higgins se reafirmaba la autoridad de un ministro de la Real Audiencia como juez conservador de la casa.

²⁶² LCL. Libro XLI. Acta del 4 de marzo de 1807.

²⁶³ AHML. Libro copiadore de Cédulas y Provisiones Reales. Libro XXVII. Lo mismo sucedió con la comisión de toros, gallos y caballos que también se le fueron entregados.

²⁶⁴ AHML. Superior Gobierno-Virreyes. Caja 004-CC-SG.

²⁶⁵ LCL. Libro XLI. Acta del 21 de abril de 1807.

²⁶⁶ LCL. Libro XLIV. Acta del 10 de enero de 1817.

²⁶⁷ LCL. Libro XLIV. Acta del 28 de enero de 1817.

Informado de lo sucedido el 22 de febrero determina que el oidor Manuel Genaro Villota sea quien establezca las leyes y ordenanzas que debían de regir la casa. A la vez que le encargó solucionar de manera interina todos los negocios, quejas y diferencias que concernían al arreglo interior, facultades del asentista y obligaciones de los asalariados. La autoridad de los alcaldes ordinarios no quedó relegada del todo, seguirían ejerciendo su función de policía exterior y conservación de la decencia y orden del lugar.

Como era de esperar el cabildo mostró su oposición al dictamen por no guardar relación con lo dirimido en la real cédula del emperador Fernando VII²⁶⁸. El 25 de abril presentó su queja²⁶⁹, del cual si bien no se conoce que resultado tuvo, si se tiene noticia que a partir de esa fecha cesaron los dimes y diretes entre estas dos instituciones.

4.5. Huellas de un sueño que no se materializó

Los años de auge del proyecto ilustrado pronto quedaron en el recuerdo, la situación política del virreinato influyó en el cambio casi total de orientación del coliseo. El plan reformador de los ilustrados, virreyes afines a la reforma y autoridades locales que simpatizaban con esta corriente fue opacado y reemplazado en gran parte por las turbulencias políticas que se acentuaba cada vez más a inicios del siglo XIX. Los movimientos insurgentes y los aires de emancipación que cobraban mayor fuerza en diferentes partes del continente sudamericano, dieron lugar a cambiar la prioridad del nuevo orden social ilustrado por enfrentar bélica y políticamente a los bandos separatistas.

Asimismo, pese al cambio de timón en la regencia del coliseo los problemas vitales durante las representaciones no se solucionaban. Este fenómeno que acarreaba al teatro limeño no era un caso aislado, la misma situación se vivía en el resto de teatros del continente que estaban bajo la jurisdicción de España. La situación política provocó que el celo por el control dentro de dichos recintos menguara, a consecuencia de una mayor preocupación de las autoridades locales por conseguir derechos, representatividad y participación en las

²⁶⁸ LCL. Libro XLIV. Acta del 28 de febrero de 1817. Fernando VII tuvo una posición distinta con el teatro español. Durante su mandato hubo una política de censura y represión, por lo que su reinado es considerado un periodo oscuro y controvertido para la historia del teatro en la península (Romero Ferrer, 2002: 105).

²⁶⁹ LCL. Libro XLIV. Acta del 25 de abril de 1817.

llamadas Cortes de Cádiz. Los americanos querían ejercer las mismas prerrogativas que los otros españoles (Guerra, 2001: 134).

El 13 de julio de 1812 en las cortes se trató el tema de los coliseos de comedias existentes en ambos lados del continente y las reformas que debían de aplicarse para lograr de una vez por todas, un mejor orden social. Se elaboró una real orden tanto para la península como para las colonias, la cual fue enviada al virrey Fernando de Abascal recién el 24 de enero de 1814²⁷⁰. La regencia española se propuso reordenar este ramo sin llegar a perjudicar el honesto recreo de los diversos pueblos, el interés de los cómicos y el orden público.

El último reglamento teatral colonial considera los puntos que se señalan a continuación: Primero, “los ayuntamientos harán por sí con los empresarios de las compañías cómicas los convenios que consideren oportunos, conciliando el interés de la empresa con el de los pueblos”. Segundo, “deberá preservarse lista de las piezas dramáticas que compongan el caudal de la compañía al jefe político de la provincia, quien excluirá los que en su concepto se opongan a las buenas costumbres, reduciéndose a esto todas sus atribuciones en la materia”. Tercero, “los ayuntamientos de los pueblos cuidarán inmediatamente por sí de los pormenores relativos a la policía de los teatros, haciendo cumplir los reglamentos dirigidos a conservar el orden, la tranquilidad y la decencia, tanto para los actores como de los espectadores”. Cuarto, “la administración del fondo y ganancias de la compañía correrá de cuenta del comisario, ciñendo los ayuntamientos sus funciones en esta parte a la intervención indispensable para que se cumplan fiel y legalmente las cargas que puedan imponerse con arreglo al ajuste, sobre el producto de los teatros, pase objetos de beneficio común”. Por último, “en cuanto al gobierno y dirección interior de las compañías, cómicos se entenderán con el autor o el empresario, según sus pactos particulares”.

Como se lee las medidas son las mismas que el siglo anterior, solo se fueron repitiendo, en algunos casos con ciertas renovaciones, pero en fin de cuentas todas eran insuficientes. Se había convertido en retórica de las autoridades el querer reformar los desenfrenos y vicios de la plebe, pero hasta el momento no lo lograban.

²⁷⁰ AHML. Superior Gobierno-Virreyes. Caja 004-CC-SG.

La real orden se envió al cabildo limeño para que comunique a los regidores encargados del coliseo su cumplimiento, sin dejar de considerar las ordenanzas que hasta ese momento regían el recinto²⁷¹.

Antes que llegue la real orden el 4 de junio de 1813 en el cabildo se trató el tema de la judicatura del teatro y sus límites, acordándose que todo lo que fuese contencioso debía de pasar por los alcaldes constitucionales²⁷². Para ello el marqués San Juan Nepomuceno, regente de la Real Audiencia y juez conservador de la casa, se encargaría de remitir las quejas que realizasen los cómicos²⁷³.

El cada vez mayor tinte político del coliseo no significaba desplazar o dejar de lado el proyecto ilustrado del todo. El contexto era otro. Atrás quedaron los años de auge de la Ilustración donde lo único era el fin moralizador. Se mantuvo el deseo de reformar las costumbres de la plebe, pero ahora acompañado de los intereses políticos que perseguían instituciones como el cabildo, o es más, siendo un objetivo secundario sin tanta prioridad o urgencia.

Cuatro días después de haber recibido Abascal la real orden, se presenta a su despacho José María Rodríguez, quien fuese un actor *gracioso*²⁷⁴, y le expresó que por haberse cerrado el teatro nuevamente por falta de concurrencia y no tener de qué subsistir tanto él como sus compañeros, anhelaba “que mientras se componga la compañía, por efecto de su recta piedad que atienda a su diligencia concediéndoles licencia para trabajar en algún sitio oportuno de la calle que ellos mismos buscarán”²⁷⁵. Su deseo era dar funciones misceláneas para ganarse unos pesos y poder solventar sus necesidades, solo hasta el momento que los llamen para trabajar nuevamente.

²⁷¹ LCL. Libro XLIII. Acta del 25 de enero de 1814.

²⁷² Uno de los alcaldes constitucionales era Juan Bautista de Lavalle, quien ejerció el cargo con gran ímpetu que lo llevó a ser reelegido en 1814. LCL. Libro XLIII. Acta del 22 de abril de 1814. A su vez se dice que tanto Abascal y el mismo Lavalle auspiciaban obras de óperas, comedias y dramas (Valega, 1939: 276).

²⁷³ LCL. Libro XLIII. Acta del 4 de junio de 1813.

²⁷⁴ José María Rodríguez era otro famoso actor. El día de su muerte, junio de 1847, fue enterrado por suscripción popular con gran sentimiento público (Moncloa, 1909: 23).

²⁷⁵ AHML. Expedientes Particulares. Caja 001-CC-EP.

Esta situación conmovió a Abascal, quien el 1 de febrero decide otorgarles permiso, notificando previamente a Manuel Jorge Gallegos, asentista del coliseo, su decisión²⁷⁶. Enterado de lo sucedido envía un memorándum al virrey para informarle de los hechos reales. Le comunica que en la temporada anterior como en la presente los cómicos habían recibido sus respectivos sueldos por sus jornadas laborales y que a pesar que había disminuido la asistencia del público, no por eso habían dejado de percibir sus salarios. Es más, les había otorgado, como era de costumbre, los productos de cuatro comedias de la fiesta de cuaresma para que obtengan un dinero extra. Lo cual se hubiera completado sino fuese que ellos “no hubiesen cerrado de propio arbitrio el teatro con la última representación del domingo 23 del pasado”, según informaba, realizándose sólo tres de las cuatro.

Le parecía asombroso a Gallegos que los cómicos manifiesten una indigencia que no padecían. A pesar de lo dicho, el asentista señala por un lado que “gracias al virrey se estaba logrando la formalización de la compañía y el teatro”; mientras que por otra parte expresa “no tenía embarazo alguno en otorgar a los cómicos el coliseo para que trabajen siempre y cuando no sea contrario a la honestidad que lo caracterizaba”.

Posteriormente en 1816 Gallegos sostuvo un pleito con Antonio Roldán, actor *serio* del coliseo, a quien pedía la devolución de 355 pesos de los 643 que obtuvo por incumplimiento de un contrato celebrado entre ambos²⁷⁷. El 8 de enero los dos firmaron un contrato que estipulaba que el actor se comprometía a representar diez piezas dramáticas a beneficio de la empresa, a la elección de Gallegos y sin sueldo alguno. Por su parte Gallegos le cedería una de las noches de representaciones, que iba a ser la segunda, para que se quede con el producto líquido. El asentista cumplió con su parte, más el cómico no. Solo se llegaron a ejecutar cuatro de las diez piezas, restando seis que Roldán se resistía a realizarlas.

Para fines del periodo colonial la condición socioeconómica de los cómicos no era buena. En el caso anterior Gallegos se mostró escéptico de la lamentable situación de los cómicos

²⁷⁶ LCL. Libro XLIII. Acta del 1 de febrero de 1814.

²⁷⁷ AGN. Cabildo. Leg. 31, 1816.

que estaban en su elenco, ahora otro cómico, Roldán, estaba en la misma condición²⁷⁸. El asentista señala que había elegido a Roldán por las buenas referencias que le dieron, a pesar que en un primer momento dudaba en aceptarlo como parte de su elenco.

El estado del virreinato peruano terminó calando en todos los ámbitos de la sociedad. El proceso independentista, la crisis económica de la ciudad por sostener los cuantiosos gastos de la guerra, en especial por los “donativos” que realizaba para sufragar los gastos requeridos por el virrey, la movilización constante de la tropa para hacerle frente a los insurgentes, el reclutamiento de hombres para que lucharan por los intereses de otros y no de ellos mismos, llevaron a un decaimiento de las distintas economías que movían la capital. En el caso concreto de los lugares públicos y de esparcimiento, sufrieron los envistes de la guerra. Los asistentes disminuyeron, el consumo se redujo, los trabajadores, en el caso del Coliseo de Comedias, se vieron en la necesidad de realizar funciones teatrales al aire libre para conseguir dinero adicional con qué solventar sus gastos diarios, ya sea porque lo que percibían no alcanzaba o porque el coliseo se cerraba por falta de público. El contexto es muy importante para comprender el porqué de la situación de la casa de comedias y de la lamentable situación de los cómicos en general durante estos años.

En páginas anteriores se mencionó la posición social que ocupaban los cómicos. El ser considerado como un grupo desclasado, con un estatus ambiguo y contradictorio (Viqueira, 1987: 90) hacía que fácilmente sean acusados de actos delictivos, ser difamados, y su honor y conducta estar en tela de juicio. Recordando estas características se puede comprender el siguiente caso.

En 1816 Manuel de Salazar y Mancilla acusó ante las autoridades a Antonio Pitalúa, cantarín del real coliseo, por una deuda pendiente que le tenía, debido a que empeñó un

²⁷⁸ No todos los cómicos corrían con la misma suerte. Se tiene noticia que para 1792 el popular cómico Fernando Rull vivía en la calle de las Comedias Viejas, lugar que también era habitado por gente de humilde condición (Eguiguren, 1945: 12). Los datos que se tienen de él nos muestran la figura de un personaje reconocido y requerido por las compañías cómicas para hacerse de su talento. Fernando solamente ejercía el papel de *galán* en la función, y en ocasiones hacía alarde de su otro talento que era ser cantarín (Lohmann, 1945: 509-511).

Este caso es sintomático pues se trata de un actor que era de la talla de la famosa Micaela Villegas (Terralla y Landa, [1797] 2011: 242), y a pesar de no tener un virrey quien lo proteja, su situación económica fue mejor que el resto de cómicos.

reloj de oro que era de su propiedad, el cual estaba valorizado en 18 onzas de oro²⁷⁹. Antonio manifiesta no tener dinero para pagarle, por ello proponía devolverle en fracciones, la cuarta parte de su sueldo lo iba a destinar a sanear su deuda, eso equivalía a diez pesos mensuales.

Esta solución no convenció al asentista, por lo que procedió a solicitar que se embarguen los bienes de Antonio y que éste sea conducido a la real cárcel de corte. Estuvo recluso solo por veinticuatro horas, pues de manera sorpresiva fue puesto en libertad por orden verbal del mismo virrey Joaquín de Pezuela, según lo testificó el alcalde ordinario Francisco de Moreyra y Matute. Los actores, en este caso el cantarín, contaban con el afecto de las principales autoridades. Una muestra del aprecio que el virrey le tenía es su intervención para resolver este problema civil.

En su alegato Antonio argumenta lo siguiente:

“Mi contraparte tan maliciosos son dignos de la consideración de V.E. el señor alcalde atendiendo a mi miserable estado, no atiende a mi derecho tan justamente recomendable, y si V.E. en este caso no pone remedio a los daños que mi contendor me forja seré víctima de la trafasía y maledicencia de Mansilla, mayormente cuando se ve que tiene de parte al señor juez. Por todo esto, pues, ocurro rendidamente a V.E. al fin que se digne nombrar a otro señor juez para que en vista del expediente y de lo demás que presente por donde manifieste que el reloj que existe en depósito en poder del señor juez, es el mismo que recibí en empeño y libre las providencias oportunas, atendiendo V.E. a los perjuicios ocasionados y que intenten ocasionarme”²⁸⁰.

Si bien el virrey lo liberó de la cárcel, no iba a llegar al extremo de enfrentarse al alcalde y al juzgado. El 10 de octubre resuelve la disputa que había promovido Manuel contra Antonio, al ordenar que no se admita otro pedimento “de cualquiera de la parte que procediese”. Durante estos meses Antonio estuvo preso hasta en cuatro ocasiones, su honor y su conducta fueron difamados y llegó a perder dos veces la plaza de cantarín en el coliseo a causa del pleito.

²⁷⁹ AGN. Cabildo. Leg. 178, 1816.

²⁸⁰ AGN. Cabildo. Leg. 178, 1816.

El comportamiento de los actores no era lo único que estaba en discusión, a pesar de la orden para el arreglo del ramo del teatro, el coliseo presentaba otros problemas pero más relacionados a las piezas dramáticas. Con las ordenanzas dieciochescas se quiso reformar los indecorosos y libidinosos movimientos y representaciones de los actores. Sin embargo, algunos directores seguían manteniéndolos como parte de la función. Este desacato ocurría a la vista y paciencia de los alcaldes ordinarios que eran testigos de las tonadillas o cantinelas indecorosas que solo generaban incidencias entre el público, al estar totalmente ajenas al ideal de teatro ilustrado²⁸¹.

Por esa razón en 1815 el alcalde Moreyra y Matute presenta un oficio para que se destierren del coliseo las dichas cantinelas²⁸². De la misma forma, Abascal remitió un expediente al cabildo donde prohibía la continuación de las *guaraguas*, por las bochornosas e indecorosas que eran²⁸³. El expediente se adjuntó a los testimonios del procurador general y del alcalde Moreyra²⁸⁴. Ante estas acusaciones, el asentista Gallegos remite su alegato de lo que ocurría, según su percepción²⁸⁵, para que se delibere qué hacer con estos sucesos que dañaban la imagen del coliseo.

A pesar que no se ha podido hallar la medida tomada, es de presumir que algo se hizo, ya que en adelante esta clase de acusaciones cesaron. Lo que no implica que la casa al fin haya llegado al estado puro libre de impunidad, aún seguían latentes otros problemas mencionados a lo largo del presente trabajo.

Antes de culminar es necesario remarcar la presencia de todos los sectores sociales en el coliseo. Desde la alta aristocracia hasta aquel que se ganaba el sustento diario se sentía atraído por las noches teatrales, llenas de admiración y asombro por la destreza que tenían los cómicos en representar sus papeles. No obstante, la labor de catarsis que se deseaba que cumpla el coliseo se veía frenada y limitada, aparte de las causas analizadas en páginas

²⁸¹ La tonadilla era un género menor cómico, canción alegre y ligera, que representaba preferentemente temas populares y que se limitaba, por su brevedad, a exponer una situación.

²⁸² LCL. Libro XLIV. Acta del 1 de agosto de 1815.

²⁸³ LCL. Libro XLIV. Acta del 8 de agosto de 1815. La guaragua es un antiguo género musical, canciones del tipo popular que se piensa que guardaron relación con la tonadilla (Estenssoro, 1989: 52).

²⁸⁴ LCL. Libro XLIV. Acta del 18 de agosto de 1815.

²⁸⁵ LCL. Libro XLIV. Acta del 29 de agosto de 1815.

anteriores, cuando este hombre común, en particular, salía de aquel mundo y se reencontraba con su realidad.

La catarsis teatral no llegó a impactar a todos de la misma manera, en algunos no surtió el más mínimo efecto. Y es lógico, no todos concurrían con el mismo fin. Por su parte la élite criolla iba con el deseo de encontrar un espacio de diversión con el mayor recato posible. La interiorización de algunas costumbres francesas los “obligaba” a comportarse como sus pares europeos, pero no solo se trataba de compartir gustos, sino parecerse lo más posible. Por eso al coliseo se iba con una vestimenta especial y una peluca. Estos rasgos escindían las diferencias sociales, mientras que la alta clase limeña iba de esa forma, la plebe asistía con una simple capa y sombrero.

Justamente en la plebe el impacto de la denominada catarsis teatral fue complejo. Muy poco servía reformar sus costumbres retrógradas si al salir del coliseo volvían a su realidad de carencia económica, un oficio inestable, la “mala junta” y su vivencia en el callejón. Estos elementos no facilitaron engendrar el comportamiento que teóricamente debían de cultivar. Es más, si la élite criolla luego de culminada la función se dirigía a la comodidad de su hogar, los segundos no siempre llegaban a casa, o en algunos casos, al lugar donde habitaban. Tal es el caso de Fermín Palomino, joven natural del reino de Chile, 21 años, sin oficio por el momento y soltero, fue llevado preso en 1791 cuando se le encontró durmiendo en la vivienda de Vicenta Corbalán, alias la “San Diego”²⁸⁶.

Fermín vivía en un cajoncito en la acera de enfrente de la casa de Vicenta, donde vendía jabón en compañía del cadete Ignacio. La noche de su captura sucedió después de haber asistido al Coliseo de Comedias, y lo curioso de su argumento es que manifestó “venía de la casa de la comedia a donde me dirigí a las diez para entrar sin pagar cosa alguna porque no tenía dinero”. Luego de levantarse el telón y transcurrido los minutos, la vigilancia que había en la puerta mermaba. Esta situación era aprovechada para que individuos como Fermín la franqueen y puedan disfrutar de las funciones nocturnas.

Al dirigirse a la tienda donde dormía, indica, no pudo ingresar porque ya estaba cerrada, así que decidió dirigirse a la vivienda de Vicenta para pasar ahí la noche. Lo poco que durmió

²⁸⁶ AGN. Real Audiencia. Leg. 71, 1791.

fue sobre el estrado que estaba al frente de la cama de Vicenta, quitándose la capa y el sombrero para acostarse. Para su mala fortuna al rato llegó la tropa con un juez, quienes no dudaron en llevárselo al condenarlo de vago, y pese a testificar que venía de la casa de comedias, el hecho de no llevar puesto la capa y el sombrero eran motivos suficientes para no creer en su palabra y proceder a arrestarlo.

En un breve paseo por las calles de Lima fácilmente se podía identificar la presencia de todo tipo de personas. Desde el comerciante, intelectual, hacendado, aristócrata, religioso hasta los miembros que conformaban la abundante plebe. En este sector se incluía al indio, cholo, mestizo, español pobre, mercachifle, en pocas palabras toda la mezcla de castas posibles, así como toda clase de persona en relación al comportamiento. Uno que llamaba la atención era el conocido Palangana. El Palangana era el charlatán o fanfarrón que “son unos zambos viejos, y tienen aprobación en sermones y argumentos” (Terralla y Landa, [1797] 2011: 267). Estos sujetos, por lo que describe el pintoresco cronista a finales del siglo XVIII, eran uno de los lados graciosos de la seriedad que intentaban insertar los ilustrados a las comedias: “Verás otros Palanganas compositores de versos, que hacen una miscelánea de diferentes remiendos. Componen unas comedias de varios retazos viejos, que ya no las conocieran las musas que las parieron” ([1797] 2011: 268).

En los años de auge de la Ilustración no faltaban aquellos que se “burlaban” de la nueva tendencia que no terminaba por imponerse. Pero lo más preocupante era el impacto que podían tener en la población, en especial en la plebe por la cercanía social que existía. Esta proximidad entre el verso burlesco de las comedias de un Palangana y la plebe era otro factor para que la catarsis teatral no ejerza el impacto querido sobre ellos y sea más difícil educarlos.

...

El fin de la etapa colonial no significó para malas noticias de los ilustrados el fin también de las costumbres viciosas ajenas a la moral dieciochesca. El deseo de convertir al Coliseo de Comedias en la “escuela de la moralidad” terminó sucumbiendo. El responsable no solo era la plebe, también la nobleza limeña tuvo mucho que ver. A manera de ejemplo, y sumado a los mencionados en este capítulo, se puede señalar lo sucedido ante la inminente

partida del virrey Amat del virreinato peruano. Es conocida la incomodidad que generó en la clase pudiente el romance que mantuvo Amat con la cómica Micaela Villegas. Por eso ni bien se supo que el mandatario dejaría el cargo para volver a España, las noches del 17, 18 y 19 de julio de 1775 en las gradas de la catedral se representó la obra titulada *Drama de los Palanganas Veterano y Bisoño*, del marqués de Sotoflorido, Francisco Antonio Ruíz Cano, catedrático de la Universidad de San Marcos.

El drama, según Luis Alberto Sánchez, es una larga y venenosa sátira contra el virrey tanto por sus escandalosos amores con la Perricholi, como por sus muchos derroches, su enemistad contra los jesuitas y sus desprecios a la pacata sociedad limeña. En la obra se reúne todo tipo de malicias, rencores, chismes, calumnias, insultos, envidias y dicterios (1977: 8). Supuestamente eran ellos los primeros que debían de dar el ejemplo, pero la obra no tuvo nada de moralizante, por lo contrario se circunscribe dentro de lo que era catalogado de vulgar. La vulgaridad se presentó tanto en la plebe como en la misma alta sociedad, aunque en el primero era más habitual²⁸⁷.

Otros defectos presentes en la élite criolla son los que mencionan los viajeros que estuvieron por estas tierras en este periodo. El francés Camile de Roquefeuil señala, sorpresivo, en 1817 que “los habitantes de las clases todas tienen una costumbre que repugna a nuestras ideas de decoro. Ni bien ha bajado el telón, se escucha una crepitación de briquetes; cada boca, hasta la más bonita, enarbola un cigarrillo, y en medio de la nube de humo, que se eleva a todas partes, no se distingue desde un lado a otro de la sala sino el resplandor de estos lanzallamas” (1971: 135). No fue el único, el inglés Basil Hall en 1821 también se sorprendió al presenciar “en los entre actos mientras que el virrey se retiraba por unos instantes, cada uno en la platea²⁸⁸ saca su eslabón y pedernal, enciende su cigarro, y echa bocandas de humo, [...] el chisporroteo de tantos pedernales a la vez, que hace aparecer la platea como si se hubieran soltado mil chispas, y la nube de humo que se levanta en seguida y llena la sala, son detalles menudos que sorprenden la mirada del

²⁸⁷ Esta clase de espectáculo era disímil a las tragedias. Esta última era considerada el grado máximo de la perfección teatral por solo acoger los pensamientos nobles y las virtudes sublimes. Sus personajes eran de la más alta esfera. Los bufones y lacayos estaban excluidos (Viqueira, 1987: 101).

²⁸⁸ La platea era una parte del teatro destinada exclusivamente a los hombres; aunque no eran admitidos los soldados, marineros, ni gente de color que no estuvieran vestidos correctamente (Stevenson, 1971: 171).

extranjero, como más decididamente característicos que incidentes realmente importantes” (1971: 220).

El proyecto ilustrado, respaldado por las principales autoridades empezando por la cabeza que era el virrey, no llegó a materializarse del todo. Sin duda “algo” debió de mejorar internamente en el coliseo, tantos reglamentos no fueron del todo en vano. Pero el sueño reformista ilustrado de un nuevo orden social, de corregir las costumbres de la plebe inculcándoles virtudes y moderación en el comportamiento, tropezó con unas costumbres tan arraigadas que un reglamento o decreto no la iba a cambiar de la noche a la mañana. Siendo por el contrario los hábitos de la plebe y del resto de espectadores los que terminaron por asentarse. El conversar, chismosear, coquetear, fumar, el barullo, discutir, entre otros, siguieron latentes ante la pena de algunos y alegría de otros. Si existía una diversión predilecta mediante el cual la plebe se podía ilustrar ese era el Coliseo de Comedias.

A estas alturas se puede afirmar que el sector del populacho que frecuentaba la casa se ilustró, pero a medias. Fueron testigos de la nueva tendencia europea que se esparció por el coliseo por vía de la élite criolla, además que conocieron esos gustos refinados, las novedades en las diversiones, la moda en el atuendo, las reglas que un coliseo ilustrado debía de exhibir y apreciar algunas comedias ilustradas. Sin embargo, estos aspectos no llegaron a significar conseguir una plebe ilustrada del todo. La vigencia de los alborotos dentro de la casa, costumbres poco recatadas y las transgresiones a la ley, determinaron que continúen con su espíritu libre de parámetros. No soportaban estar acechados por las constantes censuras que tenían que sobrellevar, por eso las franqueaban constantemente. Estas actitudes repudiadas por el resto de espectadores persistieron aún en la república.

Finalmente un último punto son las diversas reglamentaciones que se formularon. La diversión más ilustrada fue la más reglamentada. Hecho que muestra lo difícil que era convertirlo en una real “escuela de moralidad”. Desde Amat hasta el último reglamento de teatro que recibió Abascal, todos buscaban conseguir un mayor control sobre la plebe y así contribuir al proyecto ilustrado de un nuevo orden social.

La llegada de la república trajo consigo nuevas funciones para el coliseo, aparte de tener que entretener y educar, ahora era uno de los escenarios predilectos para el debate y discusión de los políticos y caudillos, y desde donde irradiar sus ideas ante la población, no solo para ganar adeptos, sino para obtener legitimidad ante la opinión pública (Ricketts, 2001)²⁸⁹. Llegó a ser un medio difusor de patriotismo en la sociedad.

²⁸⁹ El carácter político del coliseo ya se vislumbraba en el siglo anterior con las obras de Pedro Peralta. En el XIX este carácter se acentuaría. El propio virrey Abascal autoriza y asiste a la escenificación de la primera obra de contenido político, la cual fue impresa de inmediato con el título de *Loa alegórica con que solemniza el teatro de la ciudad de Lima los días de nuestro soberano monarca el señor don Fernando VII, el día 30 de mayo de 1809, por un fiel americano español* (Peralta Ruíz, 1997: 118).

CONCLUSIONES

Los últimos años del periodo colonial influyeron en el derrotero que siguió el ambicioso proyecto ilustrado de reformar las costumbres retrogradadas de la plebe limeña. El estado en que se encontraban las diversiones no era de las mejores para que contribuyeran a ese objetivo través de su instrumentalización.

- Las diversiones públicas estudiadas pasaron por un proceso de organización, caso de los gallos y toros, y de reorganización, en el teatro. En primer lugar, el impulso Borbón por cambiar el aspecto urbanístico de Lima se reflejó en sus traslados a espacios exclusivos para su práctica, pero no contento con ello las autoridades locales centraron también su atención en lo que sucedida en el interior. Sobre ellos cayó el peso de la vigilancia borbónica de tener una ciudad controlada y ordenada. Mientras que los ilustrados, desde su balcón, propusieron medidas que contribuirían a convertirlas en espectáculos propios de una civilización, lejos del caos callejero de la época.

- Un rasgo distintivo de los criollos ilustrados lo constituye el hecho de que no se quedaron en su balcón a lanzar propuestas, también lo llevaron a la práctica, más allá del éxito que alcanzaron. Ello se puede notar claramente en el caso del Coliseo de Comedias, por ejemplo. En la formulación de los reglamentos detrás estuvieron los ilustrados. De igual manera se puede decir de los toros y gallos.

- La mayor crítica ilustrada radicaba en la forma como eran practicadas las diversiones. La atomización de gente alrededor de los gallos y de los toros era el germen de las consecuentes peleas, robos, gritos, que en el cristal ilustrado dañaban la imagen de una ciudad que estaba en proceso de cambios urbanos en su beneficio y en la de sus habitantes. La llegada del pensamiento ilustrado fue un duro golpe a la costumbre limeña de disfrutarlas al aire libre sin ningún tipo de restricción. Fue este pensamiento que los borbones pusieron en práctica para desterrarlas de las calles y encerrarlas en modernos recintos.

- El Coliseo de Comedias, llamado a ser el referente de la difusión de los patrones ilustrados, no tardó en verse atiborrado también por el descontrol plebeyo. Los avances conseguidos no fueron suficientes ya que el principal objetivo, que era reformar las

costumbres relajadas de la plebe, no se dio plenamente. No cabe duda que se empaparon del refinado comportamiento de la élite criolla, pero no llegaron a modificar sus opuestos estilos de vida.

-El ingreso de la corriente ilustrada en el seno de cada diversión propició el inicio de cambios que hacia el final de la etapa colonial solo lo serían en la forma, más no en el fondo. La creación de espacios de diversión, en el caso del teatro su reacondicionamiento, a la larga solo significó eso, aparentar desde afuera un orden social que al cruzar sus respectivas puertas otro era el escenario. No se consiguieron diversiones libres de todo viso de iniquidad. Continuaban, en el caso de los gallos, siendo lesivos por la forma como eran practicados; los toros, por la falta de control en las tribunas, y el Coliseo de Comedias, por seguir albergando piezas desfasadas.

- El *modus operandi* de la plebe fue el causante que las diversiones no se convirtieran en verdaderos espacios de difusión de los planteamientos ilustrados, y con ello alcanzar el sueño de una ciudad mejor, una renovación social. Esa resistencia a los cambios propuestos desde arriba terminó por desestabilizar las bases del ambicioso proyecto ilustrado, que los vientos independentistas de inicios del siglo XIX terminaron por socavar. Incluso en la etapa republicana, que ya no es parte de nuestro estudio, mantendrían ese espíritu díscolo que los diversos gobernantes se encargarían de reformar, pero ya según la perspectiva de la época.

- Ante la imposibilidad de erradicar por completo los vicios de la plebe, lo más práctico era solo controlarlos. En el sistema colonial tardío el proyecto ilustrado ya no significaba necesariamente una sociedad pura, libre de defectos. Se estaba optando por manejarlos, tenerlos supervisados e impedir que afecten al resto de la población. Este utilitarismo ilustrado significó en el fondo aceptar, por un lado, vivir con las costumbres arcaicas de la plebe que dificultaban el progreso social, y por otro, reconocer la derrota casi total del proyecto.

- Los criollos ilustrados también tuvieron culpa en el casi completo fracaso de su proyecto, no toda fue de la plebe. Sus costumbres de despilfarrar dinero, fumar en plena función, chismosear, apostar a una jugada o corrida, se contradecían con lo que pregonaban. No se

dieron cuenta que ellos también tenían que ser parte del cambio, no bastaba con adoptar patrones ilustrados, del mismo modo necesitaban deshacerse de todo rasgo antiilustrado. A pesar que este detalle pasó desapercibido, menos para los viajeros y por ahí para algún ilustrado, hubiera sido contraproducente llegar al ideal de sociedad cuando un sector de la élite limeña mantenía algunas costumbres anticuadas.

- La sociedad moderna dieciochesca que se trató de cultivar desde los espacios de diversión no floreció como lo proyectaron los ilustrados. La reforma urbana que fue uno de los pilares de esta renovación social colaboró desde su tribuna, pero el factor principal de todo ese magno cambio, que era la plebe, se mantuvo casi inmune. Hacia las postrimerías del colonialismo ese impulso por forjar un renovado orden social no terminó por concretarse.

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta de Arias Schreiber, Rosa María (1997). *Fiestas coloniales urbanas (Lima-Cuzco-Potosí)*. Lima: Editorial Otorongo.
- Adanaqué, Raúl y Vega, Walter (2000). “Los libros del liberto. ¿Plebe “ilustrada” en Lima colonial?”, en *Revista Diálogos*, número 4.
- Aguirre, Carlos (1993). *Agentes de su propia libertad. Los esclavos de Lima y la desintegración de la esclavitud 1821-1854*. Lima: PUCP.
- Aguirre, Carlos y Walker, Charles (1990). *Bandoleros, abigeos y montoneros. Criminalidad y violencia en el Perú*. Lima: Instituto de Apoyo Agrario y Pasado y Presente.
- Álvarez Barrientos, Joaquín (2001). “La civilización como modelo de vida en el Madrid del siglo XVIII”, en *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, volumen LVI.
- Amores Carredano, Juan (2003). “La élite cubana y el reformismo borbónico”. En Latasa, Pilar (coord.). *Reformismo y sociedad en la América borbónica, in memoriam Ronald Escobedo*. Pamplona: Ediciones Universidad de Navarra.
- Angulo, Domingo (1935). *El barrio de San Lázaro de Lima*. Lima: UNMSM.
- Anna, Timothy E. (2003). *La caída del gobierno español en el Perú. El dilema de la independencia*. Lima: IEP.
- Ares Queija, Berta (1997). “El papel de mediadores y la construcción de un discurso sobre la identidad de los mestizos peruanos (siglo XVI)”. En Ares Queija, Berta y Gruzinski, Serge (eds.). *Entre dos mundos: fronteras culturales y agentes mediadores*. España: Escuela de Estudios Hispanoamericanos (EEHA-CSIC).
- Arias-Schreiber Pezet, Jorge (1971). “Los ideólogos”. En *Colección Documental de la Independencia del Perú*. Lima, tomo I, volumen VIII.

Armas Asín, Fernando (1997). “Herejes, marginales e infectos: Extranjeros y mentalidad excluyente en la sociedad colonial (siglos XVI y XVII),” en *Revista Andina*, año 15, número 2.

Arrelucea Barrantes, Maribel (2009). *Replanteando la esclavitud: estudios de etnicidad y género en Lima Borbónica*. Lima: Centro de Desarrollo Étnico (CEDET).

Arrelucea Barrantes, Maribel (2001). “De la pasividad a la violencia. Las manifestaciones de protesta de los esclavos limeños a fines del siglo XVIII”, en revista *Historia y Cultura*, número 24.

Arrelucea Barrantes, Maribel (1996). “Conducta y control social colonial. Estudio de las panaderías limeñas en el siglo XVIII”, en *Revista del Archivo General de la Nación*, número 13.

Arias de Saavedra, Inmaculada (2012). “Las Sociedades Económicas de Amigos del País: proyecto y realidad en la España de la Ilustración”, en *Obradoiro de Historia Moderna*, número 21.

Barrera Camarena, Henry (2015a). “Un acercamiento a la política asistencialista colonial. El caso del hospital Real de San Andrés”, en *Revista del Archivo General de la Nación*, número 30.

Barrera Camarena, Henry (2015b). “Revaloración histórica del patrimonio. Edificación de la Plaza de Acho a mediados del siglo XVIII”, en *Devenir: Revista de estudios sobre patrimonio edificado*, volumen 2, número 4.

Barrera Camarena, Henry (2014). “Las diversiones públicas en Lima a fines del período colonial”, en *Revista del Archivo General de la Nación*, número 29.

Barrera Camarena, Henry (2013). “La plebe y los juegos. Control y manifestación social del mundo lúdico en Lima borbónica, 1750-1820”, en *Revista del Archivo General de la Nación*, número 28.

Bauman, Zigmunt (1996). "Modernidad y ambivalencia". En Beriain, Josetxo (comp.). *Las consecuencias perversas de la modernidad: Modernidad, contingencia y riesgo*. Barcelona: Anthropos.

Beauclair, Nicolás (2010). "La instrumentalización del Indio en el desarrollo de una identidad peruana patriótica: el caso del Mercurio Peruano (1790-1795)", en *Tinkuy: Boletín de investigación y debate*, número 14.

Bennet Stevenson, William (1971). "Memorias sobre las campañas de San Martín y Cochrane en el Perú". En *Colección Documental de la Independencia del Perú*. Lima, tomo XXVII, volumen III.

Benvenuto Murrieta, Pedro (1932). *Quince plazuelas, una alameda y un callejón*. Lima: Taller de don Teodoro Scheurch.

Bernales Ballesteros, Jorge (1972). *Lima, la ciudad y sus monumentos*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos.

Burke, Peter (2005). *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*. Barcelona: A & M Gráfico, Santa Perpetua de Mogoda.

Busquets, Loreto (1996). "Modelos humanos en el teatro español del siglo XVIII". En Sala Valladura, Josep María (ed.). *Teatro español del siglo XVIII*. España: Universidad de Lérida.

Bravo de Lagunas y Castilla, Pedro José (1761). *Discurso histórico-jurídico del origen, fundación, reedificación, derechos y exenciones del hospital de San Lázaro de Lima*. Lima: Imprenta Niños Huérfanos.

Bromley, Juan (1964). "Fiestas caballerescas, populares y religiosas en la Lima virreinal", en *Revista Histórica*, tomo XXVII.

Bromley, Juan (1944). *Virreyes, cabildantes y oidores*. Lima: Club del Libro Peruano.

Calero y Moreira, Jacinto (1964). "Historia y descripción de nuestro Coliseo de Gallos" en *Mercurio Peruano*. Tomo I. Lima: Edición Facsimilar de la Biblioteca Nacional del Perú.

Cárdenas Ayaipoma, Mario (1980). “El pueblo de Santiago, un ghetto en Lima virreinal”, en *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, número 3.

Carrió de la Vandra, Alonso (1938). *El lazarillo de los ciegos caminantes*. París: Desclée de Brouwer.

Casalino, Carlota (2008). “Hipólito Unanue: El poder político, la ciencia ilustrada y la salud ambiental”, en *Revista Peruana de Medicina Experimental Salud Pública*, número 25, volumen 4.

Castañeda Vielakamen, Esther y Toguchi Kayo, Elizabeth (1999). “Imagen de la mujer afroperuana en el teatro del siglo XIX”. En Zegarra, Margarita (ed.). *Mujeres y género en la historia del Perú*. Lima: CENDOC-Mujer.

Cobo, Bernabé (1956). “Historia de la fundación de Lima” en *Obras completas*. Madrid: Ediciones Atlas. Biblioteca de Autores Españoles.

Contreras, Carlos y Soux, María Luisa (2009). “La independencia del Perú y el Alto Perú”. En Palacios, Marco (Coord.). *Las independencias Hispanoamericanas. Interpretaciones 200 años después*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.

Contreras, Carlos y Zuloaga, Marina (2014). *Historia Mínima del Perú. Desde la prehistoria hasta hoy, todos los hechos, los personajes y los procesos que han definido a la mayor de las naciones andinas*. España: Colegio de México, Turner.

Contreras, Remedios (1982). *Relación y documentos de gobierno del virrey del Perú, Agustín de Jáuregui y Aldecoa (1780-1784)*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto “Gonzalo Fernández de Oviedo”.

Cook, Noble David (2001). “La población del mundo andino 1520-1700”. En Burga, Manuel (ed.). *Historia de América Andina. Formación y apogeo del sistema colonial (siglos XVI-XVII)*. Volumen 2. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar

Córdova y Urrutia, José María (1992). *Estadística histórica, geográfica, industrial y comercial de los pueblos que componen las provincias del departamento de Lima*. Lima: Editorial Sociedad “Entre Nous”.

Cosamalón Aguilar, Jesús (1999). *Indios detrás de la muralla. Matrimonios indígenas y convivencia inter-racial en Santa Ana (Lima, 1795-1820)*. Lima: PUCP.

Clément, Jean-Pierre (1979). *Índices del Mercurio Peruano, 1790-1795*. Lima: Instituto Nacional de Cultura.

Cruz de Amenábar, Isabel (1986). “Trajes y moda en Chile 1650-1750: Jerarquía social y acontecer histórico”, en *Historia*, número 21.

Chambers, Sarah C. (2003). *De súbditos a ciudadanos: honor, género y política en Arequipa, 1780-1854*. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.

Chartier, Roger (1995). *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la revolución francesa*. Barcelona: Editorial Gedisa.

Chávez, María Eugenia (2002). “Artesanos, pulperos y regatones: Notas para el estudio de los sectores subalternos de Guayaquil a fines de la colonia”, en *Revista Ecuatoriana de Historia*, número 18.

Chuhue Huamán, Richard (2006). Vagos, Ociosos y Malentretenidos en la Lima Borbónica. Manifestaciones sociales de la plebe y control estatal en el siglo XVIII”, en *Revista del Archivo General de la Nación*, número 26.

Delano, Amasa (1971). “Impresiones de Lima virreinal en 1805 y 1806”. En *Colección Documental de la Independencia del Perú*. Lima, tomo XXVII, volumen I.

Deleito y Piñuela, José (1988). *...también se divierte el pueblo*. Madrid: Alianza Editorial.

Descola, Jean (1962). *La vida cotidiana en el Perú en tiempos de los españoles, 1710-1820*. Buenos Aires: Librería Hachette S.A.

Domergue, Lucienne (1988). “El alcalde de casa y corte en el coliseo. Teatro y policía en España a fines del Antiguo Régimen”, en *Coloquio Internacional sobre el teatro español del siglo XVIII*. España: Piován Editores.

Domínguez, Nicanor (1994). “Juan de Betanzos y las primeras cartillas de evangelización en la Lengua General del Inga, 1536-1542”. En Ramos, Gabriela (comp.). *La venida del*

reino. *Religión, evangelización y cultura en América*. Cusco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas.

Domínguez Ortiz, Antonio (2005). *Carlos III y la España de la Ilustración*. Madrid: Alianza Editorial.

Dunbar, Temple, Ella (1965). *La Gaceta de Lima del siglo XVIII. Facsímiles de seis ejemplares raros de este periódico*. Lima: UNMSM.

Durán y Montero, María Antonia (1994). *Lima en el siglo XVII. Arquitectura, urbanismo y vida cotidiana*. Sevilla: Diputación Provincial de Sevilla.

Eguiguren, Luis Antonio (1951). *Diccionario histórico-cronológico de la Universidad Real y Pontificia de San Marcos*. Tomo III. Lima: Imprenta Torres Aguirre.

Eguiguren, Luis Antonio (1945). *Las calles de Lima*. Lima: Imprenta Torres Aguirre.

Escobar Arronis, José (1984). “Más sobre los orígenes de civilizar y civilización en la España del XVIII”, en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, número 33.

Estenssoro, Juan Carlos (2003). *Del paganismo a la santidad. La incorporación de los indios del Perú al catolicismo, 1532-1750*. Lima: IFEA, PUCP.

Estenssoro, Juan Carlos (1996). “La plebe ilustrada: El pueblo en las fronteras de la razón”. En Walker, Charles (comp.). *Entre la retórica y la insurgencia: las ideas y los movimientos sociales en los Andes, siglo XVIII*. Cuzco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas.

Estenssoro, Juan Carlos (1992). “Modernismo, estética, música y fiesta: élites y cambio de actitud frente a la cultura popular. Perú 1750-1850”. En Urbano, Henríque (comp.). *Tradición y modernidad en los Andes*. Cusco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas.

Estenssoro, Juan Carlos (1989). *Música y sociedad coloniales. Lima, 1680-1830*. Lima: Editorial Colmillo Blanco.

Fernández Sanz, Amable (1993). La Ilustración española. Entre el reformismo y la utopía, en *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, número 10.

Fisher, John (2000). *El Perú borbónico: 1750-1824*. Lima: IEP.

Fisher, John (1981). *Gobierno y sociedad en el Perú colonial. El régimen de las intendencias: 1784-1814*. Lima: PUCP.

Foucault, Michel (2002). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Flores Galindo, Alberto (1991). *La ciudad sumergida. Aristocracia y plebe en Lima, 1760-1830*. Lima: Editorial Horizonte.

Fuentes, Manuel Atanasio (1925). *Apuntes Históricos, Descriptivos, Estadísticos y de Costumbres*. Lima: Librería Escolar e Imprenta E. Moreno.

Fuentes, Manuel Atanasio (1866). *Estadística general de Lima*. Segunda Edición. Tomo Primero. París: Tipografía de A.D. Lainé ET.J. Harvard.

Fuentes, Manuel Atanasio (1859). *Memoria de los virreyes que han gobernado el Perú, durante el tiempo del coloniaje español*. Lima: Librería Central de Felipe Bailly.

Frezier, Amadeo (1982). *Relación del viaje por el mar del Sur a las costas de Chile y Perú, 1712, 1713 y 1714*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Gaceta de Lima de 1756 a 1762. De Superunda a Amat (1982). Tomo II. Compilación y prólogo de José Durand. Lima: COFIDE. Número 26.

Gaceta de Lima de 1762 a 1765. Apogeo de Amat (1982). Tomo III. Edición recomendada por la Academia Nacional de la Historia. Lima: COFIDE. Compilación y prólogo de José Durand.

Gálvez, José (1943). *Calles de Lima y meses del año*. Lima: International Petroleum.

Galino Carrillo, Ángeles (1993). “Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811)”, en *Perspectivas: Revista Trimestral de Educación Comparada*, volumen XXIII, número 3-4.

- Garland, Antonio (1948). *Lima y el Toreo*. Lima: Librería Internacional del Perú S.A.
- Gil Aguado, Iago (2016). “La clausura del Mercurio Peruano. Una perspectiva a contracorriente”, en *Revista de Indias*, volumen LXXVI, número 267.
- Guerra, François-Xavier (2001). *Modernidad e Independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. México: Editorial Mapfre, Fondo de Cultura Económica.
- Guibovich Pérez, Pedro (2005). “Alcances y límites de un proyecto ilustrado: la Sociedad de Amantes del País y el *Mercurio Peruano*”, en revista *HISTÓRICA* XXIX, número 2.
- Haenke, Tadeo (1901). *Descripción del Perú*. Lima: Imprenta El Lucero.
- Hall, Basil (1971). “El Perú en 1821”. En *Colección Documental de la Independencia del Perú*. Lima, tomo XXVII, volumen I.
- Herr, Richard (1988). *España y la revolución del siglo XVIII*. Madrid: Aguilar S.A. de Ediciones.
- Huizinga, Joham (1943). *Homo Ludens. El juego y la cultura*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Iglesias, María Carmen (1989). “Educación y pensamiento ilustrado”. En *Actas del congreso Carlos III y la Ilustración*. Tomo III. Madrid: Ministerio de Cultura.
- Iwasaki Cauti, Fernando (1987). “Ambulantes y comercio colonial. Iniciativas mercantiles en el virreinato peruano”, en *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*. Köln, número 24.
- Jaramillo Uribe, Miguel (1965). “Mestizaje y diferenciación social en el nuevo reino de Granada en la segunda mitad del siglo XVIII”, en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, número 3, volumen 2.
- Jouve Martín, José Ramón (2005). *Esclavos de la ciudad letrada. Esclavitud, escritura y colonialismo en Lima (1650-1700)*. Lima: IEP.

Jovellanos, Gaspar Melchor (1790). *Memoria para el arreglo de la policía de los espectáculos y diversiones públicas y sobre su origen en España*. Madrid: Imprenta de Antonio Sancha.

Juan, Jorge y Ulloa, Antonio de (1748). *Relación histórica del viaje a la América meridional hecho de orden de Su Majestad para medir algunos grados de meridiano Terrestre, y venir por ellos en conocimiento de la verdadera Figura, y Magnitud de la Tierra, con otras varias Observaciones Astronómicas, y Phisicas*. Segunda Parte. Tomo Tercero. Madrid: Antonio Marín.

Kapsoli, Wilfredo (1975). *Sublevaciones de esclavos en el Perú, siglo XVIII*. Lima: Universidad Ricardo Palma.

Konetzke, Richard (1960). “Sobre el problema racial en la América española” en *Revista de Estudios Políticos*, número 113-114.

Klarén, Peter (2013). *Nación y sociedad en la historia del Perú*. Quinta reimpresión. Lima: IEP.

Lazo, Carlos; Medina, Víctor y Puerta, César (2000). “Fases de la reforma borbónica. Perú: 1729-1800”, en revista *Investigaciones Sociales*, año IV, número 5.

Labrador Heráiz, Carmen y Pablos Ramírez, Juan Carlos (1989). *La educación en los papeles periódicos de la Ilustración Española*. Madrid: Centro de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia.

Lequanda, Joseph Ignacio (1966). “Discurso sobre el destino que debe darse a la gente Vaga que tiene Lima”, en *Mercurio Peruano*. Tomo X. Lima: Edición Facsimilar de la Biblioteca Nacional del Perú.

Lynch, John (2001). *América latina, entre colonia y nación*. Barcelona: Editorial Crítica.

Loayza Pérez, Álex (2012). *Privilegios y orden político. El cabildo de Lima, 1777-1808*. México: El Colegio de México.

- Lockhart, James (1990). "Organización y cambio social en la América española colonial". En Bethell, Leslie (ed.). *Historia de América Latina*. Tomo IV. Barcelona: Editorial Crítica.
- Lockhart, James (1968). *El mundo hispanoamericano, 1532-1560*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lohmann Villena, Guillermo (1998). "La reconstrucción del Corral de las Comedias de Lima en 1660", en *Revista del Archivo General de la Nación*, número 17.
- Lohmann Villena, Guillermo (1945). *El arte dramático en Lima durante el virreinato*. Madrid: Escuela de Estudios Hispano-Americanos.
- López Cantos, Ángel (1992). *Juegos, fiestas y diversiones en la América española*. Madrid: Editorial Mapfre.
- López Martínez, Héctor (2005). *Plaza de Acho. Historia y tradición, 1766-1944*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- López Piñero, José María (1969). *La introducción de la ciencia moderna en España*. Barcelona: Ariel.
- Mannarelli, María Emma (2004). *Pecados públicos. La ilegitimidad en Lima, siglo XVII*. Lima: Flora Tristán, Heinrich Böllstiftung.
- Mariátegui Oliva, Ricardo (1956). *El Rímac, barrio limeño de Abajo el Puente*. Lima: Talleres Gráficos Cecil S.A.
- Martínez Vidal, Álgar, y Pardo Tomás, José (2003). "Un siglo de controversias: La medicina española de los novatores a la Ilustración". En: Barona, Josep Lluís; Moscoso, Javier y Pimentel, Juan (Eds.). *La Ilustración y las Ciencias para una historia de la objetividad*. Valencia: Universitat de Valencia.
- Mazzeo, Cristina (1994). *El Comercio Libre en el Perú. Las estrategias de un comerciante criollo José Antonio de Lavalle y Cortés, conde de Premio Real, 1777-1815*. Lima: PUCP.
- Mejía Carrillo, Yolanda (1993). "Panaderías coloniales del siglo XVIII", en revista *SEQUILAO*, número 1.

Mendiburu, Manuel de (1933). *Diccionario histórico-biográfico*. Lima: Segunda Edición. Tomo XI. Librería e Imprenta Gil S.A.

Mexicano, César (2001). “Negocios urbanos en Lima: pulperías, cajones y panaderías, 1750-1820”, en revista *Investigaciones Sociales*, año V, número 7.

Mínguez Cornelles, Víctor y Rodríguez Moya, Inmaculada (2006). *Las ciudades del absolutismo. Arte, urbanismo y magnificencia en Europa y América durante los siglos XV-XVIII*. España: Universitat Jaume I.

Miró Quesada Sosa, Aurelio (1997). *Temas taurinos*. Lima: Editorial El Comercio.

Moncloa Covarrubias, Manuel (1909). *El teatro de Lima. Apuntes Históricos*. Lima: Librería e imprenta Gil.

Moncloa Covarrubias, Manuel (1905). *Diccionario teatral del Perú*. Lima: Lit. y Tip. De Bediola y Berrío, Editores.

Morelli, Federica (2008). “La redefinición de las relaciones imperiales: en torno a la relación reformas dieciochescas/independencia en América”, en *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*.

Moreno Cebrián, Alfredo (2000). *El virreinato del marqués de Castelfuerte, 1724-1736: el primer intento borbónico por reformar el Perú*. Madrid: Editorial Catriel.

Moreno Cebrián, Alfredo (1983). *Relación y documentos del gobierno del virrey del Perú, José Antonio Manso de Velasco, conde de Superunda (1745-1761)*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto “Gonzalo Fernández de Oviedo”.

Moreno Cebrián, Alfredo (1981). “Cuarteles, barrios y calles de Lima a fines del siglo XVIII”, en *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, número 18.

Mörner, Magnus (1980). *Estratificación social hispanoamericana durante el periodo colonial*. Estocolmo: Instituto de Estudios Latinoamericanos.

Mörner, Magnus (1969). *La mezcla de razas en la historia de América latina*. Buenos Aires: Ediciones Paidós.

Mugaburu, Joseph (1935). *Diario de Lima, 1640-1694. Crónica de la época colonial*. Tomo II. Lima: Concejo Provincial de Lima.

Munck, Thomas (2001). *Historia social de la Ilustración*. Barcelona: Editorial Crítica.

Muñoz Bort, Domingo (2016). *Los proyectos de la Ilustración en tierras de Huelva: Guzmánópolis y la nueva población de El Rocío (1768-1810)*. Huelva: Universidad de Huelva.

Muñoz, Fanni (2001). *Diversiones públicas en Lima 1890-1920. La experiencia de la modernidad*. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, IEP, Universidad de Pacífico.

Narganes Robas, José Claudio (2010). “Juegos y diversiones en el inicio del siglo XIX gaditano”, en *Revista Clave XXI. Reflexiones y Experiencias en Educación*, número 2.

Nieto Mauricio, Castaño Paola y Ojeda Diana (2005). “Ilustración y orden social: El problema de la población en el Semanario del Nuevo Reyno de Granada (1808-1810)”, en *Revista de Indias*, volumen LXV, número 235.

Nieto Manjón, Luis (1996). *Diccionario ilustrado de términos taurinos*. Madrid: Editorial Espasa-Calpe.

Núñez, Estuardo (1969). “Viaje por el Perú en 1751”. En *Cuatro viajeros alemanes al Perú*. Lima: UNMSM.

Núñez, Estuardo y Petersen, Georg (1971). *El Perú en la obra de Alejandro de Humboldt*. Lima: Librería Studium.

Olivera Oré, Julio (1970). *La renta del tabaco en el Perú en el siglo XVIII*. Tesis para optar el Grado de Bachiller en Historia. Lima: UNMSM.

Odriozola, Manuel de (1877). *Documentos literarios del Perú*. Tomo X. Lima: Imprenta del Estado.

O’Phelan Godoy, Scarlett (2007). “La moda francesa y el terremoto de Lima de 1746”, en *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, número 36.

O'Phelan Godoy, Scarlett (1988). *Un siglo de rebeliones anticoloniales. Perú y Bolivia, 1700-1783*. Cusco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas.

Osorio, Alejandra (2006). “La entrada del virrey y el ejercicio del poder en la Lima del siglo XVII”, en *Historia Mexicana*, volumen LV, número 003.

OTS Capdequi, José María (1957). *El Estado español en las indias*. México: Fondo de Cultura Económica.

Palma, Ricardo (1983). *Tradiciones peruanas*. Lima: Municipalidad de Lima Metropolitana.

Pardo-Figueroa Thays, Carlos y Dager Alva, Joseph (2004). *El virrey Amat y su tiempo*. Lima: Instituto Riva Agüero.

Peralta Ruíz, Víctor (2002). *En defensa de la autoridad. Política y cultura bajo el gobierno del virrey Abascal, Perú 1806-1816*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Peralta Ruíz, Víctor (1997). “La revolución silenciada. Hábitos de lectura y pedagogía política en el Perú, 1790-1814”, en *Anuario de Estudios Americanos*, tomo LIV.

Pérez Cantó, María Pilar (1985). *Lima en el siglo XVIII. Estudio socioeconómico*. Madrid: Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana.

Pérez-Mallaína, Pablo E. (2001). *Retrato de una ciudad en crisis. La sociedad limeña ante el movimiento sísmico de 1746*. Sevilla: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, PUCP.

Porras Barrenechea, Raúl (1965). *Pequeña antología de Lima. El Río, el Puente y la Alameda*. Lima: Instituto Raúl Porras Barrenechea, UNMSM.

Portal, Ismael (1919). *Cosas limeñas. Historia y costumbre*. Lima: Empresa Tip. Unión.

Portal, Ismael (1892). *La fiesta española en el Perú*. Lima: Imprenta de la Escuela de Ingenieros.

Prado, Javier (1941). *Estado social del Perú durante la dominación española. Estudio Histórico-Sociológico*. Tomo I. Lima: Librería e Imprenta Gil, S.A.

Prince, Carlos (1890). *Lima antigua. Fiestas religiosas y profanas*. Serie II. Lima: Instituto Latinoamericano de Cultura y Desarrollo.

Quiroz Chueca, Francisco (2008). *Artesanos y manufactureros en Lima colonial*. Lima: BCRP, IEP.

Quiroz Chueca, Francisco (1999). “Ambulantes y manufacturas en Lima colonial”, en revista *Investigaciones Sociales*, año III, número 3.

Quiroz Chueca, Francisco (1997). “El virrey, el intendente y el alcalde. Vicisitudes de un plan para salvar Lima en el setecientos”, en *Nueva Síntesis*, número 4.

Quiroz Chueca, Francisco (1991). “Análisis de un padrón correspondiente a un barrio de Lima (1771)”. En Rodríguez Pastor, Humberto (ed.) *Actas del Congreso Nacional de Investigación Histórica*. Tomo II. Lima: CONCYTEC.

Ramón, Gabriel (1999). “Urbe y orden: Evidencias del reformismo borbónico en el tejido limeño”. En O’Phelan Godoy, Scarlett (comp.). *El Perú en el siglo XVIII: La era borbónica*. Lima: Instituto Riva Agüero.

Ramos Sosa, Rafael (1992). *Arte festivo en Lima virreinal (siglos XVI-XVII)*. Sevilla: Junta de Andalucía.

Reher, David-Sven (1980). “Las reformas borbónicas y la oligarquía limeña a fines del siglo XVIII”. En Moreno Cebrián, Alfredo y López y Sebastián, Lorenzo (eds.). *Las reformas borbónicas y la oligarquía limeña a finales del siglo XVIII. Hispanoamérica hacia 1776: actas de la mesa redonda sobre la América Hispana en 1776*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de Cooperación Iberoamericana.

Ricketts, Mónica (2001). “El teatro en Lima: Tribuna política y termómetro de civilización, 1820-1828”. En O’Phelan Godoy, Scarlett (ed.). *La independencia en el Perú: de los borbones a Bolívar*. Lima: PUCP.

Robles Bocanegra, Javier (2015). “El origen del “cuerpo de república” indígena. Un análisis del discurso político del licenciado Castro sobre los corregimientos de indios del Perú, 1563-1569”, en revista electrónica *Nueva Corónica*, número 5.

Rojas, Héctor y Tirado, Gloria (2012). “Censura moral en las diversiones públicas. La ciudad de Puebla en la primera mitad del siglo XIX”, en *La Manzana. Procesos históricos*, número 9.

Romero Ferrer, Alberto (2002). “Censura y represión: sobre teatro y política en el Cádiz de Fernando VII (1814-1833)” en *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, número 10.

Romero, José Luis (1976). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. México: Siglo Veintiuno Editores.

Rodríguez, Pablo (2001). “La vida cotidiana en las ciudades andinas del siglo XVIII”. En Garrido, Margarita (ed.). *Historia de América Andina. El sistema colonial tardío*. Volumen 3. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.

Rodríguez Casado, Vicente y Pérez Embid, Florentino (1947). *Memoria de gobierno del virrey Manuel de Amat y Junient, 1761-1776*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos.

Rodríguez de Campomanes, Pedro (1775). *Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento*. Madrid: Imprenta de Antonio Sancha.

Rodríguez de Campomanes, Pedro (1774). *Discurso sobre el fomento de la industria popular*. Madrid: Imprenta de Antonio Sancha.

Rodríguez Garrido, José Antonio (2008). “Ópera, tragedia, comedia: el teatro de Pedro de Peralta como práctica de poder”. En Aguirre, Carlos y Mc Evoy, Carmen (eds.). *Intelectuales y poder. Ensayos en torno a la república de las letras en el Perú e Hispanoamérica (siglos XVI-XX)*. Lima: IFEA, Instituto Riva Agüero.

Romero, Carlos Alberto (1901). *Memoria del virrey del Perú, Marqués de Avilés*. Lima: Imprenta del Estado.

Roquefeuil, Camile (1971). "Lima y Callao en 1817". En *Colección Documental de la Independencia del Perú*. Lima, tomo XXVII, volumen I.

Rosenblat, Ángel (1954). *El mestizaje y las castas coloniales*. Tomo II. Buenos Aires: Editorial Nova.

Rossi y Rubí, José (1964). "Idea general del Perú", en *Mercurio Peruano*. Tomo I. Lima: Edición Facsimilar de la Biblioteca Nacional del Perú.

Rossi y Rubí, José (1964). "Examen histórico de las diversiones públicas de las naciones", en *Mercurio Peruano*. Tomo I. Lima: Edición Facsimilar de la Biblioteca Nacional del Perú.

Rossi y Rubí, José (1964). "Ideas de las diversiones públicas de Lima", en *Mercurio Peruano*. Tomo I. Lima: Edición Facsimilar de la Biblioteca Nacional del Perú.

Ruíz, Hipólito (1952). *Relación histórica del viaje a los reinos del Perú y Chile*. Tomo I. Madrid: Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.

Saldaña, Juan José (1995). "Ilustración, ciencia y técnica en América". En Soto Arango, Diana; Puig Samper, Miguel Ángel y Arboleda, Luis Carlos (eds.). *La Ilustración en América colonial*. Madrid: Centro Superior de Investigaciones Científicas, Ediciones Doce Calles, Colciencias.

Salinas, Pablo (2010). "Lima imaginada por el Mercurio Peruano. La obsesión organizadora y ordenadora de la ciudad desde el balcón ilustrado", en *Tinkuy: Boletín de investigación y debate*, número 14.

Salinas Meza, René (2001). "Población, poblamientos y mestizajes. Una aproximación al último siglo colonial". En Garrido, Margarita (ed.). *Historia de América Andina. El sistema colonial tardío*. Volumen 3. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.

Sánchez-Blanco, Francisco (2002). *El absolutismo y las luces en el reinado de Carlos III*. Madrid: Marcial Pons.

Sánchez-Concha Barrios, Rafael (1999). “La tradición política y el concepto de cuerpo de república en el virreinato”. En Hampe Martínez, Teodoro (ed.). *La tradición clásica en el Perú virreinal*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Sánchez Rodríguez, Susy (2005a). “Temidos o admirados. Negocios franceses en la ciudad de Lima a fines del siglo XVIII”. En O’Phelan Godoy, Scarlett & Salazar-Soler, Carmen (eds.). *Passeurs, mediadores culturales y agentes de la primera globalización en el mundo ibérico, siglos XVI-XIX*. En Lima: Instituto Riva Agüero, IFEA.

Sánchez Rodríguez, Susy (2005b). “Del gran temblor a la monstruosa conspiración. Dinámica y repercusiones del miedo limeño en el terremoto de 1746”. En Rosas Lauro, Claudia (ed.). *El Miedo en el Perú: siglos XVI al XX*. Lima: PUCP.

Sánchez Rodríguez, Susy (2003). “Apelando a la caridad y a las diversiones. Una aproximación a la reconstrucción de la ciudad de Lima después del terremoto de 1746”. En O’Phelan Godoy, Scarlett (coord.). *Familia y vida cotidiana en América Latina, siglos XVIII-XX*. Lima: PUCP, IFEA.

Sarabia, María Justina (1972). *El juego de gallos en Nueva España*. Madrid: Escuela de Estudios Hispano-Americanos.

Sarrailh, Jean (1974). *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*. México: Fondo de Cultura Económica.

Sempere Guarinos, Juan (1785). *Ensayo de una biblioteca de los mejores escritores del reinado de Carlos III*. Tomo I. Madrid: Imprenta Real.

Senatore, María Ximena (2005). “Orden social y orden material en la colonia española de Floridablanca (Patagonia, siglo XVIII)”, en *Revista sobre Arqueología*, número 6.

Solís, María del Rosario (2007). “Invención del lector ilustrado”, en *Tinkuy, Boletín de Investigación y Debate*, número 6.

Sombart, Werner (1972). *El burgués. Contribución a la historia espiritual del hombre económico moderno*. Madrid: Alianza Editorial.

Suardo, Juan Antonio (1935). *Diario de Lima, 1629-1634*. Tomo II. Lima: Concejo Provincial de Lima.

Subirats, Eduardo (1981). *La Ilustración insuficiente*. Madrid: Editorial Taurus.

Tenenti, Alberto (2000). *La edad moderna, siglos XVI-XVIII*. Barcelona: Editorial Crítica.

Terralla y Landa, Esteban [1797] (2011). *Lima por dentro y fuera*. Lima: UNMSM. Edición, introducción y notas: Hugo García.

Tord, Javier y Lazo, Carlos (1984). “Economía y sociedad en el Perú colonial”. En Mejía Baca, Juan (ed.). *Historia del Perú*. Tomo IV. Lima: Juan Mejía Baca.

Valega, José Manuel (1939). *El virreinato del Perú*. Lima: Imprenta LUX.

Vallejo García-Hevia, José María (1997). *La Monarquía y un ministro, Campomanes*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.

Vargas Ugarte, Rubén (1952). *Concilios limenses (1551-1772)*. Tomo II. Lima: Tipografía Peruana S.A.

Vargas Ugarte, Rubén (1948). *Obras de fray Francisco del Castillo Andraca Tamayo*. Lima: Editorial Studium.

Vergara Ormeño, Teresa (2005). “La población indígena”. En Gutiérrez Arbulú, Laura (coord.). *Lima en el siglo XVI*. Lima: PUCP - Instituto Riva Agüero.

Vergara Ormeño, Teresa (1990). “La consolidación del dominio colonial sobre la población indígena: las reducciones”, en *Boletín del Instituto Riva Agüero*, número 17.

Viqueira Albán, Juan Pedro (1987). *¿Relajados o reprimidos? Diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el siglo de las luces*. México: Fondo de Cultura Económica.

Walker, Charles (2012). *Colonialismo en ruinas. Lima frente al terremoto y tsunami de 1746*. Lima: IFEA, IEP.

Walker, Charles (2007). “¿Civilizar o controlar?: El impacto duradero de las reformas urbanas de los Borbones”. En Aljovín de Losada, Cristóbal y Jacobsen, Nils (eds.). *Cultura política en los Andes (1750-1850)*. Lima: Fondo Editorial UNMSM, Cooperación Regional Francesa para los Países Andinos, IFEA.

Weber, Max (2003). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Introducción y edición crítica de Francisco Gil Villegas. México: Fondo de Cultura Económica.

Wierny, Sebastián (2010). “Reivindicación histórica y natural de los criollos ilustrados en el Mercurio Peruano: El despertar de una conciencia en sí en el Perú del siglo XVIII”, en *Tinkuy: Boletín de investigación y debate*, número 14.